

ÁNGELES IBIRIKA

Días de lluvia



Para Lici, por dejar que me quedara
con lo mejor de ti

«Esperar duele. Olvidar duele.
Pero el peor de los sufrimientos
es no saber qué decisión tomar.»

PAULO COELHO
A orillas del río Piedra me senté y lloré

Agradecimientos

A mi querida amiga Eli, que una vez más ha dejado que una parte de su alma se una a la mía en otro de mis libros.

CAPÍTULO 1

La vieja puerta de madera pintada de verde no había cambiado. Estaba igual que cuando la cerró tras él a la vez que maldecía a su padre, hacía ya diecisiete años. El olor a salitre del puerto ascendía por la estrecha escalera de gastados escalones, inundando el pequeño y mal iluminado rellano. Y la sensación de que no debería estar ahí le oprimió hasta dejarlo sin aire.

No quería girarse y bajar la cabeza. Sabía que si lo hacía su entereza se haría añicos, pues estaba seguro de que se encontraría con la mirada expectante y preocupada en los pequeños ojos negros, casi siempre lánguidos. Y no se equivocó; halló a su hijo tal y como lo había imaginado, empujándolo sin palabras y sujetando la correa de *Pintxo* con tanta fuerza que tenía los nudillos blanquecinos.

Pintxo era el Golden Retriever que llevaba con ellos poco más de una semana. Y, al igual que los dos Aguirre, el pobre animal también había pasado por su propio sufrimiento.

Decidió adoptarlo en una perrera el mismo día que regresaron de su viaje por Italia. Tampoco allí, paseando por sus calles empedradas mientras devoraban alguna ración de pizza que tanto le gustaba al pequeño, había conseguido su objetivo. Ni Italia, ni antes Suiza ni antes de ella Francia lo lograron. En sólo dos meses habían recorrido más lugares que en los siete años de la corta vida de Iker. Habían comenzado por los Pirineos y terminado en Roma, donde ni la grandiosidad del Coliseo ni sus apasionantes historias de gladiadores consiguieron sacarle más de dos palabras seguidas.

Aquellos meses recorriendo aeropuertos y hoteles fue su intento por huir, por ayudarlo y por ayudarse de ese modo a sí mismo. A finales de mayo su

casa en Madrid, donde vivían antes ya de que naciera Iker, hervía hasta asfixiarlos, o al menos eso era lo que él sentía. Era como si las paredes se encogieran y los techos se desplomaran, y aun así ninguno de los dos tenía ánimos para salir de ella. Hubo días en los que el frigorífico no contenía más que un par de yogures para Iker. Y ésa no era vida para un niño. El timbre amenazaba con fundirse. Todos iban preocupados a ver cómo estaban, hasta que agotado de explicar y de mentir sobre su estado de ánimo, una mañana decidió no abrir a nadie más.

La última visita, la única ante la que se permitió derrumbarse, fue la de su hermana, y fue también la que le hizo reaccionar. En cuanto volvieron a quedarse solos, hizo esas maletas que aún llevaban auestas.

No eran las mismas maletas que, destrozadas contra el asfalto, vomitaban ropas y objetos queridos mientras él las sorteaba. No eran las mismas que le dificultaban el paso hasta el cuerpo inmóvil de Raquel. Ni eran las mismas que se manchaban del pequeño charco rojo que parecía brotar de su pelo castaño, y que a medida que él se acercaba se iba haciendo más grande y aterrador.

No. Las maletas no eran las mismas. Y ellos dos tampoco.

Durante unos segundos siguió contemplando los asustados ojos marrones de Iker, y aunque sabía que no obtendría respuesta le sonrió para tranquilizarlo mientras le revolvía con cariño su corto y oscuro cabello. Ahora se daba cuenta de que todo lo que había ocurrido en los últimos meses le había conducido hasta esa puerta que contenía en su madera el olor y el sonido del mar. Ahora era consciente de ello, y también de que hay acontecimientos inesperados que te fuerzan a hacer lo que creíste que nunca harías o que te llevan a lugares a los que te juraste que jamás regresarías. Pero no era por él por quien estaba de nuevo allí, en Bermeo, a punto de enfrentarse al amargo pasado, sino por su hijo; ese pequeño ser por el que no existía nada que no estuviera dispuesto a afrontar.

Se volvió hacia la puerta, tomó una gran bocanada de aire y golpeó con los nudillos la vieja madera.



No le sorprendió su frío recibimiento, aunque sí su silencio. Habría asegurado que iba a utilizar pocas y secas palabras para decirle que ésa ya no era su casa. Sin embargo, se había quedado inmóvil, mirándolo con severidad y asombro desde sus gastados ojos grises que el tiempo, y posiblemente también las lágrimas, habían vuelto casi transparentes. Le había impactado encontrarlo viejo, demasiado viejo, como si cada uno de los últimos diecisiete años le hubieran extenuado por tres. En su rostro destacaban largas y profundas arrugas que sólo el trabajo duro, el salitre, el aire y el sol podían tallar durante jornadas eternas en la peligrosa y traicionera soledad del mar.

—¿No vas a invitarnos a pasar? —le había dicho para interrumpir el incómodo y extraño sentimiento que le provocaba tenerlo ante sí.

Sólo entonces se había dado cuenta, el viejo Gabino, de que no llegaba solo. Y durante unos segundos posó sus consumidos ojos en el encogido y asustado Iker. Su nieto. Después les dio la espalda y se adentró por el pasillo, despacio, con aspecto cansado, dejando la puerta abierta como si le diera igual que fueran o no tras él.

La casa seguía siendo la misma, con las mismas paredes blancas y los mismos pequeños cuadros con antiguas escenas de pesca, mal alineados y ligeramente torcidos hacia la derecha. Nada había cambiado en diecisiete años. Incluso su padre, con sus espesas cejas tan blancas ya como las hebras ajadas del olvido, se había sentado en el mismo lugar que había ocupado siempre, en el extremo de la mesa que quedaba junto a la pared y desde donde se dominaba toda la cocina.

Kaiet y su hijo le imitaron, compartiendo ambos el estrecho banco de madera, con el temblor del pequeño brazo de Iker buscando apoyo en el rígido e inmóvil brazo de su padre.

—¿Qué tengo que pensar? —preguntó al fin el anciano provocando un respingo a su pequeño nieto.

Kaiet acarició durante unos segundos la mano con la que Iker sujetaba la correa del perro. Después tomó aire para expulsarlo con lentitud, dispuesto a

no caer en provocaciones. Necesitaba quedarse allí, pero no sabía cómo explicarlo sin parecer un cobarde o un pobre desgraciado.

—No lo sé —murmuró reprochándose no haber previsto todas sus preguntas y preparado las respuestas—. No sé responderte a eso.

El anciano mostró sin tapujos su desconcierto frunciendo el ceño cuajado de arrugas. El sonido con el que se abrió y volvió a cerrarse la puerta de la calle detuvo otra de las muchas cuestiones que necesitaba plantearle, y los dos se quedaron inmóviles, mirándose a los ojos y escuchando los pasos que se acercaban por el pasillo.

El rostro de sorpresa de Amara y su expresión de felicidad iluminaron la cocina. Y antes de que pudiera reaccionar ya tenía a Kaiet a su lado, estrechándola con fuerza.

—¡No puedo creer que estéis aquí! —dijo ella, sin importarle que su emocionado abrazo estuviera dejándola sin aire.

—Yo tampoco, pequeñaja —murmuró pegado a ella y revolviéndole con los dedos su negra y lisa mata de pelo—. Yo tampoco.

—¿Estás bien? —preguntó bajito, segura de que su mera presencia era la amarga respuesta.

Pero alguien, más pequeño y desamparado, llamó su atención con una ligera tos fingida. Y ella se agachó para envolverlo entre sus brazos mientras le decía lo feliz que estaba de tenerlo por fin allí, en su casa.

De pronto sus ojos se cruzaron con los oscuros y despiertos de *Pintxo*, que, detrás de una nariz negra con un brillo húmedo, la observaban con curiosidad.

—¿Quién es este gigante peludo? —dijo para hacer sonreír a su sobrino—. ¿No me digas que es tuyo?, ¡si es más grande que tú! —La mirada del pequeño se iluminó a pesar de que continuó callado—. ¿Cómo se llama?

Iker buscó entre el pelaje dorado del animal, y con sus delgados dedos le mostró la chapa identificativa que colgaba del collar rojo, de cuero.

—*Pintxo* —leyó ella en alto—. Seguro que este precioso nombre ha sido idea de tu *aita*. —Lanzó un fugaz y gracioso vistazo a Kaiet, recordándole las veces que había asegurado que nunca entraría un perro en su casa, a no ser que fuera de peluche.

Desde su rincón, batallando con una mezcla de agitadas emociones, el anciano contempló, por primera vez en demasiados años, a sus dos hijos juntos, y también al pequeño que llevaba su sangre pero al que no le encontraba parecido con nadie que él recordara. Pensó en lo cambiado que estaba Kaiet, más alto y delgado, más fibroso y con algunas prematuras canas asomando entre su pelo oscuro.

En unos minutos los tres estaban sentados alrededor de la mesa y frente al viejo y cansado pescador. Y, mientras Amara mantenía abrazado a su reservado sobrino, observó preocupada que la hostilidad que enrarecía el aire aumentaba con cada nuevo segundo que dejaban pasar en silencio.

—¡Seguro que todavía no te han presentado a este hombrecito! —dijo con una sonrisa dulce, consciente de la emoción que su padre se empeñaba en ocultar tras un semblante hosco.

Durante un instante la mirada inocente y tierna del niño se cruzó con la experimentada y cansada del anciano, pero la esperanza de Amara de que se dejara llevar por el cariño que en verdad sentía por el pequeño, desapareció de pronto.

—No. No me lo han presentado —exclamó con acritud—. Se ve que siete años no ha sido tiempo suficiente para hacerlo.

Kaiet comprimió la mandíbula, dispuesto a soportarlo todo para no explotar.

—¡Qué importa eso si al fin está aquí, contigo! —insistió Amara.

Pero la misma blandura que le embargaba al tenerlo cerca por primera vez, lo enervaba contra quien le había privado de sus primeras sonrisas, sus primeros pasos o sus primeras palabras. Porque sólo soñando dormido o imaginando despierto había oído a su único nieto llamarlo *aitite*.^[1]

—¡En mi casa no se arreglan así las cosas!

—¿Te he dicho alguna vez que tu *aitite* tiene muy malas pulgas? —bromeó Amara abrazando a Iker para restar importancia a la rudeza de su padre—. Creo que es porque cuando faenaba en la mar llevaban siempre un perro en el barco. *Ikatz*,^[2] se llamaba, porque era negro como el carbón. Nunca bajaba a tierra. Le gustaba la mar, le gustaba la pesca, pero todas las pulgas que tenía se las fue pasando a tu *aitite* —explicó mientras le

reprochaba con los ojos que se comportara de esa forma con su nieto.

Gabino flaqueó un instante, pero su orgullo de viejo marino acabó siendo más fuerte.

—¡Sólo quiero respuestas! —insistió con ímpetu.

—Y te las dará —aseguró ella—. ¿Verdad, Kaiet, que se las darás? —Lo notó suspirar con agobio, y no quiso seguir abrumándolo—. ¿Por qué no me advertiste de que veníais?

—Lo he decidido de pronto, esta mañana —se disculpó—. Además, cabía la posibilidad de que a mitad de camino me arrepintiera, parara el coche y me diera la vuelta.

—Pero estáis aquí —dijo emocionada—. Y espero que sea para unos cuantos días.

Kaiet movió de un lado a otro la cabeza.

—De eso quería hablaros. —Tragó saliva y se humedeció los labios mientras evitaba la mirada de su padre—. Venimos con intención de quedarnos, y... en verdad no sé por cuánto tiempo. No podemos hacerlo solos, pequeña —le confesó—. Lo hemos intentado con toda nuestra alma, como te prometí que haríamos, pero no podemos. Necesitamos ayuda.

—Ningún sitio mejor que éste para encontrarla —dijo con cariño.

Y, de pronto, el viejo pescador soltó amarras y se dejó arrastrar por la tormenta de emociones que llevaba dentro.

—¡Así que ésta no es una simple visita! —exclamó con rudeza—. Después de diecisiete años de silencio, llegas sin avisar y quieres quedarte como si ésta fuera todavía tu casa.

—¡*Aita*, por favor! —rogó Amara de nuevo, tratando de calmarlo mientras su sobrino temblaba entre sus brazos y Kaiet volvía a tensarse.

—¿No vas a decir nada? —volvió a desafiar a su hijo, sin mirarla a ella—. ¿Ni tan siquiera un «perdona por lo que te he hecho, *aita*»?



Rabiaba de impotencia cuando alcanzó la oscuridad de la calle, y avanzó de

frente hasta el borde del muelle, donde inspiró el nunca olvidado olor a mar, que por un momento le aturdió los sentidos. Había estado seguro de que discutirían, pero no imaginó que lo harían tan pronto. Aunque, en realidad, el único que había levantado la voz para lanzar reproches había sido su padre. Él no había querido responderle. Comprendía que al verlo aparecer en su casa, después de diecisiete años de absoluto silencio, no hubiera podido contenerse. Pero que lo entendiera no quería decir que no le hubieran dolido cada una de sus palabras, injustas todas ellas para él.

Meció la cabeza, bajando los ojos hacia la barandilla metálica en la que apretaba los dedos con fuerza. No recordaba que hubiera estado antes allí, separando el paseo empedrado de las frías aguas del puerto, pensó absurdamente a la vez que se preguntaba qué hacía él en aquel lugar de nuevo. A la amarillenta luz de las farolas, comprobó que más cosas habían cambiado desde aquella lejana madrugada en la que salió, pensaba entonces que para no volver. El puerto viejo no parecía el mismo, con nuevos y cómodos amarres ocupados por blancas embarcaciones y lanchas deportivas.

Le gustaba más cuando en sus aguas flotaban *txalupas* y sencillos barcos de pesca pintados de colores vivos, iguales a las casas del puerto, tal vez para que los pescadores pudieran identificarlas tanto al alejarse hacia las largas y duras jornadas en el mar, como al regresar al siempre deseado abrigo de la familia; aunque no toda la familia estuviera igual de pendiente de eso. Recordaba bien cómo se divertía junto a sus amigos en ruidosas y divertidas zambullidas en ese atracadero, mientras a su madre se le iba la vida apostada en la ventana, mirando al mar y rezándole para que le devolviera sano y salvo a un padre al que él nunca echaba de menos.

Una repentina tristeza aplacó su ira y le llevó a girarse a mirar hacia aquella ventana, iluminada ahora por la tenue luz del interior, como un pequeño faro que indicaba el camino de vuelta que jamás debió iniciar. Encajada entre esa casa de su padre y el soportal del edificio naranja y azul, estaba la fuente de los tres caños. Asomado a la ventana de su cuarto había jugado incontables veces a encestar garbanzos, que sustraía de la cocina cuando nadie lo observaba, en las pozas de piedra que siempre había conocido secas. Ése era el valor que en su ignorancia daba entonces, tanto a

las esperas de su madre como a la fuente más antigua de Bizkaia en su especie, que durante siglos sirvió para abastecer de agua dulce a los barcos.

Pintxo tiró de él, y, como un alma sin voluntad, dejó que lo guiara por el callejón de empinadas escaleras que los alejaba del puerto mientras se repetía que regresar había sido un tremendo y descabellado error. Lo había abandonado todo con diecinueve años y había salido adelante. Con sacrificios y hasta con hambre, pero lo había hecho. El problema estaba en que ahora todo era distinto.

—Despacio, *Pintxo* —ordenó al perro, que impaciente por su paso lento casi lo arrastraba con fuerza calle arriba.

Pensó que ése podía ser el motivo por el que todo el que se cruzaba con él se le quedaba mirando, o tal vez era más simple y sólo lo observaban porque era un extraño. Recordaba bien que ningún visitante pasaba desapercibido allí, donde absolutamente todos se conocían, incluso en la oscuridad, pues se identificaban unos a otros hasta por la presteza o la lentitud de sus andares. Y no creía que nadie pudiera reconocer en él al chico despreocupado que una vez fue. O tal vez sí.

Liberó al perro de la correa cuando llegaron a la arboleda de la Atalaya, y mientras éste parecía volverse loco husmeando el rastro de otros perros en la hierba, él se acercó al pequeño muro de piedra y se cubrió el rostro con las manos. No contempló la luz que a lo lejos rompía la noche desde el faro de Matxitxako ni el pálido resplandor que arrojaba el alumbrado del puerto, ni escuchó el bramar de las olas que se destrozaban en blanca espuma a los pies de ese abrupto acantilado. En ese momento sólo podía verla a ella, oír su risa y su voz y llorar mientras sentía que la necesitaba más que nunca. Más aún que esa mañana en la que, al despertar y encontrarse con la misma desgana y el mismo escandaloso silencio, decidió que lo haría, que antes de que volviera a caer la noche su hijo y él estarían ya en su viejo pueblo de Bermeo.

Lo que no pudo imaginar entonces era que el día acabaría de aquella desastrosa manera cuando, un rato después, al regresar a casa los encontró cenando y Amara le pidió que se sentara con ellos.

—¡Se me ha quitado el hambre! —bramó su padre al tiempo que abandonaba la mesa y salía en dirección a su cuarto.

Él se quedó quieto, maldiciendo no haber permanecido un rato más compadeciéndose en la Atalaya y dando tiempo a que todos cenaran en paz. Ante la insistencia de su hermana acabó sentándose frente a su hijo, en silencio. Pero también él había perdido el apetito.

—¿Sabes tus suegros que estáis aquí?

Él asintió con la cabeza.

—Iker ha ido a despedirse esta mañana, mientras yo lo esperaba abajo — dijo mirando a su hijo, que remojaba trozos de pan en el plato para llevárselos después empapados a la boca. Raquel, su mujer, había intentado incontables veces quitarle esa costumbre. Él, en cambio, solía dejar que lo hiciera y hasta alguna vez le había imitado, con el consiguiente enfado de ella que se esfumaba con rapidez al verlos reír.

Amara guardó silencio al comprender que las cosas con los padres de Raquel seguían estando igual. Sin ninguna intención de hurgar en la herida, recogió los platos y sacó una bandeja con lomos de merluza rebozada en harina y huevo. Sirvió una ración pequeña a Iker, que la miró arrugando la nariz.

—¿Y qué pasa con tu trabajo?

—He pedido un año de excedencia.

—¿Y el proyecto?! —exclamó sorprendida—. Decías que te daría el prestigio que todo arquitecto desea. ¡Dime que esperarán a que vuelvas! — pidió sin ninguna esperanza.

—Esas cosas pasan una sola vez en la vida, y no esperan, hermanita —le ofreció un amago de sonrisa—. Se lo habrán dado a otro.

—Estabas a punto de cumplir tu sueño.

—Los sueños cambian... o directamente se hacen pedazos contra el asfalto durante una preciosa y soleada mañana de invierno.

—No es justo. ¡Con todo lo que has luchado para convertirte en un arquitecto de éxito!

—No fue justo para ella —se frotó los párpados cerrados, y Amara le acarició el pelo con cariñosa calma.

Iker aprovechó el descuido. Cogió con los dedos el pescado y se lo dio a comer a Pintxo, que lo aguardaba vigilante debajo de la mesa.

—No deberíamos haber venido —dijo Kaiet.

Amara continuó acariciándole despacio el cabello.

—No olvides por quién estás aquí —susurró ella.

Kaiet miró a su hijo, que con los brazos cruzados y las palmas grasientas apoyadas sobre el mantel lo miraba con expresión inocente, lo que significaba que había hecho algo que no debía.

—No va a ser fácil —comentó en voz baja, dispuesto al fin a soportar lo que fuera necesario—. No va a ser nada fácil.

CAPÍTULO 2

Ese primer día abandonó la cama con lentitud para no despertar a Iker. Lo arropó con suavidad y salió del cuarto en completo silencio. Apenas había dormido y desde luego no había descansado, y no porque hubiera compartido la cama con el pequeño. Era el cuarto, ese cuarto que fue suyo y que estaba igual que la mañana en la que metió unas pocas pertenencias en una bolsa de deporte y se fue mientras su padre y su hermana aún dormían.

Todo seguía estando allí: la mesa de dibujo que le había comprado su madre al inicio de su primer año de arquitectura, las reglas, los cartabones, los lapiceros y los rotrings. Hasta las fotos continuaban clavadas a la pared con chinchetas de colores. Las rojas sujetaban momentos con diferentes amigas; las verdes las de las fiestas de La Magdalena, y también las del día del *arrantzale*^[3] en las que, vestido con su camisa azul Mahón, compartía risas y jolgorio con sus amigos mientras las chicas se divertían por su cuenta. No conocía otra fiesta que separara a hombres y mujeres, tal vez porque no había estado en ningún otro lugar en el que el trabajo duro del mar alejara durante tantos meses al hombre, obligando a la mujer a tomar las riendas de la casa y de la familia sin contar con un marido, un hermano o un padre en los que apoyarse cuando las cosas se ponían difíciles.

Entró en la pequeña sala de estar en la que su madre se había dejado los ojos cosiendo ropa de encargo. Prefirió eso al oficio de redera que ejercían una gran parte de las esposas de pescadores, que remendaban redes en el muelle, lo mismo bajo un sol candente que azotadas por un frío glacial. A él le gustaba encontrarla allí sentada al volver de clase y observarla dejar a un lado las telas, agujas e hilos para ponerle la merienda mientras le hacía

contarle con detalle cómo le había ido el día.

Se acercó al mirador de madera y volvió a contemplar el puerto, todavía a oscuras, echando de menos aquellos felices años en los que ella llenaba la casa de luz y arropaba a sus dos hijos con paciente ternura.

—Supongo que te habrá costado conciliar el sueño —dijo su adormilada hermana cuando apareció de pronto a su espalda—. Demasiadas emociones juntas.

Se volvió a mirarla con el alma repleta de su tierno rostro de niña, pero se encontró con la imagen de la hermosa mujer en la que se había convertido, con su cara menuda, tan dulce como la de su madre en la que, sin embargo, destacaban los ojos almendrados, grises y expresivos de su padre, como los suyos que a veces evitaba contemplar en el espejo para no recordarlo. Hubiera debido responderle que sí, que había sido una noche dura. Dura y desconcertante, porque a pesar de recordar con exactitud cada detalle y hasta cada olor, allí se sentía un extraño. Pero eso era de lo último que deseaba hablar esa mañana.

—¿Te he despertado? —preguntó para desviar la conversación.

—Sólo un poco —dijo sonriendo—. Hasta las diez no entro en la conservera.

—He tratado de no hacer ruido.

Amara ladeó la cabeza, diciéndole sin palabras que no se esforzara, que lo entendía, y hasta que creía saber a quién tenía en ese instante en el pensamiento. Más aún después de lo ocurrido la noche anterior.

—No está —comentó ella sin nombrarlo—. Ha salido de pesca y no volverá hasta la tarde. —El mal disimulado gesto de alivio de Kaiet la hizo sonreír—. ¿Quieres un café bien cargado?

Negó con la cabeza y extendió el brazo para que ella se acercara. Y, allí, contemplando el puerto desde el viejo mirador, estrechándola por los hombros mientras ella lo abrazaba por la cintura, él le habló de una lluviosa tarde de abril, cuando acababa de cumplir seis años, en la que su madre apartó la costura para ponerle la merienda, y en lugar de preguntarle cómo le había ido el día, le contó que en unos pocos meses tendría un hermanito. Un hermanito que finalmente fue una niña de pálida piel y abundante y tieso pelo

negro.

Un rato después, emocionado aún por los recuerdos compartidos, sacó a pasear a *Pintxo*, antes de amanecer para evitar encontrarse con nadie que pudiera reconocerlo. Y con esa intención dejó atrás la Atalaya y continuó hacia la solitaria zona de acantilados. Pero lo que debería haber sido un tranquilo momento en el que pensar, contemplando el amanecer, sobre cuál debería ser su siguiente paso, se convirtió en otro desasosegado episodio por los que a menudo pasaba el perro.

Después de una sofocada carrera, Kaiet llegó a la pequeña playa de Aritxatxu y se sentó al abrigo de una roca; la que se conocía como la roca mayor, aunque para él siempre fue la roca en la que se besaban las parejas en las tardes de invierno, cuando la oscuridad se adelantaba para darles cobijo. Y mientras recordaba que en ese mismo lugar él dio y recibió el primer beso en los labios, simplemente para averiguar a qué sabían y por qué lo hacían con tanta concentración los chicos mayores, observó a *Pintxo*.

No estaba seguro de estar haciéndolo bien, pero era lo único que se le ocurría, y además siempre terminaba surtiendo efecto. El pobre animal también estaba necesitado de encontrar un poco de paz. Así que volvió a quedarse inmóvil, esperando a que el perro se olvidara de sus miedos y se le acercara. Viendo su temblor y sus ojos huidizos, casi se sintió identificado. Porque también él tenía miedo. Miedo de haber errado al regresar, de no saber manejar la situación ni con su padre ni consigo mismo. Miedo a reencontrarse con un pasado que había querido ignorar durante diecisiete años y a dar explicaciones. Miedo a ver de nuevo caras que el tiempo había dejado borrosas y el corazón en el olvido, a sentirse un extranjero en su propio pueblo. Pero, sobre todo, miedo a fallarle a su hijo.

Cuando la luz de la mañana comenzaba ya a derramarse por la tierra, dibujando los acantilados y los senderos, *Pintxo* caminaba dócilmente junto a él, sujeto por la correa. Todo era cuestión de tiempo y de paciencia. A algunos les resultaba más difícil que a otros superar adversidades, pues necesitaban comprensión y empeño, pero al resto simplemente les bastaba con no sentirse solos. Y entre éstos estaba Iker.



—Si no quieres estar aquí, sólo tienes que decírmelo y nos vamos a donde tú quieras —le dijo a Iker la segunda mañana, mientras se miraban desde un extremo al otro de la mesa, ambos con las barbillas apoyadas en los brazos cruzados—. Tú querías que viniéramos y por eso estamos aquí, pero si en algún momento decides cambiar de opinión, dímelo.

Iker asintió con un leve gesto. Su único miedo estaba en conocer a un abuelo al que jamás había visto. Y para eso también necesitaba tiempo. Kaiet lo entendía. Era un derecho que el pequeño siempre tuvo y que le concedía con siete años de retraso, cuando él mismo se lo pidió tras regresar del viaje por Italia. Quería ver a su tía y conocer por fin a su *aitite*, y él ni pudo ni quiso negárselo. No, cuando vio que tras perder a su madre se obsesionó con contar a los miembros de su reducida familia y con el miedo a ir quedándose solo.

—¿Tú vas a estar bien?

La espontánea pregunta de Iker lo emocionó.

—Yo voy a estar bien, siempre que tú lo estés, cariño.

Escuchar su voz pronunciando más de tres palabras seguidas era como un milagro ante su siempre obstinado silencio. Había descubierto que no le gustaban los cereales de Amara por la cara de asco con que los miraba mientras le preparaba el desayuno; que no quería ir a ningún lado ni pasear por el puerto para observar los barcos por sus movimientos negativos de cabeza. Ver ahora que, a pesar de todo, se preocupaba por él, hizo que se le empañaran los ojos de lágrimas.

Quería que volviera a ser el niño de siempre, sin ese constante gesto de desamparo, y estaba dispuesto a todo por conseguirlo.

—¿Aquí también venden tebeos? —le preguntó Iker, inesperadamente animado cuando terminó de tomarse la leche.

—¡Claro! —exclamó, contento de que continuara hablando—. ¿Quieres que compremos algunos? —Iker asintió—. Seguro que tienen esos de Spiderman que te encantan, y de paso también podemos comprar los cereales

con chocolate que tanto os gustan a *Pintxo* y a ti.

Y ya no volvió a escuchar su vocecita durante el resto del día. Y tampoco logró dibujarle la sonrisa que siempre ansiaba ver, aunque sí un gesto huraño y ofendido cuando le dijo que el perro no podía entrar en la tienda.

Kaiet ordenó al animal que se sentara junto a la puerta, y, cuando buscaba algún saliente al que anudar la correa, su hijo le extendió la mano para que se la diera. Después se sentó en el escalón de entrada, hombro con hombro con el perro, dispuesto a esperar lo que fuera necesario. Su padre no insistió. Conocía de sobra el firme carácter del pequeño, y que cuando creía llevar razón sus decisiones eran inamovibles como rocas de costa abrupta. Especialmente desde que tenían a *Pintxo*, como si sintiera que en su terquedad tenía el apoyo moral y silencioso del perro. Y, viéndolos juntos, mirando enfrascados en la misma imprecisa dirección, cualquiera hubiera pensado que así era.

También él se quedó, durante unos segundos, parado ante la puerta. No había pensado, al prometer los tebeos a su hijo, que se sentiría obligado a comprarlos en la librería de Ander. No pudo ni imaginar que su amigo fuera el dueño, hasta que Amara se lo contó. Había querido evitar encontrarse con cualquiera de sus antiguos amigos, pero pasar desapercibido en un pueblo pequeño era una quimera. Se sentía un cobarde que no quería dar explicaciones ni de su desaparición ni de los motivos de su regreso, un cobarde que no encontró más opción que empujar la puerta a pesar de no saber ni qué decir ni cómo reaccionar.

No le impactó el interior, pequeño pero repleto de libros hasta el techo, aparentemente sin ningún orden, porque ya era bastante difícil que en tan poco espacio pudieran exponerse tantos ejemplares. Y porque, además, era la librería de Ander, el chico fuerte y desarreglado que siempre perdía las gafas y que leía hasta la letra pequeña de la parte trasera de los paquetes de patatas fritas.

No pensó que le ocurriría, pero le emocionó verlo aparecer tras la estrecha puerta blanca de lo que aparentaba ser el almacén, con su corpulenta figura, detenerse y afilar la mirada a través de los cristales de las gafas, tratando de ubicar en su memoria los familiares rasgos que tenía enfrente. En

apenas tres segundos su gesto resplandeció. Soltó una carcajada a la vez que lo abrazaba con fuerza y con aquella poca delicadeza que siempre tuvieron sus efusivas muestras de cariño.

—¡Qué sorpresa, *txo!*^[4] —exclamó mientras su emoción amenazaba con triturarle los huesos—. ¡Cómo me alegro de verte! Cuando me dijeron que habías regresado no me lo podía creer. ¿Dónde has estado metido?

—Es una larga historia —señaló cuando la efusividad de su amigo lo dejó respirar.

Y se apartó para volver a mirarlo, asombrado de que en diecisiete años apenas hubiera cambiado. Le aseguró que lo hubiera identificado con facilidad en cualquier situación y en cualquier lugar. Ander apuntilló, riendo, que seguramente verlo entre libros le había ayudado esta primera vez.

Kaiet miró fugazmente hacia la calle para asegurarse de que su hijo continuaba en el mismo sitio. Y lo descubrió pegado al cristal de la puerta, haciendo visera con las manitas sobre las cejas para evitar el reflejo de la calle y poder ver así el interior. Pero, a Iker, más que el interior le interesaba el extraño hombre que hablaba sin cesar con su padre, que reía, gesticulaba con los brazos y sólo estaba quieto cuando parecía escuchar. Y lo observaba impaciente, preguntándose cuándo iba a dejar de hablar para decidirse al fin a sacar los tebeos.



Era consciente de que debía pasar más tiempo fuera de casa si quería evitar roces incómodos. Salir antes de la cena y regresar cuando las luces de la cocina se hubieran apagado. O incluso más tarde, cuando la oscuridad de la casa indicara que todos se habían retirado a dormir. Fue lo que hizo ese anochecer, mientras su padre atendía las noticias en la televisión, Iker leía los tebeos que le había comprado esa mañana y Amara empezaba a trastear en la cocina. Recorrió junto al perro el rompeolas hasta que se terminó el largo muelle de hormigón y enfrente sólo quedó mar. Mar y la isla de Ízaro a la que iban envolviendo las sombras mientras a su espalda se iluminaban las

estrechas y alargadas fachadas de colores del puerto, en las que despuntaban las ventanas como pequeños faros encendidos.

Cuando la oscuridad fue total, comenzó a desandar el camino, esta vez por la parte alta, más estrecha y adoquinada, acompañado por el perro y por el sonido y el vibrar de las olas destrozándose contra la escollera. Descendió los escalones de piedra y caminó de frente, dejando atrás, a medida que avanzaba, el angosto callejón por el que la noche anterior había ascendido hasta la soledad de la Atalaya y las mesas exteriores de un bar que él recordaba como lonja de aparejos de pesca. Y de pronto, junto a la fuente de los tres caños y la casa de su padre, llamó su atención la vieja taberna que siempre estuvo allí, al resguardo del soportal de columnas de piedra, testigo mudo de los años que él vivió frente a ese puerto.

Se detuvo ante el letrero de madera en el que la palabra Izarra había sido grabada y ennegrecida a fuego mucho antes de que él naciera. Y, por primera vez desde que había regresado, se sintió realmente bien, como cuando tenía diecisiete años y entraba en la tasca a escondidas de su madre para potear^[5] con la cuadrilla. Ella tenía miedo a que creciera torcido, le decía a veces, y él no supo la causa de ese irracional temor hasta mucho después, cuando las palabras con las que hubiera podido tranquilizarla ya no servían de nada.

Dejó a *Pintxo* en el soportal, amarrado a la columna que quedaba frente a la puerta. Y, con esa sensación de abrigo, de sentirse un poco en casa y un poco en el pasado, cerca de ella, entró en la tasca tan pendiente de empaparse de recuerdos que no reparó en la conmoción que su presencia provocó en la joven pareja que estaba en el interior de la barra. Sólo tenía ojos para recorrer el pequeño local y comprobar que el grupo de mesas seguía estando junto a la ventana, donde cuatro jóvenes hablaban y reían sentados alrededor de la que quedaba más al fondo. Y mientras se acercaba al mostrador de madera, tan brillante y limpio como lo recordaba, con un único cliente apostado en un extremo, tampoco reparó en que el hombre al que su llegada había molestado, se apartaba de la chica y con brusca animosidad pasaba junto a él y alcanzaba la calle.

Se había acostumbrado a que le observaran con descaro, aunque seguía sin saber si algunos todavía lo hacían como a un extraño o todos ya como el

desagradecido hijo pródigo del bueno de Gabino Aguirre. Algunos se lo habían dejado ver con claridad, parándolo en la calle para darle una dudosa bienvenida. Como la anciana del segundo piso, que lo detuvo en la escalera, sujetándolo por la muñeca con sus dedos arrugados y temblones, y casi le ordenó que no volviera a dar esos disgustos a su pobre padre. Le enterneció que sacara fuerzas para recriminarle, y se las ingenió para ser educado sin llegar a prometerle nada. Por eso tampoco dio importancia a que la tabernera continuara mirándolo después de que él le hubiera pedido una cerveza y un pincho de tortilla. Se sintió a gusto, sin el desánimo que le provocaba no saber dónde matar las horas. Y mientras cenaba, echando cada poco tiempo una rápida mirada a *Pintxo*, decidió hacer de ese familiar local su refugio nocturno.

Al día siguiente volvió a ocupar el mismo lugar frente a la barra, y volvió a pedir una cerveza y el mismo pincho que le había recordado las gruesas y jugosas tortillas que solía preparar su madre. Y a la vez que la saboreaba despacio pensó que no había pasado un mal día, a pesar de todo. Había comenzado con otra madrugadora y emotiva conversación con su hermana, que al parecer los dos tenían intención de convertir en costumbre. Ella era la responsable de los mejores recuerdos de esa casa, de esos que no olvidaría nunca. De su padre hubiera preferido no tener ninguno, ni bueno ni malo. Pero los tenía. Pocos pero también imborrables, a pesar suyo. Aunque había algo que sí debía agradecerle, y era que después de los años siguiera pasando prácticamente el día entero fuera. Madrugaba más que nadie para salir a pescar a las cuatro de la mañana y no volver antes de las siete de la tarde, o para ir a la zona de lonjas del puerto donde pasaba el día preparando palangres^[6] para los barcos pesqueros. Decía Amara que lo hacía para sentirse ligado al mar, que seguía siendo toda su vida. Ella siempre le había entendido mejor que él, y tal vez por eso había terminado trabajando en una de las muchas conserveras de la zona, en una labor de laboratorio que la apasionaba. Según había contado a Iker para hacerle sonreír, analizaba y veía multiplicarse a larvas y bacterias metidas en botes.

Pero las sonrisas de Iker no eran muy frecuentes. Esa tarde habían vuelto a ir juntos a la librería, y él se había sentado de nuevo en el escalón de

entrada, acompañando al perro. Pero, al menos, había dado la mano a Ander cuando éste quiso saludarle como lo hacían los hombres, chocando con fuerza los cinco dedos. Y también asintió repetidamente con la cabeza cuando le preguntó si le habían gustado los tebeos.

No. No había sido un mal día a pesar de todo, volvió a decirse mientras dejaba un billete pequeño sobre la barra y se iba sin esperar el cambio. No entendía qué le pasaba a la tabernera con él, pero tenía claro que lo miraba con mal gesto y que le servía con destemplanza. Renunciar a un par de monedas por no soportar de nuevo sus malas formas sin duda era un buen canje.

Aun así volvió la noche siguiente. Le gustaba el lugar, y la actitud de alguien que ni siquiera lo conocía no iba a espantarle. Pero, cuando miró los pinchos expuestos a lo largo de la barra, deseoso de cambiar esa vez de menú, se encontró con que ya le servía la ración de tortilla y la cerveza. Intentó decir que prefería probar algunas de las atrayentes delicias que tenía enfrente. Se refrenó cuando vio el gesto ácido con el que ella se apartaba y la encantadora sonrisa que le apareció en el rostro cuando, al llegar al otro extremo, atendió a otros clientes.

Estaba claro que disfrutaba manteniendo amigable y hasta cariñosa conversación con todos los demás. Y, mientras comía, con hambre pero sin ganas, la tortilla se preguntó si era posible que no le gustaran los forasteros o si, simplemente, algo en él le había caído mal.

No imaginó, una noche después, mientras amarraba fuera a *Pintxo*, que estaba a punto de descubrir el motivo de la desconcertante animosidad. Llegó más tarde de lo habitual. Había recorrido las cercanías del puerto buscando otro lugar donde cenar y pasar el tiempo. Pero, o estaban demasiado concurridos o le parecieron demasiado fríos, demasiado impersonales.

Se acercó a la barra resignado a que ella le sirviera otra vez lo que le viniera en gana, y cuando la vio acercarse con el plato de tortilla no quiso seguir mirándola. Observó con descuido al anciano que, a poca distancia, sacaba unas monedas, las dejaba sobre el mostrador y se despedía con afecto de la tabernera.

—¡Jose María, el del taller! —exclamó Kaiet al reconocerlo—. ¡La de

veces que nos arreglaste los pinchazos de las ruedas de las bicicletas!

—¡No me digas que eres tú!

—Sí, Kaiet, el hijo de Leonor —aclaró con orgullo.

Celebraron el encuentro con un enérgico abrazo que sorprendió al propio Kaiet. Era un buen hombre al que siempre había apreciado, ya que tanto él como su mujer fueron siempre especialmente atentos con su madre.

Y, mientras compartía con el viejo mecánico anécdotas pasadas que le provocaron más de una sonrisa, no volvió a fijarse en ella. No la vio torcer el gesto con rabia, ni la rigidez con la que mantuvo el vaso debajo del grifo de cerveza mientras el líquido dorado sobrepasaba el borde y desaparecía por la rejilla. Y tampoco notó los casi imperceptibles bufidos con los que ella reaccionó a cada una de sus risas.

Fue una conversación corta, pero intensa, que le mejoró tan ostensiblemente el ánimo que ni siquiera al quedarse de nuevo a solas volvió a pensar en ella.

Hasta que el vaso de cerveza apareció ante sus ojos golpeando con tanta brusquedad la madera que temió que se partiera el vidrio. La mitad del contenido se derramó por la violencia del impacto, inundando la barra.

Entonces fue él quien resopló, dispuesto a soltarle a aquella antipática majadera lo que por educación y falta de ánimo se había callado otras noches. Alzó los ojos y la miró desafiante a la vez que sacudía las manos, empapadas de pegajosa cerveza.

—Maddi —se adelantó ella a presentarse con una sarcástica y forzada sonrisa, con los brazos en jarras y un paño blanco en la mano—. La del asiento trasero del Seat rojo, en la oscuridad de la Tala.^[7]

La sorpresa paralizó a Kaiet, que había tropezado por primera vez con sus ojos y los había reconocido aun antes de asimilar el significado de esas palabras. Le costó reaccionar.

—¡No lo puedo creer! —pronunció aturdido—. ¡Eres tú! ¡Dios, cómo has cambiado! —confesó con la sonrisa, quizá más expresiva y abierta que dibujaron sus labios desde que llegó a Bermeo, pero también la que tardó menos segundos en desaparecer—. ¿Por qué has esperado tanto para decírmelo?

—¡Vaya! —exclamó mordaz, arrojando el trapo sobre el mostrador—. ¡Ahora va a resultar que tengo yo la culpa!

Kaiet sonrió ante la infantil reacción, y aprovechó el arrebato para hacerse con el paño y secarse las manos.

—No; no digo que tú seas la culpable —aseguró mientras comenzaba a enjugar la madera empapada que tenía ante sí—. Sólo que si me lo hubieras dicho antes, ahora no me sentiría tan estúpido como me siento.

Maddi ladeó la cabeza para mirarlo fijamente, como si necesitara asegurarse que él había dicho lo que ella había creído entender. Y de pronto soltó con aspereza:

—El manicomio para enfermos mentales sigue estando unas calles más arriba.

Trató de recordarla así de irónica y ácida, pero no lo logró. De lo que sí estuvo seguro, fue de que eso que le acababa de soltar no era la típica broma afectuosa que en el pasado solían hacerse.

—No estoy seguro de entenderte, Maddi —dijo en tono conciliador—. Pero, si en algo te he ofendido, déjame disculparme...

Y, en su desconcierto, mientras ella le respondía con insolencia que no se lo había dicho precisamente para no facilitarle las cosas, él se preguntó cómo no la había reconocido antes. A pesar de la terquedad orgullosa que en ese instante brillaba en esos hermosos ojos verdes, seguían siendo los mismos inteligentes y curiosos que, en su afán de captarlo todo, más que mirar devoraban. No culpó a que un día tras otro hubiera evitado mirarla, sino a su pelo, de un dorado cobrizo, que llevaba recogido de forma desenfadada en lo alto de la cabeza. Siempre había contemplado sueltos esos pequeños rizos, y hasta los había estirado muchas veces sólo por el placer de verlos desaparecer para recuperar después la forma, al encogerse como elásticos muelles de cuadernos en cuanto los soltaba.

No pudo explicarse. Ella siguió diciendo cosas absurdas sobre su «afortunada» falta de memoria hasta que pareció decidir que ya le había dispensado demasiado tiempo. Entonces le arrancó el paño de entre las manos y frotó con él la barra, casi vacía de clientes. Por más que intentó que lo escuchara, sólo recibió la misma indiferencia que sin ser consciente él le

había estado dedicando a ella cada noche.

A Maddi.

A la pequeña y tierna Maddi, que se enfadaba cada vez que alguien osaba jugar con su hermoso pelo de fuego.



—Ayer vi a la hermana de Julen —comento, como por casualidad, cuando llevaba ya un rato de conversación con Amara en la cocina, sentado junto a ella y frente a un café bien cargado.

—Maddi —le informó al pensar que no recordaba su nombre—. Algunas noches atiende la taberna de su *aita*, aquí abajo. Aunque es Julen quien se ocupa siempre que puede. Y también su cuñada; al fin y al cabo son ellos quienes se van a quedar con el negocio.

—¿Pero Valentín no era pescador?

—Lo fue hasta que tuvo el accidente.

—¿Un accidente? —preguntó sorprendido—. ¿Por qué no me lo contaste?

—Nunca querías hablar de lo que dejaste aquí, ¿o ya lo has olvidado?

Durante un momento Kaiet cerró los ojos con fuerza, recordando la incomodidad de sus primeros encuentros después de su marcha, cuando ella insistía en hablarle de casa, de su padre, de las preguntas de sus amigos a los que no sabía qué responder. Pero él siempre la callaba. Quería, o más bien necesitaba casi tanto como respirar, olvidarse de todo para ver si así dejaba de dolerle.

—Llevas razón. Eso fue decisión mía —aceptó acariciándole suavemente la mano que ella posaba sobre la mesa, al lado de la taza—. ¿Qué le ocurrió a Valentín?

—En plena tormenta, en alta mar, se soltó un cabo que le golpeó en la espalda con violencia. Quedó muy tocado y no pudo volver a la pesca ni hacer ningún otro trabajo duro. Por eso, cuando el anterior dueño del Izarra se jubiló, él le compró el negocio.

—Pero está bien, ¿no?

—Estupendo. Cualquiera día de éstos lo verás atendiendo y lo comprobarás por ti mismo.

No había pensado hacer visitas sociales, pero, si lo tenía tan cerca, sin duda acabaría encontrándose con él. Igual que se encontraría con Julen y con el resto de los amigos, porque Ander se había empeñado en preparar un encuentro para esa noche de viernes. Estaba claro que su estancia allí iba a ser más difícil de lo que había imaginado, o más bien de lo que había deseado a pesar de saber que sería imposible.

Se preguntó si los reconocería nada más verlos, como le había pasado con Ander. Aunque después de la metedura de pata con Maddi, todo le parecía posible. Tal vez ya se los había cruzado en algún lugar sin que ni siquiera le hubieran resultado familiares.

Y no andaba desencaminado, porque aquella primera noche que entró en la tasca, demasiado centrado en sus recuerdos, debió haber prestado más atención a la mujer del otro lado de la barra, era cierto, pero también al hombre iracundo que abandonó el local apenas estuvo él dentro.

CAPÍTULO 3

Deseó quedarse un momento con Maddi, disculparse por lo que fuera que la hubiera ofendido y preguntarle por lo ocurrido con Julen. Pero las normas del *txoko*^[8] eran inquebrantables, y mientras las mujeres disfrutaban de relajada charla alrededor de la mesa, los hombres debían estar al otro lado del mostrador, cocinando para ellas.

—De acuerdo, *txo*. Entiendo que no sepas cocinar, pero me cuesta creer que nunca hayas ejercido de pinche —le dijo Eduardo mientras buscaba un trabajo sencillo que pudiera hacer.

A él lo había reconocido nada más entrar. Seguía teniendo la mirada oscura y penetrante de los diecinueve años, y también la misma sonrisa fácil y relajada. Y, ahora, mientras le indicaba la forma precisa en la que debía lavar los cogollos para la ensalada, partirlos a lo largo, en cuatro partes idénticas, y colocarlos en un plato formando un círculo, comprobó que seguía siendo tan meticuloso y perfeccionista como entonces.

Organizó con esmero el redondel de cogollos de Tudela, y se sentó en un taburete alto, sin salir de la cocina por si las reglas eran más estrictas de lo que recordaba. Observó a sus amigos, que hablaban y reían a la vez que se manejaban como hábiles ayudantes. Estaba seguro de que hubiera adivinado que Eduardo era el cocinero, aunque nadie se lo hubiera advertido, por la destreza con la que iba añadiendo aceite al tiempo que mecía el bacalao en la cazuela de barro, al vaivén, lento y suave para espesar el pil pil mientras entonaba una canción marinera.

Le habían conmovido con su recibimiento, sin preguntas, sin reproches, como si hubieran sabido, y además comprendido, los motivos de su

precipitada marcha y de su larga ausencia. Sólo recibió la censura del rudo y cariñoso Ander, cuando le pasó el brazo por el cuello y lo inmovilizó mientras lo regañaba:

—¡Nos has tenido abandonados, cabrón!

Y no lo soltó hasta que no le oyó dar su palabra de que no volvería a desaparecer sin despedirse, y tampoco a estar lejos durante tanto tiempo.

En un primer momento le había sorprendido encontrar allí a Maddi, pero mientras la saludaba como si nada entre ellos hubiera ocurrido la noche anterior, reconoció que siempre tuvo un lugar en la cuadrilla, desde pequeña, aunque entonces ni siquiera ella lo supo.

La acogida no había podido comenzar de mejor manera, pero se truncó en cuanto tuvo enfrente a Julen, su mejor amigo desde donde le alcanzaba la memoria. Le bastaron unos segundos para percibir que había rebasado ampliamente el metro ochenta que medía con diecinueve años; que aquel cuerpo desgarrado y larguirucho había desaparecido bajo un firme revestimiento de bien colocados músculos, y que sólo su rizado pelo, de un cobrizo más oscuro que el de Maddi, seguía siendo el mismo. Y, a la vez que advertía todos aquellos cambios, notó también la animosidad en su gesto. Pensó que tal vez él sí le guardaba resentimiento porque se hubiera ido sin avisar y por su silencio de tantos años; resentimiento que hubiera entendido. Pero no tuvo ocasión de comprobarlo. Sin dar tiempo a que se cruzaran sus miradas, Julen cogió su chaqueta y se fue sin volver la vista atrás ni una sola vez. La que le pareció que era su mujer recogió con prisa sus cosas al tiempo que lanzaba una significativa mirada a Maddi, y salió tras él.

Su actuación les había dejado a todos desconcertados, y a él hundido. Porque, además de la incómoda situación y de su actitud, que por otro lado comprendía, reparó de pronto en que era Julen el hombre alto y fuerte que acompañaba a Maddi y que abandonó con precipitación la taberna cuando él entró la primera noche.

Abandonó su abstracción cuando oyó hablar a Isidro.

—Un brindis, los cuatro juntos. —Alzaron los vasos, en círculo, haciéndolos entrecocar a la vez—. Para que no volvamos a separarnos.

Kaiet asintió mientras recordaba otros momentos parecidos. Isidro

siempre había brindado por todo. Y además con todo: vino, café, agua. Solía decir que lo que no se sellaba con un brindis no podía salir bien. Y los demás nunca protestaban. Sencillamente, levantaban los vasos y participaban en todos los brindis, descabellados o no, que a él se le ocurrían. Era el de menos altura de los cinco amigos, pero el más grande de corazón, siempre pensando en los demás, siempre dispuesto a escuchar, a tender la mano. Y siempre dispuesto, también, a la fiesta. Él decía que por eso su madre se puso de parto en plena romería, en las Magdalenas, porque hasta allí adentro le llegó el sonido de la música y ya sólo pensó en salir antes de que acabara.

No fue hasta después de la cena y del postre, cuando se le presentó la ocasión de hablar a solas con Maddi. La vio abandonar la mesa, dirigirse a la ventana de un extremo y abrirla para que se renovara un poco el aire. Y la siguió sin pensarlo.

Se detuvo tras ella, que respiraba el fresco aire nocturno, con los ojos cerrados, ajena al bullicio con el que sus amigos llenaban el local. Contempló, por encima de su hombro, los árboles y los bancos iluminados del parque de la Lamera, sin saber bien cómo comenzar. Temía que, ahora que nadie podía oírles, dejara de guardar las formas.

—En un primer momento pensé en no venir —le reveló sin saber bien por qué lo hacía—. Sinceramente, no me apetecía ver a nadie —no apreció ninguna reacción, pero continuó—: Y ahora, al ver cómo me han recibido y me han tratado, no puedo evitar sentirme extraño.

—¿Algo así como un traidor desagradecido? —preguntó irónica.

—Y más cosas —aseguró con una sonrisa—. Pero me alegra haberlos visto y haber compartido un tiempo con ellos. Haber comprobado que están bien. Y en especial me alegra haberte encontrado a ti aquí —dijo con la misma suavidad que si manipulara delicadas copas de cristal llenas hasta el borde de nitroglicerina—. Ayer no conseguí disculparme, y creo que hay varias cosas por las que debo hacerlo. La primera, por no reconocerte al...

—¡Ah, eso! —exclamó con desaire, abriendo los ojos y fijándolos en las luces del parque—. La verdad es que me trae sin cuidado que me reconocieras o no.

Kaiet suspiró decepcionado al encontrarse con la antipática mujer de otras

noches, aparentemente más antipática e intratable que nunca.

—Pensé que te molestaba, que era el motivo por el que me tratabas con tanta aspereza —comentó a pesar de tener cada vez más claro que la razón era otra muy distinta, y también más lejana.

—¡Me rompes el corazón, *gixajo!*^[9] —dijo con burla—. De haber sabido que te habías vuelto tan delicado, habría desempolvado para ti la alfombra roja que guardamos para las grandes ocasiones.

—Ni esperaba ni merecía tanto. En realidad, lo que debería sorprenderme es que ellos me hayan recibido sin un solo reproche —dijo mirando al grupo—. Tal vez lo lógico es esto: tu cabreo, la forma en la que Julen se ha marchado...

—Lo ha hecho porque es el más sensato de todos —por fin se volvió hacia él, con un gesto satisfecho en los labios.

Kaiet dejó escapar una corta risa ante lo que juzgó como graciosa ironía.

—Gracias por facilitarme las cosas y por tratarme como en realidad merezco. —Le brindó un amigable gesto que rápidamente encontró respuesta.

—De nada. Es un placer.

No pudo evitar mirarla fijamente, soltando esta vez una risa tan larga y relajada como no recordaba que hubiera salido de su boca desde hacía mucho tiempo.

—Ya he visto que Isidro sigue siendo el más fiestero y que trabaja en la gasolinera —le dijo cuando pudo hacerlo—. Eduardo se casó con una chica del pueblo y es ejecutivo en una conservera. Ander, que también se casó pero se divorció enseguida, tiene el trabajo perfecto para su afición de leer —se detuvo un instante, como esperando que ella le facilitara más información—. ¿Qué ha sido de ti y de tu hermano? ¿Qué habéis hecho en estos años?

—Julen oyó la llamada de la mar.

—¿Es pescador? —preguntó sorprendido—. Odiaba ese oficio.

—¡También decía odiar a mi amiga Nagore, y terminó casándose con ella!

Kaiet así lo había entendido al ver a la pecosa y divertida Nagore recoger con prisa sus pertenencias para salir tras él. Y no le había sorprendido. Aún recordaba la poca energía con la que Julen solía pedir a Maddi que se fueran

cada vez que llegaba acompañada por ella. Nagore le gustaba, y no lo reconocía porque no entraba en su cabeza que un «hombre» de casi diecinueve años pudiera fijarse en una «nena» de apenas dieciséis.

—Me alegro mucho por ellos.

Maddi ladeó la cabeza para mirarlo con aire de superioridad, segura de que él no podía entender la historia de amor de dos de las personas que más quería en el mundo.

—¿Has acabado con tus ganas de hablar por hoy? Porque te advierto que yo estoy dejando de escucharte.

—Si tanto sacrificio te supone, ¿por qué has venido? —preguntó sin ánimo de hostigar.

Ella alzó los hombros y los dejó caer de nuevo.

—Porque no sabía que esta cena era para celebrar tu regreso —después miró de reojo al grupo que, al fondo, reía en animada charla—. El gracioso de Ander es aficionado a preparar sorpresas, y yo detesto las sorpresas.

—Ander es bueno preparando sorpresas y tú esquivando preguntas. Todavía no me has contado qué ha sido de ti en estos años.

—¡Por supuesto! —exclamó con ironía—. ¡Cómo no se me había ocurrido! Ahora mismo nos sentamos a conversar y te cuento, año a año, cómo ha transcurrido mi vida. O mejor mes a mes. O semana a semana si lo prefieres. Hablamos de los buenos tiempos, de los malos tiempos, echamos unas risas y vivimos felices y comemos perdices. ¿Te parece? —concluyó alzando la barbilla.

—Llevas razón. Esto es absurdo. —Hundió las manos en los bolsillos, de nuevo incómodo—. Yo no pinto nada aquí. Te ofrezco mis disculpas. Son sinceras, Maddi.

Ella mostró su cansancio con un sonoro bufido.

—¡Está bien, *txo!* ¡Tú ganas! —aceptó mientras iniciaba el regreso a la mesa.

Kaiet la observó con curiosidad recoger sus cosas y despedirse de sus amigos bromeando y riendo, sin alcanzar a oír de qué, mientras se preguntaba qué había querido decir con eso de que él ganaba.

—¡Disfruta de tu fiesta! —le dijo justo antes de desaparecer.

Aquella fue la confirmación, por si le quedaba algún resto de duda. Él era un extraño entre muchos conocidos, un pez boqueando fuera del mar en el que tantas veces se bañó con ellos. Porque había cosas que, una vez perdidas, consideraba del todo irrecuperables.

Se giró de nuevo hacia la oscuridad de la noche y las luces del puerto y de la Lamera, y volvió a verse con sus amigos a los diez años, junto a la casa-torre de Ercilla, una de las treinta torres que defendían Bermeo en la Edad Media, esperando a que llegara Julen. Todos sabían lo que significaban sus retrasos. Por eso aguardaban expectantes, mirando hacia la plaza, al final de la estrecha y larga calle, haciendo apuestas sobre si, esa vez, llegaría con su hermana o habría conseguido dejarla junto a su madre. La mayoría de los días llegaba enfurruñado, y unos pasos atrás aparecía ella, acalorada por el esfuerzo de seguirlo pero con una radiante expresión de felicidad en sus grandes ojos verdes y en los labios.

—¡Ya está bien, Julen! ¡Estamos hartos de hacer de niñeras! —solían gritarle todavía en la distancia.

Pero a Maddi parecía no importarle, porque una vez más se había salido con la suya y jugaría con ellos, le daba igual a lo que fuera.



—¿Te gustaría que subiéramos a la Tala? —propuso Kaiet a su hijo, al encontrarlo sentado en la cama y leyendo tebeos la tarde del sábado—. *Pintxo* ya ha estado allí, y le gusta mucho.

Iker miró durante unos segundos al perro, como si esperara su confirmación, y cuando se volvió hacia su padre le brillaba el mismo interés en los ojos que si se hubieran entendido.

—¿Qué es la Tala? —preguntó intrigado.

Kaiet se sentó en el borde del colchón, feliz de disfrutar una más de las pocas ocasiones en las que el pequeño estaba dispuesto a conversar. O más bien a atender.

—Aquí llaman así a la Atalaya. En la antigüedad, cuando no existían los

radares ni todas estas cosas electrónicas que tenemos ahora, los vigías de tierra la usaban para avistar la llegada de peligrosos corsarios, de barcos mercantes, de bancos de peces o de ballenas. Porque aquí había valientes y aguerridos balleneros, ¿sabes?

—¿Cómo en *Moby Dick*?

—¡Exacto, como en *Moby Dick*! —rió a la vez que le desordenaba la corta mata de pelo—. Cuando las descubrían desde allá arriba, se daba el aviso, pero no a voces, como seguramente estás imaginando. Tenían que evitar que las poblaciones vecinas se adelantaran. —Lo vio abrir los ojos con desmesura, y continuó—: En el puerto comercial, junto a la Lamera, hay un galeón ballenero al que se puede subir y visitar por dentro. Podemos ir cuando quieras —le había planteado. Y el pequeño asintió con la misma emoción con la que lo escuchaba.

Pero esa tarde el objetivo era la Atalaya, donde sabía que Iker correría tras el perro hasta acabar agotado. Esperaba que después llegara su momento, cuando, para recuperar las energías, el pequeño se sentara sobre el muro, mirando al mar. Entonces él conseguiría su complicidad y su sonrisa contándole las horas que pasó allí de niño, con sus amigos, jugando a localizar ballenas unas veces, otras sanguinarios piratas que venían a saquear el pueblo al que los cinco debían defender. Ellos, y por supuesto ella. Porque eran muchas las veces que Maddi estaba allí, pidiendo que la dejaran mirar por el largo trozo de un viejo tubo que hacía las veces de catalejo.

Una hora después, al pasar por el soportal del edificio naranja y azul, Kaiet miró con interés hacia el interior de la taberna, preguntándose si estaría atendiéndola Maddi. Pero no vio a nadie en la barra, exceptuando a una pareja tomándose unos vinos. Tres pasos más y volvió a detenerse, esta vez junto a la ventana, para buscarla en la zona de mesas. Pero a quien vio fue a Gabino, que estudiaba con atención su mano de cartas. Al parecer el viejo seguía con la costumbre de la partida de mus con los amigos. Lo había hecho siempre. Todos los fines de semana, de los pocos meses del año que no pasaba faenando en el mar, jugaba la partida teniendo como compañero a Valentín, quien, por esas cosas extrañas del destino, había terminado siendo dueño de la taberna.

—Mira al *aitite* —exclamó Iker con una leve sonrisa.

No le extrañó su gesto. Ya le venía notando que cada día estaba más relajado con su padre y más contento en casa. Y esos sutiles pero importantes cambios le alegraban.

De pronto se dio cuenta de que Iker y el perro no se habían detenido y de que él se estaba rezagando. Pero, a pesar de ello, echó un rápido y último vistazo hacia el otro lado de la mesa, justo el que necesitó para comprobar que a quien su padre tenía enfrente seguía siendo el padre de Maddi, con el mismo rostro amable pero mucho más arrugado y viejo.

De haberse quedado unos segundos más, se la hubiera encontrado de frente. Porque apenas abandonó el soportal y se mezcló entre quienes paseaban al tibio sol de la tarde, llegó ella, con sus rizos entre oro y cobre meciéndose al viento, y entró en la taberna.

No tuvo Maddi el afectuoso recibimiento que otras veces le habían dedicado los cuatro viejos jugadores. Ni siquiera oyeron el simpático saludo que ella casi tarareó al pasar por su lado. La tensión constreñía sus rostros cuajados de arrugas mientras todos fingían mirar sus manos de cartas.

—¡Deja de preguntar sandeces y juega! —oyó exigir con acritud a Gabino Aguirre cuando comenzaba a pensar que la partida los tenía abstraídos.

—No es para enfadarse —respondió el que llamaban flaco—. Sólo he preguntado por qué se fue tu chaval de la noche a la mañana. Nunca has contado qué pasó, y tampoco has dicho por qué ha vuelto.

—¿Has explicado tú por qué se metió el tuyo en la droga? ¿Te lo he preguntado siquiera?

—Juguemos en paz —pidió Valentín con calma—. ¡Envido! —dijo en alto en un intento por calmar los ánimos.

Pero nadie le prestó atención.

—¡Lo de mi chico fue distinto! —protestó ofendido el flaco.

—¡Es lo mismo! —insistió el malhumorado Gabino—. ¡Y si no quieres que hablemos de tu hijo no vuelvas a nombrar al mío!

Maddi entró en la cocina, se anudó el delantal a la espalda y se recogió los rizos en lo alto de la cabeza. Y, cuando comenzaba a pelar las patatas para

las tortillas, oyó a su padre cantar con arranque un órdago.^[10] Suspiró confiando en que las cosas hubieran vuelto a su cauce natural.

Se había preguntado muchas veces el porqué de la repentina marcha de Kaiet. La pilló tan de sorpresa, que durante días le costó asumir que se hubiera ido sin decirle nada, y se pasó semanas, incluso meses y después años, esperando que se pusiera en contacto con ella, que le explicara, que apareciera... Cualquier cosa le hubiera servido.

Cualquier cosa menos ese silencio de diecisiete años.

Y ahora llegaba de pronto y pretendía que hablaran como si nada hubiera pasado. Pero eso no iba a ocurrir. Lo mantendría lejos de ella, y no porque así se lo hubiera implorado su hermano, que nunca había embarcado con tanta preocupación como esta última vez. Ella era quien no quería tener nada que ver con él.

CAPÍTULO 4

Los primeros días, con su dureza y sus dificultades, pasaron muy lentamente. No era fácil estar en un lugar al que nunca había deseado volver y en el que despertaba una expectación que no porque la hubiera esperado le resultaba más fácil de llevar. Pero de pronto, una noche, se dio cuenta de que la novedad, que era él, había dejado de serlo. Los amigos habían vuelto a sus vidas, a sus rutinas. Ya nadie se paraba en la calle para volverse a mirarlo o para darle una dudosa bienvenida. No se podían contar eternamente las mismas cosas o voltearse para ver siempre la misma cara sin cansarse. La sorprendente noticia de que el mal hijo de Gabino Aguirre había regresado, viudo y con un pequeño, ya no era tal noticia. Y mientras siguiera siendo el hombre que un día tras otro hacía las mismas aburridas cosas, pasaría tan desapercibido como cualquier otro. Era como aquello que solía decir su madre sobre la pérdida de un ser querido. Los que te aprecian, y hasta los que no lo hacen, te consuelan y te acompañan hasta el día del entierro. Después todos vuelven a lo suyo y se olvidan hasta de hacerte visitas. Y es entonces, al estar de nuevo solo, cuando eres realmente consciente de lo que has perdido.

También él, poco a poco y sin pretenderlo, se iba poniendo al día de lo que durante diecisiete años había acaecido en el pueblo y en la vida de los viejos conocidos que dejó allí. Algunas veces por cosas que escuchaba, otras directamente porque se lo contaban, como el propio José María le refirió, una de las noches en las que coincidieron en la taberna, que después de un infarto tuvo que arrendar el taller porque no podía hacer ningún esfuerzo. También supo que la panadería que estaba junto al claustro de San Francisco, en la que

su madre acostumbraba a comprar el pan, y de vez en cuando algunos dulces, ya no la regentaba aquella mujer, extremadamente cariñosa, a la que no vio quitarse el luto desde la muerte de su esposo. Ahora la atendía una mujer de mediana edad que, por lo que comentaba con sus clientas, parecía tener unos cuantos niños revoltosos. Ella misma le contó que la anciana había fallecido hacía un par de años, pero que al traspasarle la tienda le reveló su secreto para elaborar las sencillas y deliciosas palmeritas de hojaldre y almendras que tanto gustaban a sus parroquianos.

Morder aquella textura dulce y crujiente y encontrar en su memoria una sensación y un sabor idénticos, fue para él como trasladarse al pasado. Y como siempre que al asentarnos en un lugar nuevo vamos adoptando sus costumbres, la de comprar aquellas palmeras para el desayuno fue una de las muchas que, sin ser consciente, él fue adquiriendo con el paso de los días.

Con el único que a veces se veía era con Ander, siempre cuando iba a comprar nuevos tebeos que su hijo devoraba en dos días. Con él era más fácil que con el resto, pues al tener algunas cosas en común no se sentía como prensado a la fuerza en un puzzle que ya no era el suyo. También él había sufrido por la pérdida de su mujer, aunque en su caso ella lo abandonó por otro el mismo día que cumplían dos años de casados. Al parecer, entre sus camisas quedó escondido el regalo que le había comprado y que pensaba entregarle por la noche, durante una cena romántica que nunca se celebró. Le costaba imaginar cómo era padecer por alguien que ya no te ama y a quien tú no consigues olvidar. Ambos sabían lo que era la desesperación y la impotencia por no poder volver atrás y cambiar el rumbo de sus vidas para que aquello que los destrozó no ocurriera jamás. Pero sentía que lo trataba con pena, y que tal vez lo hacía porque consideraba que su dolor era aún mayor del que él mismo soportaba. Ésa era la única incomodidad de sus encuentros, porque la lástima con la que a veces lo encontraba mirándolo le hacía recordar que con la muerte de Raquel él había perdido media vida.

Finalizando septiembre, los días se fueron haciendo más cortos y las temperaturas más frías, y cada vez le resultaba más duro salir de casa a esas horas de la noche, como un perro sin dueño, cuando lo que de verdad le apetecía era cenar junto a su hijo o sentarse con él en el sofá, ver un rato la

tele y llevarlo después en brazos a la cama. Lo había hecho infinitas veces durante los últimos siete años, y en ocasiones a horas intempestivas. Porque el pequeño se negaba a acostarse si él no lo llevaba. Muchas veces llegaba del trabajo pasada la medianoche y los encontraba, a Raquel y a él, dormidos en el sofá, esperándolo. Entonces despertaba a su mujer con un beso y una disculpa cariñosa por el retraso, y tomaba en brazos al niño, que, aun adormilado, sonreía y se le apretaba con fuerza.

Pero éstos fueron otros tiempos, otra vida que jamás recuperaría. Ahora todo costaba más dolor, más esfuerzo. Pues, desde que no estaba ella, todo se había vuelto de un gris oscuro, casi negro.

Para su desgracia, la tasca a la que había convertido en su cobijo de las noches seguía capitaneada por Maddi, y él no sabía a qué otro sitio ir, ya que no encajaba en ningún lugar de ese maldito pueblo. Por eso, cada noche, después del largo paseo con *Pintxo*, terminaba sentado en uno de los asientos azules que se alineaban formando medio círculo frente a la escultura de *La última ola*. Muerto de hambre y de frío, miraba el reloj y, cada poco tiempo, también hacia la casa de su padre esperando que se apagara la dichosa luz antes de que acabara congelado.

Maddi lo veía cada día, y a ratos fingía limpiar las mesas que estaban junto a la ventana, esperando siempre que no siguiera allí, soportando el frío de la noche. No conseguía entender por qué actuaba de aquel modo, como si durante esas precisas horas no tuviera nada ni a nadie. Hasta que una noche, inusitadamente fría en la que un viento recio azotaba por el oeste y los parroquianos llegaban resoplando y frotándose las manos heladas, no pudo contenerse. Se quitó el delantal, se puso la chaqueta y se acercó a aquel semicírculo de asientos al que llamaban Congreso.

No dijo nada hasta que estuvo ya sentada a su lado y él la miró sorprendido, con el cuello de la cazadora levantado y las manos guarecidas en los bolsillos; también la que sujetaba la correa del perro.

—¿No te dejan llegar temprano a casa?

—Prefiero subir cuando todos duermen. —Le sonrió, y después miró hacia los lados—. ¡Ha cambiado tanto todo esto!

—Sólo un poco, para mejor —opinó mirándolo a él—. En realidad sólo

ha cumplido años, como todos nosotros. Ha crecido. Pero puedo entenderte; la distancia y la vida misma, los caminos que elegimos, nos cambian la visión de las cosas.

—Buena reflexión. —Se encogió dentro de la cazadora y se apoyó con más firmeza en el respaldo—. Desde el primer momento me he sentido como un intruso en este pueblo. Y tienes razón, porque creo que el que más ha cambiado de todos soy yo. Es como si aquí la vida hubiera seguido igual.

—Pero sin ti —dijo con más pesar del que hubiera querido. Se volvió hacia las ventanas de la casa de Gabino—. Creo que ya puedes irte a dormir —le informó a la vez que se ponía en pie para encaminarse al bar, donde seguramente ya la estaban echando de menos.

Kaiet se levantó más despacio, lo que consiguió retenerla otro breve segundo.

—Si supiera cómo disculparme, Maddi, lo haría —le dijo en voz baja—. Pero no lo sé. No sé qué es lo que debo hacer.

Ella frunció los labios con algo que a Kaiet le pareció cariñosa reprimenda porque siguiera allí, pasando frío en lugar de correr hacia casa.

—Todavía no he puesto un cartel que prohíba el paso al bar a Kaiet Aguirre —bromeó con su natural desenfado—. Si quieres un pincho de tortilla y una cerveza, puedes entrar mañana.

Kaiet rio al descubrir de pronto, en su gesto y en su tono, que se lo había estado sirviendo sin preguntar con toda la intención de fastidiarlo. Y mientras ella regresaba a la taberna con paso ligero, él y *Pintxo* caminaron detrás, más despacio a pesar de lo deseosos que estaban ya por volver al abrigo de la casa.



—¿Qué idioma habla el crío? —fue lo primero que le dijo su padre después de la agria discusión del día de su llegada.

Fue una noche, cuando Kaiet se disponía a salir al ver que Amara comenzaba a preparar la cena mientras Iker leía tebeos en su cuarto y Gabino

veía un programa de televisión.

—Te entiende —respondió Kaiet—. Pero desde lo que ocurrió, habla muy poco.

Gabino meció la cabeza, largamente y en silencio, identificándose con su nieto por saber de primera mano que, cuando hay exceso de dolor dentro, por fuera sobran las palabras.

—Hace bien —dijo sin suavizar el gesto—. ¡Para lo que hay que decir muchas veces, es mejor estarse callado!

Kaiet respiró hondo a la vez que él volvía a poner la atención en el televisor, y se dirigió a la cocina a por la correa de *Pintxo*. Apenas entró, Amara levantó la mirada del pan rallado con el que rebozaba y daba forma a las croquetas, y le sonrió.

—Pensé que te iba a reprochar lo del cole —dijo en clara referencia a su padre.

—¿Qué cole?

—Anda enfurruñado porque no entiende qué hace Iker sin ir al colegio. Opina que porque tú no sepas qué hacer con tu vida, tu hijo no tiene por qué convertirse en un ignorante. —Sonrió ante la indiscutible exageración—. *Aita* es así. Quita importancia a muchas cosas y, sin embargo, dramatiza sin pudor otras.

Kaiet se frotó la nuca, tensa y dolorida desde que había regresado a esa casa.

—Ni siquiera me lo había planteado, porque no vamos a quedarnos mucho tiempo. Un par de meses, tal vez hasta las Navidades.

Amara alzó de nuevo los ojos, manteniendo baja la cabeza y mirándolo a través de las pestañas.

—¿Cuántos meses de colegio puede perder un niño de siete años? —Kaiet resopló—. Tú puedes tomarte un año sabático si lo necesitas, pero él no. Me apena decirte esto, pero si tienes claro que vas a irte pronto, hazlo ya porque Iker no puede continuar así. Y si la cura que viniste buscando para él, y por supuesto también para ti, no ha hecho efecto aún y no sabes cuándo lo hará, espabila.

Espabila. Hacía años que nadie le decía esa palabra que tanto usó con él

su madre, cuando lo veía remolonear con los deberes. Tampoco a ella le hubiera gustado ver así a su nieto, y seguramente hubiera utilizado esa misma palabra para hacerle reaccionar.

—Dejar esto a mitad de curso y terminarlo en su colegio en Madrid no sería el peor de los males. —La miró con preocupación—. No es como cambiar a otro que no conoce, ¿no?

—No, no es lo mismo —lo tranquilizó sonriendo mientras dejaba en el plato una nueva croqueta—. Además, cuando vuelva lo hará con cosas emocionantes para contar a sus compañeros. —Lo vio enfrascarse en pensamientos en apariencia arduos—. Si decides quedarte y llevarlo al cole, puedes dejar el papeleo en mis manos.

—No imagino otras mejores. —Su cariñosa sonrisa corroboró la afirmación—. Pero yo me ocuparé de todo. Soy su padre —dijo con orgullo.

Fue a emitir el leve silbido con el que llamaba cada noche al perro, y se sorprendió al encontrarlo ya a su lado, agitando enérgicamente la cola, expectante ante la inminencia del acostumbrado paseo nocturno.

—Quédate a cenar —rogó de pronto Amara.

—¿Para que pase lo de la primera noche? —dijo arrugando el ceño—. No, tranquila, que yo puedo cenar en cualquier otro sitio.

Amara se entretuvo haciendo rodar la última bolita de masa sobre el pan rallado.

—Mientras estás aquí, sin saber bien qué hacer con tu vida, yo creo que lo lógico sería que hablaras con *aita*. Al fin y al cabo, estás en su casa, y aunque ya sabemos cómo es él y que no te ha recibido con los brazos abiertos, pienso que deberías darle la explicación que lleva diecisiete años esperando.

Kaiet se frotó los párpados con cansancio. No era un ingenuo. Desde el primer momento supo que volver a casa tendría consecuencias. Pero ya había bastantes cosas que lo hacían sentir mal como para que, ahora, también su hermana contribuyera a ese malestar diciéndole lo que él tenía ya muy presente. Dolorosamente presente.

—No deberías inmiscuirte en esto.

—¿Prefieres que finja y me calle lo que pienso?

—La verdad es que no. Pero no necesito más presiones, hermanita. —La besó con suavidad en la frente—. Tengo más de las que soy capaz de gestionar.

Enganchó la correa al collar de *Pintxo* y salió a la calle sintiendo el peso de la atenta y preocupada mirada de su hermana.



No esperaba una especial acogida al regresar a la tasca, y no la tuvo. Maddi apenas si le prestó atención, pero sí que le preguntó qué era lo que quería cenar esa vez. Recuperar aquel espacio de las noches le supuso un alivio; un poco de oxígeno en un lugar grandioso y abierto al mar que, sin embargo, le oprimía.

Aunque había veces que ella le daba un poco de conversación, socarrona y breve casi siempre, como si con él se mantuviera infatigablemente a la defensiva.

—Al parecer has tenido otro gran día —le dijo una noche, con su acostumbrado sarcasmo.

—Hace mucho que dejé de tener días perfectos.

—Nadie tiene días perfectos —aseguró al tiempo que le retiraba el plato ya vacío y se alejaba.

Él los había tenido, y muchos más de los que podía recordar, pensó mientras la veía atender a otros clientes y limpiar una y otra vez la impoluta barra, tal vez con el único propósito de no acercársele.

—Eso no es así, Maddi —le dijo cuando la distancia entre ellos fue un poco más corta.

Ella avanzó, con el paño en la mano, y se colocó frente a él.

—Eso es así, *gixajo* —insistió—. Analiza con detenimiento todos esos días perfectos que crees haber tenido, y verás que terminan siendo dos o tres. —Sonrió dándose importancia—. Y eso sólo si tú eres de los pocos afortunados.

Volvió a alejarse, esta vez para desaparecer por la entrada a la cocina.

Kaiet se puso en pie, repitiéndose que no tenía razón. Él había vivido innumerables días perfectos. Especialmente desde que conoció a Raquel y dejó de sentirse solo. Nadie podría convencerle de lo contrario.

Cuando dejaba el importe de lo consumido en la barra, le sorprendió oír su voz. No la había oído llegar.

—Por esta vez invito yo —le dijo con esa mezcla de dulce amargor—. Pero no te acostumbres.

Y esa noche recogió sus monedas y le pagó con una sonrisa.

Aún rumiaba las crudas palabras de Maddi al entrar silencioso en la casa. Avanzaba por el pasillo cuando le pareció escuchar susurros que salían del dormitorio. Se acercó con cuidado y se detuvo en el umbral. Y, al tenue contraluz de la lámpara de la mesilla, distinguió sorprendido la figura de su padre, sentado en la cama y arrojando a Iker.

—Fue una gran batalla —oyó que decía en ese momento.

Enseguida entendió que le estaba hablando de una de las muchas historias que él le había oído contar: la Batalla de Matxitxako, la gran gesta heroica de la guerra civil que tantas veces, y con tanto orgullo, había narrado tal y como antes se la narró a él su padre.

Observó los ojos sorprendidos de su hijo mientras escuchaba cómo simples pescadores en cuatro barcos bacaladeros armados con algunos cañones, se enfrentaron en las costas de Bermeo a *El Canarias*, un gigantesco crucero de guerra con multitud de cañones, ametralladoras y una tripulación experimentada.

No quiso romper el momento con su presencia. Se apartó sin dejarse ver y volvió a descender las estrechas y poco iluminadas escaleras, dispuesto a dar otro largo paseo en compañía de Pintxo.



—Hace días que no hablas con los abuelos —dijo a Iker a la vez que marcaba el número en su teléfono móvil y se lo entregaba. El niño se lo puso en el oído, atento a los tonos—. Estarán deseando escuchar tu voz.

Después se apartó, como si nada de aquello fuera con él, y comenzó a preparar el desayuno. Que él no hablara con los padres de Raquel no significaba que no pudiera hacerlo Iker. Eran sus abuelos y lo querían como a su propia vida. Porque eso era él en realidad, especialmente desde aquella aciaga mañana.

Desde el primer momento entendió su dolor, pero le hirió en lo más hondo que ellos no supieran ver el suyo. Habían perdido a una hija, era cierto, pero Iker había perdido a una madre y él... él había perdido su alma.

Miró de reojo a Iker, que sentado en una silla, frente a la mesa, escuchaba más que hablaba. A veces asentía con la cabeza sin pensar que, al otro lado del teléfono, a sus abuelos sólo les llegaba silencio.

—Los tres estamos muy bien —le oyó decir a la vez que acariciaba la enorme cabeza peluda de *Pintxo*, que se adormecía con el morro apoyado en sus piernas—. Voy a un cole nuevo.

A veces sentía deseos de coger el teléfono y hablar con ellos, preguntarles cómo estaban. Pero no podía hacerlo. No tenía ánimos para escuchar sus reproches.

Llenó una taza con leche caliente a pesar de que Iker la prefería tibia para que no se le reblandecieran los cereales. Pero ésa era la mañana más desapacible de todas las que llevaban allí. Lo había comprobado hacía rato, durante el rutinario paseo que cada amanecer daba con *Pintxo* por el puerto. Esta vez no habían accedido al rompeolas, porque grandes crestas de mar espumoso lo invadían con violencia, abrazándolo como si cada embestida pretendiera llevarse en su retroceso el hormigón a pedazos.

El colegio no estaba demasiado lejos. Apenas a diez minutos de caminata, pero le preocupaba que pudiera enfriarse. Ése iba a ser el primer invierno que pasarían solos, sin ella, que era quien sabía con precisión cuándo ponerle gorro, cuándo bufanda, cuándo quitarle el jersey o cuándo ponerle el abrigo. Él sólo se había ocupado de disfrutar de su hijo, y, ahora que no estaba Raquel, todo lo que ella hacía con repetida simpleza a él le parecía un mundo. Ser padre siempre le resultó divertido y fácil, pero al fin comprendía que fue así porque ella trabajó para hacerlo posible. Ahora, el más leve cambio en la rutina a la que se estaba acostumbrando le suponía un reto.

No sabía quién de los dos había estado más nervioso los primeros días de clase; si Iker, entrando a un lugar que desconocía, o él, quedándose ante la puerta hasta que lo perdía de vista. Pero sin duda él fue quien más se sorprendió al cabo de pocos días, porque a pesar de lo retraído que su hijo era, en especial desde que se habían quedado solos, no tardó en adaptarse y soltarle aquella frase que le hizo tanta gracia y le dio tranquilidad: «Me he hecho un mejor amigo.» Además, ya parecía familiarizarse con el entorno y su especial modo de vida, y aunque verlo mejorar día a día le relajaba, también comenzaba a preocuparle que se acomodara demasiado a todo eso.

Esa noche se encontró con la taberna prácticamente vacía. Una joven pareja cuchicheaba, con las manos entrelazadas, en la mesa del fondo, y un tipo estaba en el hueco por el que se entraba a la barra, medio cuerpo fuera y el otro medio dentro, hablando en voz baja con Maddi.

Se sentó en su rincón, dispuesto a aguardar hasta que terminara la riña, el galanteo o lo que fuera que se traían entre manos. Algunas frases que ellos decían le llegaban con claridad. De otras, en cambio, y a pesar del absoluto silencio de la tasca, apenas si escuchaba el murmullo.

—No lo entiendo, Maddi —decía en aquel momento el hombre.

—Pues te lo he explicado bien clarito —replicaba ella.

Kaiet sonrió, casi con alivio, al ser testigo de que no era ácida tan sólo con él. Miró de reajo, tratando de no parecer un entrometido fisgón. El tipo pasó al interior de la barra sin dejar de mirarla a los ojos, acercándose hasta pegarse a su cuerpo, y le puso las manos en el trasero con la confianza de quien lo ha hecho otras muchas veces. Ella no se inmutó, pero lo inmovilizó con una simple y gélida mirada.

—Si estás caliente sólo tienes que salir, caminar unos pasos y dejarte caer en las fresquitas aguas del puerto —lo invitó serena—. ¡Ya verás cómo te relaja!

—Anda, no seas tonta —rogó, seductor y tierno—. ¡Si sabes que siempre terminamos arreglándonos!

—No quiero enfadarme, Unax.

—¿Qué he hecho mal esta vez? Sea lo que sea, te prometo que no volverá a pasar —indicó acariciándole con suavidad la mejilla.

—Por favor, Unax —pidió de nuevo Maddi—. Si quieres lo hablamos en otro momento, pero ahora no.

El tipo levantó las manos, mostrando rendición, y comenzó a alejarse de espaldas.

—Vale. Entendido —aceptó con suavidad—. No estás de humor. Pero tenemos que hablar de esto. Puedo esperar a que cierres y...

—¡Largo! —insistió. Y lo empujó con los ojos hasta que lo vio desaparecer en la oscuridad de la calle.

Entonces, con calma, como si no hubiera tenido, hacía unos segundos, las ansiosas manos de un hombre acariciándole el trasero, sirvió a Kaiet los pinchos y la cerveza.

—Le has roto el corazón —comentó él con una sonrisa.

Maddi lo miró arrugando el gesto, mostrándole que le parecía un inoportuno y mal chiste.

—Se le pasará, como a todos —aseguró huraña—. Los males de amor os duran bien poco.

La sonrisa de Kaiet se hizo más amplia. Le resultaban graciosas sus impertinencias, tal vez porque él conoció a una Maddi diferente; con mucho carácter, sí, pero sobre todo con mucha dulzura.

—No recuerdo que hubieras sido así siempre.

—Es que para recordar es necesario tener memoria, *gixajo*.

Otro sarcasmo, y éste le hizo pensar que, esa merecida desconsideración con la que lo trataba, podía ser lo que le hacía fácil hablar con ella.

—He estado con tu *aita* —le dijo tras el primer bocado—. Me ha dicho que vives sola, que tienes una floristería con invernadero con la que te va muy bien...

—¿Andas preguntando a mi *aita* por mí? —le interrumpió con desconfianza.

—¡No! —dijo riendo—. He pasado por aquí esta tarde y él estaba atendiendo. Lo cierto es que era de los pocos que me quedaban por encontrarme. Me ha reconocido nada más entrar, y hemos estado hablando de cosas nuestras hasta que..., no sé cómo, ha terminado contándome sobre Julen, su hija de quince años, sobre ti.

Ella desarrugó con lentitud el ceño mientras él daba un trago largo a su cerveza.

—Bueno. Si tanto te interesa mi vida, te evitaré que tengas que ir buscando a quien te la cuente. —Apoyó los codos en el borde de la barra—. Lo primero, no sé si he tenido mala suerte o la has tenido tú, porque si el anciano padre de mi cuñada no se hubiera roto la cadera hace poco, te hubieras encontrado aquí cada noche con ella, que es mucho más amable y mejor conversadora que yo —dijo con graciosa acidez—. Por lo demás, mi negocio de flores va muy bien, no tanto por lo que vendo en la tienda como por todo lo que trabajo para empresas, hoteles, restaurantes. Eso me permitió independizarme muy pronto. Y no vivo sola —aclaró satisfecha—. Hace tiempo que lo hago con el dueño de mi corazón.

—Por lo que he creído entender hace un momento, eso ha terminado ya, ¿no?

Ella mostró sorpresa, y al instante recordó a Unax y se echó a reír.

—¿Lo dices por el moreno de profundos ojos negros con el que he estado hablando? —preguntó divertida—. Él nunca ha vivido conmigo. Es otro el que consigue que se me erice la piel con sólo rozarme.

—No me extraña que no quisieras contarme nada sobre ti. Tienes montado un buen lío —opinó, contento de ser él quien, al menos por una vez, se encontrara con ánimo para soltarle una ironía—. Ten cuidado y no vayas a confundir sus nombres en algún momento de emoción.

—Descuida, no lo haré —aseguró risueña—. Tal vez porque tienen nombres muy diferentes. El que acaba de irse se llama Unax; y el rey de mi corazón, *Miki*. —Hizo un gracioso mohín—. Lo sé; no es un nombre muy masculino, pero me pareció bonito para un gato.

La sorpresa paralizó a Kaiet, que no podía creer que le hubiera tomado el pelo con tanta facilidad.

—¿Vives con un gato? —preguntó absurdamente mientras ella lo miraba con divertido y gracioso gesto de mofa.

—¡Pues claro! ¿Qué era lo que estabas pensando?

Kaiet rio y meció la cabeza, reconociéndose vencido.

—Mejor no lo cuento si quiero seguir viniendo aquí cada noche.

Y mientras ella reía con ganas, él se centraba en su cena, que se le estaba quedando fría.

—Es el rey de la casa —dijo Maddi tras ponerse más cómoda, apoyada en la barra—. Lo encontré una mañana de mucho frío. Cuando iba a montar en la furgoneta oí un sonido muy débil, como el de un recién nacido. Miré alrededor, no vi nada y subí. Pero cuando estaba a punto de arrancar, algo me dijo que no lo hiciera. Bajé, agudicé el oído y se repitió la especie de llanto de bebé. Venía de la furgó, estaba segura. Miré y remiré, hasta que levanté el capó y encontré dentro a un gatito muy pequeño y asustado. Al parecer se había subido por la noche, buscando el calor del motor.

—Y te lo quedaste.

—Me abrumas con tu habilidad para la adivinación —bromeó riendo, y al instante miró hacia la puerta, por la que en aquel momento entraba un cliente habitual—. Me lo quedé, sí señor. Y ha sido lo mejor que he hecho en toda mi vida.

—Tuvo suerte el bicho al elegir precisamente ese vehículo.

—No le digas bicho —dijo irguiéndose para atender al recién llegado—. Es un gato, y se llama *Miki*.

Durante unos minutos había aparecido la Maddi que recordaba, tal vez un poco más agria y distante por fuera, pero la misma chiquilla tierna y dulce por dentro. Y lo había hecho reír y relajarse.

En ocasiones se preguntaba por qué seguía yendo allí. La tasca era como un rinconcito en su memoria, pero real, en el que podía pasar las horas sin esa agobiante opresión que le provocaba haber regresado al pueblo. Quizá porque estaba tal y como él la había dejado, pero también porque Maddi le facilitaba las cosas sin saberlo. Ella, al contrario que sus amigos, que con tantas muestras de cariño le hacían sentir culpable, le dedicaba una aspereza tras otra. Y a él, ese trato arisco le parecía más justo, y así no tenía la sensación de estar aprovechándose de una amistad y un cariño que ya no le pertenecían.

CAPÍTULO 5

Le sorprendió el olor a café que indicaba que, por primera vez, Amara se le había anticipado. Solía levantarse cuando lo escuchaba a él avanzar por el pasillo, y se encontraban en la cocina, donde ella preparaba café bien cargado y conversaban a la vez que disfrutaban de ese intenso aroma que lo invadía todo, activándoles los aún adormecidos sentidos.

Las palabras con las que comenzaba a desearle los buenos días se le estancaron en cuanto lo vio. Era su padre quien estaba ahí, sentado en su rincón de siempre, sujetando una taza con sus dedos temblones mientras otra, llena y humeante, aguardaba en la mesa como clara invitación a que él se sentara.

—Esto no puede seguir así —dijo Gabino al verlo parado. Kaiet miró hacia el pasillo, que la todavía escasa luz de la mañana mantenía a oscuras—. No busques a tu hermana. Ella no va a librarte de esta conversación.

—No hay nada de que hablar.

—Mírame bien, Kaiet. —Aguardó hasta que al fin lo hizo, aunque no de frente—. Soy un viejo. No podré esperar otros diecisiete años a que quieras volver por aquí.

—Dejemos las cosas como están —pidió sin acercarse—. Sigamos evitándonos, como hemos hecho hasta ahora, y todo irá bien.

—Yo no hago así las cosas. Te lo dije cuando llegaste. Quiero respuestas. Kaiet resopló despacio, tratando de aliviar la presión en el pecho.

—Más que respuestas, yo tendría preguntas.

—¡Pues hazlas de una maldita vez! —exclamó golpeando la mesa con el puño cerrado.

—¿De verdad quieres eso, sabiendo lo que ocurrirá después? —preguntó arrugando el ceño—. ¿De verdad quieres que nos vayamos?

—Porque todo serían recriminaciones, ¿verdad? —aventuró su padre. Kaiet cerró los párpados con fuerza—. Pero también yo tengo cosas que reprocharte: tu desapego, tu frialdad. Todos mis esfuerzos por hablar contigo que tú no valorabas. ¿Crees que no me dolía que mi único hijo varón me tratara como a un desconocido?

—Eras un desconocido —murmuró casi para sí.

—Pasaba poco tiempo en casa, es cierto, pero tú te ibas convirtiendo en un hombre que debería haber entendido que aquél era nuestro pan de cada día. —Tragó, tenso y emocionado—. ¿No ves que sólo quiero que arreglemos nuestras diferencias, que nos entendamos...? No quiero morir sin haberlo hecho.

—Hay razones imposibles de entender y heridas imposibles de curar.

—Por culpa del silencio. —Aguardó un instante, pero Kaiet siguió inmóvil—. Callarse no cura las heridas. Es hablando, gritando dónde y por qué duelen; es sacándolas al aire como cicatrizan.

—No en mi caso —aseguró al tiempo que se retiraba.

Le dolió dejar a su padre en la cocina, cansado y viejo, con la decepción titilando en sus cristalinos ojos grises. Pero ¡qué otra cosa podía hacer, cuando mayor que la pena que le inspiraba era el resentimiento que acumuló contra él en una sola noche y que llevaba alimentando diecisiete largos años!



Habían vuelto a invitarle a una cena en el *txoko*, pero tanto por lo ocurrido la primera vez, con la estampida de Julen, como por lo incómodo y extraño que se sintió, decidió no aceptar. Era lo mejor para ellos, y sobre todo para él, que prefería estar solo. Nunca fue su intención recuperar el tiempo que pasó lejos. No había vuelto para eso, y tampoco deseaba que su presencia fuera un compromiso para nadie. No quería suponer una carga cuando lo que quedaba entre ellos ya era todo pasado; unos años, demasiado lejanos ya, en los que

fueron grandes amigos.

—Todos preguntaron por ti —le dijo Maddi, la noche siguiente, cuando él llegó más tarde de lo acostumbrado y ella le servía los pinchos de la cena.

—Sólo soy alguien que una vez fue amigo y con el que aún creen tener alguna obligación. Pero seguro que respiraron con alivio al ver que no aparecía.

—No puedo creer que estés diciendo eso.

—Es la verdad, y nadie, que yo conozca, entiende y suelta mejor que tú toda clase de verdades. —Se frotó el rostro con las manos antes de volver a mirarla—. ¿Puedo quedarme aquí hasta que cierres?

Ella asintió, segura por su expresión de que tenía buenas razones para hacerlo.

Kaiet comió despacio y sin ganas. Se sentía dolorosamente vacío a pesar de estar repleto de recuerdos y de emociones. Había visitado la tumba de su madre y le había dejado sobre la lápida un ramo de flores blancas. No se las compró a Maddi para no verse obligado a hablarle de ella. Ese día no se sentía con fuerzas. Por eso necesitaba llegar a casa cuando no existiera ni la más remota posibilidad de que su padre le aguardara levantado y queriendo hablar con él, como ya había hecho unos días atrás.

No se movió de su rincón, al que Maddi acudió a ratos para preguntarle si quería algo más, aunque su verdadera intención hubiera sido hacerle una pregunta delicada con la que finalmente no se atrevió. Y es que ni siquiera hacerlo hablar de su hijo sirvió esa noche para sacarle una mísera sonrisa. Él siguió allí, inmóvil, pensativo, hablando tan sólo lo justo hasta que ella le dijo con pena que tenía que cerrar.

—Gracias por darme cobijo esta noche —le dijo con una sonrisa triste.

Después abandonó el taburete y salió con cansada lentitud.

Se acercó al perro y miró alrededor. Ni una luz en las ventanas de la casa de su padre, ni un alma en el puerto. Sólo oscuridad rasgada por la suave claridad de las farolas y silencio roto por el lejano bramar de las olas contra el espigón largo. Resultaba curioso que las mismas cosas de cada día resultaran tan diferentes dependiendo del estado de ánimo con el que se miraran.

Un sonido metálico le hizo volverse, y encontró a Maddi bajando la

pesada persiana que protegería la puerta de madera.

—Déjame ayudarte —pidió, y ella retrocedió para dejarle espacio y observar la facilidad con la que él hacía descender el batiente metálico y lo encajaba en el suelo.

Le dio las llaves para que lo afianzara, y entonces se atrevió a preguntar, antes de que acabara y desapareciera por entre los arcos.

—¿Cómo ocurrió?

—¿A qué te refieres? —preguntó mientras se aseguraba de que todo quedaba en orden.

—¿Cómo perdiste a tu mujer?

Le costó ponerse en pie. Definitivamente, aquél no era un buen día para rememorar cosas del pasado.

—En un accidente de tráfico —le dijo tras unos segundos, cuando consiguió mirarla a los ojos para devolverle el juego de llaves.

—Tiene que ser terrible recibir esa noticia, y después escoger las palabras con las que contárselo a un hijo.

—Los dos lo vimos todo —detalló en un murmullo que se perdió en el rugir del mar azotando el muelle.

Maddi se abrazó a sí misma, helada de pronto, haciendo sonar sobre su cuerpo el tintineo con el que entrechocaron las llaves en el manajo.

—Hacíamos la mudanza a nuestra nueva casa en la sierra —continuó contando con la mirada perdida—. Yo conducía una furgoneta de alquiler, y ella iba detrás, en nuestro coche cargado de maletas. —Inspiró hondo mientras Maddi sufría otro escalofrío—. Yo adelanté y ella me imitó sin fijarse en que... que en dirección contraria se acercaba otro coche.

Hundió las manos en los bolsillos y volvió a mirar alrededor, hacia la claridad amarillenta que le robaba negrura a la noche, recordando aquella fría y soleada mañana de enero, a su amada y sonriente Raquel bromeando porque Iker quisiera viajar con él, como hacía siempre, y presumiendo de que ella iba más tranquila sola aunque los tres siguieran siendo un equipo.

—Lo siento —murmuró sin saber bien si debía romper su silencio.

—Pedí a Iker que por nada del mundo se moviera de la furgoneta, y corrí hacia ella. Pero... cuando la abrazaba tirada en el suelo, levanté la mirada y

lo encontré allí, de pie, contemplando paralizado a su madre. —Bajó los párpados y se frotó con los dedos la invisible humedad con la que sentía que le ardían los ojos—. No volvió a pronunciar palabra durante mucho tiempo. Ni siquiera era capaz de llorar.

—No puedo imaginarme lo que tuvo que ser. Es un impacto muy fuerte para un niño.

—Un niño que adoraba a su madre, que pasaba todas las horas con ella — aclaró con desánimo, mirando a *Pintxo*, que lo observaba pacientemente atado aún a la columna.

—Todavía no lo he visto por aquí —comentó Maddi, queriendo apartar de él los pensamientos que ella misma le había llevado a evocar.

—Está muy entusiasmado con el *aitite* al que había oído nombrar muy poco y no había visto jamás. —Sus labios dibujaron media sonrisa, y ella quiso contagiarlo con una risa suave y cálida, como la ternura que en ese momento él le provocaba.

—Me encantaría conocerlo. Sé de algo que le gustará, como les gusta a todos los niños.



—Ciento veintiuno, ciento veintidós, cientos veintitrés... —contaba Iker en el ascenso de cada nuevo escalón, en un susurro que no creía que oyera nadie. Ni siquiera *Pintxo*, al que llevaba sujeto de la correa.

Tras él, su padre miraba emocionado la grandiosidad del entorno mágico de San Juan de Gaztelugatxe, un peñón casi desgajado de la tierra que no contemplaba desde hacía demasiado tiempo. El aire del mar los envolvía como en un torbellino de olor a sal, revolviéndoles los cabellos y dándoles el aire que les faltaba para continuar alcanzando cada una de las catorce cruces metálicas que simbolizan el Vía Crucis. Había pleamar, y las feroces olas rompían contra los pilares del puente de piedra con hermosa violencia, una y otra vez, como si quisieran arrancar el estrecho sendero que une el peñasco a la costa.

Cada pocos pasos se detenía y giraba sobre sí para llenarse los ojos y el alma con los rocosos acantilados que iban dejando atrás, con los afilados riscos y las vertiginosas caídas que se abrían a sus pies. O con el indomable islote de Aketze, santuario de aves, que sobrevolado por una nube de escandalosas gaviotas parecía emerger de entre olas de espuma para observar al orgulloso peñón de San Juan.

—¡Doscientos treinta y uno! —exclamó al fin Iker, en voz alta y sin aliento, y hundió el pie en la tercera huella que, según cuenta la leyenda, dejó san Juan Bautista en la roca del último escalón cuando tocó tierra en la costa vasca.

Avanzó por la explanada, casi a la carrera, hasta colocarse ante el portón de la ermita de origen templario que, en el pasado, fue monasterio y después fortaleza saqueada por piratas como sir Francis Drake o por encarnizados corsarios ingleses. Resolló en busca de aire y agarró la cuerda que colgaba del campanario. Entonces, cerrando los ojos para pedir un deseo, tiró con fuerza haciendo sonar tres veces la campana. Después miró a su padre, orgulloso de haber superado las interminables escaleras sin quejarse, y de haber recordado todo lo que debía hacer al llegar arriba.

Comenzaba a atardecer. Sentados en una lisa piedra gris, junto a la barandilla, contemplaron en silencio cómo el cielo iba tiñéndose de rojo mientras el sol descendía al esperado encuentro con el mar.

—Aquello es Bakio. Está cerca de Bermeo —dijo Kaiet cuando vio a su hijo observar los pequeños puntos negros en los que, vistos desde allí, se convertían los surfistas que cabalgaban las enorme olas—. ¿Quieres que vayamos a verlos mañana? —El pequeño asintió, sonriendo animado—. Podemos madrugar y llevar a *Pintxo* a correr por la arena. Siempre hay surfistas pillando olas al amanecer. Aunque luego, en invierno, sólo se ve a unos pocos valientes.

El viento a esa altura soplaba más fuerte, más embravecido y sin freno. Era una sensación intensa que embriagaba, pero aun así se quitó la chaqueta y cubrió con ella la espalda de Iker por miedo a que cogiera frío. Guardaron silencio mientras el rojo se iba adueñando de más espacio de cielo e incendiando la agitada superficie del agua.

—Falta mamá —musitó el pequeño de pronto, sin apartar los ojos de la extraordinaria estampa—. ¿Por qué no vinimos aquí antes, con ella?

Kaiet tragó emocionado al oír, en boca de su hijo, lo que él llevaba rato diciéndose.

—No lo sé, cariño. —Se frotó con los dedos las pestañas húmedas—. Esto le hubiera gustado mucho.

Le hubiera gustado hasta llorar de emoción, como él ahora al recordarla. Porque ella amaba las cosas hermosas y sencillas como el aire, el sol, los largos atardeceres en buena compañía. Ella había sido la luz y el timón de su pequeña familia, y ya no estaba. Los había dejado vagando en la oscuridad y sin ninguna dirección.

Estrechó contra sí a Iker, que tenía el brazo alrededor de *Pintxo* como si de un amigo humano se tratara. Y, allí, mientras el sol parecía derretirse al roce con hirviente lava marina, silenciosos y echándola de menos, volvieron a sentir que les faltaba lo más importante de sus vidas y que nada ni nadie podría devolvérselo nunca.



El mar, tan embravecido como en las últimas dos jornadas, despertó con el hermoso color plata que le conferían los días nublados. Hacía frío a esa hora de la mañana, pero Iker tenía los mofletes encendidos debido a toda la ropa que su padre le había puesto y cerrado hasta el cuello. Durante los primeros minutos, en la playa de Bakio, el pequeño había contemplado con admiración las evoluciones de los surfistas cabalgando las enormes olas, pero no había tardado mucho en salir corriendo para lanzar al perro la pelota.

Kaiet, sin embargo, se había quedado mirando, aunque sin dejar de vigilarlo a él por el rabillo del ojo. Sólo tres osados estaban en el pico^[11] esa mañana, esperando la llegada de la serie.^[12] Uno tras otro, según les fue tocando el turno, descendieron con increíble habilidad la vigorosa lengua de agua. Al finalizar se tumbaron sobre la tabla y remarcon con los brazos para entrar de nuevo al pico, a la espera de agarrar otra nueva ola ansiando que

ésta fuera perfecta. Hasta que dos de los surfistas abandonaron el agua y pasaron junto a él, comentando lo picado que estaba el mar pero que aun así había merecido la pena. Llevaban paso rápido, seguramente en dirección al coche donde se cambiarían de ropa y entrarían en calor.

—¡No te alejes tanto! —gritó a su hijo, que corría, unas veces delante y otras detrás del perro.

Y volvió la vista al último surfista, que permanecía solo e inmóvil en el pico, seguramente esperando con tranquilidad la llegada de la mejor serie ahora que no tenía que compartirlas con nadie. O tal vez únicamente disfrutando de la soledad y de la luz cada vez más intensa del amanecer. Lo vio remar la ola y erguirse sobre la tabla, flexionando las rodillas y extendiendo los brazos para controlar la dirección, y efectuar una bajada larga y limpia que casi alcanzó la orilla.

Sonrió mientras la veía salir del agua y acercarse por la arena con su ajustado traje de neopreno, que le daba aspecto de empapado delfín, con la tabla amarilla bajo el brazo, y con su pelo chorreando agua, sin apenas rastro de rizos.

—¡Vaya! —exclamó cuando la tuvo enfrente con la piel enrojecida y los labios amoratados—. Veo que siguen gustándote las emociones intensas.

—Soy de ideas claras. Si algo me gusta, me gusta de verdad y para siempre.

Iker apareció a la carrera, boquiabierto por que su padre estuviera hablando con uno de los jinetes negros que cabalgaban olas. Llegaba sofocado y con la cazadora desabrochada para no ahogarse. El perro brincaba a su alrededor pidiéndole que le lanzara la pelota.

Kaiet le puso las manos en los hombros con cariño, colocándolo ante sí y frente a Maddi. Cogerlo en brazos para ponerlo a su altura no era una opción válida cuando estaban ante desconocidos, porque, como el propio Iker le dijo la última vez que lo intentó, no podía tratarlo como a un niño pequeño, pues ya no lo era.

—Ésta es la persona a la que quería presentarte, cariño. Se llama Maddi.

Ella le tendió la mano, sonriente, y él le dio la suya satisfecho. Pero esa orgullosa actitud de chico mayor se le esfumó en un instante, cuando

comenzó a hacerle emocionados y atropellados comentarios sobre lo que hacía unos minutos la había visto hacer en el agua.

Mientras él hablaba ella observó su rostro acalorado y sus enormes ojos negros, tan diferentes a los de su padre y, sin embargo, con el mismo aire tierno y seductor. Y se preguntó si lo sentía así por saberlo hijo de Kaiet o realmente el pequeño había heredado de él algo mucho más profundo que el mero aspecto físico.

—Tú debes de ser Iker —dijo manteniendo aún la amigable sonrisa—. Y por lo que veo te gusta el surf. —El pequeño medio asintió con la cabeza, volviendo a esa parquedad en palabras de la que ya le había advertido Kaiet, y siguió hablándole de tablas y de olas de espuma.

Kaiet advertía la emoción en el cuerpo de su hijo a medida que Maddi le contaba cosas. Y le notó hasta un pequeño temblor cuando ella le respondió a su pregunta de si existían las tablas de surf para perros.

—Te aseguro que puede hacerlo —dijo ella ante el estupor de Iker, que la miraba con la boca abierta—. Yo he visto a perros surfear mejor que muchos humanos engreídos. ¿Te gustaría que probáramos un día?

Iker afirmó repetidamente y con brío.

—Pero tendría que ser en verano, con el agua menos fría. Tal vez en vacaciones —advirtió Kaiet mientras se agachaba para abrocharle de nuevo la cazadora, hasta el botón del cuello.

Iker resopló.

—¡Si no lo has asfixiado para entonces! —se burló Maddi, volviendo a sujetar la tabla bajo el brazo—. ¿A ver quién llega antes a aquella furgoneta verde? —los desafió, pero no echó a correr hasta que lo hizo Iker, para darle con disimulo un poco de ventaja.

CAPÍTULO 6

—Así que eso es lo que haces por las mañanas: surfear —comentó Kaiet mientras degustaba la tartaleta de hojaldre que Maddi le había sugerido que probara al verlo mirar indeciso la hilera de apetecibles pinchos.

—Hago muchas cosas —respondió orgullosa—. Cuando amanece con buenas olas, hago surf, y si no es así o no tengo demasiadas ganas de pasar frío, me pongo unas zapatillas y corro ida y vuelta a Mundaka o a Matxixako. Después vuelvo a casa, me ducho, desayuno con *Miki* y voy a la floristería. —Sonrió ante el gesto de admiración de Kaiet, y sin darle tiempo a que dijera nada apoyó los codos en la barra y continuó—: Cargo los pedidos en la furgoneta, los llevo a los hoteles o empresas, y yo misma coloco las flores en los lugares escogidos. Después vuelvo a la tienda. Algunas tardes cocino los pinchos que ves más los que ya han devorado otros como tú, y atiendo la taberna cuando no pueden hacerlo ni Julen ni Nagore. Si en la floristería hay encargos para el día siguiente, los preparo cuando cierro aquí. Y, entre todo este trajín, saco ratos para pillar olas más de un atardecer.

—Vaya. Si lo que pretendías era asombrarme, lo has conseguido —dijo a la vez que reunía con el tenedor un minúsculo trozo de hojaldre, otros de hongos y la última gamba impregnada en crema de nata.

Maddi se recostó sobre los antebrazos, acercándose cuanto pudo.

—Por supuesto que lo he hecho —alardeó con una amplia e irónica sonrisa—. Sorpréndeme tú ahora. ¿Qué haces durante todo el día, además de pasear al chucho y terminar aquí por las noches? —preguntó burlona.

Kaiet saboreó con placer el último bocado, despacio y sin mirarla.

—Nada —reconoció al fin con sinceridad—. Pasear al perro, pararme en la panadería a comprar esas deliciosas palmeras de almendras para desayunar, y esperar. Esperar a que mi hermana llegue del trabajo, a que Iker salga del colegio, a que caiga la noche para pasear de nuevo al perro y después venir aquí. Y ése es el problema. —Apoyó los codos en la barra y el mentón en las manos cerradas—. Estoy acostumbrado a no disponer de tiempo libre, y me consume el no saber a qué dedicar todo el que ahora me sobra.

—Pues vas a tener que cambiar eso si no quieres ir derecho al manicomio —bromeó a la vez que retiraba el plato vacío—. Puedes comenzar por correr por las mañanas con *Pintxo*. Hacerlo hasta la playa de Mundaka, al amanecer, es una buena forma de comenzar el día. Recuerdo que te gustaba hacer deporte, sobre todo correr. Siempre ganabas.

—¡Te acuerdas de todo eso!

Su gesto de sorpresa provocó media sonrisa en Maddi.

—Los tiempos felices no se olvidan nunca. Y cuando eres pequeño siempre crees ser el más feliz del mundo.

Kaiet añoró aquellos días alegres en los que compartieron risas y juegos, y también algunas peleas. Siempre llegaban a casa agotados, pero listos para recuperar fuerzas y seguir siendo felices al día siguiente. No importaban los problemas que acuciaban en casa ni que la madre se pasara el día y la noche rezando y atisbando el mar desde la ventana. El mundo en el que ellos pasaban las horas y se divertían era un espacio cerrado, pequeño pero a la vez inmenso.

—Un niño debería ser feliz siempre, y vivir ajeno a todo lo malo que suceda a su alrededor —comentó pensativo.

Maddi adivinó, por su tono triste, que hablaba de lo que le había tocado padecer a Iker, siendo aún tan pequeño.

—Tu hijo parece un gran chico. Y aunque haya perdido a una de las personas más importantes de su vida, te tiene a ti. —Kaiet iba a decir que precisamente por él estaba allí, pero ella se le adelantó—. ¡Y además es guapo, lo que prueba con contundencia que no ha salido a su padre! —se mofó con el único propósito de borrarle la tristeza y, con suerte, de hacerle sonreír.

Kaiet lo hizo a la vez que la veía alejarse para atender a otros clientes. Siempre había sabido cómo animarlo, hasta cuando era una canija que los rezagaba en la subida a la Tala o en sus carreras por los muelles. Siempre lo había mirado con ojos curiosos y expresión dulce. Siempre había parecido saber lo que a él le afligía pero callaba y guardaba para sí.

Y también ahora parecía saberlo. Porque no era mala idea esa de recuperar cosas que en el pasado le gustó hacer, como correr para sentirse mejor. Igual que estaba ocurriendo con su hijo. Él sí parecía haber encontrado el modo de superar la desesperanza en la que lo había dejado sumido la pérdida de su madre. Y si el pequeño podía, él también, sobre todo porque verlo contento le daba fuerzas para intentarlo.

Todavía llevaba los labios ligeramente curvados al entrar en casa y al acercarse al dormitorio. La puerta estaba abierta, y su padre volvía a estar junto a Iker, sentado en el borde de la cama mientras el pequeño lo miraba con ojos despiertos y avizores, como los de un búho. Oír la pasión susurrada con la que narraba las consecuencias de la galerna,^[13] tal y como a él le había explicado de niño, le dejó clavado en el umbral, deseando seguir escuchándolo.

—Era lunes —comentaba en ese instante—. Los arrantzales, que habían salido a la costera del bonito, andaban con las últimas labores de la jornada, y se preparaban para trasladar las capturas a las grandes embarcaciones de vapor de su compañía, para que las llevaran a puerto. Había sido un soleado y tranquilo día de verano, pero el cielo se oscureció de pronto, y el Cantábrico, apacible hasta ese momento, se enfureció con la formación de aquella maldita galerna.

Hizo una pausa para contemplar con satisfacción la expresión asombrada de su nieto.

—¿Qué pasó? —preguntó Iker, impaciente, arropándose con las sábanas hasta la barbilla.

—Los indefensos pescadores no tuvieron ninguna oportunidad frente a la desigual lucha con olas gigantescas y furiosas que se tragaron sin esfuerzo sus *txalupas*. Ellos navegaban a vela cuando a muy pocas millas, exactamente en Belfast, se estaba construyendo el más grande y moderno buque del

mundo, hermano gemelo del *Titanic*, que acababa de hundirse —explicó con misterio—. De las cuarenta embarcaciones que habían salido a faenar, volvieron a casa sólo dieciocho. Ciento cuarenta y un hombres murieron en aquel infierno que duró toda la noche. Ciento diecinueve eran vecinos de aquí, de Bermeo.

Fue el perro el que lo descubrió, sin pretenderlo, cuando entró en la habitación y se acercó a la cama, mostrando su alegría por ver de nuevo a Iker introduciendo la cabeza bajo su brazo para que lo acariciara.

Se hizo el silencio. Gabino se volvió hacia la puerta y se tensó al ver a su hijo quieto, observándolos desde no sabía cuándo. Y casi al instante se levantó para irse.

—No, por favor —rogó Kaiet—. A Iker le gustan tus historias. Quédate. Me iré yo para no estorbar.

El anciano avanzó despacio, más por la emoción contenida que por el cansancio acumulado en sus muchos y trabajados años, y se detuvo ante su hijo.

—Aquí no estorba nadie —aclaró mirándolo de cerca a los ojos—. Pero no voy a estar en el mismo sitio que estés tú hasta que no vengas con ganas de arreglar las cosas. Yo ya lo intenté durante años —dijo resentido—. Y he vuelto a intentarlo, cara a cara esta vez. Ahora eres tú quien decide si merece la pena apartar un poco el orgullo y tratar de entendernos.

—No es orgullo —musitó Kaiet, por lo bajo, tan sólo para sí cuando su padre no pudo oírle—. No es orgullo —repitió con los ojos brillantes y un doloroso nudo en la garganta.

Miró a su hijo, que lo observaba sobrecogido, no supo bien si por la emoción de la historia inacabada o por la corta y tensa conversación que había presenciado.

Se acercó, cabizbajo, a la vez que iba quitándose prendas, deseoso de acostarse y dormir durante días y semanas enteras.

—¿Una galerna es como una tormenta? —preguntó Iker, haciéndose a un lado para dejarle espacio en la cama.

—Se puede decir que sí —comentó al tiempo que arrojaba la camisa sobre la silla—. Los pescadores del Cantábrico la consideran la tempestad

más traidora, porque aparece de manera repentina sin darles tiempo a buscar refugio en tierra firme. Surge en días calurosos y apacibles de la primavera al otoño.

—¿De repente?

—De repente, cariño —dijo contento de que la emoción lo estuviera llevando a conversar—. El cielo se oscurece de golpe, la temperatura desciende con rapidez y entonces, cuando te preguntas qué clase de infierno está llegando, el viento cambia de dirección y arrecia con tanta violencia que a veces puede alcanzar los ciento diez kilómetros por hora.

Iker estiró el cuello para tragar con dificultad, y Kaiet sonrió mientras terminaba de desvestirse hasta quedarse en ropa interior. Levantó las mantas y se tumbó de costado, mirando de frente a su hijo y tapándose hasta el cuello.

—El abuelo de *aitite* fue uno de los que salió a pescar bonito en una *txalupa* de vela y no regresaron. Resistieron durante toda la noche, en total oscuridad, a unas cuarenta millas al norte del cabo Matxitxako. —Le acarició con suavidad la mata de pelo que normalmente le gustaba revolver—. En este pueblo han pasado muchas cosas, cariño. Hay infinidad de historias, de leyendas que...

—¿*Aitite* las sabe todas?

—¡Claro que las sabe todas!, y seguramente es el mejor narrador de historias que conoces. —El pequeño sonrió satisfecho—. Te gusta hablar con él, ¿verdad?

—Es más divertido que leer tebeos —aseguró como el mejor de los halagos—. ¿Por qué estás enfadado con él, si *aitite* es muy bueno? La tía dice que son tonterías.

La pregunta le golpeó con la potencia de una losa que le costaría quitarse de encima. No había esperado, tal vez por necio, que el apego a Gabino fuera a llevar a Iker a pedirle explicaciones. Al menos no todavía, cuando no tenía la edad suficiente para entenderlo.

—¿Eso te ha dicho la tía Amara? —Iker asintió con la cabeza mientras él respiraba hondo—. También te gusta hablar con ella, ¿verdad?

—Es como mamá —dijo en voz baja.

—Sí que lo es —aceptó mirándole a los grandes ojos negros, que empezaron a humedecerse y a brillar.

Y cuando vio que le temblaba el labio inferior, lo abrazó contra sí. Sabía bien a lo que se refería su hijo. Amara y Raquel no se parecían en nada, salvo en la dulzura de su trato y de sus gestos. Y entendió que seguramente eso era lo que el pequeño había estado necesitando desde que había perdido a su madre. La ternura de una mirada, una voz o unas caricias femeninas además de las suyas, que no le habían faltado nunca, ni en los momentos más duros ni aun después, cuando la tristeza y la apatía comenzó a dominarlos.

Lo estrechó con fuerza y le aseguró que lo quería más que a nada ni a nadie en el mundo.

—Todo volverá a ser como antes, cariño —añadió al notar la humedad de sus silenciosas lágrimas en su torso desnudo—. Volveremos a estar bien. Te lo prometo.

Apagó la luz con una mano, sin dejar de abrazarlo con la otra. La tenue claridad que llegaba de las farolas del puerto y que se filtraba a través de las cortinas, le permitió ver a *Pintxo* girar varias veces sobre sí mismo, hacerse un ovillo y acostarse en la alfombra, junto al costado en el que dormía su pequeño amo. Entonces también él cerró los ojos, para no contemplar, entre los jirones de la tenue claridad, esa habitación plagada de recuerdos.



Tal vez debido a la dureza de aquella noche, Kaiet despertó más necesitado que nunca de cambiar algo, daba igual lo que fuera. Tomó al pie de la letra el consejo de Maddi. Disfrutó del recorrido llenándose los pulmones de aire salado y los ojos del verde de los montes y del azul del cielo y del mar; y el espíritu de calma.

Una vez en Mundaka, descendió a la playa de Laidatxu para que *Pintxo* corriera por la arena tras la pelota mientras él recuperaba fuerzas para el regreso. Le gustó ese reencuentro con el esfuerzo físico, con el cansancio de los músculos que nada tenía que ver con el que le provocaba, en demasiadas

ocasiones, mantenerlos en tensión. Pero hubiera preferido que esa primera vez, después de tantos años de inactividad, la distancia hubiera sido un poco más corta. Lo que no esperó fue verla aparecer, en cuanto abandonaron la playa, para unírseles en el recorrido, pensó entonces que por pura casualidad. No sabía que la casualidad había sido otra, cuando desde el parque de la Lamera ella lo vio pasar, iluminado aún por las luces de las farolas, y ascender la carretera en dirección a Mundaka. No sabía que la casualidad la forzó ella cuando, tras haber intentado ignorarlo, se rindió al deseo de hacer, al menos, el regreso a Bermeo en su compañía.

Ni se citaron para esa primera vez ni necesitaron quedar para el día siguiente ni para el otro. Fueron coincidiendo a la misma hora exacta, cuando el horizonte comenzaba a clarear con timidez, casi siempre a la altura del casino. Y, sin que lo hubieran pretendido, todo aquel proceso de encontrarse y correr juntos hacia el amanecer, poco a poco fue convirtiéndose en costumbre.

A veces, cuando ya divisaban los tejados rojos de Mundaka y la ermita de Santa Catalina, erguida y orgullosa en la Atalaya castigada por las olas, él se ensimismaba mirando el rojizo amanecer sobre la solitaria isla de Ízaro, a su izquierda. Entonces ella imprimía un ritmo más rápido, dejándolo atrás. Después, mientras trataba de alcanzarla, la oía reír como a la vivaracha niña que recordaba. Ya en Mundaka, recorrían la pequeña extensión de la playa Laidatxu, que en bajamar se extendía hasta unirse a la grande y hermosa playa de Laida, al otro lado de la ría.

—¿No podemos descansar ni cinco minutos? —se quejó una de esas mañanas Kaiet, parado en la arena mientras ella iniciaba el regreso.

—¡Eres un flojo! —respondió riendo—. La ciudad te ha vuelto flojo y soso.

Aquello había sido para él un abierto desafío, y hacía años que no se enfrentaba a más desafíos que los que le suponían los ambiciosos proyectos que lo llevaron a ascender con rapidez en el estudio de arquitectura o su aspiración de hacerse un nombre reconocido y montar después su propio despacho.

Sí. Era posible que la ciudad, o más bien su necesidad de supervivencia al

principio, y una vez superada ésta, sus ganas de triunfo, le hubieran vuelto soso, y era posible que hasta aburrido. Pero las siempre imprevisibles reacciones de Maddi le estimulaban esa parte de atrayente locura que perdió cuando, con diecinueve años, tuvo que buscarse la vida.

—¡Vamos a ver quién es el flojo aquí! —dijo reiniciando la carrera, seguro de que su falta de práctica le seguiría pasando factura y llegaría el último—. Procuraré no dejarte muy atrás. De donde yo vengo, queda feo que un hombre gane a una chica por demasiada diferencia —bromeó mientras la rebasaba.

Pero unos segundos después volvía a quedar atrás, como siempre que cualquiera de los dos proponía el reto. Entonces Maddi se jactaba de su victoria, unas veces con ironías y otras con simples y graciosos gestos que a él le mejoraban el humor.

—¿Eres un buen arquitecto? —preguntó ella, otra de esas mañanas, mientras corrían pegados al pequeño muro sobre el muelle comercial de Bermeo.

—Sí. Creo que sí —respondió él, luchando por no perder el ritmo.

—¿De renombre? —insistió, fresca como si estuviera iniciando un simple paseo.

—Casi —resopló aliviado porque todo fuera ya descenso. Deseaba llegar al final para recuperar el aliento en cualquier banco de la Lamera—. Para eso necesito dirigir un proyecto con la debida repercusión.

Un proyecto como el que había estado soñando durante años; uno igual al que llegó a tener sobre la mesa de su despacho y al que finalmente renunció al perderla a ella.

—Nunca diseñes una de esas cosas que sólo sirven para fardar y conseguir prestigio y no para lo que fueron hechas. Como el puente de Zubizuri, que cruza la ría en Bilbao. ¡No imaginas la vergüenza que pasé un día de lluvia, cuando resbalé en el suelo de cristal y me di de bruces mientras todos mis libros salían volando!

—¿Tú, vergüenza? —preguntó incrédulo.

Ella rio a carcajadas mientras se recordaba roja como una cereza, pero de impotencia e incredulidad porque se pudiera hacer algo tan hermoso como

poco práctico.

—La verdad es que, en aquel momento, de haber tenido delante al célebre señor Calatrava lo hubiera lanzado desde el puente.

—No parece que te gusten mucho los arquitectos —bromeó medio asfixiado por la larga carrera.

Ella volvió a reír y apretó el paso, segura de que le costaría seguirla porque no podía ya ni con su alma. Aquellas caminatas la hacían sentir como si volviera a tener dieciséis años y todo el tiempo del mundo para compartirlo con él. Ni en sueños había imaginado que los años perdidos podrían volver, y menos aún que lo harían de su mano.

Tan amigables fueron esos encuentros a la luz del amanecer, que la primera ocasión en la que ella se retrasó, él la aguardó en el parque durante casi una hora antes de darse cuenta de que no aparecería. Hasta *Pintxo* pareció echarla de menos, y eso que el primer día se apartó asustado cuando ella trató de acariciarle la cabeza. Kaiet la había tranquilizado diciéndole que no era por ella, que en la perrera de la que lo rescataron les contaron que había sufrido maltrato y después abandono, que se había vuelto asustadizo y que le llevaría tiempo volver a confiar en los humanos. La sorprendente relación de complicidad que desde el primer instante tuvo con Iker le demostró que no era ningún pequeño humano quien lo había lastimado.

Pero la inesperada calma se rompió esa misma mañana, después de que hubiera visto amanecer corriendo hasta Mundaka sin ella, y cuando, ya en casa, Julen llamó de improviso a su puerta.

Por su aspecto de cansancio y su ligero olor a salitre y a pescado, supuso que hacía pocas horas que había llegado a tierra.

—¿Podemos hablar? —dijo, directo y templado, parado en el centro del descansillo.

Kaiet dejó entrecerrada la puerta y descendió la escalera tras él, sin saber lo que le iba a decir pero seguro de que no iba a gustarle. Se lo indicaba el ademán casi ofensivo con el que se había presentado. El mismo que mantenía cuando, ya en la calle, giró a su izquierda para internarse hasta donde las cadenas que protegían la histórica fuente se lo permitieron. El mismo que le brillaba en los ojos cuando se volvió hacia él.

—Sé por qué has vuelto. Todos en este pueblo lo saben, y lo siento mucho —aseguró con sequedad—. Pero el que hayas regresado por ese motivo no te da derecho a «retomar» lo que dejaste a medias.

La ironía le llegó con precisa claridad a Kaiet.

—Ésa nunca ha sido mi intención —aclaró para evitar malos entendidos, aunque permitiéndose devolverle la puya—. Como bien dices, en este pueblo todo se sabe. Así que ya te habrán informado de que no he ido ni a una más de vuestras cenas a pesar de que han insistido en invitarme. Soy muy consciente de lo que tuve, de lo que perdí y de la situación en la que me encuentro hoy.

—Lo sé. Claro que lo sé. —Lo miró, tenso, con las piernas separadas y las manos hundidas con fuerza hasta el fondo de los bolsillos de la parka—. Pero resulta que también sé que «sí» vas a mi bar y que «sí» te encuentras con mi hermana —esbozó media y desafiante sonrisa—. Y no sé cómo debo tomarme eso.

—Voy allí porque es el único sitio en el que me siento cómodo —aclaró con impaciencia—. Y en cuanto a ella... —Se pasó las manos por el pelo, lentamente, buscando mantener la calma—. Lo único que hago con tu hermana es correr, como ya te habrás enterado, y entablar alguna que otra conversación.

—¡Perdona mi desconfianza, *txo!* —Soltó una corta y ofensiva risa—. Pero es que ya te aprovechaste de ella una vez, y entonces era tan sólo una niña —resopló, conteniéndose—. No me gusta tenerte por aquí. Y aunque soy un simple pescador que no puede prohibirte la entrada al pueblo, resulta que sí puedo prohibírtela a mi bar y a todo lo que tenga que ver con mi familia. Así que no te atrevas a acercarte a mi hermana —murmuró entre dientes, apretando con nervio la mandíbula—. Porque te juro que si lo haces te reviento.

—¡No puedes venir aquí y decirme lo que puedo o no puedo hacer, menos aún con estúpidas amenazas! —respondió irritado, alzando también él la voz.

—¡Tampoco tú puedes venir cuando te plazca y hacer lo que te dé la gana! ¡Ya estás avisado! —exclamó desafiante—. Hace tiempo me hubiera

gustado tener una conversación contigo; pedirte que me explicaras muchas cosas. Pero ninguna de ellas me importa ya. Ahora que ya no significas nada, lo único que quiero es que desaparezcas como mínimo otros diecisiete años. —Lo miró con desprecio al tiempo que comenzaba a alejarse—. Aunque lo mejor sería que de verdad desaparecieras para siempre.

Kaiet tardó en reaccionar. Ni siquiera la rabia que sentía le ayudó a hacerlo, pues era mayor la sorpresa de verse envuelto en algo que no había buscado. Diecisiete años atrás sí hubiera supuesto un grave problema, pero ahora que el tiempo había pasado y la vida los había llevado por distintas direcciones no había ninguna amistad que estropear.

Lo único que tenía claro era que no quería más conflictos de los que soportaba. Y lo tuvo bien presente al terminar el día.

La noche era fría y clara, con una redonda y plateada luna dominando el cielo negro y cuajado de estrellas. Estaba hermoso el mar, y, sin embargo, comenzó a caminar con *Pintxo* en dirección contraria, hacia las estrechas calles que se adentraban en el casco antiguo y lo alejarían del puerto. Después de la conversación con Julen, entendía que lo mejor era mantenerse apartado también de la taberna. Y, tal vez por eso, dejó que su último paseo de esa noche llevara un rumbo fijo, como si hubiera estado marcado en el suelo de las callejas hasta finalizar en la floristería.

Había luz tras el último ventanal de los que formaban el escaparate. Se arrimó al cristal. Las plantas, estratégicamente colocadas ante el vidrio, apenas si dejaban ver lo que le pareció un pequeño invernadero. Entre ramas verdes, jazmines y orquídeas, pudo vislumbrar a Maddi, que, ante una gran mesa, clavaba y distribuía con habilidad flores en una especie de corcho verde. Después lo encajaba en un pequeño cuenco de cerámica y lo llenaba de agua.

Durante un rato la observó cortar tallos y formar delicadas composiciones de flores, pensativo. En verdad, nunca trató de recordar aquella noche. La había mantenido en el olvido más absoluto, como si jamás hubiera ocurrido. Y eso, añadido al incommovible paso del tiempo, hacía que todos sus esfuerzos por bucear ahora en su memoria acabaran en imágenes difusas y en la vaga sensación de que en aquel encuentro hubo más ternura que delirio.

Y cuando, un segundo después se apartó y cambió de dirección, hacia la Tala, Maddi continuó formando centros florales y llorando de rabia. Rabia por él, porque hubiera vuelto cuando ése ya no era su sitio. Rabia por ella, porque de pronto descubriría que después de diecisiete años no había podido olvidarlo del todo. Rabia por los chismes malintencionados que le habían llegado a Julen en cuanto puso un pie en el muelle.

CAPÍTULO 7

Comenzaba a amanecer sobre el agitado mar de Bakio. Una tímida claridad asomaba tras la recta línea del horizonte, y la silueta afilada de San Juan de Gaztelugatxe comenzó a perfilarse contra el cielo.

Maddi, sentada a horcajadas en su tabla, esperaba en silencio la llegada de la serie, que esa mañana venía con tres olas muy seguidas y enérgicas.

No se concentraba como otras veces. No conseguía evadirse del mundo. No lograba impregnarse de la paz que siempre le daba sentirse extremadamente pequeña en la grandiosa soledad del mar.

Y no lo hacía porque, además de sentirse pequeña, se sentía una estúpida. Una tonta que había creído que Kaiet era un asunto cerrado y que su presencia no la afectaría más allá que para provocarle algunos recuerdos. Sin embargo, estaba volviendo a caer. Lo sentía en ese batir de alas que se le encendía en el estómago cuando lo veía llegar, en la emoción repentina que a veces le provocaba una mirada suya o un simple gesto que le recordaba a otros que hizo en el pasado. Su hermano tenía razón; debía poner distancia, ahora que todavía estaba a tiempo, si no quería volver a sufrir como ya lo hizo una vez.

Vio llegar la primera ola. Suspiró acongojada, se tumbó a lo largo de la tabla y comenzó a remar con fuerza. Recogió los brazos, apoyó las palmas de las manos en la tabla, junto al pecho, y en una pequeña fracción de segundo ya estaba en pie, deslizándose pegada a la pared de agua y dirigiendo hacia ella la mano para hundir los dedos y acrecentar la sensación.

Necesitaba sentir esa serenidad que sólo encontraba en el mar y en las olas, aunque sólo fuera durante unos breves minutos. Lo necesitaba casi tanto

como lo necesitó diecisiete años atrás, cuando pasó días enteros pillando olas hasta que se le quedaba la piel arrugada y el cuerpo dolorido por los repetidos golpes que, en sus caídas, le daba la tabla o el propio impacto contra el fondo. A veces, ese autocastigo finalizaba cuando aparecía su hermano, la arropaba entre sus brazos dejándola llorar cuanto quisiera y, casi con paternal ternura, la llevaba después de vuelta a casa. No fueron los abrazos que entonces necesitaba, pero sí los únicos en los que encontró un poco de consuelo.

La ola, potente y refrenada por el viento del suroeste, fue rompiendo y formando un tubo de paredes deslizantes de agua que la encerraron como todo surfista sueña estar alguna vez. Y ni siquiera ese momento perfecto conquistó la paz ansiada.

No vio que el tubo comenzaba a desmoronarse ante ella. Sin tiempo a coger aire, se vio golpeada por el techo de agua y engullida y revolcada contra el fondo de arena. Se dejó llevar. Sabía que serían cuatro o seis segundos de zarandeo y de golpes entre aquella masa violenta y espumosa. Tragar un poco de agua tampoco sería un gran problema. Sólo le preocupaba emerger y sujetarse a la tabla antes de que rompiera la segunda ola.

Braceó hacia la superficie y, apenas sintió el aire en el rostro, otra gran masa de agua volvió a cubrirla y zarandearla con violencia. Se sintió sacudida por las aguas y sin poder respirar. Nada quedaba del poco oxígeno que se llevó consigo en la primera inmersión. Se asfixiaba mientras, irónicamente, sentía que le estallaban los pulmones vacíos de aire. Instintivamente se llevó la mano al tobillo en busca de la amarradera para orientarse y bracear de nuevo hasta la superficie. Tiró con fuerza del cordel mientras el interminable remolino seguía doblegándola. Pero en lugar de ascender consiguió que la tabla atada al otro extremo se reuniera con ella en el fondo. Y una vez más dejó de luchar, confiando en que así los segundos de turbulencia pasarían con mayor rapidez. Nadie se ahogaba en un minuto, aunque fuera el minuto más largo y angustioso de su vida.



Los días volvieron a ser eternos después de su conversación con Julen. Los comenzaba sacando a pasear a *Pintxo* bien temprano, pero ya sin carreras hasta Mundaka en compañía de Maddi. Y tampoco lo hacía en solitario, con el fin de evitar algún encuentro fortuito. Caminaba por el puerto o la Atalaya, y antes de regresar a casa entraba en la panadería, donde se llenaba de aquel rico olor a calor y a pan horneado, y compraba las palmeras de almendras recién hechas. Terminaba los días dejando morir los minutos sentado en el pequeño muro que separaba el Kafé Loidxie del puerto, observando a lo lejos los muelles; a veces conversando con algún viejo conocido después de haber tomado en la barra unos asombrosos pinchos, los mejores que había probado nunca. Desde allí no podía ver las ventanas de casa para comprobar cuándo se apagaba la luz, pero tampoco era posible verlas desde la taberna a la que había decidido no volver. Y además podía esperar teniendo a su lado a *Pintxo*.

Cada mañana, antes de amanecer, efectuaba una primera parada en la Lamera. Desde allí trataba de verla pasar camino a Mundaka. Siempre en el mismo lugar desde el que, sin él saberlo, ella lo vio correr la primera vez. Pero él no tuvo la misma suerte a pesar de que muchas veces aguardó hasta que terminó de amanecer. Y los días fueron pasando con lentitud, uno tras otro, sin que él volviera a hacer ese trayecto hasta la pequeña playa de Laidatxu, pero ella tampoco.

Pensaba en ello mientras colocaba la cafetera caliente sobre la mesa de la cocina y se sentaba ante su taza, aún vacía. Porque en un rato volvería a salir con *Pintxo*, volvería a hacer el mismo rutinario paseo y compraría las deliciosas palmeras a las que se había hecho adicto. Pero ya no se detendría en el parque para tratar de verla.

—¿Te ha dejado dormir? —preguntó con una sonrisa a la somnolienta Amara en cuanto ésta llegó a la cocina.

La vio fruncir el ceño y hacer esfuerzos por entender.

—¿Quién me ha dejado qué?

—Iker. Ha vuelto a dormir contigo, ¿no?

De pronto pareció despejarse y sacudió la cabeza, sonriente.

—Pues no. Ha dormido con *aita*.

—Le gusta estar con él —dijo pensativo a la vez que llenaba con café las dos tazas—. No había conocido a nadie que tuviera tanta... información —comentó cuando en verdad había estado a punto de decir «tanta magia para contar historias interesantes».

—¿Celoso? —preguntó Amara sentándose a su lado.

—Sólo sorprendido. —Echó una cucharadita de azúcar al café y pasó el azucarero a Amara—. La verdad es que ni se me ocurrió preguntarme cómo serían las cosas entre ellos.

—¿Y contigo? —quiso saber ella—. ¿Te preguntaste cómo sería la relación entre *aita* y tú?

—¿Entre él y yo? —reaccionó sorprendido.

—Hubiera sido lo más lógico. Ibas a venir a su casa.

Kaiet dio un par de sorbos a su café negro, sin prisa, mientras ella seguía inmóvil.

—No. No me lo pregunté porque nunca habrá ningún tipo de relación entre él y yo.

—¿Por qué me cuesta creerte? —dijo Amara, mirándolo a los ojos.

Él bajo los suyos hacia el líquido oscuro de la taza, recordando que no quiso preguntárselo, seguro de que la respuesta lo hubiera llevado a replantearse la idea de regresar. Y ésa era la última y más desesperada opción, la que tomó después de que Iker le rogara durante días que lo llevara allí.

—¿Qué importa lo que yo esperara de él? —comentó al tiempo que deslizaba el índice por el borde de la taza—. Ya me falló en lo más importante. El resto ya da igual.

—Si de verdad pensaras eso, no habrías traído a tu hijo, arriesgándote a que le cogiera cariño y llegara a confiar en él, para que algún día acabara decepcionándolo. —Extendió el brazo para acariciarle la frente—. Pero lo has hecho, y eso significa que en el fondo sabes que no le fallará nunca.

Kaiet se puso repentinamente en pie, como si, en lugar de palabras, Amara le hubiera soltado rayos encendidos.

—No voy a seguir hablando de esto —advirtió tenso—. Voy a arropar a mi hijo y a sacar a *Pintxo* a...

—No los busques. *Aita* se los ha llevado a los dos a pescar —le reveló Amara tras un hondo suspiro. Sus preguntas habían ido encaminadas a hacerle confesar que lo quería, que le importaba. Pero había llegado el momento de descubrirle que se había llevado a su nieto, y nada de cuanto habían hablado iba a ayudarla a hacerlo.

—¡Cómo se ha atrevido! —Corrió a la habitación de su padre, donde se encontró con una cama vacía y las mantas apartadas por ambos costados.

Y al instante se precipitó hacia la salida, como si no hubiera sabido que por mucho que corriera ya no llegaría a tiempo de retenerlos.

—¡Puede que no vuelvan hasta la tarde, como siempre que *aita* sale al mar! —El grito de su hermana lo clavó en seco—. Créeme, no pasará nada. Él sabe lo que hace.

Respiró con fuerza, angustiado al imaginar a su hijo en una pequeña *txalupa*, como seguramente era la de su padre, a merced del viento y de las olas. Si algo salía mal, qué podían hacer un viejo sin fuerzas, un niño que sólo sabía nadar en calmadas piscinas de poca profundidad, y un perro.

Parado en medio del pasillo, miró la hilera de cuadros ladeados y se detuvo en el que tenía ante sí. En él, los arrantzales remaban con desesperación en su lancha bonitera mientras una enorme ola se erguía desde un mar furioso proyectándose sobre sus cabezas e inundando la cubierta. Lo enderezó, como había hecho cientos de veces a lo largo de su vida, pero esta vez llevado por un absurdo punto de superstición, pues sabía bien que nadie podía controlar la furia del mar desde ninguna parte, menos aún alineando una imagen hecha a carboncillo.



«No volverán pronto», le había dicho Amara, acostumbrada a las salidas al mar de su padre. Pero él era incapaz de aguardar con su mismo sosiego, y tampoco mirando al mar desde la ventana, como siempre hizo su madre. Él salió de casa y recorrió con impaciencia los muelles, desesperado porque llegara la tarde y los pescadores comenzaran a arribar a puerto. Ignoraba qué

barco debía buscar en el horizonte, pues con el agobio ni siquiera había preguntado qué clase de pesquero tenía el viejo ni de qué color iba pintado. Y no dejaba de imaginarse una frágil *txalupa* zozobrando a muchas millas de la costa.

El corazón se le sobresaltaba cada vez que el viento soplaba más fuerte y encrespaba ligeramente el mar. Después cerraba los ojos y soltaba el aire despacio, diciéndose que no ocurría nada, que volvería a abrazar a su hijo antes de que hubiera anochecido por completo.

Padeció la angustia de la espera hasta que, a media mañana, con los dedos doloridos de apretar los puños y la mandíbula desencajada por la tensión, avistó un solitario barco con motor, acercándose. Durante largos y eternos segundos escudriñó buscando en él una silueta conocida, y cuando la embarcación giró despacio hacia la zona de fondeo, le pareció identificar a su padre llevando el timón.

Inspiró hondo, aliviado y tratando de calmar su enojo, pero las relajadas risas que le llegaron desde la embarcación terminaron de encenderle los ánimos.

En cuanto el armazón blanco rozó el pantalán,^[14] Kaiet apareció por la pasarela destilando furia. Colocó un pie en el borde del barco y tomó por los brazos a Iker para sacarlo afuera. El niño gritó que lo soltara, que quería coger su pesca. Y mientras lanzaba patadas al aire sin dejar de vocear, Gabino miró a su hijo con la sabia calma de quien ha vivido tanto que ya nada lo asusta.

—No pagues con él lo que tienes en mi contra —pidió con sosiego.

—¡Mejor no me hagas hablar! —advirtió apretando los dientes—. Estoy demasiado cabreado.

Gabino sacudió la cabeza desaprobando su actitud mientras lo miraba llevarse casi a rastras a su nieto, que no soltaba la correa del perro. Cuando los perdió de vista, lanzó el cabo a la pasarela y descendió despacio para asegurar con desgana el barco.

Mientras tanto Kaiet atravesaba el puerto y llegaba a casa, donde trató de explicar a su hijo que no podía desaparecer sin avisarle antes. Pero la actitud desafiante del pequeño acabó con su paciencia, y del consejo pasó a la

advertencia de que no volviera a salir con nadie sin pedirle permiso.

—¡Es mi *aitite*! —replicó retador y con ojos húmedos.

—¡Como si es Spiderman! —cortó sus protestas con acaloro—. Primero me preguntas y después ya decidiré si te dejas ir o no.

Iker apretó los puños y comprimió los labios, como mostrándole su intención de castigarlo con esa mudez que a él le preocupaba, y corrió a encerrarse en el dormitorio.

Una hora después Kaiet esperaba en la cocina, sentado en el rincón reservado a su padre y rompiendo el silencio con el impaciente tamborilear de los dedos sobre la mesa. De vez en cuando se oía, procedente de la habitación, donde había ordenado quedarse a Iker, el bote de una pelota en el suelo y la carrera de *Pintxo* para atraparla. Después volvía a escucharse sólo el incesante repiqueteo con el que él consumía la espera.

Hasta que se abrió la puerta de la calle y, por primera vez desde que había vuelto, deseó que no fuera Amara quien llegaba.

Gabino apenas si lo miró de soslayo al entrar en la cocina. Que estuviera ocupando su rincón ya le parecía una clara señal de que buscaba bronca, y él no era hombre de enfrentamientos si podía evitarlo. Pasó por su lado cargando con una cesta de mimbre de la que asomaba la piel de apariencia de cuero de un atún, y lo dejó junto al fregadero, dispuesto a limpiarlo una vez que estuviera solo.

Pero Kaiet no iba a ponérselo fácil.

—¿No tienes nada que decirme? —soltó al verlo dirigirse de nuevo hacia la puerta.

Gabino se detuvo y respiró despacio.

—No lo creo, a no ser que te interese saber que el chiquillo lo ha pasado tan bien que ha terminado hablando hasta por los codos.

—¡No tenías ningún derecho a llevártelo sin consultarme! —Golpeó la mesa con los puños cerrados a la vez que se ponía en pie.

—Se nos ocurrió de pronto, mientras conversábamos anoche. —Su voz sonó calmada—. Y no hemos querido despertarte por la mañana.

—¡No me trates como a un idiota! —exclamó ofendido—. La mar es tu vida, no la nuestra. No quiero eso para mi hijo, así que no trates de meterle en

la sangre el veneno que tú llevas en la tuya.

—Sólo es salitre —rebatió desganado—. Aun así, mi intención era tan sólo que se divirtiera un rato. Le hace falta reír a ese chico; distraerse.

—Yo decido cómo y dónde debe divertirse mi hijo, y yo sé lo que necesita —dijo entre dientes.

—¿Estás seguro? —Se mordió la lengua esforzándose en no discutir—. ¡Eres un amargado! —increpó a la vez que le daba la espalda y caminaba hacia la salida—. Seguramente te has pasado la vida trabajando para conseguir lo que tienes, y no has dedicado tiempo a la familia. Por eso no sabes cómo tratar a tu hijo ahora que te ves ante la obligación.

—No te atrevas a juzgarme. Tú menos que nadie te atrevas a hacerlo —dijo con desprecio.

—Él será quien te juzgue —le advirtió sin detenerse—, y ya puedes rezar para que no lo haga con la misma dureza con la que tú me juzgas a mí.

Kaiet controló las ganas de estallar, de ir tras él y gritarle a la cara lo que de verdad era dedicarse al trabajo y no aparecer por casa, no durante dieciséis horas, sino durante meses enteros dejando que los hijos crecieran como completos desconocidos, y permitiendo que la mujer a la que juraba amar consumiera su juventud y su vida asomada a una ventana, rezando y mirando con temor las traicioneras aguas del Atlántico.

CAPÍTULO 8

Esa noche, al regresar con el perro y encontrar la casa en silencio y a oscuras, no fue directo a su habitación, como otras veces. Al pasar por la pequeña sala de estar, los ojos se le fueron hacia los suaves rasgones de luz que, filtrándose a través de las cortinas, clareaban la silla que tantas tardes ocupó su madre, cosiendo sin descanso. Y la vio, dibujada por aquella apacible luminosidad, levantar el rostro, apartar la costura y sonreírle como hizo siempre que lo pillaba mirando. Entró despacio, y acarició con emoción los listones del respaldo, cerrando los ojos. Podía sentirla, tal vez porque esa noche necesitaba hacerlo.

Suspiró al sentarse sobre sus recuerdos, al abrigo de su madre, que siempre fue el alma de aquella familia y de aquella casa. Una familia y una casa a las que él ya no pertenecía. Y su hijo tampoco. Y por primera vez sintió de un modo rotundo, que de verdad se había equivocado al regresar, y que las consecuencias de ese regreso podían llegar a pesarle más de lo que casi desde un principio le pesaron las de su marcha.

Por la mañana, tras el rutinario paseo de *Pintxo*, ni siquiera percibió el olor a pan recién hecho y a calor que se escapaba de la panadería. Pasó sin detenerse a comprar las palmeras de almendras para el desayuno. Después de días sin hacerlo, había vuelto a esperar en la Lamera a que ella pasara en dirección a Mundaka. Y, una vez más, el tiempo que pasó allí no obtuvo recompensa.

No entendía de mareas ni de surf, pero confió en que aquel amanecer gris, en el que soplaba un viento suave, Maddi hubiera decidido salir a pillar olas. Y aunque ella no siempre elegía el mismo lugar, pensó en el único en el que

había estado con ella, cuando quedaron para que la conociera su hijo.

Necesitaba que su encuentro no pareciera lo que en verdad era, sino algo que ocurría de forma puramente casual después de más de una semana sin verse. Y paseó con *Pintxo* por la playa de Bakio, lanzándole la pelota mientras toda su atención estaba en la surfista de la tabla amarilla, con la que iba a intentar cruzarse en cuanto saliera del agua. Y, aunque llegado el momento creyó hacerlo con habilidad, debió imaginar desde un principio que no la engañaría ni con la mejor estrategia militar de la historia.

—¿Por qué has venido a buscarme? —le dijo tras apoyar la tabla en la arena para no seguir soportando su peso.

No había ironía en su voz ni reproche en sus ojos. Sólo fue una pregunta directa, sin rodeos, como la respuesta que él había ido buscando. Y optó por actuar con la misma franqueza.

—Porque eres la única que puede decirme de verdad que me he equivocado viniendo hasta aquí —reveló mirándola fijamente a los ojos—. Que ha sido un error y que debería irme hoy mismo.

Se observaron en silencio, él esperando su respuesta y ella entendiendo la confusión en la que estaba sumido.

—Creo que te has equivocado en muchas cosas —admitió esperando no dañarlo—, y volver es una de ellas. Es cierto. —Kaiet tomó aire y resopló despacio—. Pero no olvides que estás aquí por un motivo más importante que tú mismo o tus problemas.

La imagen dichosa de su hijo le llenó la mente y su risa los oídos.

—Él parece estar mejor —reconoció en voz baja.

—Entonces alégrate.

—Nada más importa, ¿no? —Maddi comprimió los labios sonrientes, ladeando la cabeza y alzando ligeramente los hombros—. Lo sé; ¿para qué te lo pregunto si conozco mejor que nadie esta respuesta? Pero necesitaba escucharla —le asomó a la boca otra pregunta que decidió no callarse—: ¿Dónde has estado todos estos días?

Ella rio, llamándolo cotilla a la vez que se pasaba la mano por el rostro para eliminar el agua.

—He vuelto con el tipo moreno que viste la otra noche en el bar, y hemos

pasado una semana haciendo snowboard en Astún.

No le contó que había decidido retomar aquella relación por alejarse de él, por no correr el riesgo de volver a enamorarse; por Unax, que era un buen hombre que la amaba y ella quería que lo suyo funcionara esta vez. Y tampoco que se alejó durante días por todo eso, pero también para pensar con claridad y afrontar de la mejor manera ese nuevo comienzo.

Cuando *Pintxo* apareció con su pelota, Kaiet se la lanzó lejos y hundió las manos en los bolsillos.

—Me alegra saber que, sea lo que sea lo que os separaba, lo hayáis solucionado. —La notó temblar de frío y se hizo a un lado, dispuesto a no seguir entreteniéndola—. Gracias por escucharme y por no tratarme con lástima.

—Todos tenemos problemas —dijo al tiempo que cogía la tabla bajo el brazo.

Kaiet sonrió mientras se alejaba de ella caminando hacia atrás.

—Me gusta hablar contigo —le confesó.

Y de nuevo, ella se dejó arrastrar por los sentimientos que le palpitaban cada vez que lo veía.

—Si me necesitas, sabes dónde encontrarme.



Con un salto veloz y ágil, *Pintxo* alcanzó la galleta en el aire, la engulló con la misma rapidez y volvió a quedarse en estado de alerta, esperando que su pequeño amo continuara con los apetitosos lanzamientos.

Iker sonrió orgulloso de la destreza de su perro. Acomodado sobre la almohada y recostada la espalda en el cabecero, arrojó otra galleta al aire, y de nuevo *Pintxo* casi voló a su encuentro para zampársela a la vez que se sentaba en la alfombra y se preparaba para otro lance.

Unos reconocibles golpeitos en la puerta interrumpieron la diversión. Iker ocultó con rapidez el paquete de galletas bajo su jersey y se quedó quieto, mirando a *Pintxo* y dispuesto a seguir ignorando a su padre.

Kaiet entró y se sentó en el borde de la cama, mirando con preocupación a su hijo.

—Hace un día demasiado bonito para pasarlo encerrado en casa. ¿Vamos a dar una vuelta por el puerto y a visitar el viejo galeón ballenero? O un poco más lejos, si lo prefieres. Podemos ir a las cuevas de Santimamiñe o al bosque animado de Oma. Es divertido jugar a mirar las pinturas de los pinos desde diferentes puntos.

Iker permaneció inmóvil mientras *Pintxo* comenzaba a gemir reclamando otro lanzamiento.

—Lo siento —añadió Kaiet acercándosele más—. No debí enfadarme contigo ni gritarte ni traerte de aquella manera a casa. Los padres también nos equivocamos muchas veces.

El pequeño ni siquiera parpadeó, y él cambió de posición en la cama para poder mirarlo de frente.

—Pasé mucho miedo, cariño. —Le acarició con suavidad el pelo—. Sólo miraba al mar, asustado cada vez que sentía que aumentaba la fuerza del viento o me parecía ver crecer el tamaño de las olas.

El perro saltó a la cama y comenzó a olisquear el jersey de Iker, introduciendo el morro bajo la lana como si pretendiera lamerle la tripa. Kaiet le ordenó que bajara al suelo y el perro lo hizo al instante, pero siguió alerta y a la espera de que Iker hiciera algún movimiento.

—Te quiero, mi vida —dijo emocionado—. No existe nada en el mundo que sea más importante para mí que tú. Si te pierdo me muero. —Iker lo miró, callado—. Mi enfado era miedo, cariño. Miedo a que te ocurriera algo.

Los ojos de Iker se humedecieron a la vez que se abrazaba con fuerza a su padre.

—No volveré a enfadarme de esa forma, cariño. Te lo prometo. Somos un equipo. —Se conmovió al notarlo afirmar con la cabeza, seguramente recordando a su madre pronunciar aquellas mismas palabras—. ¿Quieres que vayamos a visitar el ballenero? —le dijo para animarlo.

—¿Puedo ir con mi *aitite*? —preguntó frotándose con los dedos la humedad de las pestañas.

—Claro —respondió pensativo—. Nadie mejor que él para contarte

historias de barcos como ése.

Pintxo volvió a subir a la cama mientras Iker se apresuraba a ocultar el paquete de galletas que con el abrazo había escapado del cobijo del jersey. Kaiet aguantó una sonrisa al comprender el motivo de la ansiedad del animal, y se levantó fingiendo no haber visto nada para no tener que regañarlo.

—Te quiero —le repitió justo antes de cerrar la puerta para dejarlos de nuevo a solas.

CAPÍTULO 9

No sabía cómo llamar al sentimiento que le punzaba al ver que cada día era más firme la unión entre su hijo y su padre. No eran exactamente celos, pero se le parecían tanto que lastimaban como si lo fueran. Eran contadas las ocasiones en las que había dormido con él desde que hicieron las paces. Se le iba viendo más alegre, más niño, y también más conversador. Pero el mérito no era suyo ni de Amara. Era de Gabino, que le dedicaba todo el tiempo que no estaba en el mar o trabajando en las lonjas, y le contaba historias que lo tenían tan fascinado que solía acostarse en su cama para continuar disfrutando de sus relatos mientras se iba quedando dormido. Ya apenas si conseguía organizar algún fin de semana con él, pues casi siempre tenía algo para hacer con su *aitite*. Y esa sensación de que cada vez lo necesitaba menos, cuando él no tenía otra cosa en el mundo que a él, era cuando menos frustrante.

Vio de refilón, cuando volvía de haber paseado a *Pintxo* por el rompeolas y se dirigía a cenar algo en el Loidxie, que Maddi estaba volviendo a atender la taberna por las noches, lo que significaba que Julen había regresado al mar y su cuñada estaba ocupada, seguramente con algún problema relacionado con su anciano padre. La vida continuaba en el pueblo, igual que continuó durante el tiempo que él estuvo lejos, igual que continuaría cuando volviera a marcharse.

Le resultaba imposible no ver, de vez en cuando, a algún amigo además de a Ander. Le incomodó un poco tropezarse con Eduardo y su mujer cuando, tras recoger a Iker en el colegio, lo llevaba a que jugara al parque. Y no por el hecho de verlos, pues más de una vez había salvado la situación con un

rápido saludo. Fue la breve conversación, que esta vez se centró, casi exclusivamente, en preguntarle que dónde andaba metido, por qué no iba a las cenas en el *txoko* o por qué no abandonaba aquella vida de viejo y se dejaba ver de vez en cuando. Y él no había podido decirle la verdad. Le costaba hacerlo, más en esa ocasión en la que la felicidad la llevaban escrita en los ojos tanto Eduardo como su mujer.

Otros, que probablemente desprendían felicidad cuando estaban juntos, eran Maddi y el tal Unax. Los había visto en alguna ocasión, paseando cogidos de la mano y besándose. Incluso atendiendo la tasca juntos, una noche durante la Feria Medieval, disfrazados los dos de taberneros medievales. No pudo evitar mirarlos cuando pasaba bajo el soportal, atestado de gente con ganas de divertirse. La observó sin detenerse más de lo que le obligó el gentío, ya que no tenía ni deseos ni motivos para celebrar, ni allí ni en ningún otro lugar.

Solía encontrarse con ella por las mañanas, durante la carrera hacia Mundaka que había retomado. A veces siguiendo sentidos opuestos y saludándose con un simple ademán, sin perder el paso. Otras corrían juntos porque hacerlo uno tras otro o cambiar de dirección hubiera resultado estúpido. Pero entonces compartían un casi absoluto silencio con el sonido del mar, el trotar de sus pasos y el fuelle fatigado de sus respiraciones. Y de vez en cuando unas pocas palabras para interesarse por cómo estaban y, en el caso de Maddi, para decirle que él seguía sin estar en forma.

Ésa era la rutina que él quería, la que había querido desde el primer momento, aunque no contó con que la inactividad iba a ser uno de sus mayores agobios.

Algo cambió cuando la anciana del segundo lo ayudó sin proponérselo. Se encontró con ella en el portal, cuando regresaba de haber dejado a Iker en clase, él llevando de la correa a *Pintxo* y ella una barra de pan en sus manos temblonas.

—¡A ti te quería ver yo, muchacho! —lo abordó con la misma confianza de la otra vez—. Tienes que arreglarme una baldita que se me ha caído. Yo estoy demasiado vieja para estas labores.

A Kaiet le faltó tiempo para dejar a *Pintxo* en casa y subir con ella hasta

su piso. Y cuando lo condujo a la pequeña salita, idéntica a la que fue el lugar de costura de su madre, se encontró con que la «baldita» que se le había caído era una desvencijada estantería a la que no le quedaba ni un solo estante en su sitio.

La anciana le sacó una caja de herramientas, todas lustrosas y bien ordenadas. Su marido fue especialmente mañoso y lo mismo arreglaba y pintaba su *txalupa* que montaba con cuatro maderas un estante. Pero desde que se había quedado viuda, ya nadie se ocupaba de arreglar lo que se iba deteriorando.

Le costó devolver su buen aspecto a aquel mueble. No se le daban bien ese tipo de trabajos. Lo suyo hubiera sido diseñarle una estantería que encajara de manera perfecta en aquel espacio, y encargar a otros su construcción. Pero, aun así, lo hizo, aunque sudando como si estuvieran en pleno agosto, maldiciendo en voz baja las maderas que no encajaban, y recibiendo en los dedos varios golpes de martillo que le hicieron ver las estrellas y hasta la aurora boreal.

Regresó a casa exhausto, pero satisfecho y con una clara idea en la mente. Buscaría algo que hacer, aunque fuera el trabajo más burdo que pudiera encontrar en el pueblo. Y así se lo contó a Ander, cuando fue a comprar un tebeo al día siguiente, pidiéndole que si se enteraba de cualquier cosa, daba igual si era de repartidor de pizzas, que lo avisara, porque si no conseguía trabajar en algo terminaría loco y en el manicomio, como le había augurado Maddi.

La idea de recorrer las calles y mirar las puertas de los establecimientos, por si encontraba algún anuncio ofreciendo empleo, terminó siendo un rondar cada día la tienda de flores. No se daba cuenta de que todos aquellos paseos y miradas que lanzaba hacia la zona del invernadero eran casi siempre contemplados por Maddi, que al verlo imaginaba que andaba gastando el tiempo para no desquiciarse.

Aquella mañana no lo vio al salir de la tienda y montar con prisa en la furgoneta para ir hasta Mungía a por flores y jardineras grandes de barro. Reparó en él al sobrepasarlo, y por el espejo retrovisor lo vio volverse y quedarse junto a *Pintxo*, inmóvil en la acera, mirándola marchar. Y en un

instante se vio vencida por su gesto de desolación. Detuvo la furgoneta a la vez que se preguntaba qué iba a hacer con él, o más bien qué iba a hacer con lo que ella sentía por él. Suspiró hondo y metió la marcha atrás, y mientras retrocedía, mirándolo en el espejo, notó que se le alegraba el semblante.

—¿Me acompañas? —preguntó en cuanto él se arrimó a la ventanilla—. Me vendrían bien unos brazos fuertes.

—De éstos sólo tengo dos, pero seguro que nos bastan —bromeó sin molestarse en disimular su satisfacción.

Y unos segundos después reiniciaba Maddi el camino con *Pintxo* en la parte trasera de la furgoneta y Kaiet sentado a su lado. Le explicó que Unax había quedado en acompañarla hasta el vivero para ayudarla a cargar unas jardineras muy pesadas a las que cualquier mal golpe podía hacer pedazos, pero que le había surgido una urgencia con un perrito al que su dueña no dejaba que le tocaran otras manos que no fueran las suyas.

—Eso dice mucho de su forma de trabajar —opinó Kaiet.

—Te aseguro que eso dice mucho de él sobre todo como persona y como hombre. —Y de pronto se encontró preguntando—: ¿Qué hacías merodeando por mi floristería?

Kaiet se echó a reír al verse pillado de nuevo, relajado y contento y contagiándola también a ella con su risa.

—Necesitaba hacer algo, hablar con alguien, y no sabía con quién —se sinceró una vez más—. Hablando con Ander no me siento tan cómodo como contigo.

—Te dije que si me necesitabas ya sabías dónde encontrarme. No hace falta que me rondes como un ladrón.

A pesar de la risa en la que estallaron, Kaiet tomó buena nota de sus palabras. O más bien de su ofrecimiento. Y cuando ella fue consciente de lo que suponía lo que le había brindado, él ya la estaba ayudando a diario en la floristería, unas veces viajando a por flores, otras llevándolas preparadas a su lugar de destino, y hasta en alguna ocasión atendiendo torpemente en la tienda cuando alguien entraba pidiendo algún encargo que ya estuviera listo. Preparar ramos no se le daba bien, y no porque no hubiera intentado aprender observando la destreza de Maddi. Pero eso era lo de menos, cuando había

montones de cosas en las que podía ayudar y sentirse útil.

Maddi, simplemente, no podía evitar ayudarlo de ese modo aun sabiendo lo que tenerlo cerca podía llegar a significar.



Volvieron a compartir las carreras matinales en compañía del perro, separándose frente a la panadería en la que él seguía comprando las palmeras cada día. Después llegaba contento a casa, sabiendo que tras desayunar con Iker y llevarlo al colegio, no tendría que pasar las horas muertas en cualquier parte, porque le esperaba un trabajo intenso y no remunerado en un lugar con olor a flores y a musgo... y con la conversación siempre amena y con frecuencia irónica con la que Maddi solía hacerlo sonreír.

A veces, en ese recorrido a Mundaka, cuando ella lo dejaba atrás, él la contemplaba correr, tan diferente a aquella chiquilla larguirucha y flaca que recordaba. Y entonces se preguntaba qué hubiera ocurrido si, tras aquella noche que compartieron, no hubiera acontecido la desgracia que rompió a su familia y lo cambió todo. Hubiera seguido viéndola cada día, y hubiera tenido la posibilidad de, quizá arrepentirse, tal vez de enmendar el error o, incluso, de repetirlo estúpidamente una vez tras otra.

Algunas mañanas ella aparecía con la tabla amarilla y vestida con el ajustado neopreno, y se acercaban a Bakio en su furgoneta, de un llamativo verde hierba con coloridas flores pintadas bajo las palabras «Lorategi Maddi».^[15] Allí los alcanzaba el amanecer, a ella cabalgando grandes olas y a él corriendo por la arena con *Pintxo*. Los últimos minutos solía pasarlos esperando a que saliera con los labios morados y temblando de frío, se cambiara de ropa en el interior de la furgoneta y le pidiera que le abriera el termo con Cola Cao caliente porque a ella no le respondían los dedos congelados.

En una ocasión, mientras terminaba de entrar en calor, ella le contó que el mar era su vida. No como la de aquellos locos surfistas que veían de pequeños, durmiendo y respirando junto al mar, con el pelo estropajado y

nada en los ojos que no fuera el reflejo de grandes olas, pero que surfear era algo sin lo que no podía pasar durante muchos días seguidos. Menos aún cuando perdía algo realmente importante. De vital trascendencia, había dicho con un tono gracioso. Le aseguró que entonces iba al mar porque no conocía nada más fuerte y más intenso que pudiera ayudarla a afrontar la pérdida. Y si, cuando sentía esa necesidad, se encontraba con gigantescas olas que no se dejaban domar y la dominaban a ella, revolcándola y haciéndola luchar por su vida, la terapia resultaba casi perfecta. Entonces él sonrió, negando graciosamente con la cabeza.

—He metido las manos en esa agua de la que tú acabas de salir. Lo he hecho el tiempo justo para recuperar la pelota de *Pintxo*, y no puedo creer que algo que te congela desde el primer segundo sea una buena terapia para nada.

Maddi soltó una risa tan tiritona y congelada como ella misma.

—Deberías buscar algo con lo que desahogarte y sentirte vivo cuando lo necesites. Algo que te relaje, que te saque una sonrisa cuando lloras por dentro. Algo tan fuerte e intenso como lo que yo encuentro en el mar.

No respondió. La miró, pensativo, enumerando cuántas de esas cosas las encontraba con tan sólo hablar con ella.

—Además, te aseguro que ahí dentro no te enteras del frío —señaló Maddi, dirigiendo los ojos al mar—. Es cuando sales y te da el aire o cuando te quitas el buzo. Entonces te das cuenta de que te estabas quedando tiesa.

—El buzo... —repitió él, contemplando sonriente su temblor—. ¿Sabes que en el resto del mundo llaman a eso neopreno?

—¡El resto del mundo está loco! —exclamó con una risa temblona—. ¡Y abre ya el termo, por Dios, y sube la calefacción o me dará algo!

—¿Por qué haces esto con estas temperaturas? —preguntó mientras le ofrecía el vaso de plástico y lo llenaba de cacao caliente.

—Esto es el paraíso comparado con el frío glacial que hará en invierno —suspiró al sentir el reconfortante calor en las manos—. El rato que estás ahí, surfear las olas, lo compensa todo. En realidad, una sola ola perfecta lo compensa. —Tomó un pequeño sorbo con los ojos cerrados, y después los alzó para mirarlo, aunque sin apartar los labios del reconstituyente líquido—. Sólo puedes entenderlo si alguna vez has estado ahí y has sentido que el

Universo entero desaparece en ese instante preciso en el que te subes a una ola.

—Salitre recorriendo las venas —musitó pensativo y en voz baja.

Maddi se estremeció ante la aguda sensación de intimidad que la invadió de pronto, en el reducido espacio, tan similar a aquel otro en el que él le susurró con parecida dulzura pero respirando agitado junto a su oído. Pero ni en aquel momento, que no olvidaría nunca, sintió que él la entendía como lo había hecho ahora, al resumir su pasión por el mar en una sola frase.

—La droga más poderosa que pueda existir —comentó emocionada, y volvió a beber, sorprendida de la intensidad con la que se le iban despertando los sentimientos. Porque sabía bien que esas emociones que de pronto palpitaban por tan sólo unas palabras, se avivaban cada vez que descubría en él detalles que nunca hasta entonces había advertido.

Como le pasó un amanecer de buenas olas, en el que se acercaron a Bakio y *Pintxo* sufrió uno de sus ataques de pánico, que ella ya conocía. La mar estaba perfecta, con olas limpias de casi tres metros que rompían en los todavía solitarios picos. Había llegado ansiosa por comenzar con aquella poca luz y la soledad total que acabaría apenas comenzaran a llegar otros locos ávidos de emociones. Pero, preocupada, siguió el sendero junto a los rocosos acantilados por donde habían desaparecido el perro y su dueño.

—¿A qué esperas para cogerlo? —le había preguntado ella cuando lo encontró inmóvil, sentado en la rugosa superficie de una roca, a unos metros del perro.

—Ya sabes; a que sea él quien venga a mí. —La miró con media sonrisa en los ojos—. Él solo, sin que nadie fuerce nada.

Se sentó a su lado, observando en la distancia el temblor tenso de *Pintxo* y su jadeosa respiración.

—¿De verdad crees que éste es el mejor modo de ayudarlo? —preguntó abrazada a su propio cuerpo.

—No lo sé —reconoció mientras se alzaba el cuello de la cazadora—. Siempre acaba viniendo. Lo único que varía es el tiempo que tarda en hacerlo, dependiendo de lo asustado que esté.

«Y de lo necesitado que se sienta de cariño», había pensado ella, en

silencio, cerrando los ojos y respirando el aire frío con olor a mar.

—Dices que tiene que aprender a confiar en ti —comentó tras unos minutos de silencio—. Pero, según lo veo yo, si quieres la confianza de alguien tienes que hacer algo más que no hacer nada. —Sonrió mirándolo de soslayo—. La confianza hay que ganársela.

Kaiet entendió su gesto, amigablemente irónico.

—¿Y cómo se hace eso?

—¿No tienes por ahí su pelota? —Él la sacó del bolsillo y la hizo girar entre los dedos—. ¡Enséñasela! —fingió resignación por tener que indicarle algo tan obvio.

Kaiet se mordisqueó los labios para disimular la sonrisa y comenzó a pasar de una mano a otra la pelota, alzándola unos pocos centímetros en el aire. *Pintxo* comenzó tensando las orejas, y no tardó en menear tímidamente el rabo para, en unos pocos minutos, acercarse a olisquear con interés su juguete.

—¿Lo ves?! —siguió pinchando Maddi mientras acariciaba con tiento la cabeza del perro—. No esperes a que él confíe en ti; demuéstrole que puede hacerlo y que jamás le harás daño.

Kaiet felicitó a *Pintxo* para que se sintiera bien, y le lanzó la pelota todo lo lejos que pudo. Después miró a Maddi, sonriéndole con los ojos pero conteniendo de nuevo la sonrisa.



Le gustaba recorrer aquel vivero, empujando el carrito metálico mientras Maddi iba escogiendo las plantas con las que lo iban llenando. Le agradaba el olor a flores de invierno, a hierba y a tierra mojada. Imaginó que en primavera debería de estar todo espectacular, lleno de colores y olores diferentes, de flores como las que Raquel ponía en algunos rincones de la casa durante todo el año.

Vio a Maddi coger dos tiestos con una especie de arbustos de pequeñas flores fucsias, que él conocía bien, y dejarlas en el carro.

—Raquel las compraba siempre en otoño —comentó con nostalgia—. ¿Cómo se llaman?

—Brezo —respondió sin dejar de mirarlo a él, subyugada por aquel aire de ensoñación que tenía de pronto—. ¿Cómo te fue? —Alzó las manos, como pidiendo otra oportunidad de repetir la pregunta—. Me refiero a que, cuando te fuiste tenías sólo diecinueve años, y me imagino que muy poco dinero en el bolsillo.

Kaiet rozó con la palma abierta las flores y se acercó para percibir su olor silvestre. Durante unos segundos necesitó cerrar los ojos al percibir el aroma de un hogar que, aunque físicamente siguiera estando en el mismo sitio, desde que ella no estaba ya no era el mismo; ya no existía.

—Conduje hasta que se agotó la gasolina, en Miranda de Ebro. —Sacudió la cabeza y consiguió centrarse—. Pasé la noche en el Seat y al día siguiente lo vendí por una miseria. Si algún día decides deshacerte de algo, no importa de qué, no dejes que el comprador vea tu desesperación por vender —la aconsejó con una sonrisa—. Porque entonces chupará hasta la última gota de tu sangre.

Maddi sintió lástima a pesar de los muchos años transcurridos y de que a él no pareciera afectarle.

—Llegué a Madrid haciendo dedo —siguió contando—. Elegí una ciudad grande porque pensé que sería más sencillo pasar desapercibido, por si mi *aita* se empeñaba en salir a buscarme. Luego entendí que no importa el sitio, sino las ganas reales que tengas de que nadie te encuentre.

—Y tú no querías ser encontrado —musitó al recordar el dolor que sintió al descubrir su marcha.

Al ver que reiniciaban el recorrido, Kaiet cogió otro tiesto de brezo y lo puso en el carro. Sabía que a Iker le agradecería tenerlo en casa.

—Quería borrarlo a él de mi vida. Las primeras noches las pasé en la calle. ¡Dios, eso sí que fue duro! Más que el hambre.

—¡Pero si tenías dinero!

—Tenía dinero, no tenía trabajo, quería estudiar. Porque desde el principio tuve claro que quería terminar la carrera, por mi *ama*, pero también por mí mismo. Fui a matricularme a la universidad, y al mirar los anuncios

encontré uno en el que buscaban estudiantes para compartir piso y gastos. A partir de ahí todo fue mejor. Sobre todo cuando conseguí un trabajo sirviendo copas por las noches. Me pasé los años siguientes, hasta terminar la carrera, trabajando y estudiando sin descanso.

—Has olvidado nombrar las diversiones y las chicas —bromeó con la sola intención de saber cómo le había ido en el amor.

—¿Diversiones y chicas, dices? —rió con suavidad mientras ella volvía a detenerse y él la imitaba—. No había tiempo para eso. Si alguna vez me liaba con alguna, luego se me olvidaba llamarla en un mes porque no tenía otra cosa en la cabeza que no fuera estudiar y engañar al hambre. Y en invierno también al frío, porque no nos llegaba para pagar la calefacción.

—Debes de estar muy orgulloso de lo que has logrado —comentó a la vez que escogía, de entre los delicados pensamientos, unos de flores blancas y los dejaba en el carro.

—Lo estoy de esa parte, sí.

Maddi creyó entender, en su repentino silencio, que deseaba cambiar de tema. Se volvió para seleccionar otros dos tuestos con vistosos pensamientos amarillos que tuvieran un fuerte tono violeta en el centro.

—¿Has visto estas preciosidades?

La mirada de Kaiet se ensombreció, y aún tardó unos segundos en responder.

—Son los favoritos de mi suegra. Raquel se los regalaba todos los años. Los llevaba en una caja grande y se los trasplantaba a las jardineras de la terraza. —Volvió a verla con claridad, arrodillada en el suelo y con las manos llenas de tierra, sonriente y dichosa. Y se preguntó quién los habría puesto ese invierno.

—¿Tu mujer tenía hermanos?

—Era hija única.

—No quiero ni imaginar lo que tuvo que ser para ellos perderla. —Acomodó con lentitud los pensamientos entre los brezos—. Debe resultarles especialmente duro que su nieto y tú estéis lejos.

—Echan mucho de menos a Iker —reconoció a la vez que asentía—. A mí, no lo creas. No mantengo ninguna relación con ellos.

—¿No querían que te casaras con su hija?

—No es eso. —Miró alrededor, a las baldas de plantas que formaban el pasillo; después apoyó los antebrazos en el carro y la miró a ella—. Me recibieron como a un hijo a pesar de que yo era un muerto de hambre y ellos... —buscó la forma más breve de describirlos—. Ellos todo lo contrario. Durante años todo fue perfecto, hasta el día que incineramos a Raquel y mi suegra me echó en cara que yo la había matado.

—¡Pero si fue un accidente!

—Lo fue. Pero me reprochó que hubiera ocurrido cuando obligaba a su hija a ir a un lugar que detestaba. Al parecer, le había confesado que odiaba la idea de vivir en aquella casa en la sierra, pero que yo estaba tan ilusionado que no quería decírmelo. Se sentía presionada por mi entusiasmo.

—Lo siento. No sé qué decir.

—Yo entendí su dolor, Maddi. Pero, meses después, cuando Iker y yo volvimos de un largo viaje, fuimos a verlos. Y de nuevo me echó en cara que les hubiera arrebatado a su única hija y que, por si eso no fuera bastante, les estuviera privando también de su nieto. —Meneó con suavidad la cabeza—. Oír todos sus reproches por segunda vez fue demasiado para mí. Me fui, y no he vuelto a verlos. Iker sí. A él lo seguí llevando, lo dejaba en el portal y el portero, muy estirado pero amable, lo acompañaba hasta la planta en la que viven mis suegros y unas horas después lo volvía a bajar.

—Deberías ir, hablar con ellos, hacer lo posible por entenderlos.

—Lo pienso a veces, pero nunca termino de decidirme —contó en lugar de confesar que le faltaba valor para encararse de nuevo a la desgracia.

—¿Y si los invitas a venir aquí? —Se echó a reír nada más terminar de decirlo.

—¿Juntarlos con mi *aita*? ¡Dios, no! —exclamó contagiado por su repentina y clara risa—. Tal vez algún día haga algo. —Se puso de nuevo en marcha, cambiando abruptamente de conversación—. ¿Qué buscamos ahora?

—Necesito una docena de primulas.

—¿Una docena de qué?

Maddi rio al ver su extrañeza.

—Creo que te sonará más el nombre de primaveras. —El gesto de Kaiet

le indicó que seguía sin saber de qué hablaban, y volvió a reír mientras lo conducía hacia el colorido espacio en el que a lo lejos las vio colocadas en hileras.

CAPÍTULO 10

Estaba poco hablador esa mañana, mientras se tomaba el café con Amara. No podía evitar dar vueltas a la última conversación que había mantenido con Maddi. Se sentía bien compartiendo cada día más tiempo con ella a pesar de que a menudo lo desorientaba con su voluble comportamiento y sus irónicas punzadas; aunque, en realidad, cada vez le gustaba más su compañía. No le importó que ella comenzara aquella conversación sobre la muerte de su madre, pero cuando tras eso empezó a opinar de los motivos de su marcha, se sintió invadido. Y no por lo incómodo que le resultó afrontar un tema que hubiera preferido que no tocaran nunca, sino porque tampoco ella fue capaz de ponerse en su lugar. Y lo mismo que nadie parecía entenderlo a él, él no conseguía entender a los demás.

Por eso, cuando Amara le estaba comentando algo sobre su trabajo en la conservera, le lanzó la pregunta. Y lo hizo de modo tan repentino, y además sobre algo de lo que hacía tanto tiempo que no hablaban, que tuvo que repetírsela para que la entendiera.

—¿De verdad no te dolió lo que nos hizo?

Ella se quedó inmóvil hasta que pudo reaccionar.

—Me dolió perder a *ama*. El resto lo entendí.

—¿Qué entendiste? —cuestionó mordaz—. ¿Que no pensara en nosotros o que pensara por nosotros?

—Entendí que quisiera protegernos.

La suavidad con la que lo dijo molestó a Kaiet casi tanto como el piadoso significado que quiso darle.

—¡Venga ya, Amara; no me vengas con ésas! Es un egoísta que sólo

piensa en sí mismo. Lo fue siempre.

—Si de verdad crees eso de él, es que no lo conoces.

La miró largamente, en silencio, y en sólo unos segundos pasó por su mente toda la frustración que a lo largo de su vida había acumulado por causa de su padre.

—Lo conozco mejor de lo que crees —murmuró casi sin despegar los labios.

La vio tensarse, enfadada.

—No es un egoísta, pero tú te comportas como un rencoroso que no sabe perdonar.

—¡No, no lo perdonaré nunca! —Golpeó la mesa con el puño cerrado. Amara se sobresaltó—. No le perdonaré nunca el que no me permitiera despedirme de ella. Y no entiendo cómo pudiste hacerlo tú.

Y todo ese apasionamiento con el que en un segundo se había desahogado, se desinfló cuando su hermana le respondió sin despegar los labios. Su sonrisa, dulce y silenciosa, lo llevó a recordar todas las veces que lo había perdonado a él. En especial durante los primeros años después de su marcha, cuando la amenazaba con desaparecer también para ella si no dejaba de nombrar a su padre.

—Sólo un tonto como yo sería capaz de preguntar algo así —reconoció contemplándola con admiración, justo antes de pasar a hablar de otras cosas.

Porque cada vez era más frecuente que cambiara de conversación. Unas porque no ponía demasiado interés y se perdía en silenciosas reflexiones, otras simplemente porque le incomodaban. No le era fácil hablar de lo que ni siquiera quería oír o tan sólo pensar. Cuando no podía escapar de lo que dolía, como ya había hecho otras veces, la solución más sencilla que encontraba era la de cerrar los ojos y dejar que pasara el tiempo.



Había sido un día tranquilo en la floristería, sin mucho trabajo, y una vez cerrada al público Maddi se dedicó a formar los centros florales que al día

siguiente darían color a la mesa de un banquete de boda. Y, una vez más, Kaiet se había resistido a marcharse. Compartieron conversación mientras él dividía en porciones el corcho verde, que haría de base en los recipientes, y ella iba distribuyendo con destreza las plantas.

Hubo un momento en el que Kaiet colocó cuatro de los rectángulos que acababa de cortar, uno sobre otro, y en los salientes clavó las flores más menudas que había ido desechando Maddi.

—Yo debería estar haciendo algo como esto en lugar de jugar con florecitas.

Y cuando ella se volvió hacia lo que estaba haciendo, distinguió con claridad un edificio de corcho verde que hasta tenía plantas en los balcones. Se echó a reír por su ingenio y por la constatación de que la pasión por la arquitectura la seguía llevando en la mente y en las manos durante todo el tiempo.

—Muy pronto volverás a hacer esas cosas de arquitectos presuntuosos — bromeó mientras se apoderaba del corcho central y le desbarataba la construcción—. Mientras tanto disfruta de lo que haces, y también del privilegio de no hacer nada.

Kaiet rio, convencido de que ella volvía a tener razón aunque se lo hubiera dicho de aquella forma políticamente incorrecta, y le preguntó que cuántos pedazos más pensaba que necesitaría, porque si iban a ser muchos, tal vez le alcanzaran para hacer todo un rascacielos o una autopista.

Aproximadamente una hora después, Maddi acariciaba la cabeza a *Pintxo*, despidiéndose hasta el día siguiente. Lloviznaba, y la calle comenzaba a brillar mojada a la luz de las farolas. Pero ninguno de los dos se molestó en entrar de nuevo para coger uno de los paraguas. Él, porque le gustaba la lluvia y además esa que caía suave y fina no empapaba. Ella, porque un poco de humedad no iba a estropearle nada ni a rizarle más el pelo. Y mientras introducía la llave para cerrar la tienda, apareció Unax, también sin paraguas, con un osito de peluche, sin envolver, y una bolsa de papel marrón con el anagrama de un conocido restaurante hindú de Bilbao.

Sin haber dicho ni una palabra, dio un beso en los labios a Maddi, y con un sonriente guiño le entregó el peluche. Después se volvió hacia Kaiet, le

tendió la mano y se presentó sin esperar a que nadie lo hiciera.

No hubo sorpresas. Kaiet ya sabía, por ella, que Unax era amigable, sencillo, directo y dispuesto siempre a hacer amigos. Pero, ante su primera y graciosa reacción, pensó que también debió haberle contado que prestaba una atención muy especial a lo que para él era lo más importante: ella. Tal vez por eso último, le sorprendió que le propusiera que se quedara a cenar con ellos, insistiendo en que había comprado comida suficiente para cuatro o cinco personas con buen apetito. Pero ante la cordialidad con la que hizo la invitación, además asegurando que estaría delicioso y a que pesar del viaje seguiría caliente, Kaiet no pudo negarse. Aunque tal vez lo hubiera hecho de haber advertido que, mientras hablaban, Maddi insistía en colocarse un mechón rebelde tras la oreja y contenía la respiración rogando para que se fuera.

—Me ha dicho Maddi que eres veterinario —le comentó cuando, de pie ante la mesa que un rato antes estaba llena de flores y ahora de aromáticos recipientes, se servía del que contenía arroz frito con especias y champiñones.

—En una clínica de Bilbao —explicó Unax—. Damos servicio veinticuatro horas, así que cambio continuamente de horario y debo estar localizable en todo momento.

Maddi inspiró hondo antes de intervenir.

—Eso le encanta —dijo cortando un trozo de pan de harina de arroz—. Y a mí también, sobre todo cuando ese aparatito que lleva siempre suena en el cine y él sale corriendo y yo me quedo allí, sola, para después contarle el final de la película.

—Eso pasa pocas veces —alegó mientras los demás reían—. Aunque no me importa cuando ocurre. Me gusta lo que hago. —Recogió la servilleta que con los nervios se le había caído de entre los dedos a Maddi, y se la devolvió con un beso—. Esta tarde, por ejemplo he examinado a una perrita que debido a una lesión de espalda no podía moverse. ¡La operé hace un mes, y hoy ha llegado a la consulta andando más chula que la leche! ¿Eso vale o no vale el que te interrumpen a mitad de una peli? —preguntó directamente a Kaiet, posándole una mano en el hombro.

Maddi participaba poco en la conversación, porque sobre todo observaba

y se perdía en pensamientos. Nunca hubiera esperado ver cómo el hombre por el que llevaba toda la vida suspirando escuchaba el entusiasmo con el que hablaba de su trabajo el hombre con el que mantenía una relación. Porque había intentado poner distancia con Kaiet sin conseguirlo, porque además había vuelto con Unax para tratar de olvidarlo.

—¿Y tú a qué te dedicas? —preguntó con interés Unax.

—Soy arquitecto en excedencia.

—Poco futuro le veo yo a un arquitecto en una floristería —bromeó antes de llevarse a la boca una alita de pollo con chile y salsa picante.

La risa en la que estallaron Kaiet y Maddi lo desconcertó. No creyó haber dicho algo tan gracioso como para eso, quizá porque no los había visto cuando él montaba con corcho un edificio y ella se lo derrumbaba.

Fue una velada incómoda y extraña para Maddi, pero interesante y agradable para los dos hombres que sin saberlo le complicaban la vida. En especial para Kaiet, porque el que Unax fuera alguien ajeno a su pasado le facilitó desde el principio las cosas. Y durante las horas que compartieron se sintió tan a gusto que hasta casi llegó a olvidar que aquello estaba aconteciendo en Bermeo.



Miró el reloj de pared, en la cocina. Las cuatro y media. Aún tenía media hora para que Iker saliera de clase y lo encontrara a él allí, frente a la puerta, con *Pintxo* y con la merienda para llevarlo a jugar durante toda la tarde al parque grande.

Sumido en reflexiones mientras abría el pan para el bocadillo, a punto estuvo de untarlo de crema de cacao, tal y como llevaba haciendo meses, pero se detuvo en el último instante, con la pala llena de crema.

Se la llevó a la boca y la paladeó despacio mientras sacaba una lata de atún, y aún se relamía cuando comenzó a extender el contenido con otra paleta de untar, limpia.

—¿Te ha hablado Iker de esa niña?

Se sobresaltó al oír la voz de Amara, y al volverse la encontró vestida para salir y dejando el abrigo y el bolso sobre el respaldo de una de las sillas.

—¿De qué niña? —preguntó tras haberla admirado durante unos segundos.

Ella se acercó y sonrió al ver el atún cubriendo el pan y a su hermano abrir una lata de aceitunas negras.

—Una de su clase. Creo que se está enamorando.

—¿Se lo ha contado a él? —preguntó, tenso de pronto, evitando nombrar directamente a su padre.

—¡No, tonto! Me lo ha contado a mí, aunque sólo a medias. Se está haciendo mayor.

Kaiet se relajó un poco. Que su hijo confiara a Amara secretos que no le contaría a él, le parecía casi lógico. Ella era lo más parecido a una madre que le podía dar.

—¡Sólo tiene siete años!

Amara se colgó el bolso del hombro y miró el reloj. Ella sí andaba justa de tiempo.

—Ya —aceptó sacando con los dedos una aceituna del bote y llevándosela a la boca—. Pero el amor hace madurar con rapidez.

—¿Por qué no me lo cuenta?

—Eso no se cuenta a los *aitas*. Él sabe que el alma femenina entiende mejor esas cosas —explicó con fingido orgullo—. Y también que da mejores consejos.

Kaiet sacudió la cabeza, sonriendo, mientras repartía las aceitunas sobre el atún. No terminaba de entender cómo ese contraste de sabores podía gustar a alguien.

—¿La conoces? —preguntó entornando los ojos.

—Aún no —dijo con misterio al tiempo que recuperaba el abrigo y salía, dejándolo intrigado.

Kaiet pasó toda la tarde observando los juegos de su hijo en el parque con más interés que nunca, prestando especial atención a las niñas a las que se acercaba, todo sin resultado. Ya en casa, buscó la complicidad del pequeño con una relajada charla en el mirador, contemplando los barcos amarrados en

el puerto. Sólo le faltó atreverse a hablarle de las niñas que le habían gustado a él de pequeño. Pero no se atrevió. El silencioso Iker era demasiado listo y hubiera atado cabos, lo que lo hubiera llevado a sentirse traicionado por su tía.

CAPÍTULO 11

—Me cayó genial —decía Kaiet, sentado en el banco y abriendo la bolsa que contenía las pequeñas palmeras de almendras—. Seguro que es de esos tipos que tienen amigos en todos los lados, y además de todas las condiciones.

—Sigues sorprendiéndome con tus dotes para la adivinación —bromeó Maddi cogiendo uno de los hojaldres—. Realmente es tan buena persona como parece.

Hacía frío a esa hora de la mañana, pero ellos acababan de terminar su ya habitual carrera y no lo notaban. Habían hablado mucho durante el trayecto, en especial en el de vuelta, y llegando a Bermeo habían iniciado una conversación que a los dos les apetecía continuar. Maddi lo había acompañado a comprar las famosas palmeritas y, ahora, sentados en un banco, en el parque de la parte trasera del antiguo claustro de San Francisco, las compartían mientras iban intercambiando confidencias.

—¿Y cómo era Raquel?

—Preciosa. —Sonrió al recordarla—. Iker se le parece mucho. Era dulce, cariñosa, nunca levantaba la voz. Ni siquiera cuando se enfadaba, y eso llegaba más hondo y causaba más efecto que cualquier grito. —Maddi la envidió al ver el modo en el que le resplandecían los ojos al hablar de ella—. Tengo la sensación de que Unax es también de esa clase de personas.

—Con la diferencia de que él sí que levanta un poco la voz cuando se cabrea.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —preguntó Kaiet.

—Poco más de un año. Pero nunca sabemos qué fecha celebrar, si la primera, la segunda, la tercera... —Se echó a reír al ver su gesto de sorpresa

—. Es que lo hemos dejado y vuelto a empezar ya en cinco ocasiones.

—¿Y eso? —preguntó tras morder una nueva palmera.

Ella suspiró mirando los ciruelos japoneses, ya casi desnudos de hojas púrpuras.

—Es difícil de explicar. Pero es que a veces siento que estoy mejor sola.

—Mal asunto —opinó meneando la cabeza—. Cuando estamos enamorados querríamos estar a todas horas con esa persona.

—¿Insinúas que no amo a Unax?

—No lo sé. Dímelo tú —le pidió en voz baja, mirándola a los ojos.

Maddi tardó en reaccionar, tal vez porque lo entendía mejor de lo que él imaginaba.

—Es un gran hombre, y me quiere.

—Ésos no son motivos suficientes para querer pasar el resto de nuestra vida con una persona. Y me extraña mucho que una mujer como tú esté con alguien, por muy bueno que éste sea, sin estar segura de lo que siente.

—¿Y qué se supone que debería sentir? —preguntó a pesar de saberlo con sólo mirarlo a él.

—Que el mundo es mejor cuando estáis juntos; que tú eres mejor cuando estáis juntos. Que se te corta la respiración cuando lo ves llegar y que sientes que te mueres cuando se marcha.

—¡Ésas son cosas de novelas! —exclamó con guasa.

—Eso es en lo que la vida se te transforma cuando te enamoras.

La seguridad con la que lo dijo la hizo temblar. Se acomodó en el banco, estiró bien las piernas y colocó un pie sobre otro.

—¿Te pasó a ti con Raquel?

—La verdad es que sí. Fue amor a primera vista. En cuanto la vi, y sin ni siquiera haberla oído hablar, supe que sería mía.

—¡Presuntuoso!

—Dotes de adivinación —dijo él, y cuando Maddi le dio un codazo fingió doblarse de dolor mientras los dos estallaron en risas.

—¿Dónde la conociste?

—En la fiesta de fin de carrera —le contó, ya más serio—. La vi de lejos, con sus amigas, y ya no paré hasta que conseguí hablar con ella. ¿Y tú dónde

conociste a Unax?

—En Bilbao, que es donde él vive. Fue durante la Semana Grande. Yo también estaba con amigas, viendo los fuegos artificiales, tumbadas en la hierba. No nos dimos cuenta de que se nos acercaba un grupo de chicos hasta que uno de ellos se tendió a mi lado y me susurró: «Bonitos, ¡eh!» —Hizo una breve pausa para controlar sus emociones—. A cualquier otro lo hubiera mandado a paseo, pero me gustó su voz y quise darle una oportunidad. Nos despedimos por la mañana, cuando ya barrían y regaban las calles. Nos habíamos liado durante esa primera noche, y pensé que no lo volvería a ver. Pero a los dos días me llamó por teléfono y vino corriendo a Bermeo, a verme. —Se sujetó un mechón de rizos tras la oreja, preparándose para lo que le quería preguntar—. ¿Tú te acostaste con Raquel la misma noche que la conociste?

—No. Y no por falta de ganas —reconoció sin pudor—. La verdad es que en eso no me lo puso demasiado fácil.

Maddi se quedó pensativa, mirando el grupo de gaviotas que sobrevolaban el parque y se perdían en dirección al mar, casi rozando el campanario de la iglesia. Encogió las piernas y se metió las manos en los bolsillos al notar de pronto el frío.

—¿Cómo era vuestro matrimonio? Quiero decir, ¿eráis de los que no salíais de fiesta, salvo a cenar el día de vuestro aniversario, y hacíais el amor cada sábado, al acostaros, siempre en la postura del misionero?

La risa de Kaiet le llenó los oídos, templándola por dentro.

—Lamento decepcionarte, pero conocíamos muchas más posturas que la del misionero y no teníamos ni día ni horario para hacer el amor —aseguró cuando acabó de reír—. Pero, en el resto has acertado: salíamos poco. Yo trabajaba muchas horas, y al terminar, lo que me apetecía era estar en casa. Todo lo que amaba estaba allí, entre aquellas cuatro paredes.

—Suena romántico, pero también muy aburrido.

Él se volvió a mirarla, arrugando entre las manos el paquete ya vacío de hojaldres mientras, tras las retinas, le chispeaban los gratos y reconfortantes recuerdos. Y musitó, casi para sí:

—Nunca me lo pareció.



Podía actuar como un cobarde evitando a sus amigos, incluso huir de los problemas siempre que le era posible, pero jamás se rendiría con su hijo. Necesitaba pasar más tiempo con él los fines de semana, o más bien necesitaba que él quisiera hacerlo. Sin imposiciones. Y ese sábado, mientras terminaban de desayunar, quiso tentarlo recordándole las veces que habían recorrido juntos esa naturaleza abrupta y casi mágica de la que estaban rodeados, como la Reserva de la Biosfera de Urdaibai, con sus amplias marismas a los lados del río Oka, al que la influencia de las mareas transforma, a partir de Gernika, en la espectacular ría de Mundaka. Y también de cosas más banales, como las tardes de cine y palomitas o las cenas de hamburguesas y patatas fritas con ketchup que varias veces habían disfrutado en Bilbao.

—¿Qué te parece si visitamos el Museo del pescador? —le propuso—. Está en la Torre de Ercilla, junto a esas esculturas de una familia que mira angustiada hacia el mar esperando el regreso del padre.

—Me va a llevar mi *aitite* —respondió con la boca sonriente y llena de galletas remojadas en leche.

Kaiet frunció el gesto, y para evitar que su hijo lo viera llevó al fregadero las tazas que, un rato antes, había utilizado con Amara para tomarse el primer café.

—¡Bueno, pues podemos ir a ver la cueva de Santimamiñe! Allí vivieron los hombres primitivos, y dejaron su huella pintando, hace más de trece mil años, figuras de bisontes, caballos...

El pequeño lo miró, y al comprobar que hablaba mientras seguía ocupado en el fregadero, tomó entre los dedos un buen número de galletas y, tras remojarlas en la taza durante unos segundos, se las dio a comer a *Pintxo*, que aguardaba debajo de la mesa. No advirtió que Gabino, que pasaba en ese instante frente a la cocina, fue silencioso testigo de su artimaña, y que al ver que Kaiet se volvía decidió apartarse antes de que lo vieran.

—Voy a ir mañana, con mi *aitite* —repitió Iker mirando a su padre, ajeno

a la decepción que sus palabras y su nulo interés le provocaban.

Kaiet resopló despacio, se secó las manos con el paño de cocina y fue a sentarse a su lado.

—Me gustaría que fuéramos juntos a algún sitio. Si no puede ser este fin de semana porque ya lo tienes todo planeado, para el que viene podías guardar algo de tiempo para nosotros —rogó con cariño—. Podemos ir al bosque de Oma. Lo llaman el bosque encantado. Ibarrola pintó en los pinos figuras y colores, y todo cambia cuando te mueves para mirar los árboles alineados desde diferentes posiciones.

—Me parece bien —dijo dándose importancia y afirmando repetidamente con la cabeza.

—No olvides nunca que te quiero más que a nada ni a nadie —le recordó con emoción—. Y que siempre, pase lo que pase, tú y yo seguiremos siendo un equipo.

De pronto, Iker se puso en pie en la silla, y con las manos pringadas de restos húmedos de galletas se abrazó a él y le dio un fuerte beso en la mejilla, dejándole en la ropa y en la piel un agradable olor a harina tostada y azúcar.

Kaiet suspiró, conmovido y aún confuso al quedarse solo en la cocina. Nada le había preparado para aquella sensación de que su padre le estaba ganando la partida que, inesperadamente, se jugaba en el pequeño corazón de su hijo.

Pero el semblante se le iluminó tan sólo unos minutos después, cuando Iker volvió para decirle que el *aitite* iba a estar muy ocupado durante todo el fin de semana; que él quería que lo llevara a conocer todos esos sitios de los que acababa de hablarle y que le explicara cuál visitarían primero.

Fue el propio Iker quien decidió que ése sería el día del bosque animado de Oma, tal vez porque le contó que era un bosque vivo y casi mágico, aunque algo debió influir, también, el saber que deberían caminar muchos menos kilómetros que para llegar a las cuevas de Santimamiñe.

El trayecto desde Basondo, donde dejaron el coche, se les hizo ameno, porque Iker disfrutó corriendo por grandes prados en los que pastaban caballos, vacas y cabras. Pero lo que en verdad lo asombró fue la simpleza de ver correr a conejos, libremente y a sus anchas, mientras explicaba a *Pintxo*

que no debía intentar coger ninguno porque él no era un perro de caza.

—¡Es como un documental de animales! —dijo casi ya al final del trayecto, cuando su padre lo llevaba a hombros para que no se cansara demasiado. Quería que conservara toda su energía para disfrutar en Oma.

—¡Pues vas a ver un bosque muy divertido que es mejor aún! —le prometió, preguntándose cuál de los tres estaría más emocionado.

Se le disipó la duda al poco de llegar al destino, al verlo abrir los ojos con asombro cuando los árboles que tenía ante sí se alinearon mostrándoles las figuras de unas flechas que unos segundos antes sólo parecían manchas de colores.

—¡De verdad es mágico! —exclamó como si creyera que el dibujo había surgido de la nada.

Y se puso a correr por el bosque, con *Pintxo* siempre detrás, probando diferentes posiciones desde donde mirar las pinturas, gritando a su padre que se acercara a ver unos ojos blancos y negros y al segundo siguiente llamándolo desde otro extremo donde veía figuras de hombres escondidos entre los árboles. Cuando se tranquilizó un poco, Kaiet le enseñó algo diferente. Le instó a colocarse frente a las pinturas y ver más allá de lo que le mostraban sus ojos, porque aquellas cortezas pintadas transmitían emociones, ideas, sentimientos, y le aseguró que si los miraba en silencio, oyendo el trinar de los pájaros y el silbar del viento entre los pinos, descubriría un sentido diferente al que hasta entonces hubiera encontrado cualquiera.

—Es como mirar un cuadro —dijo mientras el pequeño arrugaba el ceño para atisbar con mayor atención—, pero un cuadro vivo.

Se agachó tras él para ponerse a su altura y verlo todo con sus ojos mientras lo abrazaba contra sí. Estaban mirando las pinturas de Ibarrola, pero hubiera dado igual que hubieran estado contemplando la nada. Se sentía feliz porque estaba con su hijo, con su pequeña espalda arrimada a su corazón.

Y de forma inesperada, Iker se volvió, se abrazó con fuerza a su cuello y le dijo al oído:

—Gracias por traerme aquí.

La emoción y el desconcierto le duraron días. Y hasta se notaba temblar cuando se lo contó a Maddi, mientras ella formaba un enorme ramo de rosas

con el que alguien felicitaría un aniversario.

—No imaginas cómo me alegro —aseguró ella con un gesto tierno—. Ya no volverás a tener ese temor a que tu padre te lo esté robando.

—Volveré a sentirlo —aseguró—. Iker no hubiera ido conmigo de no haber estado ocupado él. —Se pasó las manos por el pelo, pensativo—. Pero, en realidad, no creo que de verdad tuviera nada que hacer.

—¿Se lo inventó por ti?

Respondió frunciendo los labios y levantando levemente las cejas. No quería decir que sí, que tal vez su padre había renunciado a disfrutar de ese día en compañía de su nieto para que pudiera hacerlo él, aunque en el fondo estuviera seguro de eso.

—Me asusta la idea de que, cuando llegue el momento de marcharnos, Iker no quiera hacerlo.

—¿Y cuándo será eso?

—No lo sé con exactitud. Como mucho en dos meses, para que Iker comience el segundo trimestre ya en su colegio de Madrid.

—Seguro que para entonces estará deseando volver —trató de tranquilizarlo cuando su propio corazón le había dado un vuelco.

—Ojalá aciertes. Pero aquí está descubriendo una forma de vida que no conocía; y le gusta. —Suspiró hondo a la vez que apartaba con los dedos los trozos de tallos que quedaban en la mesa—. Me abrazó fuerte y me dijo «gracias por traerme aquí» —susurró sin levantar los ojos—. Fue cuando mirábamos juntos las pinturas de Oma. Pero yo entendí lo que me quiso decir. Hablaba de la casa sencilla en la que estamos viviendo. Hablaba de Amara, de su *aitite*. Hablaba de Bermeo.



Algo importante estaba ocurriendo en casa. Al parecer, Amara estaba ilusionada con un chico del que se negaba a hablar porque, según aseguraba, traía mala suerte adelantarse a los acontecimientos. Algo así como esa ley nunca escrita de que los deseos hay que pedirlos en silencio y con los ojos

cerrados, y que aun pidiéndolos de la manera correcta, si después los dices en voz alta ya nunca llegan a cumplirse. Él hacía mucho que había dejado de creer en esas tonterías, pero Amara seguía haciéndolo. Incluso pensaba que la reconciliación entre él y su padre se produciría, y que además estaba cercana.

Sin embargo, él no concebía que pudiera haber una reconciliación con su padre, como tampoco esperaba que la hubiera nunca con sus suegros. Llevaba meses sin hablarles, y ahora sabía que debería haber seguido igual. Pero se cegó al oír la última conversación que Iker mantuvo con ellos, una mañana, mientras él preparaba el desayuno.

—De verdad que estoy bien —lo escuchaba insistir una y otra vez—. De verdad que me gusta estar aquí...

Tanta justificación le hizo entender que era a él a quien Iker defendía. Y recordó a su suegra recriminándole que se llevara a su nieto de un lugar a otro, volviéndolo loco y alejándolo de la familia. Y cuando decía «la familia» parecía referirse sólo a ella y a su marido.

Y toda su frustración estalló de golpe.

Se acercó en dos zancadas a Iker y le arrebató con rabia el teléfono.

—¡No sois los únicos que sufrís! —gritó sin preguntar quién estaba al otro lado—. ¡Yo también lo hago, yo también la echo de menos, yo también la he perdido! —Miró la carita compungida de su hijo y se esforzó por suavizar el tono—. Si os sirve de consuelo, ya me culpo sin necesidad de que vosotros lo hagáis.

No esperó la respuesta. Devolvió el teléfono a Iker y le despeinó el pelo a modo de disculpa antes de dejarlo solo para que siguiera hablando.

Deseaba que dejara de dolerle lo que ellos dos opinaran. Pero no podía. Pasara lo que pasase, eran los abuelos de Iker y eran los padres de Raquel. Y él se resistía a fallarles a los dos en eso.



La noche comenzaba a caer sobre la playa de Bakio, y Maddi no había pillado ni una ola medianamente decente. Había esperado mucho más de ese

atardecer, aunque en realidad no le importaba demasiado. Estaba relajada y estúpidamente contenta. Había hablado mucho con Kaiet sobre los motivos de su precipitada marcha, y aunque no los compartía y estaba segura de que ella jamás hubiera actuado así, podía llegar a entenderlo. Debió de ser difícil, para un chico de diecinueve años, seguro de sí mismo y que creía tenerlo todo controlado, llegar una noche a casa y descubrir que no había sido dueño de lo más importante. Podía entenderlo, sí, aunque no compartiera la forma en la que solucionó las cosas, rompiendo con todo cuanto tenía.

Se tumbó boca arriba en la tabla, desistiendo de coger ni una ola más, y miró al cielo. La marejada la mecía con suavidad y el viento la estaba dejando helada. Pero tampoco eso importaba. Cerró los ojos y se concentró en el vaivén con el que jugaban con ellas las olas.

Kaiet había vuelto para unos meses. Dos más, aseguraba él. Y ella estaba tan a gusto en su compañía que no dejaba de pensar que pronto dejaría de verlo. Y aun así se sentía bien. Quería vivir lo que siempre soñó y que en los últimos años consideró algo ya imposible. No importaba cuánto dudara ni las consecuencias con las que tendría que vivir después de aquello. Fueran las que fuesen, estaba segura de que siempre sentiría que había merecido la pena.

CAPÍTULO 12

Algo no iba bien. Lo había sospechado por la mañana, cuando terminó de correr y compró las palmeritas en la panadería sin que Maddi hubiera aparecido. Y lo siguió pensando después, durante el día, precisamente porque ella se esforzó en aparentar que todo seguía como siempre. Había estado poco habladora, distante. Y en algún momento había creído verla murmurar para sí, en el invernadero, mientras trasplantaba un grupo de gardenias a tiestos más grandes.

Fue aquel mal presentimiento el que lo llevó a pasar frente a la floristería por la noche, cuando sacaba al perro. Y la suerte quiso que lo hiciera en el momento preciso, cuando Unax abandonaba la tienda. Lo notó disgustado, tal vez hasta furioso, y lo constató al verlo cerrar con un portazo que retumbó en aquel silencio solitario y oscuro. Recordando que Maddi dijo que él sí alzaba la voz cuando se cabreaba, se preguntó si había gritado mucho allí dentro.

No supo qué hacer. Se quedó mirando la pálida claridad que entre las plantas se veía en el invernadero. Y lo echó a suertes. Si al empujar la puerta ésta cedía, entraba. Si no lo hacía continuaría su camino y nunca diría a Maddi que había visto salir a Unax, enfadado, y perderse con largas y enérgicas zancadas, seguramente en dirección a donde había aparcado el coche.

Pero la puerta cedió con facilidad a la primera presión, y él entró, atravesó la tienda a oscuras y, a punto de alcanzar el invernadero, se detuvo para observarla.

Hacía algo diferente esa noche, concentrada como si el mundo hubiera dejado de existir y sólo quedaran ella y los pequeños y cerrados capullos de

rosa que iba separando de las ramas y encajándolos después en un corto alambre en el que enrollaba cinta verde. Ni siquiera parecía darse cuenta de que algunas de sus lágrimas caían sobre las flores.

Se sintió un intruso, y durante unos segundos deseó no haber rozado siquiera la puerta. Pero cuando iba a volverse, ella levantó los ojos y lo vio, dibujado en el tapiz negro de la tienda a oscuras.

—¿Vienes a ayudarme? —preguntó enjugándose las lágrimas con los dedos.

Él se acercó, con las manos en los bolsillos mientras *Pintxo* caminaba a su lado, y se detuvo frente a la mesa cubierta de tallos largos de rosal a los que ella iba despojando de sus pequeñas flores.

—He visto salir a Unax y...

No supo cómo continuar. El sereno desconsuelo de Maddi no le permitía pensar con claridad, sobre todo cuando lo miró con sus hermosos ojos verdes, brillantes y enrojecidos. Tristes.

—Lo hemos dejado. —Se retiró unos rizos, sujetándolos tras la oreja, y siguió enrollando cinta en el alambre hasta convertirlo en un resistente tallo.

—Lo siento por él. —Sabía del dolor que desgarrar por dentro a un hombre al perder a la mujer a la que amaba—. Es un buen tío, de los que quedan muy pocos. Pero lo importante es que tú hagas lo que desees hacer.

Las lágrimas volvieron a recorrerle las mejillas y a caer sobre las flores.

—No ha sido fácil tomar la decisión, y menos aún decírsela y que la comprendiera.

—Estas cosas nunca son fáciles. Pero ánimo. ¿Quién sabe si volveréis a arreglaros o si descubriréis que estáis mejor así? Nunca se sabe las vueltas que dará la vida y dónde terminaremos cada uno. Sólo tienes que mirarme a mí para creerlo. —Levantó los brazos, sonriendo y mostrándose como claro ejemplo.

Ella rio, volvió a enjugarse las lágrimas y le mostró uno de los capullos.

—Son para colocarlas en el pelo de la novia. Los alambres sirven para sujetarlos bien y que no se caigan en todo el día.

Él notó, en el vibrar de la voz, que contenía las ganas de llorar.

—Si quieres que me vaya...

—No, por favor —rogó al instante—. Quédate. No quiero estar sola esta noche.

Se quedó allí, sin más labor que hacerle compañía y darle conversación. Y cada vez que consiguió sacarle una sonrisa o simplemente algún brillo en sus bonitos ojos verdes, sintió que pocas veces había hecho un trabajo más simple y gratificante que aquél.

La noche siguiente fue ella quien le hizo sonreír a él, cuando nada más entrar vio que en la mesa, en lugar de flores, había dos platos y dos cervezas.

—¿Qué significa esto? —preguntó sin poder creer que se tratara de una cena para dos.

—No lo hago por ti, *gixajo* —aseguró frunciendo graciosamente el ceño—. Quiero evitar que vayas a cenar al Loixdie. Me sentiría culpable si te envenenaras allí.

Kaiet no quiso llevarle la contraria, pero soltó una breve y clara risa que no dejó dudas de su opinión. Ella respondió con otra, abiertamente fingida e irónica.

—Nadie hace los pinchos como tú —dijo casi con mofa. Y ella le empujó con el hombro invitándole a que callara y comiera.



Con el cuerpo adelantado y la nariz casi pegada al espejo del cuarto de baño, Amara ennegrecía sus pestañas pasándoles una y otra vez el cepillo encorvado del rímel. Kaiet la observaba apoyado en el quicio de la puerta, abierta de par en par. Le provocaba nostalgia aquella serena excitación con la que ella se preparaba para el encuentro. Estaba enamorada, igual que él lo estuvo de Raquel, igual que lo seguía estando de su recuerdo. Pero aquel aleteo que seguramente ella sentía en el estómago cada vez que pensaba en su hombre, él jamás volvería a notarlo dentro de sí. Y eso lo entristecía.

—¿Cuándo voy a conocerlo? —preguntó sin moverse.

—Cuando descubra si de verdad es el hombre de mi vida. —Se apartó para mirarse en la distancia, sonrió a su hermano en el reflejo y volvió a

acercarse para dar un último repaso.

—Eso es una tontería. —Terminó de entrar y se sentó en el borde de la bañera—. ¡Estás saliendo con él, puedes presentármelo, sin más! Prometo no espantarlo.

—¿Sabes que empiezo a entender por qué Iker no te habla de la niña que le gusta? —Rio mientras sacaba del neceser el brillo de labios—. Yo debí hacer lo mismo.

—Sólo quiero conocer a quien te hace sonreír así —insistió cariñoso.

Amara se volvió para mirarlo de frente.

—Todo a su tiempo, hermanito. Deja que las cosas fluyan.

—Tú mandas en esto —bromeó mostrando su resignación alzando ligeramente los hombros.

—Y tú mandas en otras cosas —murmuró bajito.

No le preguntó qué quería decir. Ya lo sabía, y no iba a ser él quien iniciara otra aburrida disputa sobre si debería o no ceder un poco y hablar con su padre. Estaban hablando de ella, de que estaba feliz, de ese sentimiento maravilloso del que él sentía nostalgia. Necesitaba vivir al margen de la existente o inexistente relación con su padre, que además tan sólo le afectaba a él. Aunque a veces le resultara imposible conseguirlo.

Como ocurrió a la mañana siguiente, cuando entró en la panadería a comprar las palmeras mientras Maddi lo aguardaba fuera, cuidando de *Pintxo*. Le había tocado esperar a que la panadera terminara de contar, a una de sus habituales, que el día anterior habían estado buscando a uno de sus hijos durante horas, incluso recorriendo el pueblo de punta a punta. Al parecer, los niños habían jugado al escondite, y el más pequeño se había quedado dormido dentro de un armario. Sus hermanos, aburridos del juego, se habían puesto a ver la tele y se les había ido el santo al cielo. A la clienta le pareció divertido, y ella dijo que se reiría cuando se le hubiera pasado el susto que todavía la tenía temblando.

Él se volvió para decirle a Maddi, con un gesto, que tardaría un poco, y la vio abrazando a su padre.

¿Qué hacía él allí? ¿Acaso no había salido temprano de casa para ir de pesca?

No quería volverse de nuevo, pero, mientras la buena mujer metía en la bolsa las palmeritas y las pesaba, los miró varias veces de soslayo, y vio el gesto de cariño con el que Maddi le hablaba mientras le tocaba tiernamente el brazo.

Suspiró cuando, tras pagar y despedirse, llegó el momento de salir. ¿Qué iba a decirle? ¿Buenos días, *aita*? No quería incomodar a Maddi con un encuentro tenso. Sus problemas eran suyos y de nadie más.

Pero la situación se resolvió por sí misma. O más bien la resolvió Gabino.

En cuanto cruzó el umbral de la panadería, y antes de poner un pie en la acera, sus ojos se encontraron con los de su padre durante unos segundos. Y durante ese brevísimo espacio de tiempo vio en ellos olas grises. Olas grises de tristeza, de vacío, de cansancio. Y tras aquella silenciosa mirada, su padre se volvió hacia Maddi, le dio un beso al que ella correspondió con otro abrazo, y se alejó en dirección a casa.

Tardaron en hablar, una vez que se quedaron solos, como si la presencia de Gabino siguiera allí, igual que la espesa bruma que esa mañana se resistía a despegarse del contacto con las aguas del Cantábrico. Cruzaron la carretera en silencio para ir a sentarse bajo los ciruelos de hojas púrpuras. Y cuando abrió el paquete de hojaldres, se atrevió a hacer la pregunta.

—¿Qué te ha dicho?

—Que está cansado. —Algo se encogió en el corazón de Kaiet—. Que hoy no tiene ni fuerzas ni ganas de salir al mar.

Volvieron a quedarse en silencio. Las palmeras continuaron en el interior del paquete abierto, sin que ninguno las tocara. El oleaje de los ojos grises de Gabino había provocado naufragios esa mañana.

Y tras todo naufragio las horas siempre son eternas. Kaiet trató de pasar las suyas alejado de casa, salvo el rato en el que desayunó con su hijo para llevarlo después al colegio. Se acercó a la librería, a comprar tebeos y hablar un rato con Ander, ayudó a Maddi con la tienda, la acompañó hasta el vivero de Mungía para recoger flores. Y, a pesar de sus esfuerzos por evitar ese día a su padre, no consiguió hacerlo.

Subió, como cada noche, cuando desde el puerto no se apreciaba ninguna luz encendida, y al entrar encontró, también como siempre, la casa en

silencio. Pero una claridad tenue asomaba por la habitación entreabierta de su padre. Y preocupado por si su cansancio de la mañana hubiera sido algo más serio, se acercó a mirar con sigilo.

Estaba sentado en la silla en la que cada noche, antes de acostarse, dejaba bien ordenada la ropa, sujetando un álbum de fotos, de tapas marrones, abierto sobre las piernas. La pequeña lamparita de la mesilla alumbraba con suavidad sus hojas, y también las lágrimas que, lentas y calladas, se deslizaban siguiendo las profundas arrugas de su rostro.

Le faltaba aire cuando se encerró en su dormitorio, donde Iker dormía profundamente, abrazado a la almohada. No quería sentir nada por aquel hombre, pero lo sentía. Y había tenido que regresar para darse cuenta de ello. Aunque ese matiz no cambiaba nada. Sólo probaba que querer le resultaba más sencillo que perdonar, tal vez porque el sentimiento le surgía sin que él pudiera controlarlo.

No durmió bien, y a pesar de ello por la mañana pudo levantarse antes que otras veces, para adelantarse a Amara más que de costumbre. Necesitaba saber qué había estado mirando su padre esa noche. Y cuando entró en su habitación, en la que la cama estaba vacía y las mantas apartadas hacia un lado, vio el álbum sobre la silla. No necesitó tocarlo. Ni siquiera agacharse. Estaba abierto, y no vio ninguna vieja imagen de su madre, tal y como había imaginado, sino las últimas fotografías que alguien le sacó a él el día en el que cumplió diecinueve años.



No quería sentirse culpable por las lágrimas que vio derramar a su padre. No creía que lo fuera, pero lo aseguró tantas veces, durante las horas que al día siguiente pasó en la floristería, que Maddi llegó a la conclusión de que sí cargaba con la culpa, pero que no podía reconocerlo por el resquemor que seguía llevando dentro. Ella trató de hacerlo reír, de sacarlo de aquel bucle en el que aseguraba que su padre no le importaba pero sin dejar de nombrarlo. Hasta que le preguntó qué tipo de arquitecto era y en qué se diferenciaba de

los demás. Él le explicó que cada diseño encerraba un pedazo del alma de su creador, y que si a mil arquitectos les encargaban el mismo proyecto, cada uno haría algo totalmente distinto. Él buscaba la sensibilidad de las formas, la fusión con el entorno, la conexión con las personas que fueran a habitar el edificio o a utilizarlo o contemplarlo si se trataba de otro tipo de construcción. Y todo ello se lo explicó mientras iba colocando un trozo de corcho verde sobre otro hasta completar un endeble pero atractivo rascacielos que adornó con flores, con musgo y hasta con agua. Y esa especie de juego se transformó en una cadena de pequeños pero importantes descubrimientos. Para él, que ella podía ser también ese mar tranquilo que te lleva a reflexionar, cuando no a saborear cada pequeño instante. Para ella, que él, en ese mar revuelto y confuso de sus sentimientos, escondía una pasión que él mismo no era capaz ni siquiera de entrever.

Pero esa complicidad, risas y revelaciones se vieron interrumpidas por la inesperada llegada de Julen, que los encontró en medio de una relajada conversación.

—Cada vez que desembarco me encuentro con una sorpresa más increíble aún que la anterior. —Los dos lo miraron a un tiempo—. ¡No os alegréis tanto de verme, por favor, tanta afectuosidad me abrume!

No fueron sólo sus palabras, sino su gesto, como de animal rabioso, y el modo amenazante con el que no dejaba de mirarlos. Estaba claro que había sabido dónde encontrarlos, y también que las horas, o tal vez tan sólo minutos, que llevara en tierra, le habían bastado para calentarse con pensamientos y conjeturas.

—Deberías irte, Julen —pidió Maddi, acercándose a él mientras Kaiet decidía mantenerse al margen.

—Esta vez hubieras preferido que me tirara unos cuantos meses sin volver, ¿no es así, hermanita? —preguntó mordaz.

Ella enrojeció de rabia.

—¡No te consiento...!

—Pues parece que a él sí que se lo consientes todo.

Maddi cerró los ojos con fuerza y murmuró por lo bajo, intentando calmarse a la vez que Kaiet resoplaba con lentitud para conseguir lo mismo.

—Sólo lo diré una vez más, Julen. ¡Vete!

—No me iré sin que me expliques qué hace él aquí o sin que le haya partido las piernas. —De pronto la esquivó y avanzó hasta colocarse ante él, que continuaba con las manos apoyadas en la mesa—. Porque al parecer no me expliqué del todo bien. —Su voz sonó más baja y provocadora—. Te dije que no quería verte cerca de mi hermana. Que desaparecieras, que te mantuvieras apartado de mi familia y de mi gente.

—¿Que hiciste qué? —preguntó consternada.

La furia, que los cegaba ya a los dos, no les permitió oírla. Porque fue ver la misma amenaza en los ojos de Julen, y el desconcierto y la impotencia en los de ella, lo que hizo que Kaiet dejara repentinamente de contenerse.

—¡Ya basta! —estalló, derribando de un golpe el rascacielos y sorprendiéndolos a ambos—. Tus amenazas, advertencias o como quieras llamarlas me traen sin cuidado. No voy a irme de Bermeo para darte el gusto. Yo también te aclaré que tú no eres nadie para decirme lo que puedo o no puedo hacer. Y te recuerdo, porque seguro que esto también lo sabes, que no estoy aquí por mí, sino por mi hijo.

—¿Y en esta floristería? —Apretó la mandíbula hasta que sintió el rechinar en el cerebro—. ¿También estás aquí por tu hijo?

—Dijiste que no querías que te diera ninguna explicación, pero te la voy a dar. —Volvió a inspirar hondo—. Estoy aquí por mí. Porque me gusta y porque es donde encuentro cada día fuerzas para seguir adelante. —Maddi lo miró sin que él pareciera reparar en la importancia de su revelación—. ¡Pero como lo que yo sienta o diga no va a arreglar nada ni va a hacerte cambiar de idea, vamos afuera y terminemos con esto de una maldita vez!

Saltó el resorte que los impulsó a los dos hacia la calle.

—¡No! —Maddi se les interpuso en el camino—. ¡Nadie va a pegarse! ¿Estáis locos o qué os pasa? —Miró el gesto enfurecido de su hermano y después a Kaiet, que se había quedado inmóvil en el instante en el que se arremangaba la camisa—. Os encendéis como dos críos estúpidos e inconscientes. Los adultos no solucionamos las cosas a golpes.

La rabia se le disolvió a Kaiet mientras la miraba a ella a los ojos.

—Tienes razón —aceptó devolviendo a su posición las mangas y

abotonando el puño—. Siento mucho todo esto. Lo mejor será que me marche.

—No, Kaiet. No eres tú quien tiene que irse. —Se volvió enfadada hacia Julen—. Es mi hermano el que va a dejar este numerito patético y se va a ir, porque acaba de recordar que está en mi floristería, ¿verdad?

Sabía que ese encontronazo, y sobre todo el modo en el que lo estaba echando, haría que él no le dirigiera la palabra durante días. Pero no le importaba. Sobre todo después de haber oído decir a Kaiet que ahí, y con ella, era donde encontraba las fuerzas que necesitaba.

Julen se fue más furioso de como había llegado, ignorándola a la vez que fulminaba a Kaiet con la mirada, pero al menos lo hizo sin añadir ni una palabra más a todas las inconveniencias que ya había soltado. Aunque también tras él dejó un silencio incómodo que a Maddi y a Kaiet les costó decidirse a romper. Al final fue ella quien lo hizo, asegurando que no iba a permitir que nadie dirigiera su vida. Hablaron de Julen; de su rencor, de sus justificados e injustificados motivos, de esa desafiante rudeza que ella aseguró que nunca hasta entonces había mostrado.

—En algo sí que tiene razón —dijo él, admitiendo al fin el primero de toda su cadena de desaciertos—. No debí perder el control aquella noche; no debí cometer el error de...

—¡Me niego a hablar de eso! —exclamó dolida porque lo hubiera llamado error—. Fue algo que los dos quisimos hacer, y nunca me he arrepentido. ¡Así que dejemos el tema! —exigió con firmeza.

Kaiet pensó en que ésa era la primera vez que se atrevía a sacar «el tema» y que, afortunadamente, por su actitud parecía que también sería la última.

—¿Eso es lo que haces con todo lo que no te gusta? —curioseó interesado.

—¿Te refieres a ignorarlo? —Frunció cómicamente el gesto—. Creo que todos solemos adoptar esa postura alguna que otra vez.

Todos en alguna que otra ocasión; él siempre que le era posible, asumió moviendo la cabeza. El mundo era lo bastante grande como para poner infinita distancia con lo que a uno le hacía daño.

—Al parecer tenemos más cosas en común de lo que pensaba —opinó

satisfecho.

Maddi demostró su asombro alzando las cejas.

—¿Estás seguro?

—Sí, aunque tengo que admitir que tú eres más inteligente que yo.

—¡De eso no te quepa duda, *gixajo!* —rio inflada de vanidad fingida.

Kaiet se pasó con lentitud las manos por la cabeza.

—Creo que no debería seguir abusando de tu generosidad. No quiero ser un problema para ti.

—Me decepcionarías mucho si dejaras de venir por lo que ha pasado —le aseguró con una relajada sonrisa y mirándolo a los ojos.



Cenar en el invernadero ya se había convertido en una agradable costumbre que le cambió las noches, transformando sus largas esperas a la intemperie en tranquilos ratos de conversación al abrigo de aquel rincón lleno de plantas. No le pasó desapercibido, tal vez porque ella no hizo nada para ocultarlo, que Maddi no necesitaba quedarse cada día, tras cerrar la tienda, a preparar encargos urgentes. En realidad, eso ocurría en pocas ocasiones, y entonces, en cuanto terminaban de cenar, él apartaba los utensilios de la mesa para que ella volviera a llenarla de flores. El resto de las noches cogían cada uno lo que les hubiera quedado de cerveza, y se sentaban sobre la parka de Kaiet, extendida en el suelo, junto a la pared, y allí charlaban con tranquilidad hasta que a uno de los dos se le escapaba el primer bostezo.

—¿Cómo voy a pagarte todo esto? —cuestionó él, en broma, cuando en realidad sí que lo pensaba cada día.

—¡No dejando ni las migas! —respondió en el mismo tono jocoso y con una sonrisa de felicidad que casi gritaba, por sí misma, que se sentía plenamente pagada con sólo tenerlo cerca y poder mirarlo cada vez que quisiera.

No era mucho, menos aún cuando sabía que él acabaría yéndose sin haberla mirado ni una sola vez como ella deseaba que la mirara. Pero estar a

su lado estaba siendo su opción, y le gustaba. Le gustaba mucho a pesar de su seguridad en que la dicha le duraría poco.

—¿Qué tipo de deporte haces en Madrid? —le preguntó, sentada en el suelo y haciendo girar entre las palmas abiertas el botellín vacío.

—Ninguno. No tenía tiempo para esas cosas.

Había hablado en pasado, y ella no pudo evitar preguntarse por qué. Pensó que tal vez consideraba que su vida comenzó de nuevo al quedarse solo, aunque era más probable lo contrario; que sintiera que su vida había terminado aquel día preciso.

—¿Ni siquiera para ir al gimnasio un par de veces por semana?

Él la miró mordiéndose graciosamente el labio inferior para contener la risa que, por otra parte, no le preocupaba mostrar.

—¿Estás queriendo decirme que lo necesito?

—¡No se me ocurriría! —aseguró con un gracioso gesto—. Lo digo porque me cuesta creer que dejaras de hacer algo que te gustaba tanto.

—Me centré primero en sobrevivir, después en terminar la carrera y luego en trabajar duro para llegar a lo más alto.

—¿Y cuándo te divertías?

—¡No me aburría! —exclamó convencido.

—Hablo de diversión de verdad. ¿No se te ocurrió nunca hacer cosas como... —lo pensó un segundo—, por ejemplo vuelo sin motor?

Los dos estallaron en risas a un tiempo.

—Eso de hacer cosas sin nada firme a lo que poder agarrarse no se ha hecho para mí.

—El Kaiet que yo conocí hubiera hecho eso y mucho más sin pararse ni a pensarlo —aseguró con nostalgia—. La ciudad te ha vuelto un cobardica.

—Me convirtió en un hombre responsable.

—Y cobardica —insistió—. Y aburrido. ¿Cuándo saliste a bailar por última vez?

Él ladeó la cabeza, como si hiciera memoria, pero ni siquiera lo intentó, seguro de que de nada le hubiera servido.

—Hace tanto, que ni siquiera lo recuerdo.

—¡¿Cómo has sido capaz?! —le reprendió, empujándolo con el hombro

—. ¡Con todo lo que te gustaba pavonearte ante las chicas y seducirlas con tus asombrosas dotes para el baile! —se mofó sin ningún recato.

—Se me daba mejor lo de bailar pegados —reconoció con buen humor—. Había que moverse menos y los resultados eran más rápidos.

—Olvidas decir que lo preferían también ellas. —Pudo ver de reojo que curvaba ligeramente los labios, probablemente recordando—. ¿Por qué dejaste de hacerlo, si te hacía sentir bien?

—Te lo he dicho —se inclinó hacia ella para repetírselo más de cerca—. No tenía tiempo para banalidades.

—Bailar es una de las cosas esenciales de la vida —dijo con solemnidad mientras él volvía a su posición—. Refuerza todos los músculos del cuerpo, incluidos los que provocan la sonrisa y los que regulan las emociones en el corazón.

—Eso lo has leído en un manual médico, por supuesto.

—Por supuesto.

Se contuvieron durante unos segundos, para al final romper a reír a un tiempo. Les costó recuperar la compostura. Cuando Kaiet lo consiguió, apuró hasta el fondo su cerveza.

—¿Y cada cuánto bailas tú? —preguntó, apoyado firmemente en la pared y volviendo hacia ella el rostro.

—Siempre que oigo sonar música. No importa dónde sea, yo siempre bailo.

Él la observó como si se la estuviera dibujando en las retinas: los ojos, la nariz, los labios. Y al tiempo que lo hacía se le iba regocijando el gesto.

—Ahora entiendo yo lo de tu sonrisa.

—¡Y ahora entiendo yo que siempre tengas esa cara de amargado aburrido! —le devolvió la puya a la vez que levantaba su botellín vacío invitándolo a que hiciera lo mismo con el suyo. Y mientras los vidrios se encontraban, tintineando con un sonido hueco y él esperaba un brindis, exclamó—: ¡Creo que mañana traeré cuatro cervezas!



Fueron olas de más de tres metros, de paredes lisas y perfectas, en las que impresionaba contemplar a los solitarios e indefensos surfistas. La famosa ola izquierda de Mundaka que al menos la mitad de los surferos del mundo soñaban con cabalgar alguna vez en su vida. La ola que consiguió que la afición de jugar con una tabla y el mar que todos tuvieron de niños se convirtiera en el corazón de Maddi en una pasión. Una pasión difícil de entender, como la de aquellos locos australianos de pelo estropajoso y descolorido por el salitre y el sol, que pasaban el invierno viviendo en sus furgonetas pero que aparecían con el amanecer, en el pico, haciéndoles pensar, a veces, que habían pasado la noche allí, flotando en sus tablas y esperando las primeras luces. Durante los últimos diecisiete años, sólo en el cine o en la televisión había vuelto a ver un espectáculo como aquél. Y, evidentemente, no era lo mismo que estar allí, en el muelle de Santa Catalina, mirando alzarse la pared de agua, oyendo y sintiendo el rugido y el temblor del mar, apreciando en el rostro la humedad salada y el aire frío y recio.

—¿Vas a entrar ahí? —preguntó a Maddi con el corazón latiéndole tan fuerte como si fuera él mismo quien tuviera que enfrentarse a aquella locura.

—Esta maravilla no ocurre todos los días, *gixajo* —rio emocionada—. Deséame que pille la mejor ola de mi vida.

—Deseo que salgas viva de eso. Sólo un loco se atrevería a...

No acabó la frase. Maddi arrojó la tabla al agua y después se lanzó ella, zambullendo primero los pies. Desde el borde del muelle, Kaiet la contempló nadar hacia la tabla, ajustarse el invento en el tobillo y subirse y comenzar a remar para adentrarse en aquel embravecido mar del que, un simple mortal como él, pensaba que era imposible que nadie saliera vivo.

Aguardó hasta verla llegar al pico, más concurrido que cualquier otro amanecer. La distancia y el negro de los neoprenos hicieron que varias veces la perdiera de vista. Su pelo, con ese color como de haber sido dorado a fuego, no destacaba mucho estando mojado. Pero, aun así, cada vez que dejó de verla terminó encontrándola, sentada en la tabla, aguardando. Hasta que la vio tumbarse y bracear a la vez que una gran masa de agua elevaba el pico. Contuvo el aliento al verla ponerse en pie y descender por el punto en el que iba rompiendo la gigantesca ola.

Si tan sólo de él hubiera dependido, se habría quedado en el muelle, persiguiéndola con los ojos para asegurarse de que nada le ocurría. Pero a su lado estaba el siempre impaciente *Pintxo*, además de que tampoco él podía estarse quieto.

Caminaron por la llanura verde que conducía a la ermita de Santa Catalina y a los restos del antiguo fortín, sin alejarse del pequeño muro de piedra que los separaba del acantilado. El perro corriendo y olisqueándolo todo, y él mirando continuamente a su derecha, a los surfistas dibujados como pequeños puntos negros en un mar de grandes crestas de agua y espectaculares rompientes de espuma.

Sentía aquella misma opresión también otras mañanas, sobre todo al contemplar olas que doblaban, y a veces hasta triplicaban la altura de los surfistas. Pero no se lo decía para que no volviera a llamarlo cobardica de ciudad o algo parecido. Además, ella no siempre hallaba en Bakio las olas que había ido buscando. Esas veces en las que no estaba segura de encontrarlas, no aparecía vestida de delfín. Al llegar a la playa se bajaba de la llamativa furgoneta y contemplaba largamente el mar, calculando los segundos entre las series y la altura y la fuerza de cada ola. Y, si le parecía que el baño helado podría merecer la pena, se cambiaba allí mismo, mientras él fingía interesarse en el horizonte o en *Pintxo* para no mirarla, más aún cuando ella le hablaba y él debía responder.

Pero las cosas no podían evitarse eternamente. Hacía demasiado tiempo que no se fijaba en una mujer por el simple placer de contemplarla. Que no reparaba en sus curvas, en su trasero o en la atractiva y estimulante forma de sus labios. Había sido un marido fiel, pero con ojos para admirar a una mujer hermosa o percibir la sensualidad de un sutil contoneo de caderas. Y lo malo de mirar ahora, en su situación, era que hacía brotar con toda su crudeza una necesidad hasta entonces adormecida, pero de todos modos insatisfecha.

Lo supo aquella mañana, mientras Maddi se desnudaba junto a la furgoneta para ponerse el neopreno.

—Los días empiezan a ser más fríos —comentó ella, resoplando—. Creo que la próxima vez traeré el buzo de invierno, que es más grueso y abrigado que éste.

Kaiet no pudo evitar la carcajada, y tampoco el volverse hacia ella.

—¿Que comienza a hacer frío, dices? —exclamó tratando de no mirar por debajo de su barbilla—. Lleva tiempo haciendo frío. Creo que tanto meterte en esa agua helada te ha estropeado el termostato —bromeó mientras sus ojos cedían a la tentación de rebasar la línea que sólo él se había marcado.

El tiempo pareció suspenderse mientras la observaba, y lo que duró tan sólo un par de segundos a él le pareció una eternidad que le permitió bajar despacio, deteniéndose brevemente en sus pequeños pechos, medio cubiertos por un sencillo sujetador de algodón blanco, y hasta pararse en su ombligo para tomar aire antes de continuar hacia las redondeadas caderas, abrazadas por la estrecha goma blanca de las braguitas. Incluso le dio tiempo a pensar que, seguramente, había elegido la ropa interior más apropiada para cubrirla con el neopreno, donde era posible que encajes y transparencias no resultaran cómodos.

Y, cuando se dio cuenta de que ella no le había respondido, alzó los ojos y se encontró con los suyos, que parecían sonreír desde el fondo de las pupilas. Tragó con dificultad a la vez que pensaba que nunca le habían parecido tan hermosos y sensuales.

—La temperatura es algo muy subjetivo. —La sonrisa de los ojos se le contagió a los labios—. Estoy segura de que, en este preciso momento, los grados que tú tienes, los que tengo yo y los que realmente hace, no son ni remotamente los mismos.

Kaiet volvió a reír, esta vez como puro acto de defensa mientras trataba de tragar sin conseguirlo. La boca se le había quedado seca.

Porque el mismo tiempo que llevaba sin fijarse en una mujer, llevaba también sin estar con ninguna. Y, aunque pensaba que en su alma y en su corazón jamás habría espacio para nadie que no fuera su amada Raquel, su cuerpo comenzaba a echar en falta algo más físico.



—¿Te gustan tus nuevos amigos? —preguntó Kaiet a su hijo mientras

regresaban a casa después de haber jugado durante toda la tarde en el parque grande.

Le agradaba ver cómo se iba integrando, cómo jugaba y reía con otros niños. Pero también sentía que debía recordarle que su vida y su mundo seguían estando lejos de allí.

—Sí, mucho.

—¿No echas de menos a tus amigos de siempre?

—Sí, mucho... —repitió acariciando el lomo de *Pintxo* mientras su padre lo llevaba de la correa.

—Cariño. Tú sabes que sólo hemos venido para un tiempo, que volveremos a Madrid, ¿verdad?

Lo vio fruncir el ceño antes de volverse hacia él.

—¿Pero no tenemos prisa, ¿no?! —exclamó extendiendo sus bracitos, como si la conversación le pareciera aburrida y absurda.

—Puedes llamarlos por teléfono esta noche —insistió a pesar de todo—. Tienes sus números, ¿verdad?

Iker no respondió, y él recordó que Raquel guardaba en su agenda los teléfonos de los padres de todos los amigos del pequeño. ¡Qué fácil fue todo mientras ella estuvo en casa, con ellos! ¡Con qué sencillez controlaba desde el detalle más ínfimo hasta el más importante! Seguramente, de haber sido él quien hubiese muerto aquella mañana, Iker no hubiera necesitado alejarse de su entorno para superar su pérdida. Una vez más, su madre hubiera sabido cómo convertir en fácil lo difícil, cómo canalizar el dolor, cómo llenar los vacíos que tanto ella como su hijo hubieran sentido con su ausencia.

Pero era ella quien se había ido, abandonándolos sin haberlos enseñado antes a sobrevivir solos.



Estaba siendo una noche diferente, comenzando por la cena. Una sofisticada lasaña de verduras había sustituido a los habituales pinchos, y una botella de vino a las cervezas. Lo único que no estuvo a la altura, fueron los vasos de

plástico blanco. Pero había sido eso o nada, después de que Maddi no hubiera reparado en que el cambio de bebida precisaba de vasos para consumirla. No fue estéticamente perfecto, pero sí divertido. Y para Kaiet también revelador. Porque, mientras reconocía la imposibilidad de saborear el vino con ese tacto de plástico en los labios, se recordó en los mejores restaurantes, degustando grandes vinos en copas de fino cristal transparente. Y tras pensarlo durante unos segundos, con los ojos cerrados y el indefinido regusto que cada trago le dejaba en la boca, se daba cuenta de que le agradaba aquella situación, hacía meses impensada, de cenar de pie en un invernadero para después sentarse en el suelo y conversar mientras terminaban la botella, de aquel caldo sin marca, en un vaso de un solo uso.

—¿He dicho algo gracioso? —preguntó Maddi al verlo, apoyado contra la pared, con los párpados cerrados y sonriendo.

—Me río de mí mismo —reconoció volviéndose a mirarla—. De todas las cosas sencillas que he ido olvidando.

Maddi había deducido, por lo que habían hablado otras veces, que gozaba de un buen nivel económico, incluso de cierto prestigio en su profesión, aunque él no lo reconociera, y que probablemente vivía en un gran piso de alguna de las zonas privilegiadas de la ciudad.

—¿Entiendes de vinos?

—Sólo lo necesario para disfrutarlos con una buena comida.

—Como ésta.

Sonrió al ladear de nuevo la cabeza y descubrirla todavía vuelta hacia él, con sus asombrosos ojos verdes clavados en los suyos, esperando su respuesta.

—Sí, como ésta.

Su media sonrisa, junto al tono bajo e íntimo con el que pronunció cada palabra, casi la hicieron temblar.

—¡Mentiroso halagador! —exclamó para recuperarse.

—De verdad me gusta —aseguró—. Nunca olvidaré esta cena.

—¿Por los vasos? —preguntó irónica.

—Por los vasos. Por el vino. Por la crema de los canelones. Porque me haces reír cuando ya creía que había olvidado cómo hacerlo.

Y aquellas palabras que dijo, quedando todavía vino en la botella, se hicieron más ciertas cuando, una vez consumida la última gota, Maddi logró sacarlo a bailar, a pesar de sus protestas, alegando que para algo había llevado la música y lo había preparado todo. Desde los primeros pasos en los que sus pies hicieron gala de su torpeza, pisando repetidamente los de ella, su risa sonó tan clara y viva como si no hubiera perdido ni un ápice de la felicidad que provocaba esa poderosa arma que era la sonrisa.

Comenzaron con demasiado ritmo, lo que unido a su falta de costumbre lo dejó agotado en la primera canción. Era cierto que no había conseguido dar más de tres pasos correctos sin pisarla o hacerla tambalear, pero es que nunca se le había dado bien eso del baile; aunque ahora, con cada traspié, descubría que había perdido hasta la poca gracia con la que en el pasado ocultó su nula capacidad para llevar el ritmo. Pero eso no parecía importar a Maddi, que se regocijaba cada vez que él se liaba con los pies o la ayudaba a recuperar la estabilidad que él mismo le había hecho perder. Y, cuando le insistía en dar por terminada la clase, ella lo arrastraba de nuevo hasta el centro de la pista de baile que habían improvisado retirando la mesa hasta la pared.

Ya había perdido la cuenta de las veces que la había pisado o entrecruzado los pies con los suyos, cuando las carcajadas, que apenas si les permitían ya mantenerse en pie, la llevaron a ella a dejar caer la cabeza en su hombro y a él a apoyar distraídamente la mano en su cintura, con sus cuerpos estremeciéndose de la risa como él no recordaba haberlo experimentado en mucho tiempo. Su cabello le hacía cosquillas en el cuello y el sonido que brotaba de sus labios vibraba sobre su hombro a través de la fina tela de la camisa. Y, cuando quiso darse cuenta, se descubrió pensando que era alegre, divertida, hermosa... y sexy. Y que además desprendía un tenue y fascinante olor a mar, como si llevara el aroma de las olas en el pelo y en la piel.

Se le contrajo el estómago, y un ardiente y nunca olvidado efecto comenzó a recorrerle la sangre y a acelerarle el corazón. Y entonces supo con certeza que su cuerpo de hombre, desacostumbrado al cálido contacto femenino, finalmente había despertado del prolongado letargo.

—No soy capaz de dar más vueltas, Maddi —se disculpó, tratando de resultar convincente—. Creo que tengo todo el vino en la cabeza; es posible

que también el que te has bebido tú. —Su sonrisa le ponía nervioso—. Además, nunca conseguirás que siga el ritmo.

—¡Si cada vez lo haces mejor! —aseguró, resistiéndose a soltarlo—. Es verdad que me estás dejando los dedos casi planos, pero esto mejora —se mofó divertida.

También él trató de bromear para aligerarse la tensión.

—No insistas, porque en dos bailes más habremos quitado el «casi» y te estaré llevando a urgencias.

A ella a urgencias y a él a darse una ducha helada que le enfriara el cuerpo y los pensamientos. Pero Maddi sabía ser insistente, y sobre todo persuasiva, y a pesar de saber que no debía hacerlo, aceptó su propuesta de bailar uno más; el último de esa noche.

La vio ir hacia el ordenador, sin perderse ya ni uno de sus movimientos; ni uno solo de sus gestos. Y supo que estaba perdido cuando comenzó a sonar una balada lenta, cálida y sensual como la percibía a ella en ese instante en el que se volvía a mirarlo.

—Acércate —la oyó decir con una preciosa y para él sugerente sonrisa.

No se movió. Intuía que con sólo ir hacia ella su excitación alcanzaría un grado imposible ya de ocultar, y él sólo quería que la música cesara, que su sentido común prevaleciera y olvidar que esa divertida noche había terminado deseándola.

Pero, ante su inmovilidad, ella salió a su encuentro, con lentitud, y apoyó los brazos en sus hombros, uniendo las manos junto a su nuca. Él tragó antes de posar las suyas en su cintura, manteniéndola ni muy cerca ni muy lejos de su cuerpo, centrado en que no advirtiera lo que su cercanía le estaba provocando.

—¡Definitivamente estás sordo de los dos pies, y no sólo de uno, como has asegurado!

Los dos se echaron a reír, él con una nerviosa carcajada al reparar en que era tal su preocupación que ni siquiera había notado que la había pisado de nuevo.

Y, mientras ella disfrutaba de la emoción de tenerlo consigo de ese modo tan grato e íntimo, él lo hizo pensando en la especial e increíble mujer que era

ella, capaz de hacerlo sentir rabiosamente vivo hasta con la simpleza de un baile desastrosamente ejecutado.

CAPÍTULO 13

No era frecuente que se oficiaran bodas los domingos por la mañana, pero a veces ocurría. Y si los arreglos florales eran tantos y con tanto detalle como los que le habían encargado para la que se celebraría, al día siguiente, en la parroquia de San Andrés, en el cercano municipio de Sukarrieta, ella no tenía más remedio que quedarse la noche del sábado preparando los adornos, y ya el domingo madrugar para colocarlos a tiempo en la iglesia. Y mientras esa noche entrelazaba hojas de hiedra con flores blancas, formando una larga guirnalda, pensó una vez más en Kaiet, en que no lo había visto ese sábado y tampoco lo vería el domingo. Ésos eran los días que pasaba completos con su hijo, siempre que el niño no hubiera hecho otros planes con su *aitite*.

Suspiró mientras insertaba tres flores en un extremo, junto al ancho lazo con el que sujetaría la guirnalda a uno de los bancos. Se sentía bien compartiendo tiempo con Kaiet, tanto que ya ni solía pensar en que no tardaría en marcharse para seguir con su vida lejos de Bermeo y de ella. Como él dijo una vez, cuando la encontró llorando junto a esa misma mesa, nunca se sabía adónde nos acabaría conduciendo la vida. Y, ante esa verdad, lo mejor que podía hacer era disfrutar de los momentos. Incluso de ese en el que estaba sola con sus reflexiones y con un montón de trabajo pendiente.

Tarareaba una balada romántica cuando llamaron a la puerta. Dejó con cuidado las flores y miró el reloj, sorprendiéndose de lo rápido que pasaba el tiempo y esperando que quien llegaba no la entretuviera demasiado.

Dejó de desear tal cosa en cuanto abrió la puerta y lo vio, con una preciosa sonrisa, una botella de buen vino en una mano y dos copas de cristal en la otra. Nada que ver con el sencillo vino en vaso de plástico que ella le

había servido la otra noche, y que a pesar de todo él disfrutó.

—¿Qué celebramos? —preguntó mientras regresaba al invernadero, con él detrás.

—Isidro diría que «San queremos», que hay que celebrarlo todo en esta vida.

—Pero te lo estoy preguntando a ti —insistió sin detenerse—. ¿Qué celebramos?

Kaiet la siguió en silencio, y cuando ella se paró ante la mesa de trabajo, él lo hizo enfrente.

—Que nada ha cambiado y que, sin embargo, hoy todo me parece distinto.

—No te entiendo.

Kaiet miró hacia la mesa, en la que las flores cortadas, las ramas de hiedra y los largos juncos con los que daba forma a las guirnaldas lo ocupaban todo, no dejando espacio ni para una simple botella de vino.

—No sabía si habías cenado, así que me decidí por algo de picar —dijo al tiempo que sacaba del bolsillo una pequeña caja de bombones.

—He cenado en el bar. ¿Y tú?

—Con mi hermana y mi hijo, en el Almiketxu. —Se le notaba la felicidad en los ojos—. Está muy cerca de aquí, en el monte.

—Lo conozco. Álvaro, el que se encarga de la parrilla, es un surfero de Mundaka. Se me ha adelantado en más de una buena ola —comentó riendo.

—Gran sitio y gran gente. Allí conseguí los bombones y el vino. —Volvió a mirar la mesa—. Veo que andas atareada, pero prometo ayudarte a recuperar el tiempo que perdamos brindando.

—¿Por qué vamos a brindar?

—Por nuestra amistad —sonrió con ternura—. Porque siempre estás ahí, haciendo que todo resulte más fácil.

—Entonces, ¿soy yo el motivo de la celebración? —preguntó incrédula.

—Últimamente me siento bien —aseguró con simpática ironía—. Mi hijo me está cambiando por mi padre, duerme con él, se divierte con él, confía sus íntimos secretos a otros en lugar de a mí. Mi hermana me atosiga, el tuyo sigue odiándome... —Se mordió el labio inferior mientras la miraba casi con

embeleso—. Pero me siento bien. Y, sí, es gracias a ti; a que comienzo y termino los días contigo.

Maddi suspiró, sin saber qué contestar tal vez por primera vez en su vida. Y de pronto, mientras se llevaba algunos rizos tras la oreja, vio a Kaiet dejar la botella de vino y las copas en el suelo. Después lo observó quitarse con lentitud la parka y extenderla sobre las baldosas y junto a la pared, sentarse y ponerse cómodo mientras retiraba el celofán de la caja de bombones.

—¡Ven aquí! —rogó golpeando con la palma abierta un espacio a su lado.

No lo dudó ni un segundo, sin importarle si después llegaba la madrugada y ella seguía entrelazando guirnaldas.

—¿Qué es lo que te ha puesto tan contento hoy? —preguntó cuando la relajada conversación, y sobre todo la media botella de vino con la que se habían empapado por dentro, comenzaban a cumplir con su labor.

—Mi hijo —respondió él, apoyando la cabeza en la pared y ladeándola para mirarla—. Esta tarde me ha preguntado que cuántos años tenía yo cuando me enamoré de la primera niña. «Chica» la ha llamado —aclaró sonriendo—. No es como si me hubiera confesado que está loco por una, pero aun así me ha parecido importante.

—Es que es importante —opinó pensativa—. ¿Y quién fue la primera que te gustó?

—Fue una chica mayor. Yo estaba en primero y ella en tercero.

—¿Qué tendrán los chicos y las chicas mayores que nos atraen tanto cuando somos pequeños! Yo bebía vientos y tormentas por ti desde el principio de los tiempos —rió ante esa, a veces, dolorosa verdad—. ¿Por qué, si no, creías que iba siempre con mi hermano, día tras día y a todas horas?

—Todos pensábamos que te gustaba jugar con nosotros.

—Aborrecía aquellos estúpidos juegos de piratas y de balleneros, blandiendo palos que no se parecían en nada a espadas. En especial detestaba aquellos asquerosos tubos oxidados en los que había que poner el ojo para después gritar como posesos ¡piratas, piratas! —El recuerdo los hizo reír hasta llorar.

—Pero siempre estabas contenta, siempre riendo, siempre...

—Porque estaba contigo —lo interrumpió mirándolo de soslayo.

Volvió a hacerse el silencio. Kaiet inspiró hondo, turbado por un cúmulo de inesperadas emociones.

—No tenía ni idea de que yo te gustara entonces...

—¡Se me pasó enseguida! —mintió, necesitada de defenderse—. Erais demasiado brutos para mí.

Kaiet la recordó, pequeña, flaca y revoltosa, y recordó también sus intensas miradas y sus empalagosos y, a veces, molestos abrazos. La había visto crecer casi como a uno más, siempre entre ellos; muchas veces detrás, arrastrando los pies y la lengua para darles alcance.

—Lo pasábamos bien —carraspeó para aclararse la voz.

—¡Me echabais! —protesto ella con energía.

—No siempre.

—¡Ya! Pero cuando no lo hacíais era porque os daba pena Julen y queríais evitarle la bronca que después le echaría nuestra *ama* por haberme dejado sola.

—¡Qué tiempos aquéllos! —dijo con nostalgia. Y al momento golpeó con la cabeza la pared, cerrando los ojos—. ¡Dios, no! Comienzo a hablar como mi *aita*. Va a ser verdad que me estoy haciendo viejo.

—A pasos agigantados —le dio la razón Maddi a la vez que le acercaba un bombón a la boca—. Para que no te amargues.

Un rato después no quedaban ni bombones ni vino, pero ellos continuaban en el suelo, rememorando el pasado y riendo sin parar.

—¿Recuerdas cuando casi me ahogo en una de las zambullidas en el puerto con las que nos refrescábamos los opresivos días de verano? Yo tenía entonces diez años.

—¡Me aterró! Pensé que estabas muerta. —Resopló al recordar el alivio que llegó después—. ¡Lo que presumí yo con mi heroicidad de sacarte del agua y hacerte el boca a boca!

—Lo hiciste fatal —dijo riendo.

—¡Si te salvé la vida!

—Lo hiciste fatal —volvió a decir, más despacio y mirándolo desafiante a los ojos—. Yo estaba bien. Sólo fingí para que hicieras lo que hiciste.

—¡No lo puedo creer! —exclamó aturdido mientras ella volvía a reír—.

Dime que no es verdad. Aquél fue el único gesto heroico que he hecho en mi vida.

—Gracias a mí —puntualizó orgullosa.

—¿Sabe alguien más esto?

—Mi amiga y después cuñada, Nagore. —Se enjugó las lágrimas con los dedos—. Y ahora también tú. Pero no lo contarás, porque entonces dejarán de considerarte un héroe y se reirán de ti.

—¡No lo puedo creer! —repitió volviendo a golpear la cabeza en la pared.

—Y yo no puedo creer que esté aquí, emborrachándome contigo y con las guirnaldas sin hacer.

Comenzó a levantarse, pero volvió a entrarle la risa y se quedó sin fuerzas. Entonces fue Kaiet quien se puso en pie y la tomó de las manos, solícito y cariñoso para alzarla. Pero él estaba en parecidas condiciones, y en un momento se vio caer hacia ella, deteniéndose cuando sus rodillas encontraron el suelo.

—No vayas a creer que me emborracha un poco de vino —se disculpó, turbado de nuevo ante la cercanía de esa mirada verde que, igual que cuando era una niña, más que mirar devoraba—. Debe ser que se me ha juntado con el blanco que me he tomado antes, en la cena.

—Hay mezclas muy peligrosas.

Peligrosas para corazones como el suyo, que no encontraba el ritmo esa noche y palpitaba a destiempo ante la mezcla de felicidad por tenerlo a él, con las risas y recuerdos endulzados con chocolate y empapados en vino.

Volvió a reír, esta vez por lo estúpidamente feliz que se sentía con sólo mirar de cerca sus dulces ojos grises. Y el intento con el que él trató de ponerla nuevamente en pie volvió a terminar en desastre. Y en nuevas y escandalosas risas.

Hasta que esa necesidad que sentían, cada cual a su manera, el uno del otro, volvió a enredarlos en un agitado silencio.

Maddi se humedeció los labios, impaciente, deseando que él se moviera, que hiciera cualquier cosa. Cualquier cosa excepto alejarse.

Pero el conflicto que mantenía a Kaiet inmóvil, sin saber si retroceder o

continuar, iba más allá del temor a repetir aquel error del pasado; era no querer equivocarse ahora y estropearlo todo. Aunque su cuerpo parecía estar esperando lo contrario.

—Esto no debería volver a pasar —susurró con ronquera.

—Tan sólo deja que ocurra —musitó junto a su apresurado aliento.

Alzó las manos, lo sujetó por el cuello de la camisa y tiró de él hasta que tuvo sus labios rozándole la boca.

Kaiet tomó aire. Internó los dedos por entre su cabello rizado y la acarició hasta alcanzarle la nuca. Y cuando ella gimió ante su íntimo y añorado contacto, él no pudo ni quiso esperar más.

La besó. Diecisiete años después de aquel primer beso que él apenas si recordaba y en el que ella nunca dejó de pensar. Diecisiete años en los que él llegó a encontrar la felicidad para después perderla mientras ella ni siquiera sabía si alguna vez hallaría la suya. Diecisiete años que quedaron enterrados en besos y en caricias, tímidas y precavidas durante los primeros momentos, atrevidas y ansiosas después.



Apenas si comenzaba a amanecer, y esa poca luz le hizo entornar los ojos en cuanto dejó atrás la oscura escalera y salió a la calle. No estaba acostumbrado a beber, y cualquier pequeña resaca suponía para él un mundo. Lo peor de todo era ese leve pero punzante dolor de cabeza. Y, por si no tuviera bastante, *Pintxo* tiraba con más fuerza que otras veces para hacer el camino hasta la Lamera, que se sabía de memoria. Lo detuvo en seco al distinguir las copas de los árboles del parque, al fondo de la calle, y pensó seriamente en volver atrás. Pero el perro sabía bien lo que quería. Él no. Él dudaba entre pasear por otro lugar, alejado de Maddi, o regresar a casa y tomarse un analgésico más, a ver si al fin conseguía quitarse la maldita jaqueca.

Suspiró mientras volvía a dejarse llevar por el empeño del perro, directo al punto exacto de cada mañana. Pero ¿cómo iba a presentarse allí después de lo ocurrido? Habían sido momentos dulces y apasionados. Perfectos, le

habían parecido entonces. Sentir la piel de Maddi rozando la suya, sus delicados dedos recorriéndole el cuerpo o su boca dulce respirando de su aliento lo habían llevado a un gozo que, desde hacía meses, sólo mantenía en su recuerdo. Había vuelto a sentir la emoción inenarrable de recorrer el cuerpo desnudo de una mujer; de entrar en ella sin otra cosa en la mente que no fuera sentir y provocar placer, hacerla gozar más de lo que nadie lo hubiera hecho hasta entonces. Después la había mantenido abrazada, susurrándole palabras dulces al oído y alargando cuanto pudo la serena perfección de aquel momento. Hasta que abrió lentamente los ojos, con un martilleante dolor de cabeza, y se dio cuenta de que se habían quedado dormidos.

La contempló en silencio, arrullado por la apacible respiración con la que ella descansaba mientras él casi contenía la suya. Había vuelto a hacerlo. De nuevo había cometido el error de acostarse con Maddi. Y, una vez más, no contaba con la excusa de haberlo hecho porque la amara ni porque lo tuviera loco de deseo.

Aquellos pensamientos mientras la miraba dormir, lo habían trasladado a sus días con Raquel, su amada y añorada Raquel que ya no regresaría nunca. Y se sintió mal. Mal por su esposa, mal por Maddi y mal por él.

Aún tardó unos minutos en moverse, y cuando lo hizo fue para levantarse, con cuidado de no despertarla, y vestirse con apresuramiento. Después salió del invernadero con el mayor de los sigilos, sin pararse a pensar que era a ella a quien estaba abandonando, y por segunda vez.

Y ahora, cuando ya era consciente de lo que había hecho, se presentaba allí como si ésa fuera una mañana más. Pero en realidad había estado seguro de que no la encontraría. Por eso no le sorprendió no hallar ni un alma frente a la biblioteca, y tampoco recorriendo los caminos del parque.

Resopló con frustración.

—Tú también crees que la he fastidiado, ¿verdad? —*Pintxo* lo miró ladeando la cabeza, como siempre que él le hablaba en tono de pregunta—. Deberíamos volver a casa, a dormir —añadió con desánimo.

Entendía que Maddi ya no quisiera saber nada de él. Dos veces se había acostado con ella y dos veces había desaparecido después de hacerlo, como

un canalla. O como un imbécil. O tal vez como un canalla imbécil.

Y, cuando miraba alrededor rogando que aquella serena claridad terminara de despejarlo, la vio llegar. Corriendo, igual que cada mañana. Fresca y sonriente como si la noche anterior sólo hubiera bebido agua y lo que pareció subírsele a la cabeza hubieran sido las nostalgias que compartieron del pasado. Si no se hubiese ocupado personalmente de que ella no tuviese ni un segundo su copa vacía, al verla tan despejada habría creído que se había bebido él la botella entera.

—Por la cara que traes, *gixajo*, hoy deberías tomarte un respiro —opinó mirándolo con ternura, y un segundo después le acariciaba suavemente la mejilla con la palma abierta—. No te preocupes; no por esto.

No captó Kaiet el mensaje. No podía saber que, al despertar y verse sola, se propuso ponerse en su lugar, en el lugar de un hombre que había amado a su esposa y la había perdido, y que, de algún modo, se sentía culpable por haberse acostado con otra. En el lugar de un hombre que necesitaría tiempo para habituarse a la extraña sensación de que la vida continuara sin ella.

—Tómame algo y acuéstate unas horas —le aconsejó con una sonrisa.

Kaiet inspiró relajado mientras la veía alejarse, pegada a la orilla del puerto mayor. Realmente le gustaba la mujer en la que los años la habían convertido. Agridulce a veces, sí, pero también lo bastante sensible como para comprender sin necesidad de preguntar, como acababa de hacer con él. Le asombraba la facilidad con la que lo había llenado de una calma que por sí mismo no hubiera sabido encontrar.

Sonrió al sentir el fuerte tirón con el que *Pintxo* intentó seguirla.

—Hoy no, amigo —le ordenó mientras la veía llegar a la altura del casino y girar para perderse en dirección a Mundaka—. Hoy no.

CAPÍTULO 14

No le sorprendió a Maddi la retraída actitud con la que él llegó aquel anochecer. Concordaba con que la hubiera dejado sola y dormida sobre su ropa de abrigo, y también con el semblante de cansada preocupación con el que había aparecido por la mañana. Después lo notó azorarse nada más pasar al invernadero y descubrir su parka colgada junto a la estufa. Cualquiera de los hombres con los que había estado hubiera inflado el pecho con orgullo al recordar cómo la había hecho gozar mientras arrugaban la prenda, y se hubiera acercado a manosearla para invitarla a repetirlo. Él no. Él pasó unos segundos sin saber siquiera hacia dónde mirar.

La había encontrado atendiendo a la última clienta. Se trataba de la mujer del antiguo barbero, que estaba tan mayor y desmejorada que caminaba arrastrando con dificultad los pies. Ella la acompañó con lentitud hasta la puerta, se quedó asomada hasta asegurarse de que la buena señora entraba en el portal de su casa, y ya más tranquila colocó el letrero de cerrado.

Kaiet continuaba mostrándose contenido, y ella lo miró directamente a los ojos. No fue como en otras ocasiones, en las que le resultó difícil leer qué pensaba o sentía, qué era lo que trataba de no dejarle ver. Esta vez, en lo que duró apenas un par de segundos, él le devolvió una mirada tan sincera y desnuda que ni siquiera necesitó de palabras para entenderlo.

Suspiró a la vez que se acercaba al mostrador, resignada a dejar que las cosas ocurrieran por sí mismas y no porque ella las deseara.

—¿La recuerdas? —preguntó recogiendo los restos de hojas y flores que habían quedado esparcidos por la encimera.

—Sí, aunque me ha costado reconocerla. —Hundió las manos en los

bolsillos, incapaz de relajarse—. Se ha parado a observarme, pero como no ha dicho nada tampoco yo he sabido qué decirle.

—De todos modos no te hubiera reconocido. Tiene alzhéimer, y nunca baja a la calle, pero a veces recuerda que tiene que comprar flores para su ramo de novia, porque cree que se casa al día siguiente, y viene a por ellas.

—¡Vaya! Hacerse mayor tiene que ser más duro y difícil de lo que a veces creemos.

—Sobre todo si uno está solo. Lleva dos años viuda. —Sonrió al enrollar la cinta blanca con la que había anudado el ramo y que tanto había emocionado a la anciana, como si ése fuera el primero y el único que le preparaba—. Al menos ella, como muchos otros, ha llegado a esa edad acompañada de amor. Aunque haya sido sin la pasión de los primeros años.

Kaiet la envidió a pesar de la injusta enfermedad que le robaba los recuerdos y la sentenciaba a vivir sin vida. No podía existir mayor condena que despertar cada mañana con la mente vacía de todos esos instantes que te ha llevado toda una vida reunir. Pero sentía que ni siquiera la llegada de ese ladrón de almas podía empañar la felicidad de haber alcanzado la vejez junto a la persona amada.

—Al menos han gastado juntos el amor de toda una vida.

—Yo me conformaría con la mitad. —Miró la mesa, ya libre y limpia, y volvió a suspirar—. En realidad me conformaría con la mitad de la mitad.

La mitad de la mitad. No necesitó hacer cuentas. Le pareció poco, muy poco para pasarlo con quien era y significaba todo. Consideraba que el simple hecho de amarse debería garantizar que se pasaría, como poco, media vida juntos, y sentía que él había compartido tan sólo un suspiro con Raquel.

—A veces no es suficiente.

Ella se detuvo, a punto de apagar las luces de la tienda para encender las del invernadero.

—Nunca es suficiente —musitó mirándolo fijamente a los ojos—. Aunque nos dieran cien años siempre querríamos más. —Inspiró mientras lo dejaba todo a oscuras e iluminaba la parte trasera—. Mucho más.

Caminó hacia la zona iluminada y Kaiet fue tras ella, contemplándola de arriba abajo, en la suave penumbra, y ascendiendo luego con calma. Fue

después, cuando ambos se detuvieron ante la mesa de trabajo y él vio su parka colgando del perchero, cuando no supo dónde posar los ojos.

—Creo que ya va siendo hora de que me cuentes lo que llevas rumiando desde esta mañana —pidió ella, apoyando el trasero y las manos en el borde de la encimera—. No quieres que vuelva a pasar, estás arrepentido de...

—No, Maddi, no se trata de eso —la interrumpió, dolido a pesar de la parte de verdad que había en sus palabras—. Si te dijera que no me gustaría mintiéndote a ti, y también a mí. Lo que ocurre es que... —se pasó las manos por el pelo, sin dejar de mirarla—, desde que perdí a mi mujer...

—... no te habías acostado con ninguna otra.

La suavidad en su voz hizo vibrar a Kaiet, que en aquel instante deseó ser capaz de ignorar a los remordimientos, y hasta los recuerdos.

—Ni siquiera me lo había planteado —reveló, consciente de que hablaban de muchos meses—. No lo necesitaba. Pero, no sé qué me pasó ayer. Tal vez el vino... Simplemente no pude contenerme.

—Yo tampoco —confesó, conmovida por la indefensión en la que lo veía sumido.

Kaiet avanzó otro paso, mirándola a los ojos, y extendió el brazo para acariciarle con suavidad la mejilla al tiempo que susurraba:

—No quiero hacerte daño.

—¿Y quién dice que me lo harás? —preguntó en voz baja para no romper la calidez de aquel instante—. Ya no somos aquellos chiquillos. Ni yo soy la misma niña soñadora ni tú el chico rebelde. Lo de anoche fue algo que ocurre cada día entre hombres y mujeres. Tú deseaste tener sexo conmigo y yo quise tenerlo contigo. —Anheló acariciarle como él lo hacía, pero se contuvo para evitar que se sintiera presionado—. Si no quieres que vuelva a ocurrir, tranquilo. No volveremos a cenar con vino y así evitamos riesgos innecesarios. —Chistó para acallararlo durante otro segundo—. No quiero que esto estropee nuestra amistad.

—Es todo lo contrario, Maddi... —aseguró acercándose hasta notar su aliento en los labios—. No soy capaz de pensar en otra cosa que no sea besarte. Besarte y volver a experimentar todo lo que me hiciste sentir.



Hacía rato que había pagado los tebeos, pero seguía allí, apoyado en el mostrador y hablando con Ander sobre cómo habían comenzado en sus respectivos trabajos. A pesar de lo que pudiera parecer a simple vista, lo había tenido más difícil su amigo, que había pagado el traspaso de la tienda con los pocos ahorros que le quedaron después de montar un piso y afrontar los gastos de una boda. Y todo para que, dos años después, cuando todavía no se había recuperado del desembolso, tener que enfrentarse a los cuantiosos costes de un divorcio sin acuerdos.

—Esto iba a ser tan sólo el arranque —le contó mirando las baldas repletas de libros que cubrían las paredes—. Pensaba comprar un local y abrir una librería propia, cómoda y atractiva, con secciones bien diferenciadas, un espacio agradable en el que poner una cafetera, ofrecer firmas de libros... —Chasqueó los labios en un gesto de impotencia—. Tenía muchos planes.

—¿Y por qué no los llevaste a cabo?

—Primero fue porque me quedé sin ganas de seguir y sin dinero. Ahora porque... —dudó si volver a nombrar la falta de ganas—. En realidad, nuestras conversaciones me han hecho ver que debo recuperar mi vida, olvidarme de lo que pudo ser y centrarme en lo que quiero que sea. Pero sigo sin ser un millonario —concluyó riendo.

—¿Cuál es exactamente el problema? —se interesó Kaiet.

—Tengo echado el ojo a un local fantástico, y el dueño me ha hablado de un precio que puedo pagar.

—¿Entonces?

Ander se ajustó las gafas empujándolas por el centro con el índice. Después movió con lentitud la cabeza.

—No estoy acostumbrado a que las cosas me salgan bien.

—Yo sí, aunque ahora no lo parezca —aseguró riendo—. Dame el proyecto —le pidió, ya más serio pero con la misma ilusionante expresión—. Mis honorarios consistirían en que me permitieras dirigir la obra —rio al verlo poner cara de sorpresa.

Durante largos minutos de amigable discusión, Ander insistió en que pusiera un precio a sus horas, porque no estaba tan necesitado como para aprovecharse de un amigo. Kaiet lo convenció de que en realidad el necesitado era él, que estaba en un punto en el que incluso pagaría porque alguien le dejara hacer un trabajo como ése. Después, una vez se pusieron los dos de acuerdo, el tiempo voló mientras hacían planes, algunos fantasiosos, pero otros tan prácticos como tomar nota del papeleo con el que deberían ponerse en marcha ya al día siguiente.

Dejó a un Ander feliz porque iba a retomar su vida y a cumplir los sueños que un mal día dejó colgados, pero él también se sentía satisfecho. Cuando fue a buscar a Maddi a la floristería, todavía estaba entusiasmado. Ella se lo notó nada más verlo llegar con una sonrisa que le ocupaba todo el rostro.

—No tendré tiempo para seguir ayudándote durante todo el día. —La tomó por la cintura y se la llevó contra su cuerpo—. Pero quiero seguir viniendo por las noches —susurró rozándole los labios sin terminar de besarla—. Todas las noches.

Maddi no necesitó responderle. Le cubrió los labios con los suyos y, mientras él le invadía con ansia la boca, comenzó a desabrocharle la camisa, arrancando cuantos botones se le resistieron a la prisa que llevaba en los dedos. Y cuando quiso darse cuenta, su urgencia y la de Kaiet se habían fundido en una sola, y él le había quitado las braguitas y la alzába por las nalgas hasta apoyarla en el borde de la mesa. El resto de la ropa desapareció como si nunca la hubieran llevado encima. Era el nuevo ánimo de Kaiet; su seguridad; su euforia; su deseo, más carnal y primitivo que nunca; la necesidad y el amor de Maddi. Todo se unió para licuar la noche hasta convertirla en puro sexo, en puro y delirante gozo como el que ninguno recordaba haber saboreado antes. Tal vez porque nunca habían unido la lujuriosa necesidad de disfrutar de uno con el dulce deseo de entregarse en cuerpo y alma del otro.

CAPÍTULO 15

Hacía rato que Kaiet y Amara se habían tomado sus dos acostumbrados cafés de cada mañana, y continuaban sentados a la mesa de la cocina, hablando.

—Así que volveremos a verte con lápices, rotrings, reglas... —opinó satisfecha.

Kaiet acababa de contarle que su amigo Ander había pedido un crédito para la nueva librería, y que si se lo concedían él se ocuparía de todo el proyecto.

—Nunca pensé que llegaría a necesitar tanto el volver a trabajar en lo mío. Creo que me va a venir muy bien.

—Lo que de verdad te está viniendo bien es estar aquí, aunque no quieras creerlo. Los dos estáis mucho mejor que cuando llegasteis.

—Iker cada vez habla un poco más ¿verdad? —preguntó animado—. Le encanta hacer planes con él —una vez más evitó nombrar a su padre—, y pasar ratos oyéndolo contar historias.

—Por lo que veo, y sé —aclaró con misterio—, tú también has aprendido a ocupar tu tiempo libre y a volver a sonreír; sólo un poco —acercó el índice al pulgar un centímetro—, pero a sonreír al fin y al cabo.

—Y tú a babear por ese novio al que no quieres presentarnos.

—No intentes cambiar de conversación —lo amenazó frunciendo el ceño—. Últimamente se te ve bien, contento, entusiasta, «ocupado». Y me gustaría saber quién es la culpable de este cambio.

—Llevo días no sintiéndome tan mal, es cierto. Pero ¿por qué das por hecho que es por causa de una mujer?

—¡Porque solamente una mujer puede obrar ese repentino milagro en un

hombre! —exclamó haciéndose la interesante.

Él la observó mientras ella rompía a reír. Y al final dijo, en voz baja:

—Ya sé lo que estás pensando.

—¡Qué listo! —se mofó cariñosa—. Ahora lo que me gustaría saber es si es algo serio o no.

El rostro de Kaiet se ensombreció por un momento.

—¡Cómo va a ser serio, hermanita! Sabes muy bien que amo a Raquel.

—Hace mucho que Raquel se fue —dijo sin querer ser más cruel de lo necesario.

Él se frotó el mentón mientras tomaba aire.

—Pero la amaré siempre.

—Entérate, Kaiet: hay amor después del amor.

Negó con la cabeza, pensativo.

—No sería justo para ella. Todos merecemos sentirnos el ser más amado, el más importante, el único. En mi caso eso está agotado, se lo entregué a Raquel. No podría amar a nadie más como la amé a ella.

—Alguien capaz de hacerte sonreír como lo estás haciendo en las últimas semanas merece...

—... lo que yo nunca podré darle. No es nada formal ni por su parte ni por la mía —de pronto ladeó la cabeza y la miró fijamente—. Pero sé que lo tuyo es distinto, y quiero saber quién es. ¿Lo conozco?

Amara suspiró con decepción, y a punto de insistir vio en los ojos de su hermano que no seguiría hablando de sí mismo.

—Se llama Babucar, aunque lo llamo Babu, y no lo conoces porque hace pocos años que vive aquí. Faena en el *Txori Toki*, un moderno atunero que cada poco tiempo me lo lleva a aguas internacionales demasiado lejanas —contó con pesar.

—¿Otro pescador? —preguntó sorprendido.

—No lo era cuando llegué desde África, pero tenía que trabajar y fue lo único que encontré. Ahora le gusta a pesar de la extrema dureza, y asegura que no lo cambiaría por ningún otro oficio.

—África —repitió sin salir del asombro—. Así que es un morenito.

—Él prefiere decir negro. Y cuando yo se lo discuto diciendo que es de

color chocolate oscuro, él responde que yo soy del color del melocotón y, sin embargo, me llaman blanca —explicó riendo—. Es el hombre más bueno y trabajador que he conocido nunca. Y el más romántico y apasionado.

Kaiet le cogió las manos entre las suyas y las comprimió con ternura.

—Me alegra que te esté haciendo feliz. Tú te mereces al mejor —aseguró satisfecho.



Miró alrededor, a las madres que aguardaban con cochecitos ocupados por niños más pequeños que los que estaban a punto de salir de clase. Pocas tardes veía allí a padres, aunque los buscaba mientras sujetaba el bocadillo de atún y aceitunas negras en una mano y la correa de *Pintxo* en la otra. A veces sentía pena por Iker, porque ya jamás encontraría esperando a su madre. Y estaba seguro de que, a pesar de que estaba cada vez mejor y más alegre, la recordaba y la echaba de menos todos los días. Igual que lo hacía él.

Una vez más, fue *Pintxo* el primero que lo distinguió entre todo el barullo de críos con mochilas que cruzaban la verja abierta, y mostró las ganas de correr al encuentro con su pequeño amo gimiendo como si llorara de impaciencia.

—¡Hola, campeón! —saludó Kaiet en cuanto lo tuvo al lado, agachándose para darle un abrazo.

Iker se apartó antes de que llegara a hacerlo, y él se quedó paralizado por la sorpresa. Comenzaba a meditar sobre los motivos del rechazo, cuando lo vio mirar de reojo a una niña morena, vivaracha y resabiada que hablaba y gesticulaba sin descanso mientras pasaba por su lado.

No le costó deducir que ella era la que había conseguido que el pequeño se lavara detrás de las orejas cada mañana, que se cepillara las uñas bajo el grifo hasta que se le arrugaban los dedos o que se acabara la pasta de dientes como si se la estuviera comiendo a bocados.

—Tengo que comprar un regalo para un cumple —dijo Iker mientras caminaban hacia el parque grande. *Pintxo* iba a su lado, a la espera de devorar

las pequeñas porciones de bocadillo que recibía cuando Kaiet no miraba.

—¿De quién es el cumpleaños?

—De Alasn... De mi amigo Marcos —corrigió en el último momento.

Kaiet se mordió los labios y continuó avanzando, pero ya en dirección a la tienda, haciendo preguntas que le llevaron a confirmar lo que ya sabía. Y no porque Iker le hubiera respondido, sino precisamente por todo lo contrario.

Una vez allí trató de ayudar a su hijo a encontrar el regalo más apropiado.

—¿Qué le gusta? —preguntó mientras le señalaba camiones, pelotas o juegos de mesa.

—Cosas —respondió evasivo.

Hasta que se le iluminó la carita al descubrir, solitario en una balda a la altura de sus ojos, un pequeño osito azul con alas blancas.

Corrió a dejarlo en el mostrador, y miró a través de la puerta acristalada a *Pintxo*, que aguardaba en la calle, para indicarle con la mano que esperara porque estaba a punto de terminar.

Insistió en pagar con el dinero que había reunido del que le daban para golosinas. Llevaba todas las monedas en el abultado bolsillo, y las sacó emocionado para ponerlas junto al peluche y mirar satisfecho al dependiente.

No era necesario contarlas para saber que no le alcanzaban. Pero Kaiet intuía lo importante que era para él que nadie lo ayudara a pagar el regalo. La primera chica que te gustaba siempre era importante.

Se las ingenió para indicar al dependiente que no dijera nada, que él pondría después la diferencia. Y cuando Iker salió, sonriendo feliz a enseñar el precioso paquete a su amigo, él se atrasó para pagar y dar las gracias al hombre porque le hubiera seguido el juego.



Los besos habían comenzado en cuanto entraron en el portal, como si los dos se hubieran estado conteniendo en el trayecto desde el invernadero. Había sido un paseo extraño, tenso, con palabras a media voz, miradas de soslayo y

risas nerviosas. Porque la petición de Maddi de que la acompañara a casa tenía una finalidad, y caminar, uno al lado del otro, sabiendo lo que iban a obtener al llegar al destino, les fue inflamando las ganas. Y nada más sentirse a salvo de posibles miradas curiosas, Kaiet le sujetó el rostro entre las manos al tiempo que se lanzaba a devorarlo con ansia la boca.

Y, si el portal fue testigo de los primeros besos, el ascensor lo fue de las caricias más precipitadas y atrevidas, de risas sofocadas y de los primeros gemidos ahogados.

Ella había dejado escapar el aire con un sonido ronco, entornando los ojos sin fuerzas, aprisionada entre sus vehementes caricias y el rincón. Le gustaba el modo en el que él había dominado la situación nada más entrar en el portal, ardiendo de deseo. Era Kaiet, se dijo satisfecha, deseando golpear el botón de parada para que no dejara nunca de tocarla. Porque no dudaría en elegir una sola de sus caricias en lugar de todas las que había recibido durante años de otros hombres que no eran él.

Habían salido del ascensor y entrado en la casa a ciegas, sin detenerse ni para encender la luz. Ella le guió mientras se ahogaban a besos y se iban soltando el uno al otro la ropa. A oscuras avanzaron por el pasillo y a oscuras lo llevó al dormitorio. Y cuando Kaiet notó que quería arrastrarlo consigo, se dejó caer sin saber hacia dónde lo hacía hasta que su cuerpo impactó contra el colchón y los gemidos se les enredaron con risas.

—A esto se le llama confianza ciega —musitó excitada Maddi.

Entonces él se apartó de su boca y aguardó hasta que sus ojos se acostumbraron a la poca claridad que, procedente de las farolas, entraba por la ventana.

—En este preciso momento te confiaría mi vida —bromeó con un susurro.

Maddi había tirado de él, sujetándolo por el pelo, y le había mordido los labios.

—Me gusta eso.

—Y a mí me gusta verte —dijo a la vez que alargaba el brazo y tanteaba hasta encontrar el interruptor que les dio un poco de luz.

Respiraba pesadamente cuando le recorrió el rostro con los ojos y se

detuvo en su pelo. Rozó con dos dedos uno de sus enortijados rizos y, sujetándolo por el extremo, tiró de él, deshaciéndolo y dejando después que recuperara su forma.

—No solías dejarnos hacer esto.

—A ti sí.

—¡Mentirosa! —exclamó mientras el deseo se negaba a seguir esperando.

Le besó y le mordió la piel a la vez que terminaba de quitarle la ropa. Y gruñó con satisfacción cuando la tuvo entre sus brazos, desnuda y entregada, dispuesta a lo que él quisiera...

... Y él lo quería todo esa noche en la que pensaba llevarla a creer que morir de gozo era posible. Ya lo había hecho infinitas veces, con Raquel.

Maddi extendió los brazos y se agarró a la almohada cuando lo sintió descender por su cuerpo, dibujándole con la lengua cada forma y cada pliegue de su piel. Y cuando fue consciente de hasta dónde iba a llevarla él con sus caricias, cerró los ojos diciéndose que no le importaría nada si el mundo acababa esa noche.

Pero ni acabó el mundo ni ella murió de gozo, aunque en muchos momentos llegó a creer que lo hacía. La placentera extenuación los llevó a recuperar el aliento uno en brazos del otro, a excitarse con caricias de nuevo y a volver a comenzar con las mismas ganas y el mismo anhelo de tenerse mientras seguía avanzando la noche en busca de la luz del día.

Lo despertó el ya familiar olor a mar, y, adormilado aún, ladeó la cabeza para hundir el rostro entre su pelo. Le agradaba sentir el peso de su cabeza en el hombro. No era como cuando despertaba con Raquel, y aun así le gustaba. Le gustaba y le hacía sentirse bien. Pero tenía que levantarse. Una cosa era pasar la noche fuera de casa, y otra no estar allí para sacar al perro y llevar a su hijo a clase.

—*Pintxo* estará esperándome, y a ti se te van a acabar las olas —bromeó besándole el pelo.

Y cuando comenzaba a incorporarse se encontró con dos enormes ojos de pupilas rasgadas que lo miraban con inquietante fijeza.

El sobresalto con el que trató de apartarse le hizo golpearse contra la madera del cabecero, e inmediatamente se llevó la mano a la dolorida cabeza

como si eso pudiera calmarlo.

—¡Dios!, ¿qué es este bicho? —exclamó mirando al gato, que seguía cómodamente sentado en el cuerpo de Maddi.

Ella rio a carcajadas.

—No lo llames bicho. Te dije que es un gato y que se llama *Miki*.

—¿Por qué me mira así, como si fuera a atacarme?

—No te atacará si te portas bien —advirtió, incapaz de fingir verdadera seriedad—. Es muy curioso, además de que eres el primer hombre al que ve en mi cama.

Kaiet la miró con gesto de incredulidad, sin dejar de frotarse el coscorrón.

—He dicho que eres el primer hombre al que meto en mi cama, no el primero con el que me acuesto —aclaró frunciendo después los labios—. Y, por si te lo estás preguntando, no. No sé con cuántos lo he hecho. Hace mucho que perdí la cuenta.

Él reaccionó besándola con pasión en la boca mientras sus manos la acariciaban con la suave cadencia de la despedida, para no encender lo que los dos sabían que ya no tendrían tiempo de apagar.

—¿Puedes decirle que deje de estudiarme de ese modo?! —rogó al notar que el gato seguía con los ojos clavados en él—. Te juro que me pone los pelos de punta.

—Tendrás que acostumbrarte. Es el rey de esta casa —advirtió volviendo a reír.



Maddi sonrió al ver llegar a su hermano, pasar al interior de la barra y dar un beso en los labios a Nagore. Le gustaba que, después de los años que llevaban casados, siguieran dedicándose esas muestras de cariño sin que les importara si tenían o no tenían público. Como ese anochecer, cuando con la taberna llena se saludaban a la vez que se despedían, pues Nagore se iría a casa mientras Julen atendería hasta la hora del cierre. Pero algo de frialdad sí que notó en él, cuando no le vio propinarle el acostumbrado y cariñoso azote

en el trasero mientras ella se volvía para entrar en la cocina. Pensó que sería debido a alguno de los pequeños roces que en el último año estaban teniendo a causa de su sobrina, que iba sintiéndose mayor mientras ellos dos se esforzaban en ajustar las normas entre la permisividad de una y la rigidez del otro.

Salió del error en cuanto, una vez solo, su hermano se volvió a mirarla con gesto de enfado.

—Anoche te vieron subirlo a tu casa —dijo en voz baja y tensa.

Primero se sorprendió, y en cuanto fue capaz de reaccionar le lanzó una mirada furiosa, y alzando la barbilla con orgullo se quitó el delantal y lo apartó sin contemplaciones. Entró en la cocina con tanto arranque que casi tropezó con Nagore, que salía abrigada con la chaqueta nueva de cuero que habían comprado juntas hacía una semana.

—¿Qué pasa? —preguntó al notar su enfado.

—¡Pasa que tu marido nunca va a dejar de verme como a una cría a la que tiene...!

No había terminado de decirlo cuando él apareció echando fuego por los ojos.

—¿Ésta va a ser tu explicación? —La indiferencia con la que lo escuchó terminó de enfurecerlo—. Me he estado conteniendo para no partirle las piernas y que dejara de pasear contigo por las mañanas y de ir a la floristería por las noches. Y lo he hecho porque te creía lo bastante lista como para no ceder otra vez a sus artimañas.

—No sabes de lo que estás hablando —aseguró mientras tomaba del perchero su chaqueta y su bolso.

—¡Por supuesto que sé de lo que hablo! —dijo arrancándole la prenda de las manos para que lo escuchara—. Sólo quiere a alguien con quien follar el tiempo que esté aquí, y tú has caído como una ingenua.

—¿Quién te dice que no he sido yo la que lo ha seducido a él? No soy una dulce virgen inexperta, y lo sabes.

—Lo eras la primera vez que se aprovechó de ti —le recordó con resquemor.

—Sí, lo era. Pero te aseguro que igual que no ha sido él quien me ha

seducido esta vez, tampoco lo hizo aquella noche.

—Él tenía experiencia, tú no —rebató Julen bajando la voz.

—Pues con toda mi torpe inexperiencia, conseguí de él lo que llevaba mucho tiempo deseando.

Recuperó la chaqueta y se la puso lentamente mientras lo veía palidecer.

—No te creo —dijo desconcertado.

—¡Pues pregúntaselo a la amiga con quien nunca tuve ningún secreto! — Él miró de soslayo a su mujer—. Aunque me trae sin cuidado que me creas o no. Nadie va a arrebatarme la felicidad que siento al estar con él, tal y como siempre he querido.

—Deberías escucharle, Maddi —intervino Nagore—. Sabes que tiene razón. Con esto sólo conseguirás hacerte daño.

—¡¿Tú también?! —le reprochó entristecida.

Julen volvió a la carga con fuerza.

—¡Ese cabrón te utiliza!

—¿Para qué? —preguntó volviéndose hacia él, airada—. ¡¿Para conseguir lo que podría darle cualquier mujer sin un hermano que amenaza continuamente con romperle las piernas?!

Salió de la cocina y atravesó el local sintiendo todas las miradas sobre sí. Sin duda habían oído los gritos, y, si alguna palabra les había llegado con claridad, al día siguiente todo el pueblo sabría que se estaba acostando con el hijo de Gabino Aguirre; si es que todavía quedaba algún despistado que no lo supiera. Pero tampoco eso le importaba. Era demasiado feliz como para preocuparse por cosas que, por otra parte, siempre la habían traído sin cuidado.

CAPÍTULO 16

Comenzó a trabajar por las mañanas, mientras Iker estaba en clase, y al anochecer, cuando regresaban de haber pasado la tarde en el parque grande, donde su hijo jugaba mientras perseguía con los ojos cada movimiento de la niña morena y resabiada. El momento de dejarlo lo marcaba el sonido de sartenes y platos que le llegaba desde la cocina, cuando Amara comenzaba a preparar la cena. Entonces sacaba a pasear a *Pintxo* y después iba en busca de Maddi, a veces para pasar con ella la noche entera.

La primera vez que Iker lo vio trazando líneas sobre una hoja grande, en la mesa de dibujo, ligeramente similar a la amplia y profesional que tenían en su casa, en Madrid, se acercó y lo miró en silencio durante un buen rato. Colocó las manitas colgando del borde de la mesa y sobre los dedos apoyó la barbilla para seguir de cerca los rápidos y precisos trazos que él daba ayudado por la regla.

—Sólo falta mamá —musitó, tan bajo que le costó entenderlo.

Él dejó los lápices y lo miró con ternura.

—Ella está con nosotros, cariño. Está aquí —dijo señalándole con el índice la frente—. Y aquí —añadió colocándole la palma abierta en el pecho, sobre el punto en el que le latía el corazón—. Ella está siempre con nosotros, vayamos donde vayamos.

—Es porque seguimos siendo un equipo, ¿verdad?

—Verdad, mi vida. Siempre seremos un equipo.

El pequeño volvió a apoyar la barbilla en el extremo de sus dedos, satisfecho, y siguió mirando con atención cómo se iban entrecruzando rayas en el papel.

Pero ya ninguna fue impecable. Las palabras de su hijo le habían dejado los sentimientos revueltos y el alma triste, y ya no fue capaz de hacer ni un solo trazo correcto al primer intento. Le temblaban las manos casi tanto como le temblaba el corazón, y una vez tras otra dibujó y borró la misma línea imperfecta mientras pensaba en ella, en Raquel.

Aquella fue una de las noches más difíciles desde que llegó a Bermeo. Tanto, que ni siquiera se le despertaron sus siempre dispuestas ganas de sexo cuando fue a ver a Maddi. Esta vez compartieron la cama para hablar de vivencias comunes de un pasado lo bastante lejano como para que no le recordaran su pérdida. Ella con la cabeza apoyada en su hombro y arrimada a su cuerpo, él con la mirada puesta en las luces y las sombras que danzaban en el techo, hasta que el cansancio acabó dejándolos dormidos.



—¡Basta ya, Amara! —Kaiet dejó la taza de café en la mesa y se levantó de un impulso—. Te aseguro que resulta agotador escucharte decir siempre lo mismo.

Salió de la cocina y fue hasta la pequeña sala de estar en la que solía coser su madre. Cada vez que entraba, no podía evitar verla sentada allí, dejándose la vista y la juventud un día tras otro, un año tras otro durante toda una vida.

Se acercó al mirador, apartó el visillo y, mientras oía los pasos de su hermana, acercándose, oteó a través del cristal el puerto iluminado por la luz de las farolas.

—No es lo de siempre —le aseguró calmada—. Es distinto, y sólo quiero que me dejes contártelo.

Kaiet resopló con impaciencia.

—Te escucharé si me prometes que no volverás a darme la brasa con nada referente a él.

Ella torció la boca, negándose a prometer lo que sabía que no podría cumplir.

—Dejaré de hablarte de él durante una semana —dijo cruzándose de

brazos.

—Dos —impuso Kaiet, y le colocó un dedo en los labios cuando vio que comenzaba a protestar—. Dos o no hay trato, hermanita. No olvides que lo que menos quiero hacer, en este momento, es oír lo mucho que me quiere, lo orgulloso que se siente de mí o que necesita que lo perdone. Así que, o prometes no volverlo a nombrar en dos semanas o agarro la correa de *Pintxo* y nos vamos, aunque aún sea pronto.

Amara asintió resignada, y le pidió que regresaran a la cocina para no correr el riesgo de despertar a Iker. Aunque Kaiet supo que lo hacía para que él pudiera tomarse el café antes de salir.

—Anoche se quedó durante un rato en el pasillo, mirándote trabajar —comenzó a contarle—. Yo le observé desde aquí, preguntándome por qué os hacéis tanto daño. —Notó su impaciencia, y abrevió al temer que se levantaría sin dejarla terminar—. Lo vi darse la vuelta y caminar hacia su cuarto, arrastrando los pies. Me pareció que temblaba y me asusté.

Kaiet apoyó los antebrazos en la mesa y bajó los ojos hasta la taza, quedándose inmóvil, como si leyera en la oscura superficie del café.

—Entré en su cuarto y lo encontré agarrado a la cómoda. Le costaba respirar. Traté de llamarte, pero me sujetó de la muñeca para que me quedara con él. Cuando al fin se tranquilizó lloró como un niño, Kaiet —murmuró buscándole los ojos—. Dijo que le había emocionado verte en tu habitación, usando las cosas que entonces te compró *ama*, como si no hubiera pasado el tiempo. Pero que el tiempo sí había pasado, que te habías convertido en un hombre y que le odiabas.

—¿Ya está? —preguntó fingiendo que aquello no le había removido ninguna emoción—. ¿Ya has terminado?

—¡No, no he terminado! —exclamó dolida—. Se me parte el alma cada vez que le veo sufrir por ti. Habla con él —rogó con voz rota—. Habla con él ahora que aún puedes hacerlo.

—¿Para decirle qué? —preguntó sin levantar la mirada del café.

—No es necesario decir nada si no quieres. Basta con que te acerques y le toques la mano o el hombro. Cuando existe cariño basta con silencio para devolver las cosas a su lugar.

—¡Toda la vida con él y no lo conoces! —aseguró irónico—. Él no arregla las cosas así. Él necesita hablarlas y aclararlas; entenderlas. —Se frotó el mentón y agitó la cabeza—. Y yo también.

—*Aita* se hace mayor. No va a estar siempre ahí, esperando tu perdón. Aunque si por él fuera seguro que lo haría —opinó con una sonrisa tierna—. Piénsalo, por favor. Piensa en cómo te vas a sentir si él se va sin que le hayas dicho lo que de verdad sientes. Tú sabes, mejor que nadie, que las cosas hay que decirlas mientras todavía estamos a tiempo.

Kaiet se enderezó, echando la espalda contra el respaldo, pensativo y tenso, mirándola a los ojos.

—No me presiones.

—No soy yo quien lo hace —dijo rozándole la mano con la que él sujetaba con fuerza la taza—. Es el tiempo el que no tiene piedad, el que no espera a que estemos preparados para llevarse a quienes tenemos cerca.

Ella vio en su mirada que algo en la conversación le había removido sentimientos e ideas que hasta entonces habían permanecido inamovibles. Y se sintió tan triste como esperanzada. Lo besó con ternura en la frente y lo dejó allí, a solas con sus pensamientos, sin imaginar que unas horas después él contemplaría, por casualidad, algo simple que le haría más mella que todas sus palabras juntas.

Fue cuando oyó la risa de su hijo, tan clara y especial como cuando lo escuchaba reír junto a su madre. Se acercó emocionado a mirar, y de pronto, otra risa, más ronca y desgastada, se unió a la del pequeño. Y al atisbar por la puerta abierta del salón vio a su padre, que con el rostro risueño decía, todavía entre risas:

—¡Ay, campeón, si supieras toda la vida que me das cada día, desde que estás aquí!



No le ocurrió como otras veces, que en cuanto veía a Maddi arrinconaba las preocupaciones hasta llegar a creer que no tenía ninguna. Durante el trayecto

a Mundaka no dejó de escuchar las palabras de su padre, de dar vueltas a las de Amara y de analizar sus propios sentimientos. Y cuanto más lo hacía más se reafirmaba en que no quería ablandarse, en que la decisión que tomó entonces la tomaría también ahora si volviera a ocurrir lo mismo.

—Estás muy silencioso hoy, *gixajo* —dijo Maddi—. ¿Ha pasado algo nuevo en casa?

Nunca le pareció merecer tanto esa palabra como esa vez, porque era así como se sentía: un pobre de espíritu al que una inesperada y emotiva frase de su padre le hacía flaquear en la decisión más firme y drástica que había tomado en su vida.

—Si no quieres que hablemos de eso, no lo haremos —comentó ella sin aminorar la marcha—. También a mí me gusta el silencio. A veces es la conversación en la que más cosas se dicen.

Era la segunda vez que le decían algo parecido en el corto espacio de unas horas. Y, aunque había ignorado deliberadamente el comentario de Amara, conocía la clase de silencio del que ahora hablaba Maddi. Lo conocía y le gustaba.

La estrecha zona del arcén se hizo más amplia al llegar al mirador, unos metros antes de la entrada al pueblo, y Kaiet se detuvo. Sin arrimarse a la barandilla de hormigón pintada de blanco, miró al frente, y contempló entre la bruma grisácea del amanecer la isla de Ízaro mientras se centraba en oír el sonido del mar y el de las madrugadoras gaviotas que trataban de llenar sus buches vacíos.

Pintxo se detuvo a la vez que él lo hacía, a pesar de haber ido más adelantado. Se sentó en la cuneta, con la boca abierta y la lengua colgando, alerta al siguiente movimiento de su amo.

Maddi tardó más en darse cuenta de que marchaba sola. Y cuando al volverse vio a Kaiet con las manos en las caderas y contemplando el mar mientras respiraba con fatiga, olvidó por completo el ejercicio.

—¿Qué es lo que pasa, *gixajo*? —preguntó con preocupación cuando estuvo de nuevo a su lado.

—¿Te ha ocurrido alguna vez que tu cabeza te diga una cosa y tu corazón otra?

—Continuamente —reconoció observando su entristecido perfil.

Se volvió a mirarla, sabiendo que una vez más encontraría esa equilibrada sensatez en sus siempre sagaces ojos verdes.

—¿Y qué haces entonces?

—Lo que más deseo.

—Yo no deseo perdonarlo —dijo con seguridad—. Pero... —comprimió los párpados, demasiado confuso como para explicar sus sentimientos.

—No voy a darte consejos, Kaiet. Podría decirte que llevo todos estos años viendo envejecer a tu *aita* a más velocidad de lo que lo ha hecho el mío, que es un gran hombre, que me quiere y que lo adoro. Podría decirte muchas cosas que ya conoces, pero a pesar de saber ahora la verdad, no puedo aconsejarte. Sólo tú puedes decidir qué quieres hacer.

—La noche del entierro, cuando llegué a casa, él y Amara estaban en la cocina, hablando de *ama* —le explicó porque necesitaba hacerlo—. Yo me senté con ellos. Era como si llorar los tres juntos nos uniera y nos acercara más a ella. En un momento de la conversación, que no olvidaré nunca, él dijo... —Se frotó la frente con los dedos—. «Un trabajo en tierra habría sido mejor que la bajura para no dejarla nunca sola, pero pescar es lo único que he sabido hacer siempre.» Amara y él siguieron hablando, pero yo me quedé quieto, sopesando lo que esas palabras significaban. «Tú lo sabías» le reproché, y él agachó la cabeza al ser consciente de lo que sin querer había confesado. Porque hacía ya dos años que repentinamente se pasó a la bajura sin explicarnos el motivo, Maddi. Dos malditos años. Y Amara y yo perdimos a nuestra *ama* de golpe, sin haber sabido nunca que estaba enferma. Cuando le exigí que explicara por qué nos había robado la posibilidad de despedirnos de ella, sólo supo decir que había sido lo mejor. ¿Lo mejor para quién? —volvió a preguntar con la misma amargura con la que lo hizo aquella noche—. ¿Qué derecho tenía él a ocultarnos algo tan grave?

—¿Se lo has preguntado?

—No necesito sus respuestas. Nada reparará el daño. ¡Me quedaron tantas cosas por decirle! —murmuró abatido—. ¡Y ahora Amara me dice que puede pasarme lo mismo con él!

Maddi se abrazó a su cintura, besándole suavemente los labios para

después mirarlo a los ojos.

—No tienes que decidir nada ahora —susurró con ternura—. No sigas hiriéndote. Espera y verás como de pronto, un día, despiertas sabiendo exactamente qué deseas hacer.

CAPÍTULO 17

Maddi subió los escalones preguntándose qué sabría su madre, y sobre todo cómo se lo habría tomado. También ella padeció la otra vez, viéndola sufrir, intentando levantarle el ánimo o cocinando únicamente los platos que más le gustaban para conseguir que comiera. Su pequeño gran drama de los dieciséis años fue el problema de todos, por eso todos tenían su parte de derecho a opinar, aunque el modo en el que lo hacía su hermano la llevara a rebelarse. Sólo esperaba que su madre sí entendiera que ya no era la niña inexperta de entonces, y que tenía derecho a equivocarse si elegía hacerlo.

Utilizó su llave, y recorrió sigilosa la casa hasta encontrarla en el salón, leyendo una revista junto a la ventana. Entonces le dedicó una cariñosa sonrisa mientras le ofrecía un gran ramo de rosas amarillas, que siempre habían sido sus preferidas.

—¡¿Pero qué celebramos hoy?! —exclamó emocionada nada más verla.

—Que sigues siendo la mejor *amatxu* del mundo, aunque hace mucho que no te lo diga con flores.

Le dio un beso en el centro de los labios. Un «beso en los morros» lo llamaba ella desde que era una niña, y eran los que desde entonces reservaba para sus padres, y años después también para su sobrina.

—¡Qué bueno que estés aquí!, porque quiero que me cuentes algunas cosas. —Inspiró con la nariz pegada al ramo antes de dejarlo en la mesa, junto a la revista—. Aunque primero quiero oír lo que tú vienes a decirme.

—Que te quiero. —Volvió a estamparle otro sonoro beso.

La anciana y sabia Edurne sonrió con misterio mientras se atusaba su corto y bien peinado cabello blanco.

—¿Tienes tiempo para un chocolate caliente con bizcochos?

A Maddi la boca se le hizo agua con sólo pensarlo. El chocolate a la taza de su madre era el mejor que había probado nunca, pero no quería darle trabajo esa tarde.

—Tengo tiempo, pero preferiría algo más ligero. No quiero engordar —dijo deslizando la mano por su vientre plano.

—Estás horriblemente flaca —exageró convencida Edurne, cuando era evidente que su hija había heredado su estampa.

Fue Maddi quien finalmente preparó un café con pastas que tomaron en el salón, charlando junto a la ventana, por la que se veía el viejo quiosco de música en el centro de la plaza y, tras él, el edificio de piedra del ayuntamiento.

—Está bien todo esto que me cuentas de las flores y del bar —dijo la madre, decidida a llevar la conversación a donde le interesaba—. Pero prefiero que me hables de otras cosas. Por ejemplo, el chico de Gabino Aguirre.

—¿Por qué ese interés? —preguntó a pesar de intuirlo.

—Las vecinas hablan, cariño. Y dicen que estás saliendo con él. Y hasta tu padre, que lleva años sin meterse en tus cosas, me ha preguntado qué hay de verdad en eso. —Se llevó la taza a los labios, con cuidado, y al comprobar que no estaba demasiado caliente le dio un pequeño sorbo—. Tu hermano estuvo ayer aquí, con Nagore y la niña, pero se hizo el remolón y se fue sin haberme contestado.

—¿Seguro que dicen «saliendo» con él? —preguntó irónica, convencida de que la palabra que usaban era más directa y malintencionada.

Le traían sin cuidado los chismes, y si a su madre le preocupaban fingió a la perfección que no lo hacían, pensó mientras revolvía las pastas buscando una que contuviera mermelada roja en el centro.

—Recuerdo lo mal que lo pasaste cuando se marchó. No lo entendí hasta que tu hermano me contó que te gustaba.

Maddi le vio la intención de dejar la taza en la mesa, y se la cogió con suavidad de entre las manos. Su madre sonrió ante el gesto.

—Lo quería, *ama* —aclaró dejándola sobre el plato—. Gustar es otra

cosa.

—Dicen que volverá a cansarse del pueblo, que volverá a irse.

—¡Qué sabrán todos!

—Sé que no te importan los chismes, cariño, pero me preocupa que te ilusiones, porque cuando se vaya...

—¿Qué es lo peor que puede pasarme? ¿Que lo pierda? ¡Ya lo habré perdido si me aparto por miedo a sufrir! Lo quiero, *ama*. Lo he querido siempre.

—Dicen que es...

—¡No lo conocen! —la interrumpió de nuevo—. ¿Qué opinas tú de Gabino Aguirre?

—Ya lo sabes. —Sonrió a medida que le llegaban los recuerdos—. Hubo un tiempo en el que mi corazón dudaba entre tu *aita* y él, pero al final ganó tu *aita* —dijo con orgullo, omitiendo, como siempre había hecho, que un inesperado día Gabino se fijó en su amiga Leonor y ya no volvió a mirar a ninguna otra chica.

—Kaiet se le parece mucho —aseguró mordiendo la última de las pastas con mermelada roja—. Ninguno de los dos lo reconocerá con facilidad, pero te aseguro que se parecen tanto que te sorprenderías.

—¡Si te hace daño, Gabino tendrá que oírme! —amenazó en voz alta para no demostrar demasiada blandura.

—Me parece justo —aceptó aguantando la sonrisa.

Eduarne dio otro pequeño sorbo a su café.

—¿En qué se parece a su *aita*? —preguntó como si no le importara demasiado.

—En los ojos grises —comenzó, segura de que eso le encantaría—. En el amor hacia su hijo, hacia su mujer. En la terquedad —dijo riendo—. En la nobleza...

Y le fue enumerando las cosas que más le gustaban de Kaiet intercalándolas con las que le agradaban menos, convencida de que su madre acabaría entendiéndola antes de que terminaran de merendar.



Mientras el papeleo oficial para la nueva librería avanzaba, el diseño iba tomando forma en los trazos que daba en el papel, y eso le gustaba. Le gustaba porque era el sueño de Ander, y le gustaba porque le recordaba a la ilusión con la que hizo sus primeros proyectos, sin aquellos complejos programas de ordenador que manejaba en el estudio. Hacerlo trazando líneas a mano le llevaba más tiempo, lo que sin duda le sobraba, y le confería un sabor especial que le llevaba a reencontrarse con la esencia de aquella profesión, y que sin darse cuenta había ido perdiendo en el camino.

Los sonidos del trasteo de su hermana en la cocina le llegaron con claridad. Se acercaba la hora de la cena.

Recogió con cuidado, puso una hoja grande sobre los planos, para protegerlos de accidentes y del polvo, y se dirigió a la cocina. Cogió la correa de *Pintxo* y se acercó a ella, que tenía la atención puesta en agitar las varillas para batir unos huevos, pero aun así lo oyó llegar.

—Basil, la anciana del segundo, me ha preguntado por ti.

—¿Por mí?

—Le cojea la mesa de la cocina. —Kaiet resopló y ella se echó a reír—. Dice que eres muy bueno arreglando cosas, y por lo que tengo entendido ella tiene unas cuantas que necesitan una mano.

—¿Sabes el tiempo que me llevó arreglarle la dichosa estantería?

—¡Anda, protestón, si los dos sabemos que te gustó hacerlo!

—Pero ahora no tengo tanto tiempo libre.

Ella lo miró, arrugando el entrecejo, antes de reprenderle como lo hubiera hecho a un niño pequeño que protesta por unos pocos deberes.

—¡Una pata de una mesa, hermanito, se trata tan sólo de una pata de una mesa!

Kaiet levantó las manos, como pidiendo paz.

—Está bien. Subiré antes de sacar a *Pintxo*. —Husmeó por encima de su hombro tratando de ver algo significativo que no encontró—. ¿Qué vais a cenar hoy?

—Porrusalda y pescado.

—¡Vaya! ¡Iker se va a volver loco de contento con el segundo plato!

—Ya he pensado en eso, pero tiene que comer de todo si quiere crecer grande y fuerte como su *aita* para ayudar a las buenas señoras que lo necesiten —ironizó riendo.

—¡Cuéntaselo a él, a ver si eso lo convence! —le siguió la broma—. Pero ten cuidado o te toreará sin que te des cuenta —la aconsejó—, y acabarás comiendo tu ración y la suya. Sigue siendo de los que las matan callando.

—¿A quién me recuerda? —preguntó arrugando cómicamente la nariz.

—A ti. —Se la rozó con la yema del índice—. Yo iba siempre de frente, quizá por irresponsable y por no pararme a pensar las cosas. Sin contar ni hasta diez, como siempre decía *ama*.

Sus risas y sus recuerdos llenaron la cocina durante un rato, como si su prisa por escapar se le hubiera evaporado a la vez que regresaban los momentos más gratos del pasado.

—¿Por qué no te quedas? —probó a tentarlo una vez más Amara.

—No lo has pensado bien, hermanita —le dio un beso en la sien, rápido y de refilón mientras se apartaba tras haber mirado el reloj—. Tengo otros planes.

—¿Cuándo vas a contarme quién es?

—Cuando tú me presentes a ese tal Babu —dijo sin detenerse.

—¿De verdad? —Se volvió hacia él con emoción.

Kaiet se detuvo, sonriendo con cariño, tomándose tiempo para jugar con ella.

—No —pronunció despacio.

Amara dejó de batir y salió rauda tras él. La puerta de la calle se cerraba cuando ella llegó. La abrió deprisa, asomó la cabeza y dijo, cuando Kaiet aún no había comenzado a subir la escalera en dirección al segundo piso:

—Ya sé quién es. —Su radiante sonrisa lo confirmó—. ¡Si todo el mundo sabe quién es! ¡Entérate de que eres la comidilla del pueblo!



El verde de la montaña y el azul del mar y del cielo despejado entraban casi con insolencia a través de las ventanas del Eneperi. En el comedor del piso alto, Maddi y Kaiet disfrutaban de un besugo a la brasa con ensalada, aderezado todo ello con un buen vino y una amena conversación.

—Estaba eufórico porque el viaje lo iban a hacer en tren —comentó tras detallarle la excursión que ese sábado estaban haciendo abuelo y nieto, hasta el pequeño pueblo de Murueta, para que Iker viera las vacas y los terneros que un amigo criaba en su caserío.

—Y volverá aún más eufórico —aseguró Maddi—. El trayecto es fantástico, especialmente las zonas en las que se bordean acantilados o las que transcurren junto a los humedales de Urdaibai. Ha elegido bien tu *aita*.

—Los nervios no lo dejaban estarse quieto esta mañana. Me ha costado lo que no imaginas atarle el anorak.

—Hasta el último botón —aseguró como si lo estuviera viendo—. Te lo dije: un día acabarás asfixiándolo. Y ni siquiera estamos en invierno. Lo único que está frío ahora es el agua del mar.

Kaiet sonrió al recordarla con los labios morados, temblando en el interior de su ajustado neopreno. Hermosa como pocas mujeres había visto.

—Eso me dice él. Pero por las mañanas sí que hace frío y... yo no sé si... —Se humedeció los labios y miró al exterior, hacia el solitario Peñón de Aketxe rodeado de espuma blanca.

—De eso solía encargarse ella y tú no sabes cómo hacerlo —musitó con tacto.

Él le agradeció con una mirada su comprensión.

—A veces me agobio con cosas simples, pero es que me preocupa no hacerlo bien.

—Deja de obsesionarte y todo irá perfecto. Los niños se crían solos, como los perros y los gatos —bromeó para conseguir que riera.

Por la tarde se acercaron a San Juan de Gaztelugatxe. Quince minutos de agradable descenso por un camino rodeado de selva verde y olorosa, que se iba abriendo para mostrarles poco a poco la impresionante visión del peñón. Se detuvieron al llegar al estrecho puente que une la gran roca a la costa, dejando atrás los acantilados y preparándose para afrontar los amplios

escalones de piedra.

—¿Cuántos años hace que no subes? —preguntó Maddi—. ¿Diecisiete?

—Vine con Iker poco después de llegar al pueblo. Sabía que le gustaría el sitio y sus historias de piratas o de los herejes de La Rochele que incendiaron la ermita.

—Yo sigo viniendo una vez al año, en junio —dijo mientras comenzaban el ascenso—. ¿Lo recuerdas?

Como si lo hubiera vivido el día anterior. Recordaba la gran hoguera en la Plaza Mayor del pueblo, la misma noche de San Juan, y cómo, después de haber saltado sobre las brasas todavía encendidas, caminaban varios kilómetros hasta Gaztelugatxe, unos para oír alguna de las misas que se celebraban en la ermita desde la madrugada, otros simplemente para divertirse en la romería de las inmediaciones del peñón. Ellos solían ser de estos últimos.

Maddi fue deteniéndose en cada ángulo del camino, junto a cada símbolo de hierro del vía crucis por el que muchas bermeanas seguían yendo a rezar para que el mar les devolviera con bien a sus pescadores. Y no se paraba porque la obligara el cansancio, sino para hablar con él mirándolo a los ojos mientras a los dos les azotaba el mismo aire y les inundaba el mismo olor a salitre.

Al llegar al último escalón ella colocó el pie en la huella, y cuando estuvo frente al portón de la ermita sujetó la cuerda, cerró los ojos y tiró tres veces mientras pedía que él acabara amándola.

—¿No piensas pedir tu deseo? —le preguntó al ver su intención de pasar de largo.

—Esto no sirve para nada, Maddi. Son cuentos de viejos —dijo riendo.

—¡Prueba! —lo desafió poniendo los brazos en jarras.

Él suspiró vencido. Sujetó la cuerda y, cerrando los ojos, pensó en Raquel. En que, fuera donde fuese que había ido, estuviera bien. Sonó la tercera campanada y aún dejó pasar unos segundos antes de alzar los párpados y mirar a Maddi.

—¿Satisfecha?

—Más o menos —respondió.

Y Kaiet estuvo seguro de que había descubierto para quién había pedido él su deseo.

Contemplaron el atardecer junto al borde del cortante de rocas. Cuando ella le contó lo que sentía durante rojos atardeceres como ése, subida en su tabla, esperando a ras de mar la llegada de la ola perfecta, él la estrechó entre sus brazos y la besó en la boca.

—Adoro la pasión que pones en todo lo que haces —le susurró todavía junto a sus labios—. Es contagiosa.

La luna llena los acompañó en el camino de regreso al Eneperi, donde habían dejado el coche. Cuando llegaban a las laderas que separan el acantilado del restaurante, vieron ascender hacia el cielo dos burbujas alargadas, blancas y llenas de luz.

—¿Qué es eso? —preguntó Kaiet.

—¡Una boda! —exclamó Maddi riendo, y lo cogió de la mano para echar a correr.

Sentados en la hierba, contemplaron a los invitados que al final de la pendiente prendían velas que colocaban con cuidado en el fondo de los faroles de papel que después dejaban volar. Las luces de los improvisados y ligeros candiles iluminaban con parpadeos el vestido blanco que la novia se recogía dejando a la vista sus pies descalzos. El novio le llevaba los zapatos en una mano mientras con la otra la ceñía por la cintura. Sólo se oían sus risas y el sonido del mar mientras el cielo se iba llenando de suaves puntos de luz que remontaban en dirección a la radiante luna.

—Ha sido un día perfecto —musitó emocionada Maddi.

Él le rozó la nariz con los dedos para que dejara de mirar al cielo y se volviera hacia él.

—Un día perfecto —repitió para hacerla consciente de lo que acababa de decir—. Si lo juntas con los tres que aseguras que disfrutan los más afortunados en toda su vida, ya tienes cuatro.

No respondió con palabras. Sonrió, apoyó la cabeza en su hombro y siguió contemplando las luces que se perdían en el firmamento, consciente de que no le estaba diciendo lo que ella quería oír, pero contenta a pesar de todo.

CAPÍTULO 18

Estaba acostumbrado a ver feliz a Amara. Ella era de esas personas que encontraban el lado bueno hasta en las cosas que no parecían tenerlo. Pero la luz que tenían sus ojos cuando miraba a Babu no se la había visto nunca; y la preciosa sonrisa que se le dibujaba en los labios cuando lo escuchaba hablar, tampoco.

Se había resistido a dejar que lo conociera, pero al fin estaban allí, cenando en aquel restaurante de Gernika, presentando a un tiempo a Babucar y a Maddi, tal y como ella había pedido desde el primer momento.

Antes del encuentro, el sentido de la responsabilidad de Kaiet le había llevado a repasar, mentalmente, todas las preguntas que necesitaba hacerle para asegurarse de que sí, que él era el hombre apropiado para su hermana. Pero Babu lo conquistó ya en el primer plato. O tal vez incluso antes, durante el cóctel de cava rosado que les sirvieron como bienvenida. Llevaba la sinceridad en los ojos y no evitaba la mirada directa, blanca y clara. No titubeaba ni ante las preguntas más indiscretas, y tenía el perfecto y deseado equilibrio entre humildad y la absoluta seguridad en sí mismo. Y, algo muy importante, miraba a Amara con la misma admiración que ella lo miraba a él, con el mismo cariño y hasta con la misma bobería cada vez que ella decía algo que le resultaba gracioso.

Comenzaron hablando de surf, del negocio de las flores, de las conserveras asentadas en Bermeo, de las tradiciones de Senegal o incluso del proyecto de la librería. Y a medida que fueron tomando confianza tocaron temas más personales. Babu les habló de su país, de que en un tiempo fue uno de los sitios más hermosos y apacibles de África. De la dificultad de vivir con

miseria en un país con gran riqueza pero mal repartida. De la diferencia entre la vida y la muerte, tan ínfima a veces como la casualidad de nacer en un lugar o en otro del mundo, con una distancia entre ellos que en la superficie de un mapa constaría tan sólo de dos centímetros.

—¿Cómo llegaste aquí? —preguntó Maddi cuando el camarero volvió a dejarlos solos tras servirles los postres.

—Con un billete de primera clase, hace diez años. —Su risa y la de Amara evitaron que lo creyeran—. O así tendría que haber sido por lo que pagué por un sitio en el cayuco.^[16] Por la mitad hubiera podido venir en un crucero —chasqueó con gracia los labios—. Salí de Dakar para una travesía que podía durar, dependiendo del tiempo y de la suerte, entre cuatro y doce días. Nosotros tuvimos suerte, y llegamos al puerto de Los Cristianos, de Tenerife, en seis días, cuando ya llevábamos dos sin agua ni comida.

—Tuvo que ser muy duro —comentó Kaiet, que con los codos sobre la mesa y la barbilla apoyada en las manos, lo escuchaba con atención mientras su *coulant* de chocolate se le quedaba frío.

Babu, en cambio, poco a poco iba dando buena cuenta del suyo.

—Por lo menos yo conseguí llegar.

—Hablas muy bien el español —dijo Maddi ante su soltura y a pesar de su gracioso acento.

—Cuando terminaron los cuarenta días que nos tuvieron retenidos al llegar, y me libré de la extradición, empecé a aprender el español —contó entre una y otra cucharadita de chocolate—. En un mes ya entendía y me entendían.

—¡Y ahora está aprendiendo euskera! —dijo con orgullo Amara.

—Quiero quedarme aquí para siempre —aseguró mirándola con adoración—. Aquí he encontrado mi casa, un trabajo que me gusta, buenos amigos. Y a la mujer de mi vida.

—Nadie podrá decir nunca que no trabajaste duro para ganártelo —comentó Kaiet—. No sé si yo hubiera sido capaz de pelear y arriesgar tanto.

—¡Seguro que sí! —coincidieron a un tiempo Amara y Maddi como si lo hubieran tenido ensayado. Y todos rompieron a reír.

—Me abrumáis —bromeó, cogiendo entre los dedos la cucharilla y

clavándola en el bizcocho. El corazón de chocolate caliente brotó, derramándose por el plato.

—De un extranjero a otro —le dijo con complicidad Babu—. Son preciosas las mujeres de Bermeo, ¿verdad?

—De un extranjero a otro —repitió con humor—. Son fantásticas.

Las risas regresaron cuando, al preguntar a Babu a qué se dedicaba cuando vivía en Senegal, comenzó diciendo que él tenía un pasado muy negro. Después, ya más serio, contó que fue agricultor, y que vendió todo cuanto tenía para comprar el billete y jugarse la vida por su familia. Que durante años les envió casi todo cuanto ganaba, pero que ya los tenía allí, consigo, y que también ellos se encontraban contentos en Bermeo.

—¿Qué piensa tu gente de que estés saliendo con una mujer que no es de tu misma raza ni practica tu religión? —quiso saber Kaiet, dispuesto a no callarse nada que le creara inquietud.

—Desde hace muchos años yo los mantengo a todos —sonrió satisfecho, mirando de soslayo a Amara—. Nada que yo haga les parecerá nunca mal.

Pasaba de la medianoche cuando abandonaron aquella mesa de mantel blanco que había sido testigo de risas y sonrisas, de miradas, de confidencias y de emociones. Caminaban junto a los jardines y el reloj de flores, hacia el lugar donde había estacionado el coche, cuando Amara aprovechó el momento en el que su novio y Maddi dialogaban concentrados sobre religión. Se acercó a Kaiet, se colgó de su brazo y le instó a que caminara más despacio para ir agrandando la distancia.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó ansiosa—. ¡Por favor dime que te ha caído bien!

Kaiet miró hacia Maddi, seguro de que después ésta le contaría hasta la última palabra de cuanto estuvieran hablando.

—Ya me caía bien antes de conocerlo —reconoció aun presintiendo que ella lo sabía—. Me bastaba con verte a ti para saber que era el hombre que te mereces. Sé que os irá bien.

—También a ti te irá bien con Maddi —dijo demasiado emocionada como para callarse.

Durante unos segundos él observó el largo y rizado cabello dorado que a

la luz de las farolas destacaba sobre el corto y negro de Babucar. Hasta de espaldas se veía ella hermosa.

—Eso es otra historia, hermanita. —La estrechó por los hombros y la acercó contra sí para protegerla del frío—. Además, hoy es la noche de Babu. No le quites protagonismo ahora, o volverá a decir eso de que él se vuelve invisible en la oscuridad en cuanto cierra los ojos y deja de sonreír —bromeó para acallarla.



La primera vez que entró en esa casa lo hizo a oscuras, mientras la devoraba a besos, y lo primero que vio, ya con un poco de luz, fueron los inquietantes ojos del gato. Después, con la cabeza dolorida por el golpe que se había dado al descubrir al animal, se vio sorprendido por las paredes pintadas de colores vivos: morada la habitación, verde el pasillo, amarilla la cocina y naranja el salón.

—¿Te han regalado el muestrario de pinturas? —se le había ocurrido bromear, y Maddi lo desafió a que dijera que no le gustaba.

Y, sí, le gustaba. Después del primer impacto le pareció atrevida, alegre y acogedora como la propia Maddi. La nota cálida la ponían los tejidos de colores de estilo étnico y las flores que adornaban casi todos los rincones. Olía como el invernadero, pero, en medio de tanto aroma dulce, cuando ella se le acercaba seguía colmándolo de olor a mar. A mar, y a sexo que rezumaba ella por cada poro de su piel. Volvió a sentirlo esa madrugada, mientras la miraba dormir. Había sido una noche excitantemente loca, ardiente, agotadora. Entendía que no estuviera ya despierta, como otras mañanas, poniéndose las deportivas para salir a correr o el neopreno para surfear. Se lo había dado todo esa noche, igual que cada una de las noches que pasaban juntos. Y mientras su cuerpo volvía a desecharla, su mente se preguntó cómo no lo había notado antes, cómo había podido mirarla, hablar y reír con ella sin darse cuenta de lo hermosa y absolutamente sensual que era.

Sonreía al pensar que debió de haber estado muy oxidado para no verlo,

para no sentirlo, cuando la notó moverse y emitir un suave gruñido, como un ronroneo. Se incorporó sobre un codo y la besó en los labios con suavidad.

Resultaba tan tentadora la idea de acariciarle la piel, jugando con la ventaja de saber cómo reaccionaría su cuerpo a las diferentes maneras que tenía de tocarla, y hacerlo sin prisa hasta lograr que deseara quedarse entre las sábanas... Pero se contuvo. De hecho, fue el primero en abandonar la cama, atravesar la habitación con los pies descalzos y abrir de par en par el balcón.

Lloviznaba con suavidad, con ese caer dulce que te moja tan sosegadamente que no reparas en que lo está haciendo hasta que no te encuentras empapado hasta los huesos.

—Hace un día perfecto —bromeó sin volverse. Y calculó los segundos que ella tardaría en reaccionar.

Tres. En tres segundos ella terminó de despejarse, se dio cuenta de la hora que era y saltó de la cama murmurando incongruencias para correr hacia la ducha. Kaiet rio, con la puerta del balcón todavía abierta, mirando la lluvia. A veces, en realidad muy pocas, ella era ligeramente predecible, y también eso le gustaba.

Desayunaron con rapidez. Él tan sólo un café bien cargado y negro, a la espera de hacer el verdadero desayuno después, en compañía de Iker. Mientras lo tomaba la miraba a ella comer galletas, alternándolas con sorbos de café, todo ello con prisa. Contempló sus mejillas, unas horas antes arreboladas por la pasión compartida. Recordó las sensaciones; las de aquella noche y las de otros momentos que en unos segundos le llegaron a la mente mientras la apreciaba somnolienta, hermosa, deseable de nuevo...

—Eres preciosa —musitó de pronto, sin pensar—. Eres lo mejor que me ha ocurrido en mucho tiempo.

Maddi se paralizó cuando mordía la última galleta que sujetaba entre los dedos, y sonrió emocionada, con un brillo húmedo en los ojos.

—Tú eres lo mejor que me ha ocurrido en toda mi vida.

Fue un momento inesperado en una mañana muy parecida a cualquiera de las que despertaban juntos. Pero también fue el que llevó a Kaiet a sentirse inexplicablemente dominado. Dominado por algo extraño e irracional que le hizo pronunciar aquella impulsiva declaración que le brotó de dentro, cuando

mirándola a los ojos sintió que se le paraba el mundo. Después de que todo se le pusiera de nuevo en marcha, siguió dominado por la confusión y por el insoportable desasosiego en el que se vio sumido.

La noche siguiente inventó una disculpa para no acompañarla. Durmió en la casa de su padre, en su cuarto. Aunque más que dormir recordó y lloró la muerte de Raquel en aquella maldita y fría mañana en la que ella dejó de respirar, de reír, de soñar... de amar. Y él, que podía seguir haciéndolo todo, lo mínimo que le debía era fidelidad. Porque ya no se trataba de una simple necesidad física que sin duda ella hubiera entendido. Lo que lo mantenía cerca de Maddi estaba comenzando a ser algo más que deseo; un sentimiento más profundo que no se podía permitir, pero del que se sentía irremediabilmente prendido.

CAPÍTULO 19

Se metió en la cama y rebufó con impotencia, extendiendo los brazos a lo largo de la almohada. Había vuelto a hacerlo. Había ido en busca de Maddi y se había arrepentido en el último momento. Esta vez le había ocurrido al llegar al portal, cuando estaba a punto de pulsar el botón en el portero automático. Desde aquel maldito instante en el que entendió que algo en sus sentimientos estaba cambiando, mantenía una lucha continua entre lo que necesitaba hacer con desesperación y lo que creía que era lo correcto. Pero la mayor parte de las noches dejaba que su necesidad y su deseo le ganaran la partida. Lo peor era la certeza de que volvería a pasarle. Volvería a buscarla, volvería a arrepentirse, volvería a pasar con ella noches enteras deseando que no acabaran nunca.

Bufaba de nuevo cuando se abrió la puerta y entró Iker, en pijama y con el cabello revuelto, seguido dócilmente por *Pintxo*.

—¡Hola, cariño! ¿Vienes a dormir conmigo? —preguntó a la vez que se echaba a un lado para dejarle sitio.

El pequeño negó con la cabeza y se subió a la cama, sentándose encima de las mantas con las piernas cruzadas al estilo indio.

—*Aitite* me está contando una historia.

—Eso está bien, pero ya va siendo hora de dormir.

Iker jugueteó con los dedos de sus pies, silencioso y pensativo durante un rato.

—Mañana no tengo clase —dijo al fin—. Dormiré mucho por la mañana. —Miró de reojo a *Pintxo*, y éste ladeó la cabeza esperando algún tipo de orden.

—No te despertaremos, entonces —aseguró Kaiet haciendo esfuerzos por no reír—. Y cuando creas que has dormido suficiente, me avisas y hacemos algo que te guste.

Iker asintió al tiempo que bajaba de la cama.

—¡Ven aquí un poco! —le pidió Kaiet—. Necesito uno de tus abrazos.

Gimió de dolor cuando el niño se dejó caer sobre él de un golpe, y todavía sin respiración lo estrechó contra sí.

—Te estás haciendo grande, campeón —murmuró revolviéndole el pelo—. Vas a tener que empezar a medir tu fuerza si no quieres acabar conmigo.

Iker sonrió, orgulloso, y unos segundos después se despedía para ir a dormir con su abuelo. En ese momento Kaiet descubrió que no tenía celos. O miedo. O esa dolorosa mezcla de las dos cosas que había sentido, a veces, al verlos tan inesperadamente unidos. Tal vez era porque el resquemor hacia su padre comenzaba a debilitarse. Aunque daba igual el motivo. Lo importante era que la cura que había buscado para Iker al volver con él al pueblo parecía estar funcionando también con sus propias heridas.



Esa mañana Kaiet despertó con la misma agridulce sensación con la que se había dormido. Avanzó por el pasillo desperezándose, extendiendo los brazos por encima de la cabeza. Sonreía recordando el modo en el que Iker le había contado que descansaría ese día sin clase, y la prisa con la que lo dejó allí, solo, porque su abuelo le estaba contando una historia.

No había terminado de estirarse cuando Amara entró en la cocina, bostezando con un aire tan somnoliento como el suyo.

—No despertemos a Iker —le pidió con un gracioso gesto cuando ella le dio los buenos días—. Quiere aprovechar su día de fiesta para dormir.

—¡Pobrecito! Estará agotado —opinó mientras ponía en marcha la cafetera.

—O tenía ganas de hacerse el interesante —rio al pensar en la seriedad con la que le comunicó sus planes.

—¿Y *Pintxo*? —preguntó extrañada de que no estuviera allí, como cada mañana—. ¿Otro que quiere aprovechar el día para dormir?

Kaiet reparó en la ausencia del perro, y señaló con la cabeza la habitación de su padre, al fondo del pasillo.

El rostro de Amara perdió el poco color que habitualmente tenía.

—No hay nadie ahí —dijo apretando los labios, nerviosa—. Lo acabo de ver.

Kaiet salió de la cocina con prisa, sin que de pronto le preocupara que el golpear de sus pasos en la madera despertara a su hijo. Se detuvo ante la puerta, respirando hondo antes de empujar. Y las palabras de Amara se le convirtieron en angustiada realidad en cuanto descubrió la cama vacía.

—He oído levantarse a *aita*, antes de la madrugada —contó su hermana desde el pasillo, en voz baja—, como siempre que sale a pescar.

Kaiet trató de desahogar su rabia golpeando la puerta con el puño cerrado.

—¿Cómo se ha atrevido?! —preguntó como si ella fuera la culpable—. Le dejé bien claro que no quería que lo llevara al mar.

—Seguro que lo trae pronto, como la otra vez.

—¡Eso no lo disculpa! —gritó con impotencia—. Pero no sé por qué me extraño. ¡Ése es tu padre! —dijo señalándola con el dedo—. El que hace lo que le da la santa gana cada vez que quiere. El que no tiene en cuenta lo que queremos y necesitamos los demás. El que se toma derechos que no le corresponden. ¡Ése es el padre al que defiendes, y no el que llora por las esquinas para provocar pena!

—No hables así de él.

—No hablaré de él de ninguna manera, Amara —aseguró en voz más baja—. Si tenía alguna duda sobre si lo había tratado de modo injusto, te juro que con lo de hoy ya no me queda ninguna.

Agarró la parka con rabia y salió de casa sin atender las súplicas ni las protestas de su hermana.

Pasó la mañana en el muelle, esperando.

Si las horas se le hicieron largas la primera vez, éstas fueron eternas y mortales. El día era gris y espeso, y el mar estaba envalentonado por un fuerte viento del noroeste. Nada que un experimentado pescador no pudiera

controlarlo, pero su padre, más que experimentado estaba viejo y cansado, y si la mar empeoraba le costaría gobernar la barca a la vez que cuidaba de un asustado niño y su perro.

A mediodía todavía seguía allí, desgastando los adoquines del puerto con repetidos y enérgicos paseos de un lado a otro mientras el miedo le iba royendo las entrañas.

—Si no han llegado para esta hora ya no lo harán hasta la recogida.

Las inesperadas palabras de Amara, a su espalda, terminaron de desmoralizarle. Eran las doce del mediodía, y lo que ella llamaba hora de recogida podían ser las cuatro, las cinco o incluso las seis de la tarde.

Se volvió a mirarla y la encontró pálida y con los ojos enrojecidos por las lágrimas.

—Tú no tienes la culpa de esto, hermanita. Perdona si lo he pagado contigo.

—Me preocupa más que lo pagues con *aita*.

Kaiet resopló, girándose hacia el mar y conteniendo las ganas de responder lo que pensaba de él.

—Vuelve a casa, Amara.

—Ven conmigo. Puedes regresar después de comer. La tarde puede ser muy larga cuando se espera.

—Vuelve a casa —repitió sin mirarla. Y tampoco lo hizo cuando la oyó suspirar ni cuando sonaron sus pasos alejándose.

Pero sí recordó sus palabras como un millón de veces.

La tarde no sólo podía ser muy larga cuando se esperaba, como ella había dicho, sino también desesperadamente agónica. Lo comprobó recorriendo nervioso el muelle hasta el final del rompeolas o parándose largamente en el extremo para otear con preocupación la línea del horizonte.

El corazón se le agitaba cada vez que avistaba una embarcación, y la angustia volvía a consumirlo cuando se acercaba lo bastante como para comprobar que no era la que necesitaba ver.

Eran las seis de la tarde cuando avistó el fueraborda y, en el centro, distinguió a su hijo, que parecía jugar con el perro. Entonces, toda la angustia acumulada durante once largas horas se convirtió en alivio y toda la tensión

en rabia.

No aguardó a verlos entrar en el puerto. Desanduvo el espigón con pasos largos y enérgicos, casi furiosos, y descendió a la dársena sabiendo ya el lugar exacto en el que amarrarían.

Mientras el barco realizaba despacio la maniobra de atraque, se fijó en sus caras. La de su hijo mostraba tensa inquietud. La de su padre no reflejaba ninguna emoción ni gesto que él pudiera descifrar, pero le mantenía la mirada cuando no lanzaba fugaces vistazos a Iker.

No quiso dar tiempo a que el pequeño reaccionara. Con un pie en el pantalán y el otro en el borde del barco, le advirtió que no quería gritos esta vez, y sólo cuando creyó que lo había entendido lo sujetó por los brazos y lo sacó de la cubierta.

—¡No grites a mi *aitite*! —vociferó de pronto, aún en el aire.

—Espérame en casa —ordenó Kaiet tras dejarlo en el suelo.

—¡No quiero que le chilles!

—No empeores más las cosas y haz lo que te digo —le advirtió en voz baja, tensando la mandíbula.

El pequeño lo miró con expresión de odio antes de girarse y abandonar malhumorado el pantalán.

—¿Esto es lo que querías conseguir? —reprochó a su padre sin que le importaran los interesados testigos que los observaban desde la barandilla del puerto—. ¿Desautorizarme ante mi hijo y que me odiara?

Gabino lanzó el cabo a la pasarela de madera y desembarcó en silencio.

—Pues lo has conseguido —siguió diciendo Kaiet mientras lo veía amarrar la cuerda a la pequeña bita—. Una vez más, has demostrado que tú mandas, que tú organizas nuestras vidas, y que para estar a salvo de ti sólo nos queda irnos lejos, lo más lejos posible.

El viejo Gabino se incorporó, muy despacio, como si le costara enderezar los huesos o dispusiera de todo el tiempo del mundo. Él sabía que era por ambas cosas.

—Lo siento, hijo —se disculpó cuando estuvo de frente—. No era mi intención provocar esto.

—¿Que no era tu intención provocar esto? —rio mordaz—. Te dije que

no quería que lo llevaras de pesca; se lo advertí también a él. ¿Y ahora tú lo incitas a desobedecerme y dices que no pretendías provocar esto? ¿Qué era entonces lo que querías hacer?

No obtuvo respuesta. Gabino le dio la espalda y descendió de nuevo a la *txalupa*, donde se puso a ordenar los aparejos y a acomodar el pescado en la cesta.

Kaiet siguió increpándolo, deseoso de que le respondiera con fiereza, que le diera una justificación para poder gritarle todo lo que le quemaba dentro. Cuando entendió la rotunda intención de su padre a no contestar, desahogó su rabia golpeando el casco del barco con la puntera del pie antes de marcharse.



—¿Dónde está? —preguntó a Amara, nada más entrar en casa como un ciclón gélido.

Ella se cruzó de brazos y lo miró con gesto de enojo.

—Deberías dejarle hablar antes de gritarle, porque...

No terminó de decirlo. Iker apareció en la cocina como una exhalación, igual que si lo hubiera estado esperando con ansiosa impaciencia.

—¿Le has gritado a mi *aitite*? —Su voz y su gesto sonaban a desafío.

La rabia de Kaiet se aplacó al ver su mirada de rencor, igual a la que le había dirigido en el muelle. Sólo en otra ocasión lo miró con ese ácido reproche, aunque aquella vez la frustración la lanzaba contra él pero le nacía de sí mismo, de su propia impotencia por haber elegido ir con él en la furgoneta en lugar de hacerlo con su madre en el coche. Por alguna absurda razón creía que nada hubiera ocurrido si hubiera viajado con ella. Le costó hacerle entender que su presencia en el auto no hubiera evitado el accidente, y que también él se hubiera muerto de pena si los hubiera perdido a los dos aquella mañana.

Tragó saliva, dolorosamente consciente del miedo que a veces seguía teniendo a perderlo.

—Él sabía que no debía llevarte al mar, cariño —dijo con suavidad.

—¡No quería llevarme sin tu permiso!

—Pero lo hizo.

—Yo le engañé porque sabía que no ibas a dejarme ir con él.

La tráquea se le cerró de pronto a Kaiet, y a la vez que tragaba con dificultad le reaparecía la severidad en el rostro.

—¿Qué quieres decir?

—Ayer, cuando estábamos hablando, te oímos llegar y fui a tu cuarto a preguntarte si podía ir y a decirte que si me dejabas, volveríamos a la hora que tú dijeras.

Kaiet sintió que se quedaba sin aire mientras lo recordaba sentado en la cama, indeciso y extraño. Y entonces entendió que las miradas que su padre lanzaba al pequeño, mientras se arrimaban a la dársena, eran silenciosas recriminaciones porque le hubiera mentido.

¿Por qué no se defendió? Dos palabras le hubieran bastado para hacerlo. Y, sin embargo, prefirió soportar sus reproches para proteger a su nieto.

—Cariño... —avanzó hacia él, pero Iker retrocedió, con los labios y los puños de nuevo apretados. Se agachó para colocarse a su altura y mirarlo de frente a los ojos—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¡Porque no me ibas a dejar y yo quería ir! —gritó enfadado.

—Las cosas no se consiguen engañando, y lo sabes.

Los ojos de Iker se llenaron de lágrimas de arrepentimiento, pero siguió mostrando su enfado a través de la fuerza con la que comprimía los puños y en el tono de su voz.

—¿Me habrías dejado?

—Es posible que no —respondió con sinceridad—. Pero lo hubiéramos hablado. Tú me habrías dado tus motivos para ir y yo los míos para que no lo hicieras. Probablemente habríamos llegado a un acuerdo.

—¡De no ir! —acusó arisco.

—No lo sé. No sé qué razones me hubieras planteado para convencerme. El caso es que las cosas se arreglan hablando, cariño.

—¡Tú no hablas con *aitite*! —acusó con resquemor, y salió hacia su cuarto.

Pintxo fue detrás, lento y silencioso, como contagiado por el desánimo

reinante mientras Kaiet seguía inmóvil, en cuclillas, mirando el espacio vacío que había dejado la marcha de su hijo. Soltó el aire al sentir la presión de la mano de Amara en su hombro.

—Se le pasará —dijo con su voz más dulce y afectuosa—. Lo mismo que a ti. —Kaiet la miró agradecido por su comprensión—. Pero debes una disculpa, y no hace falta que te diga a quién.

CAPÍTULO 20

—¡Me siento fatal! —exclamó desanimado Kaiet, dejando caer la cabeza en el respaldo del sofá grande del salón de Maddi.

Tumbada a su lado y apoyada la nuca en sus piernas, ella le rozaba las manos con la yema de los dedos, una vez tras otra, mientras él le daba sin pretenderlo una razón para la última de sus ausencias. Se lo preguntó la primera vez que no apareció. Le preguntó por qué no había ido esa noche a verla. Cualquier excusa le hubiera servido, pues él no tenía ninguna obligación de cenar con ella y menos aún de quedarse hasta la mañana siguiente. Además, aunque a veces no podía evitar hacerse ilusiones absurdas, no era tan tonta como para creer que iba a ser tan sencillo como de pronto le pareció aquella mañana, cuando tras oírlo llegó a pensar que tal vez él se estaba enamorando. Pero poco le duró la esperanza. Tan sólo unas horas, hasta que llegó la noche y, cansada de esperarlo con la cena en la mesa, se acostó sola y llamándose ingenua. Por eso no volvió a hacerle más preguntas que sólo hubieran servido para obligarlo a inventarse otra disculpa absurda. Porque sospechaba, por la extraña manera en la que lo veía comportarse, que probablemente estaba buscando su espacio. Y, mientras lo encontraba, ella volvía a ser la de siempre, la que simplemente disfrutaba de cada momento que estaban juntos, sin preocuparse de cómo se sentiría cuando llegara el inevitable final.

—¡Si al menos se hubiera defendido o me hubiera acusado de injusto o... o lo que fuera! —se lamentó él por enésima vez—. Pero se quedó callado, dejándome soltar toda mi rabia. Había gente allí, Maddi, mirándonos, y dejó que lo humillara delante de todos.

Ella suspiró, alzando los párpados para mirarlo.

—Tú hubieras hecho lo mismo.

—¿Por él? —preguntó arrugando el ceño.

—Por Iker. Tú hubieras aguantado lo que fuera con tal de protegerlo.

—No estés tan segura. No me gusta que mienta.

—Le hubieras reprendido a solas, como imagino que habrá hecho tu *aita*.

Pero hubieras aguantado cualquier cosa por él. Os parecéis demasiado ese viejo gruñón y tú.

—¡No fastidies! Somos como la noche y el día.

Ella se enderezó, arrodillándose a su lado, y se acercó hasta casi rozarle la nariz con la suya.

—No tienes ni idea. —Sonrió bravacona—. El otro día lo hablaba con mi *ama*. Le enumeré todas las cosas en las que os parecéis, y te aseguro que son muchas.

—¿Has hablado de mí con tu *ama*? —consultó incrédulo.

—Ella fue quien sacó el tema. Quería que le contara cosas del hijo de Gabino Aguirre. —Rio antes de continuar—. Le gustaría verte.

Kaiet ladeó la cabeza y se pasó las manos por el pelo, incómodo.

—También a mí me gustaría pero... no sé si esto que tenemos tú y yo...

—¡Cobardica! —lo acusó con comicidad—. Sabes que ella siempre te apreció mucho. Y su deseo no tiene nada que ver con las ganas que todos tienen de saber de ti. Porque imagino que sabes que eres la comidilla del pueblo, ¿no?

—Me trae sin cuidado lo que digan.

Ella se alegró de que los chismes no lo afectaran. Eso era lo que había esperado de él, además de otras cosas imposibles.

—¿Y si también hablaran de mí por estar contigo? —preguntó con ansiosa necesidad de saberlo. La sombra que vio cruzar por sus ojos fue la respuesta.

—Eso sí me molestaría —reconoció con preocupación—. No quiero perjudicarte, Maddi.

—¡Ni yo a ti, *gixajo*! —exclamó lanzándose a hacerle cosquillas mientras le mordía y le besaba los labios.

Y en un instante se les llenaron las bocas de risas. Se revolvieron por el sofá atacando, defendiéndose, pidiendo clemencia y riendo. Y poco a poco los juegos fueron convirtiéndose en caricias, las risas en silencios, los gritos de «me rindo» en jadeos.



Eligió para disculparse un momento en el que los encontró juntos. Creía necesario que Iker entendiera que, cuando alguien se equivocaba, debía pedir perdón sin importar la edad que tuviera. El pequeño ya se había excusado por su mentira. Ahora le tocaba a él. Aunque tenía también otra razón para querer que su hijo estuviera presente, y era no dejar que su padre tocara ningún otro tema que, sin duda, acabaría en otro enfrentamiento.

Los miró durante un rato, parado junto a la puerta abierta del salón mientras Amara trasteaba ya en la cocina. Su hijo estaba sentado en las rodillas de su padre, leyéndole con su suave voz de niño uno de los últimos tebeos que le había comprado. Recordaba haber vivido escenas parecidas, pero con su madre. Cuando ella, sentada en el saloncito de la costura, leía cuentos a su hermana y a él antes de enviarlos a dormir. Estaban solos, una noche tras otra, pero siempre como una pequeña piña, sintiéndose arropados los unos con los otros. Tuvieron que pasar muchos años para que comprendiera que, tal vez, su madre sí que se sentía sola esperando siempre el regreso de su padre.

Inspiró hondo para deshacerse de la nostalgia que aparecía con cada recuerdo para encajarle un doloroso nudo en la garganta.

—Quiero disculparme. —Su padre se volvió llevando la emoción en los ojos.

—Fue un malentendido.

Vio que Iker lo miraba, inmóvil, expectante, pendiente de cada una de sus palabras y de sus gestos.

—Eso no me justifica —opinó con firmeza—. Debí preguntar antes de... de soltar todo aquello que dije. Si lo hubiera hecho no te habría ofendido y no

tendría que pedirte perdón.

—Ya está olvidado, hijo —insistió con semblante serio y mirada tranquila.

Kaiet asintió con la cabeza, dando las gracias sin pronunciarlas.

—Bien... —dijo, incómodo, deseando terminar y sin saber cómo hacerlo—. Eso era todo.

Iker debió notar la tensión, o tal vez tenía bien presente que todo aquel lío lo había provocado con su mentira. Y él agradeció que tuviera ese incómodo sentimiento, porque de otro modo tal vez le hubiera dicho algo que le hubiera obligado a permanecer más tiempo allí.

Salió tan aliviado como necesitado de aire, y fue hacia la cocina a por la correa de *Pintxo*.

—No ha sido tan difícil, ¿verdad? —preguntó Amara mientras cortaba en rodajas varios tomates.

Él le respondió con una sencilla sonrisa a la vez que terminaba de ponerse la parka y el perro aparecía, agitando enérgicamente la cola.

CAPÍTULO 21

—Tengo un plan al que no podrás resistirte —le dijo Maddi, con una emocionada sonrisa.

La noche era una de esas perfectas que no querías que acabaran nunca, con una brillante luna llena dominando un cielo sembrado de titilantes estrellas. Y con frío. Un frío que los llevó a andar abrazados tras el vaho blanquecino que iban formando en el aire con sus respiraciones. Caminaban hacia la casa de Maddi, con tan poca prisa por llegar, que hasta se habían parado bajo los arcos del antiguo claustro de San Francisco para besarse. Aunque en realidad fue ella quien se detuvo, ella quien se lo llevó riendo y ella quien lo besó con las ganas que se le habían ido avivando mientras lo veía hablar y sonreír en la floristería. Estaba contento porque había entregado a Ander el diseño de la librería y éste se quedó fascinado. Ella lo estaba, simplemente, porque él había ido a contárselo.

Maddi le explicó que le habían hablado de una exposición, en una céntrica sala de Bilbao, de fotografías, maquetas e incluso planos originales de famosas construcciones que habían revolucionado el mundo de la arquitectura. Añadió que se había enterado ahora que estaba a punto de clausurarse, pero que todavía disponían de dos días para visitarla.

—¡Fantástico! —Se le iluminó la cara—. Ése sí que es un buen plan. Gracias por pensar en mí —dijo con cariño, sabiendo que la arquitectura no estaba entre las cosas que a ella le apasionaban.

Vio que se le adelantaba de pronto, deteniéndose ante él con una radiante sonrisa.

—¿Y si te digo que eso no es todo? —preguntó con misterio—. El plan

puede comenzar mañana y no terminar hasta el domingo. —Le gustó el brillo que de pronto le surgió a él en los ojos, y continuó—: Al lado de la sala de exposiciones hay un restaurante precioso en el que podemos cenar, compartir una botella de buen vino y después pasar la noche en un hotel. He mirado uno, frente al Guggenheim, que es como un sueño. —Lo tomó por las solapas y lo arrimó a su rostro para susurrarle—: ¿Qué opinas, *gixajo*?

—¿Sobre encerrarnos tú y yo en una habitación de hotel? —Sonrió seductor—. ¿Dónde hay que firmar?

—Tal vez en el libro de visitas, cuando nos hagamos famosos por ser los primeros que pasen por recepción al llegar, y sin haber abandonado la cama vuelvan a pasar para despedirse.

Kaiet reía abiertamente cuando se inclinó para besarla en la boca. El plan era perfecto; arquitectura y noche interminable de sexo con la mujer más sensual y fascinante que conocía. La mujer con la que iba a gozar también esa noche.

Se apartó ligeramente y la miró a los ojos. Le gustaba el brillo que les daba la noche, cálido y sensual, tierno y acogedor. Unos ojos en los que cualquier hombre desearía poder mirarse siempre.

En aquel instante hubiera podido decirle lo feliz que se sentía, pero calló como el miserable que en apenas unas décimas de segundo acabó convertido. No pudo evitarlo. Le había comenzado de nuevo en las entrañas, como un fuego repentino que lo devoraba todo a medida que avanzaba hacia el cerebro para alterarle los pensamientos.

Maldijo aquella razón que aparecía en los instantes más inesperados.

Apoyó la frente en la suya, bajando y comprimiendo los párpados. Y, cuando la presión comenzaba a dejarlo sin aire, repentinamente recordó a Iker y sus entusiastas planes para el día siguiente.

—Lo siento, Maddi —se apartó, evitando mirarla de frente—. Acabo de recordar que he prometido a Iker que mañana lo llevaría a visitar animales salvajes a Basondo.

Hundió las manos en los bolsillos de la parka, y ella, cuando fue a abrazarlo por la cintura para que él volviera a hacer lo mismo con la suya, sólo pudo colgarse de su brazo mientras juntos reiniciaban el paseo.

—No lo sientas —dijo, sincera, más contenta por él que triste por su propia decepción—. Yo me alegro por ti. Esto es lo que querías, ¿no? Que Iker deseara pasar más tiempo contigo. Estoy segura de que prefieres mil veces una excursión con él a todas las exposiciones de arquitectura del mundo.

Kaiet asintió con un gesto, sintiéndose infame ante tanta comprensión y ternura.

—Está loco por ir. Sus compañeros del colegio fueron en grupo, el año pasado, y le han contado muchas cosas que quiere comprobar por sí mismo.

—Conozco ese lugar. Está en plena reserva de Urdaibai, y es un centro de recuperación de animales salvajes. Los que no tienen ni una mínima posibilidad de sobrevivir en libertad se quedan a vivir en él para siempre —le contó ciñéndose con más fuerza a su brazo—. Es algo muy bonito, porque a la vez que los cuidan hacen una gran labor de sensibilización, enseñando a los niños el respeto por los animales.

Recordó haberlo visto cuando estacionó el coche, de camino al bosque animado de Oma, y no haber dicho nada a su hijo porque creyó que era un zoo. Y él odiaba esos sitios en los que encerraban animales tan sólo para satisfacer el placer de contemplarlos.

—Parece que lo conoces bien. Yo ni siquiera recuerdo que estuviera ahí cuando me marché.

—Entonces no pensábamos en estas cosas —justificó animada—. El veterinario, Xabier Maiztegi, recogía, en su caserío de Garai, todo tipo de animales heridos, enfermos, abandonados, decomisados... Al final terminó convirtiéndolo en el centro de recuperación que es hoy. Y lo conozco porque he trabajado como voluntaria en algunas ocasiones —le contó mientras él seguía con las manos en los bolsillos y la mirada al frente—. Toda la ayuda que reciben es poca.

Le agradó lo que le contaba, pero dejó que las preguntas se le amontonaran en la mente. Se sentía mal, y el que ella hubiera reaccionado tan positivamente, y hasta con entusiasmo, no ayudaba a que su sensación mejorara.

Se quedó inmóvil mientras ella abría el portal, mirando incómodo hacia

uno y otro lado. No habían hablado de que dormirían juntos esa noche, pero desde que salieron abrazados del invernadero fue evidente que lo harían. Además, los besos que ella le había dado al abrigo del arco de piedra y a los que él había correspondido con placer, no dejaron lugar a dudas. Pero las ganas se le habían esfumado de golpe.

Y de nuevo le sorprendió la reacción de Maddi, cuando se volvió hacia él, sujetando la puerta abierta y lo vio indeciso. A ella le parecía lógico que pasara la noche en casa, haciendo planes con su hijo para la aventura del día siguiente.

—Buenas noches, Kaiet —se despidió, entristecida a pesar de entenderlo—. Disfruta mañana con Iker.

—Lo haremos —aseguró desconcertado.

Estaba a punto de marcharse sin decir nada más, pero la miró a los ojos y ya no pudo hacerlo. Ella no era la responsable de los contrasentidos con los que él se complicaba la vida. Por eso se le acercó despacio, le dio un cálido y lento beso en los labios y le deseó, con un susurro, que durmiera bien esa noche.



Se sentía contenta. Había hecho su carrera a Mundaka más despacio que otras veces, disfrutando del despertar de un día frío, pero soleado y seco, perfecto para visitar Basondo. Y no había podido evitar imaginar a Kaiet viviendo la emoción de su hijo al ver a los bisontes, los gamos o los lobos.

Ahora, dos horas después, y mientras preparaba el desayuno de *Miki*, seguía pensando en ellos y en el refugio, segura de que iban a disfrutar con aquellos sesenta mil metros de prados y bosques que eran pura magia. Guardaba muy buenos recuerdos, tanto del lugar y de los animales como de las personas que allí trabajaban desinteresadamente. Sin duda fue una experiencia enriquecedora que, pensaba ahora, debía retomar aunque sólo fuera durante algunas horas de los fines de semana.

Miki saltó con agilidad a la encimera, reclamándole con maullidos su

desayuno.

—¡Ya va, impaciente!

Le pasó la mano a lo largo del lomo para compensarlo por la espera, y dejó el cuenco en el suelo. Se quedó acuclillada, viéndolo comer. Su pelaje, gris y con hileras de manchas oscuras, le recordaba al de las ginetas que vivían en el refugio. La hembra llegó cuando ella estaba prestando el voluntariado. La policía se la había incautado a alguien que la tenía enjaulada. Al parecer, la había cogido de cría, y el animal había perdido, no sólo la libertad, sino también el instinto de supervivencia. Todavía recordaba el momento en el que se la presentó su cuidador, animándola a que la acariciara, y la sensación abrumadora que la recorrió al internar los dedos por su suave pelaje. Sabía que él continuaba allí, ofreciendo su tiempo al completo desde que se había jubilado.

Y, mientras todas aquellas remembranzas la hacían sonreír, decidió que acompañaría en esa visita a Kaiet y al pequeño.

Aparcó la furgoneta en la zona de visitantes, junto a un autobús del que en ese momento descendía un numeroso grupo de niños. No era demasiado habitual que los sábados recibieran visitas de colegios, pero aun así pocas veces faltaba alguno.

Nada más traspasar la barrera abierta, vio a Iker, interesado bajo la escultura, creada por Agustín Ibarrola con largos cilindros de madera, que representa un tótem atravesado por el arco iris que ejerce su protección sobre el refugio y los animales allí acogidos.

Se sorprendió ante la amplia sonrisa que iluminó la carita del pequeño en cuanto la vio aparecer, pero, lo que le llegó directamente al alma, fue verlo correr a su encuentro y, apenas se agachó para saludarlo desde su altura, recibir su fuerte beso en la mejilla. No lo había conocido antes del accidente; no sabía bien cómo era, pero tenía claro que en ese momento estaba ante un niño emocionado y rebosante de alegría, lo que significaba que los ojos de su padre debían estar más brillantes y felices que nunca. Y, mientras respondía a la batería de preguntas que Iker le hizo sobre qué hacía allí y a quién buscaba, se levantó tratando de localizarlo. Pero la sonrisa que ella misma llevaba en los labios, preparada para sorprenderlo, desapareció en cuanto se encontró

con los serenos ojos grises de Gabino que, parado bajo el tótem de colores y con un par de entradas y un folleto en las manos, los observaba a los dos con atención, pero en especial a ella.

No necesitó seguir mirando. Estaba segura de que no estaba allí; que en ningún momento había existido la posibilidad de que estuviera. Recordó sus palabras del día anterior, y un sentimiento amargo la quemó por dentro, convirtiendo las excusas que él le había dado, para todas sus ausencias, en mentiras.

Contó a Iker que ella había trabajado allí, en algunas ocasiones, en labores tan sencillas como limpiar los lugares donde dormían los animales o darles de comer. Les presentó a Tomás para que los guiara por el refugio y les enseñara incluso algunas secciones no abiertas al público. El simpático anciano, que entre todos sus quehaceres tenía el de ocuparse personalmente de las ginetas, desde el primer momento recibió con agrado el montón de preguntas que Iker le hizo sobre lo que más le urgía ver, como los bisontes, de los que pensaba que eran como los que salían en las películas de vaqueros. Y mientras él le explicaba las sutiles diferencias entre el bisonte americano y el europeo, Gabino, que ni un segundo había dejado de observarla, le habló sin permitirse ningún preámbulo, como si tan sólo con mirarla le hubiera leído la mente. Aunque tampoco era difícil, ya que estaba segura de que llevaba escrita la desilusión en los ojos.

—¿Decepcionada? —preguntó con afecto.

Ella se colocó nerviosa un ensortijado mechón tras la oreja y dejó escapar un hondo pero casi imperceptible suspiro antes de encontrar fuerzas para responderle.

—No tanto como dolida —dijo contemplando a Iker abrir la boca, emocionado por lo que el cuidador le contaba.

—Nada en esta vida es fácil —aseguró con pesar—, pero también es cierto que todo es más sencillo de lo que creemos. —Por primera vez reparó en que ambos querían y sufrían por la misma persona—. Es un poco cabezota y difícil de llevar, a veces, pero un gran hombre.

—Lo sé muy bien, pero a menudo no basta con eso. —Miró alrededor, deseando marcharse de allí cuanto antes. Desaparecer, tal vez incluso de la

faz de la tierra.

—Si te dijera que me gustaría que esto funcionara, sabrías que no estaría mintiendo. Te tengo mucho cariño, hija. —Le presionó suavemente la mano con la suya—. Por eso, pase lo que pase, nada cambiará. Aunque sigo teniendo la esperanza de que el que cambie sea otro.

La gracia con la que lo dijo consiguió que ella esbozara media sonrisa, y antes de que ninguno pudiera volver a hablar se les acercó Iker, impaciente por comenzar el recorrido.

—¡Vámonos ya, *aitite!*

Maddi se agachó para darle un beso en la mejilla.

—Pasadlo muy bien. —Antes de ponerse en pie de nuevo, le soltó el botón superior de la parka, que casi lo ahogaba, y el pequeño sonrió agradecido.

—¿No vienes con nosotros? —preguntó alzando las cejas, como si no pudiera creer que quisiera perderse tan fabulosa aventura.

—No, campeón; ella tiene cosas que hacer —advirtió Gabino, y tras mirarla con sus serenos ojos grises, le dio un tierno abrazo de despedida del que se resistió durante unos segundos a soltarla.

Aún sentía el calor de aquel cariñoso apretón cuando, unos minutos después, montó en su furgoneta y se quedó mirando al frente; al intenso verdor que cubría los bosques y el valle, rota por dentro y sin fuerzas siquiera para moverse, repasando con impotencia las excusas con las que él fue rechazando cada cosa especial que ella quiso que hicieran juntos.

Gabino ya no pudo olvidarla durante todo el día. Era incuestionable que siempre había sentido por ella un gran afecto, pero, desde que sabía que andaba con su hijo, ese cariño no había hecho otra cosa sino aumentar a pasos de gigante.

Llegaron a casa, cansados y contentos, casi a la hora de la cena. Y al encontrarlo poniendo la mesa y hablando con Amara, sintió ganas de reprocharle su injustificable comportamiento con Maddi. Pero si no se hablaban para unas cosas, no se hablaban para ninguna, pensó mientras Iker respondía a un chaparrón de preguntas sobre cómo lo había pasado y qué animales había visto.

No pudo resistirse por mucho tiempo, y aprovechando que su nieto seguía junto a su padre, contándole la emocionante aventura, le hizo una discreta señal para que dijera lo que entre los dos habían acordado. El pequeño lo captó al instante.

—¿Y tú dónde has estado en todo el día? —preguntó orgulloso de cumplir con la misión secreta encomendada por su *aitite*, pero con muy poco interés en la respuesta.

—He paseado a *Pintxo* y he estado en casa, haciendo algunos diseños y...

—¡Vale! —dijo Iker, aburrido de la larga explicación, y salió en dirección al cuarto, a cambiarse de ropa para la cena.

Amara y Kaiet rieron por la indiferencia que mostró a lo que con tanto interés había preguntado. Pero sus risas callaron de golpe ante la inesperada voz de Gabino.

—No sé si puedo decirte algo, pero te lo diré de todas formas —advirtió con seriedad a su hijo—. No estás haciendo bien las cosas.

Kaiet frunció el ceño, como preguntándole a qué se refería. Pero Gabino ya había soltado lo que llevaba todo el día calentándole la cabeza, y salió de la cocina, dejando a sus dos hijos mirándose desconcertados.



Maddi revolvió con la cucharilla las pastas hasta encontrar la última con el centro relleno de mermelada roja. No recordaba cuántas había comido, callada la mayor parte del tiempo. Se sentía mal por la mentira en la que había descubierto a Kaiet. Lo entendía. Entendía sus dudas, su confusión. Entendía que a veces necesitara estar solo. Lo entendía, pero le dolía y le molestaba el modo en el que la había engañado, aunque a ratos creyera que tan sólo lo había hecho para no provocarle más daño del inevitable.

—Cuando lo mejor que puedes hacer una tarde de domingo es estar con una vieja cargante inflándote a galletas, es que algo no anda bien, cariño —dijo de pronto su madre.

—Tú no eres una vieja cargante —aseguró sonriendo y tomándole la

mano—. Y todo está bien.

Edurne dio un sorbo a su café, mirando, a través del cristal de la ventana, a los niños que alborotaban en el viejo quiosco.

—¿Cómo sigue el chico de Gabino? —preguntó como por casualidad.

—Acostumbrándose a su nueva vida.

—¿A su nueva vida en el pueblo o a su nueva vida sin su mujer?

Maddi sonrió a la vez que, a falta de sus pastas favoritas, mordía una de coco. Sin duda su madre sabía de lo que hablaba.

—A las dos cosas.

La vio alisarse la falda con lentitud, pensativa, hasta que la oyó suspirar.

—El amor nunca es fácil, cariño, sobre todo cuando afecta a más de dos personas —opinó mirándola con ternura.

Seguía sabiendo de lo que hablaba. Sólo le faltó decirle otra de las cosas que ella sabía. Y era que la dificultad era aún mayor cuando quien está en medio es alguien con quien jamás podría nadie medirse.

—Hay dificultades a las que merece la pena enfrentarse, *ama*. Aunque sepas que terminarán haciéndote daño.

Edurne alargó el brazo para acariciar con suavidad uno de los rizos que le rozaban a su hija la frente, recordando las veces que en el pasado la encontró estirándolos ante el espejo para hacerlos desaparecer, pues decía que las niñas con pelo tieso eran más guapas.

—Nadie sabrá nunca lo que te conviene mejor que tú misma, mi vida. Tengo la sensación de que siempre lo has sabido.

—Gracias, *ama* —dijo emocionada.

—Pero nunca olvides que soy buen paño de lágrimas. Y también una caja llena de consejos que al menos te harían reír si decidieras no seguirlos, cosa que por otra parte entendería —añadió con buen humor.

—No lo olvidaré.

—¡Y tampoco olvides que quiero ver a ese chico! Tengo que comprobar por mí misma si se parece o no a su padre.

Se parecía a su padre, estaba segura, como también que tenía la dulzura que recordaba que tuvo su madre. Pero no se lo dijo. Lo pensó después, ya de noche, mientras caminaba en silencio hacia casa, preguntándose cómo pudo

creer, durante años, que sólo era un hermoso y a la vez triste recuerdo. Debía haber algo de cierto en eso de que los amores, cuando eran de verdad, no morían nunca, y mucha mentira en eso otro de que la distancia era el olvido.

Se sobresaltó al llegar al portal y se llevó ambas manos al pecho. Él estaba allí, apoyado en el ángulo formado por la puerta de madera y la hilera de botones de llamada, mirándola con una sonrisa tímida. Tal vez, de no haber descubierto su mentira, no hubiera entendido el porqué de su ternura. Pero lo sabía, por eso vio una mezcla de arrepentimiento y vergüenza con incontrolable deseo. Y no tenía dudas de que era ese último el que lo había arrastrado hasta allí.

—¿Qué tal lo pasasteis en Basondo?

Él tragó, nervioso, recorriéndole con la mirada el rostro y deteniéndose en los labios.

—Muy bien. —Y al instante la envolvió entre sus brazos y la besó con pasión en la boca—. Pero te he echado de menos —susurró.

Y en eso sí que lo creyó, porque había cosas imposibles de fingir, como la desesperación con la que los dos se deseaban aquella noche.



En cuanto lo vio salir entre la algarabía de niños cargados con sus mochilas llenas de libros, pensó que le había ocurrido algo importante. Lo creyó por su expresión sonriente y por la prisa, mayor que la de otras tardes, que se dio por llegar hasta él y *Pintxo*. Lo primero que le pasó por la cabeza fue que la niña que le gustaba le habría mostrado algún interés. Pero no. Fue algo mucho más simple lo que lo tenía emocionado: había hecho un dibujo que quería poner en la pared de la habitación que compartían.

Se lo mostró en cuanto llegaron al parque grande, después de haber comido el bocadillo por el camino y de haberse limpiado las manos con extremo cuidado para no estropearlo. De pie, ante el banco en el que estaba sentado su padre y en el que reposaba su mochila, descorrió la cremallera con lentitud, asegurándose de no enganchar ningún extremo de la hoja. Kaiet tuvo

que disimular la gracia que le hacía verlo tan cuidadoso como un experto manipulando un vetusto y delicado pergamino.

Lo primero que alcanzó a distinguir fue el color azul que llenaba todo el papel. Luego, cuando el emocionado Iker se lo extendió ante los ojos, advirtió que se trataba del mar, y que un buen número de medios círculos pintados en azul y blanco formaban una gigantesca ola, y, en lo que parecía su rompiente, había una línea amarilla y un punto negro al que le sobresalían algo parecido a cuatro patas. No había ni un solo milímetro de papel que no estuviera cubierto de pintura.

—¡Es precioso, cariño! Te habrá costado mucho hacerlo.

—Es un niño haciendo surf —explicó al no convencerle su expresión.

Y de pronto la visión de Kaiet cambió.

—Se entiende muy bien, campeón. —Esta vez dejó patente su orgullo de padre—. Un niño haciendo surf con una tabla amarilla, como la de Maddi.

Iker se infló de satisfacción, y tras darle unos segundos más para que lo observara, comenzó a enrollar con cuidado su obra de arte.

—¿Puedes decirle que quiero que me cuente cosas de surf?

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó intrigado.

—¡Cosas de surf! —exclamó sorprendido de que no lo entendiera—. Cómo hay que tumbarse en la tabla, dónde hay que poner los pies...

—Para un momento, campeón —lo interrumpió riendo—. Estás hablando de aprender a hacer surf, y ya te dije que nada de meterse en esa agua helada.

Iker, que ya había terminado de enrollar el dibujo, se detuvo cuando lo introducía con cuidado en la mochila, y protestó.

—¡Pero mis amigos me han dicho que se aprende con la tabla en la arena!

—En la arena. —Iker asintió con la cabeza mientras cerraba la cremallera—. Y cuando aprendas cómo se hace, lo siguiente que querrás hacer no será practicar en el agua, ¿verdad? —Volvió a mover la cabeza, esta vez para decir que no—. De acuerdo. Se lo diré a Maddi, pero puede que no quiera...

—Sí querrá —aseguró con una satisfecha sonrisa que le iba de oreja a oreja—. Es muy buena. Nos presentó al señor que cuida a las ginetas.

Una incómoda sensación de alerta se disparó en el interior de Kaiet.

—¿A qué ginetas y qué señor? —preguntó frunciendo el ceño.

—¡Pues a las ginetas! —dijo extendiendo los bracitos y alzando los hombros sin entender qué le pasaba esa tarde a su padre—. ¡Al señor viejo que cuida a las ginetas de Basondo!

Tragó saliva, pero la sequedad y el sabor amargo siguieron acorchándole la boca. No oyó los gritos con los que algunos de los niños llamaron a Iker, pero sí percibió de pronto que se le escapaba.

—¡Espera un poco, campeón! —Lo retuvo sujetándolo por el brazo—. ¿Cuándo os presentó a ese señor?

—Cuando fui con mi *aitite* a ver a los animales. Ella llegó y se marchó.

Siguió refrenándole el afán de reunirse con sus amigos, que no dejaban de llamarlo.

—¿Preguntó por mí?

—Sólo una vez.

Dejó que su hijo se fuera. De nada le hubiera servido conocer más detalles. Porque tan sólo había una cosa que importaba.

Lo sabía. Maddi sabía que se había inventado una disculpa para no pasar el fin de semana con ella. Lo supo desde el primer día. Lo sabía ya cuando, la noche del domingo, fue a buscarla porque no aguantaba más sin verla. Lo sabía, y aun así lo recibió en su casa, en su cama. Sólo ahora entendía por qué le pareció verla triste, apagada, y tan silenciosa como pocas veces había estado.

Apoyó los codos en las rodillas y se cubrió el rostro con las manos. No entendía por qué no le había dicho nada. Ni el más ínfimo reproche. Nada. Le había fallado y no había ocurrido nada.

Notó la naricita fría de *Pintxo* olisqueándole las manos, seguido de un cariñoso lametón. Se incorporó y miró durante unos segundos sus despiertos y nobles ojos marrones.

—¿Qué me está pasando, amigo? —Le acarició con suavidad las orejas.

No se preguntó cómo iba a arreglarlo, porque sencillamente no tenía arreglo.

Por la noche, mientras una vez más caminaba en dirección a sus brazos y a su cama, arrancó en los jardines un pequeño pensamiento violeta. Una menuda flor robada para una florista no parecía mucho. Pero fue lo que su

sentimiento de culpa lo llevó a hacer en ese instante. Porque no era una mentira lo que quería que le perdonara. Quería que ella entendiera la confusión en la que estaba sumido desde que se quedó solo y que lo llevaba a torturarse por el simple hecho de desear compartir sus días con ella.

—Lo siento —le dijo ofreciéndole la pequeña flor en cuanto le abrió la puerta—. Perdóname por lo imbécil que soy muchas veces.

Supo que ella lo entendió. Lo supo por la infinita ternura con la que le sonrió mientras lo miraba a los ojos, por el modo en el que posó sus palmas abiertas en sus mejillas para darle con suavidad un beso. Lo supo por la pasión dulce y desesperada con la que lo amó esa noche. Sin lujuria, con un ardor que más que abrasarle las entrañas le fundió directamente el alma.

CAPÍTULO 22

En pocas ocasiones había visto tan contento a su hijo como ese sábado, mientras caminaba delante de él en dirección a la casa de Maddi, llevando a *Pintxo* de la correa. Estaba emocionado por las lecciones de surf que ella había accedido a darle, y a pesar de eso las hubiera cambiado por hacer con su *aitite* cualquiera de las muchas cosas que tenían proyectadas. Pero, por segunda vez en poco tiempo, Gabino había dicho que le era imposible llevarlo a ningún sitio, y, también por segunda vez, Kaiet no lo había creído. Aunque no por ello sentía la necesidad de darle las gracias.

En varios momentos tuvo que advertir a Iker que se tranquilizara, que no corriera, que la playa seguiría estando en el mismo lugar cuando ellos llegaran. Pero la impaciencia lo llevaba todo el tiempo un par de pasos por delante. Casi gritó al ver a Maddi junto a la furgoneta, con la puerta trasera abierta y la tabla ya dentro. Hablando con Unax.

Se le heló la sangre en las venas y se adelantó con rapidez para retenerlo y evitar que saliera corriendo.

—Está hablando con alguien, cariño —le dijo sin apartar de ellos la mirada—. Vayamos más despacio.

El pequeño resopló y se esforzó en dar pasitos más cortos y lentos mientras a su padre le costaba avanzar.

Temió que aquello estuviera siendo una nueva reconciliación. No podría reprocharle nada si así fuera. Unax la amaba, y era evidente que quería tenerla para siempre en su vida. Aun en la distancia lo distinguió destrozado, con los hombros hundidos mientras ella se ajustaba mechones de pelo tras la oreja, como hacía siempre que la superaban los nervios. Se preguntó si todas

sus reconciliaciones habían sido así de difíciles y duras, en especial para él, que en apariencia era el más interesado en la relación. Se fijó en su desesperación y la comparó con la que él repentinamente sentía al pensar en perderla, cuando los ojos de Unax se cruzaron con los suyos. Fueron apenas unos segundos, en los que tal vez miró sin ver, antes de que diera la espalda a Maddi y se fuera.

El buen ánimo con el que había salido de casa se le esfumó, y gracias al entusiasmo de Iker apenas si tuvo que pronunciar un par de palabras en el trayecto a Bakio. Una vez allí, se sentó en la arena, desde donde lanzaba la pelota a *Pintxo* mientras veía a su hijo y a Maddi reír y hacer equilibrios sobre la tabla. Ella le enseñó la posición en la que debía tumbarse y bracear para avanzar y alcanzar el pico, y la forma de colocar las manos a ambos lados de la tabla, sin tocar los bordes, y levantarse con rapidez, flexionando las rodillas para comenzar a bajar la ola. Ésa fue la parte en la que más rieron, cuando Iker se incorporaba rápido pero quedaba en las posturas más extrañas o directamente caía de bruces en la arena. Cuando consiguió hacerlo durante tres veces seguidas del modo correcto, ella fue a sentarse junto a él para dejar que el pequeño practicara a solas.

—Lamento decirte que se le da bien, que aprenderá con rapidez y que cada vez querrá surfear olas más grandes —bromeó empujándolo con el hombro, como venía haciendo muchas veces.

—Primero tendrá que crecer —apuntilló riendo.

Y se quedaron en silencio viéndolo tumbarse y levantarse sin descanso, cada vez de modo más estable y con una postura más correcta.

—¿Qué hacía él en tu casa? —preguntó con suavidad Kaiet.

—Hablar. —Dobló las piernas y se abrazó las rodillas—. Ha venido desde Bilbao tan sólo para decirme que sigue amándome, que lo nuestro merece otra oportunidad.

Kaiet cogió un puñado de arena y dejó que se le escurriera poco a poco por entre los dedos, igual que sentía que podía escapársele esa felicidad que ella le daba y a la que él no conseguía hacerle sitio.

—¿Y qué vas a hacer?

Pintxo llegó con la pelota, dejándola esta vez a los pies de Maddi. Ella la

cogió y la lanzó con fuerza mientras Kaiet esperaba ansioso su respuesta.

—Pase lo que pase, y con independencia de lo que tú y yo tenemos, esa relación está agotada —aseguró en voz baja—. No quiero hacerle más daño.

—A veces hacemos daño sin querer, y también a nosotros mismos.

—Llevamos demasiado equipaje a rastras. —Inspiró el aire frío y salobre—. Nunca seremos felices ni podremos hacer feliz a nadie mientras no arreglemos todas las cosas que vamos dejando pendientes. Unax, por ejemplo, tiene que aprender a olvidarme.

Kaiet pensó en su propio y pesado equipaje, que comenzó a reunir aquella lejana noche, y al que el tiempo y sus errores habían incrementado de tal manera, que ya le resultaba difícil avanzar, y a veces hasta vivir.

—¿Y tú? —preguntó tratando de verle los ojos.

Pero ella no pudo o no quiso responderle, y, sin mirarlo, sonrió al contemplar cómo Iker se bajaba de la tabla con un salto.

—¿Habéis visto lo bien que lo hago ya?! —exclamó emocionado.

—Dentro de poco estarás listo para hacerlo dentro del agua —le dijo, segura de que su padre la estaría asesinando con la mirada—. Yo creo que para el verano.

—¡Bien! —Iker acompañó su grito con una alzada de brazos a la vez que *Pintxo* aparecía y le dejaba la pelota a los pies—. Se lo voy a contar luego a mi *aitite*.

—Seguro que le encanta saberlo. Tu *aitite* es muy divertido, y también el mejor jugador de mus que he visto nunca y el que mejor relata historias. —Vio el orgullo en la cara del pequeño—. ¿Te ha contado la de Las tres olas? —Negó con la cabeza, visiblemente interesado—. Los pescadores nunca dicen la palabra bruja mientras navegan, porque eso atrae a la mala suerte, y para no nombrarlas las llaman enemigas de las olas.

—Eso sí me lo ha contado mi *aitite* —dijo satisfecho.

—Bueno pues, en Bermeo, vivía una bruja a la que le gustaban las cosas ajenas. Un día, un pescador llegó a puerto con las redes cargadas de anchoas, y la bruja le dijo que se las diera. Él se enfadó y la empujó para que se apartara de su camino mientras la llamaba vieja desdentada. Eso cabreó mucho a la bruja, y llamó a otras dos brujas que vivían en el pueblo para

preparar juntas la venganza. Y les dijo —Iker tragó saliva cuando ella imitó lo que se suponía que era aterradora voz de bruja—: «Mañana, cuando salga a la mar, lo estaremos esperando. Nos convertiremos en olas gigantes. La primera le preocupará, la segunda le asustará y la tercera le hundirá.»

—¿Las brujas se pueden convertir en olas? —preguntó con preocupación.

—Aquéllas sí.

Iker echó una rápida ojeada al mar, como si temiera que de pronto se alzarán olas que arremetieran contra ellos. *Pintxo* saltaba a su alrededor, esperando que se decidiera a lanzarle la pelota que manoseaba despistadamente.

—La suerte quiso que su joven vecino oyera la conversación de las brujas y corriera a contárselo al pescador —continuó diciendo Maddi—. Por la mañana, ese vecino insistió en embarcar con él para ayudarle, ya que una bruja capaz de convertirse en ola debía de ser demasiado fuerte para que se enfrentara a ella un solo hombre.

—Las tres brujas —aclaró en voz baja Iker.

—Tienes razón. Las tres brujas debían ser muy fuertes si todas ellas se iban a convertir en olas.

Kaiet observaba en silencio los graciosos aspavientos con los que Maddi tenía fascinado a su hijo, y a ratos miraba hacia otro lado para que no lo vieran sonreír.

—Cuando ya habían navegado hasta perder de vista la costa, vieron formarse ante ellos una ola enorme que levantó la barca muy alto. —Elevó los brazos por encima de su cabeza mientras padre e hijo la miraban absortos—. Enseguida llegó la segunda, que les hizo gritar de terror cuando estuvo a punto de volcar la embarcación. Y de pronto vieron a lo lejos la tercera, más grande y amenazadora que las otras dos juntas. El pescador agarró un arpón y se preparó sabiendo que si fallaba los dos serían hombres muertos. Espero a que se acercara, temblando de miedo, y cuando la tuvo a punto de rozar la barca, lanzó el arpón con todas sus fuerzas y dio en el centro de la ola, justo en el corazón. Entonces se oyó un aterrador grito mientras la masa de agua se volvía roja y se esparcía en el mar.

—¿Y la bruja no volvió al pueblo? —preguntó más tranquilo.

Maddi negó con la cabeza.

—Encontraron su toquilla de lana en la playa, y a las otras dos brujas llorando junto a la orilla. Tampoco ellas volvieron a molestar nunca más a nadie.

—¡Me gusta esta historia! —le dijo, y se acercó para estamparle un beso en la mejilla.

Lanzó la pelota al aire a la vez que se apartaba, pero, antes de que llegara de nuevo a su mano, el rápido *Pintxo* la atrapaba y salía disparado para que lo siguiera.

Al instante Iker corría tras él, gritándole que se la devolviera si no quería que acabara enfadándose. Kaiet y Maddi observaban la escena riendo.

—¿Crees que ahora le gustaré? —preguntó acariciándose la invisible huella que el beso le había dejado en la mejilla.

—Ya le caías bien antes de que le contaras ese cuento de terror —fingió temblar.

—¿Porque hago surf?

—No exactamente. —Rio recordando algunas palabras de su hijo—. Es porque desafías al mar cuando está furioso, y porque lo haces vestida con un brillante traje negro.

—¿Como los superhéroes de sus tebeos?

—Algo parecido. —Se volvió a mirarla al notar que se ponía en pie, sacudiéndose la arena—. Creo que le gustas.

—Me alegra saberlo —dijo agachándose para coger la tabla del suelo—, porque él me gusta mucho a mí. Es tímido, pero sabe bien lo que quiere. Y seguramente lo sabrá siempre.

—A veces lo que quieres y lo que puedes tener no son la misma cosa.

—Lo sé. —Le miró a los ojos durante unos segundos—. Pero entonces es cuando tú peleas con todas tus fuerzas para conseguir que lo sean.

CAPÍTULO 23

Faltaban unas horas para el amanecer cuando llegó a casa, con el tiempo justo para darse una ducha y salir a encontrarse de nuevo con Maddi e ir en busca de las olas salvajes de Mundaka.

No había recorrido medio pasillo cuando apareció su padre, vestido con su pijama de rayas grises y azules y con sus pocos pelos blancos tiesos, señal de que había dado innumerables vueltas en la cama.

—¿Así cuidas de tu hijo?! —le espetó de pronto—. ¿Pasando la noche fuera mientras él casi se muere?

El corazón se le encogió a Kaiet hasta casi desaparecer, y la turbadora satisfacción con la que llegaba se le transformó en angustia.

—¿Qué le ha pasado? —casi gritó mientras se precipitaba hacia la habitación.

Su padre le cortó el paso.

—Ahora está bien, y duerme. ¡Déjalo descansar!

—¡Voy a verlo! —advirtió para que se apartara.

Pero Gabino se mostró firme, no dejándole más opción que quedarse quieto si no quería empujarlo para abrirse paso.

—¡Está bien, y dormido! —repitió enfadado—. ¡Era antes cuando deberías haber estado aquí, cuidando de él!

—Sabes bien que me voy cada noche para no perturbar tu cena —dijo con el miedo metido aún en el cuerpo—. Hoy me he entretenido un poco.

—¿Sólo un poco? —preguntó desafiante—. Un padre siempre está cuando sus hijos le necesitan.

—¿Como estabas tú? —reprochó con rabia.

—Yo trabajaba, y nunca me fui dejando a mis hijos solos.

—No. Tú nos dejabas con *ama*, y no una noche, sino todas las puñeteras noches y todos los puñeteros días. Y así hasta que tuve diecisiete años. ¡Diecisiete! —repitió furioso—. Así que no te atrevas a decir que no me ocupo de mi hijo como debería.

—Voy a poner un horario de entrada a casa —dijo rabiando de impotencia—. Y quien no esté a la hora, se queda fuera.

—¿Un horario? —se mofó incrédulo—. ¿El horario que no pusiste cuando fue necesario porque eras el eterno ausente? ¡No seas ridículo! Si no quieres tenerme aquí, me lo dices y nos largamos. ¡Ya; ahora mismo! Te juro que casi estoy deseando que lo hagas.

—Si tantas ganas tienes de irte, ¡hazlo! Pero no cuentes con que yo te ponga las cosas fáciles echándote.

—Ya me fui una vez. ¿Por qué iba a necesitar que me echaras ahora? —preguntó forzando una risa irónica.

—Por tu hijo. —Kaiet sintió que se le encogía el estómago—. Porque tal vez temas que no quiera irse contigo y que no te perdone si te lo llevas a la fuerza.

—¿Quién te crees que eres? —estalló de impotencia ante la inesperada verdad, mirándolo a los ojos, desafiante como él pero presintiendo que mucho menos seguro—. Peleas sucio —dijo al fin, sin ánimo para seguir discutiendo.

—Tal vez estoy aprendiendo de ti —opinó mientras le daba la espalda y se dirigía a su cuarto, sin volverse ni una sola vez.



—No se lo tengas en cuenta —dijo Amara mientras le servía el primer café de la mañana—. Ya comenzó a preocuparse cuando vio que no quería cenar. Y luego se asustó mucho al oírle gritar de dolor. Y al verlo vomitar. Le dije que estaba siendo exagerado, que sólo era una indigestión por todas las golosinas que se había comido por la tarde. Pero no logré tranquilizarlo. Ya

sabes lo escandalosa que es la fiebre en los niños pequeños.

No. No lo sabía. De eso se había ocupado siempre Raquel. Alguna vez, cuando al llegar tarde del trabajo no encontraba a su hijo dormido en el sofá, esperándolo, ella le contaba que no se encontraba bien, que había vomitado y que todavía tenía algunas décimas de fiebre. Pero lo hacía con tranquilidad, como algo que tenía plenamente controlado. Y si ella, que era la que entendía de los malestares del pequeño, estaba tranquila, también él lo estaba. Pero ahora Iker enfermaba por primera vez desde que no estaba Raquel. Y él se sentía perdido. Había pasado las horas sentado junto a la cabecera, mirándolo respirar por si en algún momento dejaba de hacerlo. El primer instante de alivio lo había tenido al verlo despertar, cuando ya había amanecido, pero, demasiado pálido y cansado, había vuelto a dormirse casi de inmediato. Y él sintió de nuevo que se moría de angustia. Después, Amara le aseguró que el llorar quejándose del dolor de barriga, y unos pocos vómitos, eran lo que le habían dejado agotado. Nada que no desapareciera con una mañana de reposo.

Comprobó la hora en el reloj de pared y se frotó la cara con cansancio.

—La preocupación no le da derecho a reprocharme nada —dijo sin fuerzas.

—Ha sido el miedo, Kaiet. Pasó miedo ante la idea de perder a Iker y de que tú no estuvieras aquí. Miedo de no saber cómo explicártelo después. Lo quiere más que a su propia vida, igual que te quiere a ti.

Kaiet soltó una risa amarga.

—No volvamos a lo de siempre, hermanita. ¡Cómo va a quererme si nunca estaba en casa!

—No puedes seguir reprochándole esto tan absurdo. Podía entenderse que lo hicieras mientras fuimos niños, pero ya no. Aquél era nuestro modo de vida, duro y difícil, es cierto, pero no fuiste el único hijo de pescador que apenas veía a su padre.

—Hermanita... —murmuró como una advertencia.

—No quiero atacarte, pero ya va siendo hora de que alguien te diga que eres injusto.

—Me lo has dicho muchas veces.

—Al parecer, no las suficientes. *Aita* no tiene la culpa de que *ama* muriera.

—Pero sí de que no pudiéramos despedirnos de ella. Dos años, Amara. Tuvo dos años para contarnos que se iba. Dos años en los que él sí pudo decirle cuánto la quiso mientras a nosotros nos dejaba creer que tendríamos tiempo.

—Él no...

—¿Tú le decías a *ama* que la querías? —preguntó por primera vez en su vida. Amara asintió y él arrastró la silla para acercarse—. Yo no. Yo era un chico estúpido con las hormonas revolucionadas que creía que sólo los niños pequeños decían te quiero a una madre. Pasaba poco tiempo en casa, la dejaba sufrir esperándome por las noches sin saber a qué hora regresaría.

—No eras malo.

—No. No era malo. Tan sólo era un descerebrado egoísta que la hizo padecer. Y no lo hubiera hecho de haber sabido la verdad. ¡Dos años, Amara! Hubiera tenido dos años para ser un buen hijo y para decirle todo lo que me callé porque creí que bastaba con que ella lo supiera. Pero no basta. No basta con que alguien sepa que lo quieres si no se lo dices. Pero eso lo descubrí cuando ya era tarde gracias a él —dijo con desprecio.

—Eras la debilidad de *ama* —opinó sin ningún resentimiento—. Y ella se sabía también la tuya.

—¡¿Y qué me alivia eso?! No hay que dar por hecho que la otra persona lo sabe. Hay que decirlo —resopló para evitar las lágrimas que llegaban junto a los recuerdos—. Hay que decirlo sin descanso, aunque a veces no sirva de mucho manifestarlo todos los días.

—Ahora no te entiendo —dijo preocupada.

—Lo sé —musitó casi sin voz—. Te lo contaré en otro momento. —Inspiró a la vez que se llevaba la mano al corazón, mostrándole que se sentía extremadamente vulnerable—. Ahora no puedo.

Se levantó, le revolvió el cabello como a veces hacía con Iker y le dijo que la quería. Después miró por última vez el reloj y regresó a la habitación para abrazarse de nuevo a su hijo y seguir cuidándolo.



El recibimiento de Maddi, aquella noche, fue como él había esperado y temido. Algún día tenía que cansarse de aguantar sus incoherencias, sobre todo tras descubrir la absurdidad de su última disculpa. Hosca, fría y distante, había descorrido el cerrojo de la floristería, había empujado la puerta y, sin un saludo, le había dado la espalda como si no le importara si él la seguía o se quedaba fuera.

Llegó al invernadero y ella estaba ya frente a la mesa, silenciosa, recortando los tallos de las rosas de un barreño para cambiarlas a otro, probablemente con agua fresca. Se sentía merecedor de esa indiferencia. No por esa vez, que había pasado hora tras hora abrazado a su hijo en silencio o hablándole de mil historias, contándole cuentos o leyéndole tebeos y sin atreverse a apartarse de él durante más de cinco minutos seguidos, sino por otras en las que la evitó con toda la intención.

—Lo siento, Maddi...

—¡Mira, *gixajo!* —lo interrumpió—. No soy de la clase de mujer que pierde el tiempo con rodeos. Así que te lo diré clarito. —Lanzó al cubo la rosa que acababa de cortar y lo miró a los ojos—. Si vas a seguir desapareciendo cada vez que se te antoje, dímelo, porque empiezo a sentirme como una idiota.

—No ha sido mi intención esta vez, Maddi. Esta vez la culpa no...

—¡Por supuesto que no, *txo!* —dijo enfadada—. Según mi *ama*, la primera vez que te deja tirada la culpa es de él, pero la segunda vez que lo hace la culpa es toda tuya. ¡No quiero pensar lo que diría de una tercera o una cuarta! Así que, si no quieres que sigamos viéndonos, perfecto. Me lo dices y acabamos rapidito.

—Lo siento si te he hecho sentir así, Maddi, pero mi hijo ha estado malo y no he podido apartarme de su cama.

Ella comprimió los párpados durante un instante, y deseó que todo fuera tan sencillo como cuando era una niña y cerraba los ojos para desaparecer del mundo.

—¿Qué le ocurre? —preguntó con preocupación.

—Una indigestión, vómitos, fiebre. Nada grave, pero me asusté —se deslizó los dedos por el cabello, tenso y nervioso—. Ha pasado el día acostado, descansando. Pero ya está bien.

Maddi quiso que se la tragara la tierra.

—Me alegra que no fuera nada. Mi reacción parece ahora desproporcionada, pero...

—No te preocupes. Sólo yo soy culpable de tu desconfianza. —Se acercó despacio y le acarició la mejilla con el dorso de los dedos—. No sé si podrás o querrás aguantar mi inestabilidad durante mucho más tiempo.

Maddi dejó escapar un profundo suspiro.

—¿Qué voy a hacer contigo, *gixajo!* —Su mirada y su voz expresaron ternura.

—Lo siento, Maddi —musitó, con los dedos inmóviles sobre su piel—. Se me da bien estropear las cosas que merecen la pena.

—¿Y por qué piensas eso?

Negó con la cabeza, sin querer explicarse.

—Aunque a veces no lo demuestre como debería, eres lo mejor que me he encontrado aquí, Maddi.

Y, mientras la besaba, su mente añadió que ella era lo mejor que había encontrado desde hacía mucho tiempo, allí o en cualquier otro lugar en el que hubiera estado.

CAPÍTULO 24

Estaba tal y como lo recordaba; las mismas figuras, colocadas en idéntica posición; el musgo cubriéndolo todo de verdor, como si no supieran que Belén estaba en la región árida y montañosa de Judea. Las imágenes de los Reyes Magos estaban en un extremo, y Amara las iría adelantando un poco cada mañana hasta ponerlas ante el portal el 6 de enero. Tenía hermosos recuerdos de esas figuras entre los dedos de su hermana y los suyos. Entre los dedos de su madre. Colocándolas, cada 13 de diciembre, desde donde le alcanzaba la memoria hasta la última Navidad en la que estuvieron todos juntos. No sabía qué había ocurrido con ellas después, pero, conociendo a Amara, estaba casi seguro de que siguieron estando encima del aparador del salón cada Navidad de cada año.

Dejó la lavandera junto al río de celofán azul y se volvió a mirar a su hijo, que se probaba el disfraz de árbol que le estaba haciendo Amara para la función navideña del cole. Ésas deberían ser sus últimas semanas allí. Eran los planes que se había hecho, pero cada una de las veces que intentó hablarle sobre volver y que terminara el curso en su colegio en Madrid, el pequeño había protestado y después había estado triste durante días. No sabía bien qué hacer, pero era consciente de que si seguía sin hacer nada comenzaría el nuevo trimestre y ellos todavía seguirían en Bermeo.

—¡Tiene pocas hojas en las ramas! —protestó Iker, agitando los brazos como si les diera el viento mientras todos reían.

—Pareces un baobab —exclamó Babu, que ya había sido presentado formalmente a Gabino, y que pasaba ya casi más tiempo en esa casa que en la suya.

—¿Qué es... eso? —dijo Iker, sin saber cómo pronunciarlo.

—Un árbol africano que crece al revés. —La carita de asombro de Iker lo animó a continuar—. Al verlo parece que en lugar de ramas tiene raíces. Hay muchas leyendas sobre eso. Una de ellas dice que el baobab, que fue el primer árbol de la creación, no dejó que un pájaro, herido y cansado, se posara en sus ramas para que no le manchara las hojas, y que los dioses, al enterarse de su vanidad, lo castigaron a enterrar sus hojas, sus hermosas flores y sus frutos, y a enseñar sólo sus raíces. Pero mi *yaay*^[17] me contaba otra que me parece más fácil de creer —aseguró mientras su sonrisa decía todo lo contrario.

Durante unos segundos dejó que insistieran en que les relatara también esa leyenda, y al final contó que, durante los primeros días del mundo, los dioses repartieron las semillas entre todos los animales, para que las plantaran. Las del baobab se las dieron a la hiena, y ésta, envidiosa y enfadada por haberlas recibido en último lugar, decidió plantarlas al revés.

—¡Quiero ser un baobab! —exclamó fascinado Iker—. Quítame todas las hojas, tita.

—¡Pero entonces nadie sabrá que vas vestido de árbol! —trató de convencerlo.

—No importa. Quiero ser un baobab africano.

Amara miró a su novio, frunciendo los labios y pidiendo ayuda con los ojos. Babu reaccionó con rapidez.

—En mi país hay otro árbol que seguro que te gustará más. —Sonrió con complicidad a Amara—. Es el ceiba. Yo llegué a Canarias en un cayuco hecho con su tronco. Tiene muchas hojas, muy grandes y verdes, pero está maldito. En Senegal, entre la una y las tres del mediodía, cuando todo el mundo busca refugio de un sol infernal que seca hasta a las lagartijas, nadie se atreve a refugiarse bajo su sombra, porque todo el que lo hace se vuelve loco, y no hay ni hechiceros ni médicos en el mundo que puedan curar ese mal misterioso.

Iker no dedicó ni medio segundo a pensarlo. Escogió el nuevo y sorprendente árbol, tan parecido a los superhéroes de grandes poderes que aparecían en sus tebeos. Amara pasó a Babu las tijeras para que recortara en

el fieltro verde las hojas, ya que nadie, excepto él, conocía su forma. Lo hizo contento, y también orgulloso de que un árbol africano fuera a estar en la representación de Iker. Tan divertido le pareció eso de cooperar, que de pronto levantó la cabeza de la tela verde y, blandiendo las tijeras, exclamó:

—¡Yo puedo hacer de rey negro! —Y todos, incluido Gabino, se echaron a reír.

Aquella noche fue una de las que más le costó a Kaiet abandonar la casa con *Pintxo*. Le costó porque allí se percibía calor de hogar, y porque ésa era la primera Navidad que pasarían sin Raquel.

Y le siguió costando las noches siguientes. Aunque su propia pena no fue nada comparada con la que le provocaba ver sufrir a su hijo. Porque el pequeño se mostró más retraído a medida que fueron avanzando esos días difíciles en los que lo siguió a todas partes y durmió con él cada noche, abrazándolo con fuerza incluso estando dormido. Sabía bien lo que esa actitud significaba: pensaba mucho en su madre y tenía más miedo que nunca a perderlo también a él. Lo sabía porque conocía el dolor que provocaba ese sentimiento, y sólo le consolaba entender que aparecía de modo intermitente y cobarde, cuando más frágil y desamparado te encontraba.

—Mamá no está aquí. Me dijiste una mentira —le reprochó Iker una noche en la que no terminaba de dormirse.

Kaiet estrechó el abrazo en el que lo envolvía y le removió el pelo con el rostro mientras lo notaba temblar.

—Claro que está, cariño —le aseguró emocionado—. Está en tu corazón y en tu pensamiento. Lo estará siempre.

—No —repitió, casi con enfado—. Le hablo y nunca me contesta. No está. Y no va a volver nunca.

Le costó tomar aire para que no le ahogara la pena.

—Eso es cierto, cariño. No va a volver. —Le besó el sedoso revoltijo castaño—. Tal vez ahora no puedas entenderlo, pero algún día descubrirás que la llevas ahí, contigo, y que la llevarás siempre.

Durante unos segundos la tristeza y el silencio llenaron el cuarto a oscuras.

—¿Tú llevas a *amama*?^[18] —Su voz fue un susurro apenas audible que

rompió a Kaiet por dentro.

—Sí, mi vida. Siempre la llevo conmigo. A las dos las llevo conmigo.

Volvieron a quedarse callados, ambos reteniendo las lágrimas por no preocupar al otro.

—Ya no me acuerdo cómo olía —confesó de pronto Iker.

Kaiet lo entendió porque, una vez más, a él le ocurría lo mismo. Recordaba que ella olía a una mezcla tenue de rosas, menta y jabón. Pero, a medida que habían ido pasando los meses, había perdido la capacidad de percibirlo como si siguiera estando a su lado. No importaba lo fuerte que cerrara los ojos ni la intensidad con la que se concentrara. Podía detallar con palabras precisas cada matiz de aquel olor, pero ya no era capaz de sentirlo.

Y eso lo asustaba.

Pero él, a diferencia de Iker, ya había comprobado que, a pesar de esas dolorosas pequeñas pérdidas, los seres a quienes se amaba nunca se iban del todo.



No se sentía cómodo. Amara lo sabía, y había invitado a Babu para hacerles la situación más fácil a él y a Gabino. Pero la idea de sentarse a cenar a la misma mesa en la que lo haría su padre seguía sin seducirle. Nunca la hubiera aceptado de no haber sido por Iker. Era cierto que, mientras vivió Raquel, y debido a su trabajo, había faltado a incontables cenas en casa. Pero ni a una sola durante las fechas navideñas. Ésas siempre fueron sagradas. Y éstas, en las que no la tendrían a ella, lo eran más que nunca.

Sin duda, Babu sabía por qué estaba allí aquella noche, la anterior a la Nochebuena, además de por ser el novio de Amara. Lo evidenció su esfuerzo en no dejar que se produjeran largos silencios y en implicar en la conversación tanto a él como a su padre. Iker, que estaba fascinado con sus historias, no se despegaba de su lado, sobre todo cuando en la conversación oía nombrar a África. Aquella noche quiso saber cómo se hacía un cayuco con el árbol del que él había ido vestido en la función. Babu le explicó que

los cayucos se construían de una sola pieza, vaciando el tronco del árbol, y que esas barcas artesanales eran una parte fundamental de la cultura de su país, ya que los senegaleses eran un pueblo de pescadores y agricultores. Lo que más le interesó al pequeño fue cuando comenzó a hablarle de su idioma, el wolof, en el que la palabra «gal» significaba cayuco y Senegal quería decir «nuestros cayucos».

Iker lo escuchaba, absorto, pronunciar algunas palabras en wolof cuando sonó el timbre de la puerta. Y antes de que nadie pudiera levantarse para ir a abrir, la animada voz de Amara, que se preparaba para servir la cena, ordenó que ninguno de los hombres de su vida se moviera, porque ella abría. La sonrisa apareció en el rostro de todos, pero de modo muy especial en el de Babu, y se convirtió en abierta y franca risa cuando Iker exclamó, animado por las palabras de su tía:

—¡Ya eres de la familia!

La sonrisa de Kaiet desapareció en cuanto Amara entró en el salón acompañando a quien acababa de llegar. De un golpe le desapareció su frágil calma y le apareció un firme desconcierto.

—Maddi va a cenar con nosotros —dijo Amara, sonriente como una niña en su fiesta de cumpleaños.

¿Qué hacía ella allí? ¿A qué demonios estaba jugando? ¿A qué estaba jugando Amara? Ella, que no quiso llevar a Babu a casa hasta estar segura de que era el hombre de su vida, ahora se atrevía a llevar a Maddi sin habérselo preguntado siquiera.

Pero ya estaba hecho. Maddi estaba allí, sentada en el salón, hablando con familiaridad con Gabino y con Babu mientras Iker la miraba con lo que a él le pareció extrañeza. Porque, aunque ninguna fecha hubiera sido apropiada para presentarla en casa, cuando ni siquiera él tenía claro lo que esperaba de su relación, las Navidades lo era menos que ninguna.

Aun así, disimuló su contrariedad y salvó la situación, en parte debido a la habilidad de Babu para hacerlos sonreír, incluso a veces reír a carcajadas. Con él parecía disiparse la tensión y la incomodidad que en algunos momentos asomaba amenazante. Y lo mejor y más valioso era que no lo hacía tan sólo para evitar que se encendieran los ánimos, sino para mostrarse

digno merecedor del amor de Amara.

Preocupado por lo que Iker pudiera pensar de aquella absurda situación, apenas si dejó de observarlo durante todo el tiempo. Aunque también creyó percibir que el pequeño hacía algo parecido. Tal y como había supuesto, se sentó entre su *aitite* y Babu para no perderse ni una palabra de lo que ellos dos contaran. Y ese sitio, frente a él y Maddi, favoreció que, aunque sus oídos estuvieran atentos a las interesantes historias que se relataban, sus ojos estuvieran puestos casi permanentemente en él, y por supuesto en las veces que se giraba hacia Maddi y le sonreía.

Mientras todos esperaban a que Amara llegara con la sorpresa del primer plato, y Babucar contaba que también en Senegal celebraban la Navidad, aunque con grandes diferencias, Maddi le posó la mano en la rodilla.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz baja, mirándolo con intranquilidad a los ojos.

Kaiet tragó saliva con dificultad. Pero al comprobar que su hijo estaba alegre, absorto en las palabras de Babu, se relajó el instante justo para dibujar para ella una sonrisa.

—¡Claro, muy bien! —le dijo tratando de calmarla—. Todo está bien.

Maddi no terminó de creerlo, porque ni sus palabras le sonaron firmes ni en sus ojos vio que fueran ciertas. Además, sabía que sentarse junto a su padre no era ni fácil ni agradable para él. Aunque, esa otra extraña impresión la llevó a observar a Iker de la misma forma en la que notó que él lo hacía, preguntándose cuál estaba siendo su principal preocupación, si realmente su padre, su hijo o tal vez ella.

Pero todo aquello estaba resultando para Kaiet mucho más difícil de lo que ni ella ni nadie podían sospechar. Porque, apenas se sentó Amara y comenzaron con la cena, se apreció como un intruso ocupando una mesa en la que todos parecían disfrutar de la comida, de la conversación, de provocar y compartir risas y miradas cómplices. El mismo intruso que se sintió al regresar al pueblo después de diecisiete años de ausencia.

No estaba cómodo, y la presencia de Maddi empeoraba las cosas. Porque verla allí lo bloqueaba, le hacía sentir mal, le llevaba a pensar con mayor intensidad en Raquel y a juzgarse un traidor a su memoria. Ya que no sólo se

estaba acostando con otra mujer, sino que además la había sentado a la mesa, junto a su hijo. Y precisamente en unas fechas como aquéllas. Y aun así se esforzó tanto o más que el resto en que todo saliera bien, en que la cena transcurriera sin sobresaltos y todos pudieran irse con la sensación de que había sido un buen encuentro.

Pero finalmente no pudo contenerse. Porque, además de la guerra que se libraba en su mente y en su corazón o las adustas miradas que creía ver que le lanzaba su hijo, estaba el enconado conflicto que mantenía con su padre, cuyos ojos grises se topaban una y otra vez con los suyos por más que él se esforzara en esquivarlos.

—Están deliciosas, Amara —dijo con amabilidad Maddi, tras probar las cocochas.

—Pues sabes que puedes venir siempre que quieras, hija —indicó Gabino, alargando el brazo para rozarle la mano con ternura, sin reparar en la atenta mirada de Kaiet—. Las puertas de esta casa y de esta familia están abiertas para ti, y además de par en par.

—¡Ya está bien! —estalló al fin, sorprendiéndolos a todos—. Nunca vas a dejar de intentar dirigir nuestras vidas, ¿verdad? —preguntó a Gabino, retador, apoyado con rigidez en el respaldo, como queriendo distanciarse de lo que ocurría en esa mesa.

Su hostilidad sustituyó las voces y las risas por tenso silencio. Pero su padre, en lugar de caer en su provocación, mantuvo con facilidad la calma.

—Sírrete un poco más, Maddi —aconsejó sonriente—. Como ya habrás notado, Amara cocina las cocochas mejor que el mismísimo Arzak.

Y esa indiferencia sólo contribuyó a espolearle la furia que había tratado de mantener controlada desde que se sintió preso de aquella inesperada encerrona.

—¡Sigues intentando controlar mi vida! —dijo atravesándolo con la cólera gris de sus ojos—. ¡Y lo haces fingiendo que todo va bien, cuando ésta es la puta primera vez que nos sentamos juntos a la mesa!

La paciencia de Gabino acabó encendiéndose, y se enfrentó a su hijo golpeando con ambos puños sobre el mantel que cubría la madera. El tintineo de vidrios y cubiertos llenó el brevísimo mutismo que se hizo tras su

explosión.

—¡Sólo piensas en ti mismo! —le increpó furioso—. Ni por tu hijo ni porque tenemos visitas eres capaz de contener esa mala leche que llevas dentro. Pero te lo advierto. —Blandió su dedo índice con desafío—: Si quieres cenar aquí, con todos, te comportas, y si no te gusta te vas.

—¡Por una puta vez estamos de acuerdo! —exclamó Kaiet, arrastrando escandalosamente la silla al ponerse en pie.

El gélido silencio que los paralizó al estallar Gabino continuó mientras él abandonaba el comedor y todas las miradas se dirigían a la compungida Maddi, que, abochornada, contenía la respiración.

El perro lo siguió sin que necesitara llamarlo. Llevaba rato vigilando su correa y esperando con impaciencia a que alguien se acordara de sacarlo a la calle. Y aunque su correa siguió colgada en el mismo lugar, él salió meneando vigorosamente la cola.

Kaiet tuvo que respirar hondo al alcanzar el puerto. Le dolía cada uno de los músculos por la tensión. Le dolía el alma que a veces aseguraba que no existía.

Miró hacia el largo y solitario espigón que se adentraba en la oscura soledad del mar. Y casi sin pensarlo comenzó a andar hacia él, seguido alegremente por *Pintxo*. Pero no había dado dos pasos cuando la voz alterada de Maddi sonó a su espalda.

—¿Qué es lo que ha pasado ahí dentro?

Durante un instante Kaiet cerró los ojos y comprimió los labios, conteniendo a duras penas su ira. Después se volvió a mirarla con dureza.

—¿A qué demonios estás jugando?

La sorpresa la enmudeció un instante. Aún no terminaba de entender el modo en el que acababa de comportarse, y volvía a mostrarse igual de déspota, ahora directamente con ella.

—¡No te atrevas a hablarme así! —exclamó ofendida—. No pensé que te molestaría verme en tu casa.

—¡No pienses por mí! —ordenó golpeándose con los dedos la sien—. Todo el mundo quiere hacerlo. Todos «saben» cómo debo vivir. ¡Y ahora también tú! —añadió con visible decepción.

Pero igual de decepcionada y ofendida se sentía Maddi, que no entendía ni su rabia ni sus reproches.

—Al final va a resultar que tu padre tiene razón y eres un egoísta que no valora a quienes tratan de ayudarte.

Kaiet ladeó la cabeza a la vez que apretaba los puños con fuerza, sin poder creerlo.

—¿Tú me vas a ayudar a mí?! —preguntó con herido sarcasmo—. ¿Tú vas a arreglarme la vida, cuando no has sido capaz de arreglar la tuya en todos estos años?!

Fue tan certero, tan humillante, que la siempre locuaz Maddi no encontró su acostumbrada ironía para devolverle el golpe.

—¿Eres un imbécil!

Lo dijo con rabia, con incredulidad, con una ofendida tristeza que no dejó que él viera. Y a la vez que le daba la espalda y se iba, él hacía lo mismo para dirigirse con largos y encolerizados pasos hacia el espigón.

CAPÍTULO 25

Maddi volvió a ir al encuentro de las olas más grandes e impracticables, las que la llevaban a caer, a golpearse contra el fondo, a aguantar la respiración hasta sentir que le estallaban los pulmones. Las que le permitían padecer físicamente el mismo torbellino que la destrozaba emocionalmente. Las que le servían para desahogar esa impotencia que de otro modo terminaría consumiéndola. El resto del tiempo, cuando no estaba castigándose en el mar, intentaba aparentar normalidad. No era amiga de ir contando penas. Y, además, temía a la reacción de Julen. Había llevado mal el que estuviera viéndose con Kaiet, pero presentía que llevaría aún peor la ruptura. Porque tanta ofensa le suponía el saber que se estaba acostando con él, como lo que podía considerar la confirmación de su teoría de que él la hubiera estado usando para dejarla después.

El vocerío del bar llegaba como un murmullo hasta la cocina, pero ella apenas si lo oía mientras pelaba patatas para la tortilla. No recordaba cuántas había cocinado en toda su vida, pero sí el día y casi la hora exacta en la que sirvió a Kaiet aquella porción de una de ellas y el gesto de satisfacción y de hambre con que la devoró en unos minutos.

—¡Te lo advertí!

Comprimió los párpados al oír la voz de Julen. Desde hacía días, no tenía ella el cuerpo para sermones.

—Tienes la tasca llena de parroquianos —dijo sin mirarlo.

—Están todos atendidos. ¡Y el que no lo está que espere! —exclamó con destemplanza—. Ahora quiero que hablemos.

—¡Pues no creas que estoy yo muy charlatana hoy!

—Mejor. Así me oirás bien. —Traqueteó con impaciencia la encimera de granito sobre la que ella trabajaba—. Te lo advertí. Te dije que sólo quería utilizarte «otra vez».

—No hables de lo que no sabes —dijo tranquila a la vez que terminaba de pelar la patata y la introducía en un recipiente con agua fresca, junto a otras también peladas.

—Sé lo suficiente. Sé que se ha metido en tu cama todas las veces que ha querido, y que ya se ha cansado el muy cabrón.

Maddi cogió una nueva patata y lo miró a él a los ojos, silenciosa y dura durante los primeros segundos.

—Nadie se ha cansado nunca de mí —dijo desafiante—. Ni uno solo de los hombres con los que me he acostado se ha cansado de mí. Jamás.

Julen se quedó lívido a la vez que apretaba los dientes.

—Odio oírte hablar así —advirtió en voz baja.

—Y yo odio que me trates como a una cría idiota que no sabe ni cuál es su mano derecha. Yo sabía bien que esto no duraría mucho y decidí disfrutarlo a pesar de todo. Kaiet no se ha cansado de mí. He sido yo quien ha terminado, ¿de acuerdo? —Se quedó esperando la respuesta—. ¿De acuerdo? —insistió con más energía.

La miró con fijeza, tratando de averiguar, a través de sus ojos, si había llorado y cuánto lo había hecho. Entre el murmullo que llegaba del bar destacaron de pronto un par de voces reclamando la presencia del tabernero.

—Si se atreve a entrar aquí te juro que lo mato —aseguró entre dientes.

—Ocúpate de tus cosas y déjame a mí las mías.

—¿Se lo has dicho a *ama*? —preguntó llevado por la impotencia—. Igual que le cuentas cosas para ponerla de parte de ese impresentable, deberías contarle también esto, ¿no crees?

Maddi arrojó la patata a medio pelar al recipiente de las ya limpias, salpicando de agua la encimera y parte del suelo.

—Debes de andar muy sobrado de tiempo si le dedicas tanto al chismorreó —dijo soltándose el delantal y lanzándolo al mostrador húmedo—. Está claro que no necesitas mi ayuda. —Esbozó una dulce sonrisa mientras abandonaba la cocina.

Atravesó el local y salió a la calle sin mirar atrás, sabiendo que si se volvía lo encontraría mirándola, rojo de impotencia.

Pero en algo sí tenía razón Julen.

Desde que había roto con Kaiet, había ido retrasando las visitas a su madre con absurdas disculpas. Y el motivo principal era que evitaba decirle que no lo esperara, que ya no quería llevarlo a verla. Él no había aparecido por la taberna ni por la floristería ni por ninguno de los lugares que juntos habían frecuentado. Era como si se lo hubiera tragado la tierra. Aunque sabía bien que por las mañanas y por las noches seguía sacando al perro por el puerto o la Atalaya, y que pasaba las tardes con su hijo, en el parque grande para que jugara con otros niños.

Era mejor así, pero no podía evitar sentir un poco de decepción porque no hubiera intentado verla y arreglar las cosas.

No pudo olvidarse de él ni siquiera aquella noche, especial y única del año, en la que brindó y bebió mientras miraba a sus amigos bailar y reír bajo una lluvia de serpentinas y globos de colores. Cuando comprendió que no conseguiría animarse, y tal vez sí coger una buena borrachera, se apartó discretamente del grupo y regresó a Bermeo.

Más de una lágrima rebelde se le escapó mientras conducía bajo aquel cielo despejado y sembrado de estrellas. Pero aún podía sentirse peor. Lo comprobó unos días después, cuando se enteró de que Kaiet viajaría con su hijo a Madrid y por más que indagó nadie supo decirle si se iba para no regresar.



Lo decidió una noche, en un solitario y abrupto lugar de la costa en la que él y sus recuerdos quisieron estar a solas.

Aquel recién estrenado 1 de enero, mirando el cielo despejado y cubierto de fulgurantes estrellas, Kaiet pensó que no podía haber lugar mejor desde donde contemplar la perfecta unión del cielo y el mar que ese privilegiado punto en el cabo de Matxitxako, sentado en el estrecho muro del viejo faro

mientras tras él, en lo alto de la colina, otro más moderno derramaba su potente haz de luz sobre las aguas en las que se reflejaba la luna.

Se sentía bien allí, a pesar del frío, sabiendo que el resto del mundo reía, bailaba y brindaba por el Año Nuevo y su hijo dormía plácidamente en su cama. Soledad, viento casi gélido, una hermosa noche y recuerdos, muchos recuerdos de las dos mujeres de su vida a las que no recuperaría nunca. Buscar un lugar apartado y tranquilo, fue tarea fácil, pero esconderse de esos recuerdos le resultaba sencillamente imposible. Como también le era imposible dejar de sentirse estúpidamente solo desde aquella desafortunada noche en la que él lo fastidió todo y Maddi terminó diciéndole adiós.

Fue entonces cuando comenzó a preguntarse qué estaba haciendo con su vida, y la respuesta no le gustaba. Sabía que era su propia terca actitud, esa que la mayor parte del tiempo se negaba a reconocer, la que lo estaba conduciendo al desastre. La que lo había llevado a perder a Maddi; la que hacía que con frecuencia su hijo prefiriera la compañía de su abuelo a la suya. Y, por muy doloroso que le resultara pensarlo, probablemente fue también su actitud la que lo llevó a perder a Raquel.

Debía cambiar. Debía solucionar sus cosas pendientes, como había dicho Maddi, para tratar de encontrar, no ya la felicidad que perdió, pero tal vez sí una llevadera paz que lo ayudara a sobrevivir sin terminar volviéndose loco. Había llegado al convencimiento de que, por muchas oportunidades que la vida le pusiera enfrente, nunca podría aprovechar ninguna. Y no podría porque sería él mismo quien no se lo permitiría. Él era su mayor traba; su única traba y su único lastre. Y aun sabiéndolo no terminaba de decidirse a cambiarlo, pues le contenía el temor a cerrar definitivamente la puerta a los años ya vividos.

Hacía unas pocas horas que habían sonado las doce campanadas que anunciaban el inicio del año. Al anterior lo recibió con una copa de champaña en una mano, la otra estrechando la cintura de Raquel y la boca pegada a la suya, que encontró llena todavía de las uvas que se le habían ido amontonando con cada campanada.

—¡Por otro año de felicidad! —había brindado él mientras ella intentaba tragar a la vez que reía, sin saber que apenas sería una semana.

Y ahora estaba allí, en la tierra que juró que no volvería a pisar, echándola terriblemente de menos.

Respiró hondo y cogió la botella de champaña que al llegar había dejado sobre el muro, a su lado, y la descorchó con lentitud, con los codos apoyados en las rodillas, como si los recuerdos lo dejaran sin fuerzas. Al terminar conservó el corcho en su mano y lo apretó, cerrando los ojos. Era idéntico al que un año atrás había guardado Raquel asegurando que les traería suerte. A ella solía gustarle el magnífico color amarillo pálido con reflejos de oro de Dom Pérignon y su buqué fresco, intenso y cálido. Él no había vuelto a probarlo desde entonces, y deseaba hacerlo ahora, allí, de nuevo con su amada Raquel.

—Esta noche sólo podía brindar contigo. Sé que hubieras preferido que lo hiciera con una fina copa de cristal, pero tendrá que ser a morro. —Sonrió imaginando la preciosa sonrisa con la que ella lo escuchaba—. Por ti, para que, donde sea que estés, te sientas en casa. —Con la visión empañada por las lágrimas, alzó hacia el cielo la botella y bebió un sorbo largo. Después tomó aire y volvió a levantarla—. Y por el más ambicioso de todos nuestros proyectos: nuestro hijo. Puedes sentirte orgullosa, porque hiciste con él un trabajo perfecto. Gracias —dijo emocionado—. Gracias por el regalo más grande que nadie podría haberme dado. Y gracias por dejarlo aquí, conmigo.

Volvió a beber, con la garganta cerrada por la emoción mientras las lágrimas comenzaban a descenderle hacia las mejillas. Después dejó la botella sobre el muro, se pasó las manos por el pelo y agachó la cabeza.

—No sé qué debo hacer —confesó sin moverse—. Algo estoy haciendo mal, Raquel, porque no dejo de hundirme... —emitió un ahogado sollozo—. Sé que debo cambiar las cosas, pero no sé por dónde empezar. —Recordó el reproche de Maddi, a la que no dejaba de echar de menos, y levantó los ojos—. ¿Tú también crees que soy un egoísta que sólo piensa en sí mismo? Por supuesto que sí —se respondió con amargura—. Estoy seguro de que lo pensaste más de una vez. —Inspiró, frotándose con los dedos los párpados—. Me gustaría cambiar algunas cosas, volver a vivir, volver a ilusionarme. Pero en el fondo me contiene el miedo. Miedo a que si rehago mi vida pienses que te estoy olvidando. Yo sé que eso nunca pasará, pero no estoy seguro de que

tú también lo sepas. —Volvió a bajar la cabeza, cubriéndose el rostro con las manos—. ¡Dios, Raquel! ¿Por qué no estás aquí?

Dio libertad a sus lágrimas para que brotaran solas, deseando que lo hicieran hasta secarlo por dentro para no poder volver a llorar por mucho que lo necesitara. Iba a hacer cuanto estuviera en su mano para cerrar lo que había ido dejando pendiente. No sabía ni cómo ni cuándo. Ni siquiera si llegaría a conseguirlo. Pero sí que el tiempo de compadecerse y esperar acontecimientos había pasado.

Apenas si consiguió dormir las pocas horas que estuvo acostado esa noche. Tenía demasiados frentes abiertos, y, cuando nada a tu alrededor va bien, no resulta sencillo saber por dónde comenzar, qué es necesario solucionar primero para que todo fluya con más facilidad después. Y no ser capaz de dar con la respuesta lo llevó a ratos a rozar la desesperación.

Hasta que, al día siguiente, sintió que Raquel lo había escuchado y que desde donde fuera que se encontraba le estaba señalando el camino. Se detuvo en el pasillo, junto al dormitorio, y siguió prestando atención a lo que su hijo contaba a sus abuelos, especialmente cada vez que le oía decir que los añoraba y que tenía ganas de verlos.

Ése debía ser el comienzo.

Ése sería el primer equipaje que iba a dejar de arrastrar.

Sus suegros. En especial ella, Alicia. La que más lo había querido y la que con más odio le había hecho reproches.

CAPÍTULO 26

Salieron unas horas antes del amanecer. No le importaba conducir de noche con tal de llegar a Madrid por la mañana, bien temprano. Había asegurado a Iker que harían una corta parada para desayunar, pero a pesar de ello el pequeño se había aprovisionado de varios paquetes de galletas y de una botella de la que, a ratos, vertía un poco de agua en el cuenco para que bebiera *Pintxo*. Y, cuando notaba a su padre absorto, también le daba galletas.

Y Kaiet estuvo absorto la mayor parte del tiempo.

La noche anterior, después de prepararlo todo para el viaje, y con Iker ya dormido, había hablado con Amara.

—*Aita* tiene razón en algo. —De no haber sido por la seriedad de lo que quería contarle, la cara de sorpresa de su hermana le hubiera hecho reír—. Las cosas entre Raquel y yo no eran tan perfectas como creéis.

Ella había abierto desmesuradamente los ojos, incrédula, y había defendido lo que había captado cada vez que pasó días con ellos, compartiendo su realidad y su vida.

—Sé que ella te amaba.

—Con locura, como yo a ella —le dio la razón—. Pero al amor hay que cuidarlo, y yo no sabía hacerlo. *Aita* no conoció a Raquel ni la relación que teníamos ni mi casa ni... Ni nada. Y, sin embargo, acertó de pleno al decirme que había estado demasiado ocupado con mi trabajo robando ese tiempo a mi familia.

—Yo tan sólo le contaba lo que veía —admitió—, y sólo veía una pareja feliz.

—Me fastidia decirlo, pero tal vez me conoce mejor de lo que siempre he creído.

Le fastidió reconocerlo entonces y le confundía recordarlo ahora, mientras conducía alejándose de él.

Su revuelta frustración lo llevó a golpear el volante con el puño cerrado. Iker se sobresaltó, y enseguida hizo que *Pintxo* bajara la cabeza para que él no lo viera con la boca llena. Pero Kaiet lo conocía demasiado bien como para no saber lo que estaba haciendo con sólo ver sus gestos. Aunque tuviera el pensamiento en otras cosas.

—No le des galletas —le advirtió con severidad—. El azúcar no es bueno para los perros.

—Sólo le doy agua —mintió poniendo carita de inocencia y buscándole los ojos en el retrovisor para averiguar si había logrado engañarlo.

Kaiet se pasó la mano por el pelo a la vez que volvía a ver el rostro sorprendido de Amara mientras él le hablaba de las noches que Raquel pasó despierta hasta la madrugada, esperándolo. O de las veces que la encontró dormida en el sofá, abrazada a Iker, que no quería acostarse si no era su padre quien lo llevaba en brazos y lo arropaba. De los reproches silenciosos que ella le hacía. Porque, aunque nunca gritaba, nada le resultaba a él tan demoledor como la decepción que le mostraba en su mirada y, a veces, hasta desconfianza de que hubiera pasado la noche en el estudio y no en otra cama que no era la suya.

La casa en la sierra era su intento de hacer las cosas bien. Estaba a punto de embarcarse en un proyecto que le daría el prestigio y el reconocimiento que llevaba años buscando. Iba a necesitar más horas de las que tenía el día para llevarlo a buen puerto. Y había prometido a Raquel que ése sería el último que lo apartaría de ella y del niño. Que después podría relajarse, llevar un horario más normal, escoger los trabajos que quisiera y hacerlos con calma, sin esa necesidad constante de impresionar demostrando lo que era capaz de hacer. Vivirían en la sierra, en esa preciosa casa con un enorme jardín y grandes árboles. Su hijo podría tener por fin el perro que él se negaba a meter en el piso. Construirían casas de pájaros que después colgarían de los árboles más altos. Desayunarían juntos, cenarían juntos. Se tumbarían en la

hierba, por la noche, cuando Iker durmiera ya en su cama, y se abrazarían guardando silencio y mirando la luna. Iba a ser como siempre soñaron que sería. Se lo había prometido.

—Seguro que habría funcionado —dijo Amara con emoción.

—Estoy más que seguro de eso —le había respondido.

Lo había creído siempre, aun después de que la madre de Raquel le descubriera que ella se mudaba a la sierra por él, sólo por él.

Miró por el retrovisor, extrañado de que Iker no le hubiera preguntado, quinientas veces ya, que cuándo llegarían. Era su frase favorita, la que solía convertir cada camino en eterno. Y esta vez no había dicho nada. Tan sólo lo había mirado fijamente cada vez que sus ojos se habían encontrado en el espejo.

Y él sabía por qué.

Ya había amanecido cuando se detuvieron, a las puertas de la ciudad, para tomar el desayuno prometido y que el perro se desfagara un poco corriendo. No quedaba ni rastro de las galletas, y el animal tenía tal reseco que necesitó beber tres cuencos llenos hasta el borde para apaciguarlo. Mientras lo hacía, Iker miraba todo el tiempo a su padre con aquel gesto angelical de «no tengo ni idea de por qué tiene tanta sed».

Kaiet tuvo tiempo para pensarlo despacio y decidir que no quería estropearle un día tan especial con una reprimenda. Aunque fuera una reprimenda que se había ido ganando kilómetro a kilómetro desde que salieron de Bermeo.

—La próxima vez me haces caso, ¿de acuerdo? —le pidió a la vez que le revolvía el pelo con cariño—. Estoy seguro de que no te gustaría que *Pintxo* se pusiera enfermo por tu culpa.

Media hora después estaban en la Calle de Velázquez, junto a El Retiro, donde el portero uniformado los saludó satisfecho al verlos entrar juntos en el edificio. Y fue entonces cuando Kaiet comenzó a tomar aire, preparándose para ver a sus suegros.

Esta vez no le dio tiempo a dudar, como cuando se encontró frente a la puerta de la casa de su padre. No habían pasado años, sino meses. Demasiados meses, y su hijo, en lugar de buscar protección tras él, se

adelantó para llamar con incontenible entusiasmo.

Le emocionó verlo abrazado a su abuela diciéndole que la quería mientras ella lo colmaba de besos. Emilio, sin embargo, se quedó mirándolo a él con ojos brillantes y gesto afectuoso.

—Bienvenido a casa, hijo.

Kaiet le ofreció la mano, pero él la rechazó y lo abrazó de forma inesperada, con fuerza a la vez que le agradecía su llamada de unos días atrás y el que les hubiera llevado a su nieto, especialmente para pasar juntos una fecha tan especial.

Respiró aliviado, aunque sólo en parte. Era a Alicia a quien temía y la que sólo tuvo ojos, abrazos y besos para su nieto, sin prestarle a él ninguna atención. Hasta que Iker terminó de abrir todos los regalos que los Reyes Magos habían dejado esa madrugada bajo el árbol y salió a jugar con todos ellos a la terraza acristalada. Entonces sí se acercó Alicia a él, como si en ese momento lo descubriera o, tal vez, porque había necesitado todo ese tiempo para reordenar sus emociones antes de mirarlo a los ojos, ya que la última vez que lo hizo fue para reprocharle que hubiera matado a su hija.

—Me gusta tenerte aquí —le dijo apretándole la mano, sin muestras de querer abrazarlo.

Vio cariño en su mirada, y lo siguió viendo a lo largo del día mientras Iker les contaba cosas sobre la batalla de Matxitxako o la Gran Galerna, sobre los rocosos acantilados sobrevolados por escandalosas gaviotas o sobre los jinetes negros que cabalgaban grandes olas. Y, cada vez que el pequeño desaparecía, seguido siempre de *Pintxo*, ellos tres hablaban del bien que le había hecho alejarse de todo lo que le hacía daño recordar.

—¿Cuándo vais a volver? —le preguntó su suegro.

No lo había decidido aún, fue la respuesta. Su intención de regresar cuando Iker finalizara el primer trimestre había fracasado; no sabía si por él mismo, o porque su hijo deseaba terminar allí el curso. Por otro lado, faltaba tiempo para que concluyera su año de excedencia, y ni siquiera estaba seguro de querer volver a aquel trabajo que le exigía tanta dedicación, tantas horas de su vida. Su hijo iba a seguir necesitando durante muchos años, y él también quería tenerlo cerca el mayor tiempo posible. Tenía que haber otras

formas menos absorbentes de dedicarse a lo que le apasionaba.

Al llegar la noche, fue Emilio quien llevó a dormir a un Iker feliz y exhausto. Él se quedó a solas con Alicia, sentados frente a la chimenea encendida del salón, y en cuanto la oyó hablar supo que la retirada de su suegro había estado cuidadosamente planeada por ella.

—No estoy acostumbrada a pedir perdón —dijo con el mismo aire dulce y distinguido que tuvo su hija—. Lo he hecho pocas veces y nunca había sido tan importante hacerlo como ahora.

La verdad que vio en sus ojos, tan iguales a los de Raquel, le provocó una emocionada ternura.

—No necesito que me pidas perdón —le aseguró—. Me basta con que me digas que no crees lo que me dijiste.

Los labios de su suegra se curvaron en una dulce y cariñosa sonrisa mientras con la mirada aceptaba su culpa.

—Fue mi dolor el que habló, no yo.

—Lo sé, Alicia. Así lo entendí la primera vez. Pero la segunda fue... —tuvo que inspirar al recordarlo—. Tú perdiste a tu hija, pero yo perdí a la mujer de mi vida. Y vosotros erais los únicos en los que podía apoyarme para llorar.

La vio palidecer, afectada por lo que sin duda había sabido siempre.

—Soy consciente de que te hice mucho daño. Me lo decía Emilio, pero yo no lo escuchaba, porque era eso lo que entonces quería: devolverte un poco del dolor que me estaba matando. No podía perdonarte el que tú estuvieras vivo y ella no. —Lo miró en silencio durante unos segundos—. Me avergüenza decirlo, pero era lo que sentía entonces.

Kaïet apoyó los antebrazos en las rodillas y bajó la cabeza.

—A todos nos destrozó perderla.

—Ha debido estar muy enfadada con nosotros todo este tiempo.

—Sí, seguro que sí. —Sonrió con tristeza, sin levantar los ojos, imaginando el reproche silencioso que hubieran mostrado los de Raquel de haber podido hacerlo.

La mano de Alicia, firme y cálida, se posó en la suya acariciándolo mientras le decía que lo quería. Que lo había querido aun antes de conocerlo,

desde que su hija comenzó a hablarle de él con un resplandor en la mirada hasta entonces desconocido. Que lo querría siempre, y que sólo deseaba que aquel desencuentro no se repitiera nunca.

Y, tras largas horas de conversación, de confidencias y de algunas ingobernables lágrimas, se fundieron en un abrazo que curó todo lo que el cariño sincero era capaz de sanar. Dos días después recordarían, también juntos, a los pies del ciprés más viejo de El Retiro, bajo el que esparcieron las cenizas de Raquel, que llevaban ya un año entero queriéndola y echándola terriblemente de menos.

CAPÍTULO 27

Se detuvo junto a la puerta de la tasca y miró al interior. Julen estaba sirviendo en la barra, tal y como había esperado, aunque sí le sorprendió encontrar el local más concurrido que otras noches y que poteara allí la cuadrilla. Hacía poco más de una hora que había regresado de Madrid, y lo había hecho con el alma un poco más tranquila y con la firme intención de seguir cerrando sus temas pendientes. Aunque sabía que no todo iba a ser tan sencillo y conmovedor como había sido el reencuentro con sus suegros gracias a Alicia.

Fue Ander el primero en verlo, y alzando la cabeza por encima del grupo lo llamó con un silbido a la vez que le hacía gestos con los brazos. Su pequeño escándalo le hizo sonreír, y también le impidió apreciar la frustración y la rabia que su entrada provocó en Julen. Momentáneamente centrado en su amigo, avanzaba hacia él y la sonrisa de satisfacción con la que lo recibía, contento por tenerlo allí, con todos, como muchas veces le había sugerido que hiciera. Y cuando se topó con el mismo gesto de agrado en los rostros de Eduardo y de Isidro, se sintió un necio.

—Aunque en realidad vengo a tratar de arreglar las cosas con Julen, me alegra encontraros aquí, porque os debo una explicación a todos. —Ander le puso el brazo sobre los hombros, cómplice y afectuoso—. Me sorprendió y me emocionó vuestro recibimiento, después de que yo lo hubiera hecho todo tan mal. Me ofrecisteis vuestra amistad intacta, tal y como yo la abandoné sin decir nada a nadie, y me he portado como el mayor de los idiotas.

—Tú hubieras hecho lo mismo por cualquiera de nosotros —aseguró Eduardo con una sonrisa.

—Puede que sí. No lo sé. La única verdad es que a pesar de todo yo seguí sintiéndome un extraño que perdió sus derechos el día en el que se marchó. Y os he estado evitando porque me dabais una amistad y un cariño que no creía merecer, y eso me hacía sentir mal.

—¡Pero cómo os complicáis los tíos de ciudad! —exclamó Isidro a la vez que le pasaba el brazo sobre el que aún mantenía Ander, aprisionándolo entre los dos—. La amistad es algo mucho más sencillo. Y, por si no lo recuerdas, déjame que te diga que aquí una cuadrilla lo es para siempre, hasta que el último que quede la palme.

Se emocionó ante aquella verdad en la que no había pensado ni una sola vez desde que se fue. Allí la cuadrilla era sagrada. Podían llegar novias, mujeres, hijos, nuevos amigos o parientes, pero la cuadrilla seguía inalterable, fiel hasta las últimas consecuencias. Él era el único que no había cumplido con aquella ley no escrita... Él y Julen, pensó mientras le echaba una rápida mirada y descubría su gesto hosco.

Isidro pidió que sacaran un vino a Kaiet, porque tenían que brindar por los buenos amigos que siempre serían. Él les rogó que esperaran un poco para hacer ese brindis, pues antes quería hablar con Julen.

Sorteó a quienes bebían y conversaban junto a la barra hasta llegar al otro extremo, donde él retiraba unos vasos vacíos.

—¿Qué cojones haces aquí? —preguntó en actitud furiosa y amenazante, comprimiendo las manos contra el borde de madera—. ¡Ésta es mi casa!

—Sé que he hecho muchas cosas mal, y lo siento. Me gustaría que habláramos y...

—¿Cuántas veces necesitas que te advierta que te partiré las piernas, antes de hacerlo?

—Sólo quiero disculparme...

—¿Para qué? ¿Para que vuelvas a aprovecharte de mi hermana? —exclamó, y ya no necesitó más provocaciones porque sus propias palabras terminaron de enfurecerlo. Se abalanzó sobre Kaiet saltando con agilidad la barra y derribando los vasos que encontró en su camino, y en cuanto sus pies tocaron el suelo le golpeó la mandíbula con el puño cerrado. Kaiet gimió de dolor a la vez que se llevaba los dedos al labio, decidido a no pelear. Pero

cuando el siguiente impacto lo sintió en la boca del estómago, pasó a devolver los golpes con la misma saña con la que los recibía mientras se le llenaban los oídos de gritos y el cuerpo de manos que lo sujetaban para apartarlo de su amigo.

—¡Ya basta! —gritó Ander poniéndose en medio cuando entre todos consiguieron separarlos—. ¡Tenéis que arreglar esto de una puta vez!

Las voces cesaron. El concurrido local se quedó sumido en un silencio tenso, como el de la absoluta y breve calma, en el ojo del huracán, que antecede al instante en el que el viento vuelve a golpear con la misma potencia, pero en dirección contraria.

Tras los primeros segundos de desconcierto comenzaron a aflojar la fuerza con la que los sujetaban, y al comprobar que ninguno de los dos tiraba hacia el otro, se apartaron definitivamente, dándoles palmadas en los hombros, seguros ya de que no volverían a enzarzarse.

Aun así continuó reinando el silencio. Nadie se atrevió a abrir la boca para no avivar involuntariamente los rescoldos, pues ellos dos seguían retándose con la mirada mientras sus aceleradas respiraciones iban recuperando el ritmo.

Y la tensión volvió a encenderse al grito de Julen.

—¡Maldita sea! —exclamó de pronto, levantando con ímpetu los brazos.

Y con la misma rapidez con la que llegó el sobresalto volvió también la tranquilidad en cuanto lo vieron pasarse las manos por el pelo, como enfurecido consigo mismo por haber reventado de aquel modo.

Kaiet retrocedió para marcharse, y, al notarlo, Julen tomó un puñado de servilletas de papel de una mesa cercana y se las lanzó, entendió Kaiet que para que se limpiara el hilo de sangre que notaba deslizarse desde la ceja. Lo agradeció con un gesto silencioso y desapareció en dirección al puerto. Julen se fue a la cocina.

Media hora después, y tras palpase el corte y comprobar que seguía estando seco, Kaiet dobló la calle que llevaba directamente a la floristería. Las luces del invernadero estaban encendidas, y no dudó en acercarse.

Rozó el cristal con los dedos, y al final se atrevió a golpearlo con suavidad, como había hecho muchas otras veces. Ahora Maddi ya sabía que

él estaba allí; lo había oído y seguramente lo estaba viendo. Y si nada se movía en el interior era porque quería que se fuera y la dejara en paz para siempre.

Se alejó unos pasos sin dejar de mirar, ansiando que aconteciera algo tras el cristal, algo que le diera esperanzas, algo que detuviera su retirada. Y al final suspiró, resignado a no verla esa noche, pero dispuesto a no rendirse hasta que todo estuviera definitivamente perdido.

Cruzó la calle, en dirección no sabía aún si a su casa o a algún bar en el que beber hasta anesthesiarse o hasta ganar valor para regresar a buscarla.

Y el corazón se le detuvo cuando oyó el familiar chasquido con el que solía abrirse el cerrojo.

Respiró hondo antes de volverse y comprobar que nada se había movido, y aun así se acercó con la misma lentitud con la que acababa de alejarse. Tragó saliva y empujó la puerta, en apariencia cerrada, y ésta cedió dócilmente.

Atravesó la tienda a oscuras, siguiendo la suave claridad que llegaba desde el invernadero y que se reflejaba en las paredes, dibujando la sombra de cada hoja y de cada flor que encontraba en su camino.

Y la vio allí, mirándolo de frente, con el trasero apoyado en la mesa de trabajo y las manos fuertemente agarradas al borde.

—¿Por qué vienes a buscarme? —le preguntó, seria, como si minutos antes no hubiera sentido alivio al ver que finalmente había regresado.

—Porque es la única forma que tengo de saber si sigues creyendo que soy un imbécil o todo puede volver a ser como antes —dijo mientras se acercaba despacio.

Ella observó fugazmente las amoratadas contusiones, la señal en el labio y el pequeño corte que le cruzaba la ceja, pero al instante volvió a mirarlo a los ojos para preguntarle, con un irónico pero apagado murmullo:

—¿Para qué...? No sabrías qué hacer con una respuesta como ésa. —Él se detuvo, desarmado de pronto por esa verdad a medias—. Pensaba que no regresarías —añadió sin haberle dado tiempo a contestar.

—He vuelto porque estoy intentando hacer aquello que me dijiste, sobre arreglar nuestras cosas pendientes para poder seguir adelante. —No apreció

ninguna reacción en ella, y continuó, nervioso—: He comenzado con mis suegros, y hace tan sólo un rato lo he intentado también con tu hermano. — Gesticuló graciosamente, tratando de bromear, pero ella miró la herida y siguió guardando silencio—. Aunque con él no se puede decir que haya funcionado.

—No es tan fácil como llegar, decir lo siento y esperar que todo se olvide —afirmó con la misma aparente frialdad.

—Lo sé, y tampoco lo pretendo. —Avanzó el paso que había estado evitando que sus cuerpos se rozaran—. Pero debo comenzar pidiendo perdón. También a ti. —Le acarició la barbilla, levemente, con el dorso de los dedos—. A ti te debo la mayor de las disculpas.

Maddi negó con la cabeza, y en un intento de controlar sus emociones se apartó y caminó hacia la cristalera. Pero la oscuridad exterior le devolvió su reflejo, y también el de Kaiet llevándose los dedos al labio herido a la vez que respiraba hondo.

—En los dieciocho días que llevo sin verte y echándote de menos, me he dado cuenta de que tenías razón: soy un completo imbécil que no ha sabido apreciar lo que has hecho por mí. —Ella, sorprendida porque también él los hubiera contado, contuvo el aliento al verlo acercarse—. Y puede que lo sea aún más por pedirte esto, pero... Maddi... —Le rozó el hombro y, con suavidad, la hizo volverse—. Dame una oportunidad. Dame la oportunidad de arreglarlo. Sé que no te he dado motivos para que esperes mucho de mí, pero también sé que puedo hacer las cosas mejor de como las he hecho.

Evitó mirarlo directamente a los ojos para que no viera su debilidad, para no concederle más poder sobre ella del que ya tenía. Le hubiera respondido de haber sabido cómo hacerlo, pero se quedó observándole la herida aún abierta, incapaz de protestar al sentir la mano que él le deslizaba por la cintura y el modo en el que la arrimaba contra sí, haciéndola estremecer. Tan sólo pudo suspirar bajito mientras imaginaba la contundencia que sin duda llevó el golpe que le partió la ceja.

—Te debe estar doliendo mucho —dijo al fin, y le rozó la herida cuidadosamente con los dedos; él cerró momentáneamente los ojos, con pesar por no haber obtenido respuesta.

—Me dolería mucho más el que tú no quisieras perdonarme —aseguró soportando sin un gesto el escozor que le provocó el levísimo y ansiado roce —; me dolería mucho más que me echaras.

La pasión y la verdad silenciosa que reflejó su mirada, tan parecidas a las que durante media vida había esperado ver en él, la hicieron temblar.

—Deberías irte antes de que termine haciéndolo —musitó cuando deseaba con toda su alma que no lo hiciera.

Entonces fue Kaiet quien guardó un largo silencio. Volvió a cerrar los ojos y se aproximó a su rostro deseando besarla y demostrarle así lo que era evidente que no estaba siendo capaz de expresar con palabras. Pero no se atrevió ni siquiera a rozarle los labios.

—Está bien; no te molestaré más. —Sintió frío al soltarla, frío al volverse, frío al alejarse para salir de allí.

—¿De verdad me has echado de menos? —preguntó Maddi, a punto de que él dejara la luz del invernadero y se perdiera en la oscuridad de la tienda.

A Kaiet se le detuvo el corazón a la vez que lo hacían las piernas. Se volvió con lentitud, y la vio haciendo aquel delator gesto de apartarse el pelo tras la oreja.

—Para mi propio asombro, y aunque te cueste creerlo, así ha sido —comenzó a regresar hacia ella—. He echado de menos a la amiga de las mañanas y a la amante de las noches, a la que me hace reír, a la que me obliga a pensar. A la dulce, a la ácida —se detuvo, mirándola con ternura a los ojos—. Sí, Maddi. Te he echado mucho de menos —aseguró tendiéndole la mano.

De nuevo eran palabras que siempre había deseado oírle pronunciar. Y, casi sin darse cuenta, posó en su mano la suya, entrecruzando con él los dedos mientras se arrimaban bien el uno al otro y unían con impacientes ganas sus labios.

—Kaiet yo... Yo sé exactamente lo que quiero de ti —le dijo en voz baja—. Pero no tengo muy claro lo que esperas tú de mí.

—Ahora mismo, que me perdones —susurró sin apartarse ni de su cuerpo ni de su boca—. Que me creas cuando te digo que te necesito, que te deseo —buscó sin ninguna prisa sus ojos—, que jamás he deseado a nadie con la

desesperación con la que te deseo a ti.



Llegó a casa con una relajada sonrisa y unas feas contusiones en el rostro. Aunque la única que realmente le dolía ya, era la que le había abierto la ceja. Nada que no pudiera arreglar un sobre de ibuprofeno que además le ayudaría a dormir lo poco que quedaba de noche. A esa deshumanizada hora, la claridad que se apreciaba por debajo de la puerta de la cocina lo llevó a la convicción de que allí estaba Gabino, preparándose para un nuevo día de pesca.

Lo encontró de espaldas, alzando el brazo con todas las ganas para alcanzar en la balda superior del armario una lata de atún. Kaiet se acercó, y sin mediar palabra la agarró con facilidad y la dejó junto a un trozo de pan que dio por hecho que él había abierto, pensó que probablemente con la intención de hacerse un bocadillo.

No prestó atención, mientras llenaba hasta la mitad un vaso de agua, al gesto de sorpresa de su padre ni al modo en el que frunció el entrecejo, preguntándose en silencio qué tramaba para que de pronto se mostrara tan atento.

Kaiet no se hacía preguntas. Ni siquiera de por qué su padre se preparaba un bocadillo cuando siempre llevó la comida al barco en una tartera, de la que casi siempre comía de pie y muchas veces en forma de sopa por el agua que las olas derramaban sobre la cubierta, llenándoles también los recipientes. «Cuanto más movida está la mar, más caldoso queda el guiso», le había oído contar en muchas ocasiones. Y no se preguntaba nada porque tenía el pensamiento en la pasión arrebatada de las horas que acababa de pasar con Maddi, en el vivero.

—Así que a esto has vuelto. A avergonzarme. —Kaiet lo miró sin estar seguro de haberlo entendido ni de si eso que acababa de oírle decir era lo primero que había pronunciado—. ¡Sí, a avergonzarme con peleas de macarras y chulos de barrio!

Kaiet se tocó la ceja. Debía tener un bonito color morado. ¿Cómo lo había llamado Maddi al descubrirlo cuando entraron en el ascensor? No había sido macarra ni chulo de barrio. «Tienes aspecto de chico duro», había bromeado con sensualidad, rozándole de nuevo y con cuidado la herida.

—¡Eres un hombre adulto —siguió increpándole su padre—, todo un arquitecto, y además tienes un hijo al que debes dar ejemplo!

—Así es —aceptó meciendo la cabeza mientras abría el cajón de los cubiertos.

Y de pronto reparó en que junto al pan y la lata de bonito había también un bote de aceitunas negras. Ésa era la asquerosa y extraña merienda a la que últimamente se había aficionado Iker. Lo mismo que su padre estaba a punto de preparar para salir de pesca. Sonrió sin poder creerlo a la vez que se hacía con la cucharilla y vertía el sobre de ibuprofeno en el agua.

—¡Cuesta mucho ganarse el respeto de todo un pueblo, como lo he tenido yo siempre! —continuó Gabino—. Y cuesta muy poco perderlo. No puedes venir aquí a pelearte como un chaval o como algo mucho peor y manchar nuestro apellido.

Kaiet agitó la disolución y se la bebió de un trago. Dejó el vaso y la cucharilla en el fregadero y se dirigió hacia la puerta.

—¿No vas a responderme?

—Para qué, si estoy de acuerdo en todo cuanto has dicho.

Gabino se quedó inmóvil, sin entender qué le había ocurrido a su hijo aquella noche, además de haber recibido una buena tunda. O tal vez la pregunta correcta, pensó, era qué le venía ocurriendo desde unos días antes de que se fuera a Madrid.

CAPÍTULO 28

Los días pasados en Madrid, en especial las largas conversaciones con Alicia, le dieron la paz que no había tenido desde la muerte de Raquel; reconciliarse con Maddi lo llevó a la dicha de vivir que pocas veces había sentido desde entonces. Estaba recuperando la capacidad de disfrutar de cada pequeño detalle, de cada momento, de cada simpleza que llevaban meses pasándole desapercibidas. Había subido incontables veces a la Atalaya, siempre solos *Pintxo*, él y sus pensamientos. Y ahora, en plena cuesta hacia ese apartado rincón, reparaba en el anciano que, sentado junto a la puerta de su casa, fumaba un cigarrillo con los ojos, y era posible que hasta con el alma, puestos en la mar. En la pareja de jóvenes enamorados que acurrucados al abrigo del monumento de cemento y madera, homenaje al pintor Benito Barrueta, pasaban horas abrazados, besándose o hablando en voz baja. Y todo eso había estado sucediendo a su alrededor cada noche, una tras otra, mientras él había caminado sin ver nada ni a nadie.

Dormir abrazado al cuerpo de Maddi, mecido por el modo en el que su agitada respiración iba recuperando el ritmo, era una de las muchas deliciosas cosas que comenzaba a saborear. Acariciarle o mordisquearle la piel para despertarla a la vez que le encendía el deseo era otra a las que comenzaba a convertirse en adicto. Como a las largas e interminables conversaciones, desnudos sobre la cama. Le gustaba apoyarse sobre un codo y mirarla mientras hablaban. O que ella posara ambos brazos en su pecho, y descansara en ellos la barbilla, porque así la distancia era más corta y hablaban todo el tiempo en susurros. Era hermosa, y cada vez se lo decía con mayor frecuencia, igual que le revelaba lo feliz que se sentía a su lado o que le

gustaría quedarse allí para siempre, entre esas sábanas revueltas que olían a la pasión que acababan de compartir.

Se estaba haciendo adicto, sí; a esa manera apasionante de vivir cada sencillo segundo, incluso aquellos en los que tan sólo se miraban guardando silencio.

Durante esas conversaciones a la luz de la luna, fueron conociéndose más profundamente a través de pequeños detalles, de sencillas revelaciones. Pero también descubrieron que había cosas que ya conocían del otro que seguían estando allí a pesar de los muchos años transcurridos, de las vivencias pasadas; incluso de la dureza de la que, a veces, Kaiet parecía haberse revestido.

—Entonces no mientas —indicó Maddi, contenta porque, una vez más, él satisfacía su insaciable curiosidad por saber hasta la última cosa que hizo mientras estuvo lejos—. En el fondo me estás diciendo que tu ambición por triunfar en tu profesión no era tan sólo por tu *ama* y por ti.

Kaiet sonrió sin saber cuál de sus palabras había dejado eso al descubierto.

—No es mentir. Lo que pasa es que quizá hay otra parte que me cuesta creer —aceptó a la vez que con el dedo índice le dibujaba la sensual forma del hombro—. O tal vez simplemente reconocer. Una parte de la que nunca he hablado con nadie, y es mi *aita*.

—Querías que se sintiera orgulloso de ti.

Él asintió a la vez que con un gracioso gesto le dejaba ver que no le había sorprendido que lo supiera.

—También eso tenía dos partes —confesó—. Quería demostrarle que no lo necesitaba, que podía salir adelante yo solo mejor de lo que él lo hizo primero con el apoyo de su familia y después sin él. Quería restregarle mi éxito aun creyendo que jamás vendría a contárselo —respiró hondo—. Pero había algo más importante si cabe, sí. Y era que necesitaba que se sintiera orgulloso de mí. —Esbozó una sonrisa que no terminó de aparecer—. ¿Puedes entender esa contradicción?

—Totalmente.

La miró desconcertado porque hubiera comprendido, con tanta facilidad,

algo que para él siempre supuso un sentimiento incómodo que no terminaba de perdonarse.

—¡Es un alivio! —dijo en tono de broma, a la vez que alzaba la cabeza para besarla en los labios—. Tengo que aprender a ser tan comprensivo como tú.

—¡En eso también estoy de acuerdo! —intentó poner seriedad en la voz sin conseguirlo—. ¡Porque ahí está el problema!

—¿El problema de qué?

—¡Pues de todo! —exclamó arqueando las cejas y encogiendo los hombros.

Los ojos de Kaiet chispearon divertidos a pesar de no entenderla.

—¿A qué demonios te refieres ahora?

—Por ejemplo, a que no consigues que tu hijo te cuente el secreto del que sí que habla con su tía.

Él gimió a la vez que se doblaba como si hubiera sufrido un fuerte impacto en el estómago.

—Eso ha sido un golpe bajo —aseguró con voz quebrada.

—Sólo te digo la verdad.

—¡Pues no me va a quedar más remedio que pedir ayuda! —Volvió a elevar la cabeza para besarla largamente en la boca—. Y, ya que tú eres tan lista y lo sabes todo, tal vez podrías enseñarme cómo conseguir la confianza plena de mi hijo para que me cuente más cosas que a Amara.

El modo en el que se mordió los labios, conteniendo la risa, lo delató. Y aunque Maddi quiso seguirle la broma, desistió al estallar ella misma en carcajadas mientras le aseguraba que era buena en casi todo, pero que todavía no podía obrar milagros.

Después le aconsejó que se conformara y que entendiera a Iker, pues era un niño enamorado por primera vez, y además un poco tímido, con lo que era lógico que se sintiera más cómodo sincerándose con un alma femenina.

Kaiet le contó que a veces se preguntaba de quién habría heredado su hijo la timidez. Porque lo que en Raquel pudo parecer en alguna ocasión timidez, era sólo discreción. Y él no había sido tímido nunca. Cuando una chica le atraía, siempre se lanzaba a conquistarla. Prefería un rechazo rápido a la

muerte lenta de ansiar cada día que ella le devolviera la mirada aunque sólo fuera durante dos segundos seguidos. Pero aquel chico que sabía disfrutar de cada momento como si después no fuera a haber ningún otro murió el día que se encontró solo, en una ciudad extraña viéndose obligado a tomar las riendas de su vida. El hombre serio y cabal, centrado en su trabajo y cargado de responsabilidades que encontró la felicidad junto a Raquel, murió la mañana en la que la perdió a ella.

Lo que se guardó para sí, fue que el Kaiet que ahora estaba descubriendo lo tenía desconcertado, pero le gustaba, tal vez porque se nutría de la entusiasta y contagiosa forma que ella tenía de ver la vida y que le recordaba a la que una vez él mismo tuvo.



Notó cosquillas en la nariz. Se la frotó con los dedos, medio adormilado, y volvió a arrellanar la cabeza en la suavidad de la almohada. Tras unos segundos de calma volvió a sentir el hormigueo. Esta vez levantó perezosamente los párpados...

... y se encontró con los enormes ojos de pupilas rasgadas del gato y con sus bigotes husmeándole el rostro.

—¡Dios! —exclamó sobresaltado, apartando la cara a la vez que *Miki* brincaba con rapidez al suelo—. ¿Qué es esto?

La carcajada de Maddi terminó de despertarlo.

—Deberías sentirte halagado. Te estaba marcando como de su propiedad, frotando su mejilla contra la tuya. Eso significa que después de mucho observarte, ha decidido que le gustas.

—Pues a mí él me gusta más cuando me mira de lejos.

—¡Cobardica! —lo reprendió al saltar de la cama y salir del cuarto, llamando a *Miki* para que la siguiera—. ¡Es un gato, no un tigre salvaje!

Él observó el movimiento de su trasero con el que se alejaba, oculto bajo su camiseta blanca. Y cuando la perdió de vista tuvo que admitir que ella convertía esa enorme prenda de simple algodón que no dejaba nada a la vista

en algo fascinante.

Entonces se fijó en que el gato seguía allí, sentado en la alfombra y mirándolo fijamente mientras movía hacia adelante los largos bigotes, como si pretendiera prolongarlos hasta volver a rozarle.

—Sigue a tu *ama* —le pidió en voz baja—. Seguro que ha ido a prepararte el desayuno. —El animalito siguió contemplándolo sin ninguna intención de marcharse—. Si no te das prisa, se lo comerá ella y no dejará nada para ti.

De pronto, Maddi debió de abrir alguna de sus latas preferidas en la cocina, porque repentinamente olfateó el aire con la boca entreabierta y salió veloz, con los movimientos del felino salvaje que se suponía que no era.

Kaiet suspiró satisfecho. Extendió los brazos, cerrando los ojos, y mientras desde la cocina le llegaba la voz de Maddi hablando cariñosamente al gato, se fue abandonando en somnolencia y pensamientos.

Ander ya tenía los permisos para la reforma del local. En unas semanas tendrían organizados todos los gremios y comenzarían con la obra. Le ilusionaba el proyecto, y no sólo porque iba a ocupar el tiempo haciendo algo que le gustaba. Le ilusionaba porque era el sueño de su amigo, y opinaba que no había nada mejor que cumplir sueños para ir creándose otros nuevos. Aunque, muchas veces, ante la imposibilidad de cumplirlos se iban transformando en otros menos pretenciosos.

Como hicieron los de Julen.

Le había asombrado verlo convertido en pescador, cuando juntos habían maldecido a ese oficio. Julen porque mantenía lejos a un padre al que adoraba, él porque veía sufrir cada día a su madre y pensaba que ese dolor se lo provocaba su padre por haber elegido al mar en lugar de a ella.

El sueño de adolescencia de Julen fue convertirse en motero, y la culpable fue *Easy Rider*, que emitieron por televisión una lluviosa tarde de invierno. Solía decir que, al igual que hicieron Peter Fonda y Dennis Hopper en esa vieja película, también él cabalgaría a lomos de una Harley por largas e interminables carreteras, sintiendo el viento en el rostro mientras buscaba incansable su destino. Y, al final, dejar embarazada a la amiga de su hermana lo llevó a casarse demasiado joven y a aceptar un trabajo con el que alimentar

a su familia. Maddi aseguraba que Nagore siempre fue su destino y que lo hacía feliz. Que ella y su hija eran el sueño que cumplió antes de tener tiempo a soñarlo. Él lo creía, y lamentaba no haber estado allí entonces, cuando la vida de su amigo dio un giro tan inesperado.

No cambiaría sus años vividos en Madrid por nada del mundo. Ni siquiera los primeros, de penurias y amargas lágrimas. Pero era innegable que en el camino había ido perdiéndose cosas importantes. «Para conseguir algo siempre tienes que renunciar a algo», solía decirle a Raquel cuando ella le reprochaba que trabajara tantas horas. Y hacía ya diecisiete años que él decidió comenzar a forjarse una vida en Madrid renunciando a la que, en su ausencia, siguió aconteciendo en Bermeo.



Pintxo reclamó la atención de Kaiet buscándole las manos con el hocico.

—Es más divertido jugar con él que mirarlo de lejos, ¿eh, amigo! —dijo mientras le frotaba con mimo las orejas. Después le ordenó que volviera a tumbarse.

No estaba permitido llevar a los perros sueltos por el interior del pueblo. Y, aunque no terminaba de entender esa prohibición, durante el tiempo que pasaban en el parque grande lo mantenía amarrado a la correa.

No eran muchos los niños que correteaban por allí esa tarde, supuso que por el frío. Aunque Iker tenía las mejillas coloradas, no sabía bien si debido a las carreras con las que jugaban a atraparse o porque le había atado el abrigo hasta el botón del cuello. Tampoco había rastro de la niña resabiada, y, por primera vez desde hacía tiempo, Iker se divertía sin la preocupación de rondarla continuamente.

Apenas se había acomodado *Pintxo* en el suelo cuando volvió a erguirse, alerta y tenso. Kaiet quiso comprobar qué lo había alarmado, y se volvió justo en el instante en el que Julen llegaba y se sentaba en el otro extremo del banco, silencioso, apoyaba los brazos en las rodillas y miraba hacia el revoltoso grupo de críos.

Tranquilizó al perro con caricias lentas y prolongadas, desde lo alto de la cabeza hasta el lomo, seguro del desorden en el que se le amontonaban a Julen los pensamientos.

—¿Recuerdas cuando nosotros éramos así? —le oyó preguntar, tras unos largos segundos, sin dejar de observar a los niños.

—Siempre juntos, desde pequeños. De la mañana a la noche —respondió con una indecisa y nostálgica sonrisa—. Lo recuerdo, sí, y más a menudo de lo que seguramente crees.

Volvieron a quedarse en silencio. El perro apoyó la cabeza en el muslo, relajado de nuevo, mientras él podía sentir la tensión con la que Julen comprimía todos sus músculos. Entendía que se demorara con cada palabra, que las rumiara despacio antes de dejarlas brotar de su boca. Y lo entendía porque tampoco él encontraba ninguna a pesar de todas las cosas que deseaba decirle. De pronto lo notó inspirar de aquel modo brusco en el que lo había hecho siempre, y supo que ya no se detendría.

—No he venido a hacer las paces por mucho que todos éstos se empeñen —dijo en clara referencia a los amigos—. Creo que va a ser cuestión de tiempo, de volver a confiar. Porque ahora no lo hago, Kaiet —aseguró con apenada crudeza—. Y ni siquiera sé si volveré a hacerlo alguna vez.

No lo culpaba por ello. Entendía que si el tamaño de su decepción era la mitad de lo importante y sincera que fue su amistad, le iba a faltar vida para dejar de sentirse decepcionado.

—He venido porque necesito algunas respuestas —continuó ante la mudez de Kaiet—. En realidad sólo tres —aclaró, de pronto más áspero, volviéndose al fin a mirarlo—. Quiero que me digas por qué fuiste tan cabrón con mi hermana antes de marcharte, por qué la estás utilizando ahora de nuevo, y por qué en ningún momento llamaste ni supimos nada de ti. Porque puedo entender que te fueras de aquella manera ahora que conozco los motivos, pero te aseguro que no soy capaz de entender nada más.

Se miraron a los ojos durante unos segundos. Kaiet apartó los suyos cuando comenzó a hablarle de aquella noche en la que estuvieron juntos, un solo día antes de que su madre los dejara para siempre. Cuando él se vio obligado a llevarla en el coche hasta su casa. Habían bebido demasiado, y lo

que ella comenzó con unos indecisos roces en el muslo y unas caricias en la mejilla, por las que él no protestó, continuó con un tímido y cálido beso en los labios. Y él ya no pudo contenerse. Fue la mezcla del sopor que le provocaba el alcohol con el beso más dulce y tierno de todos cuantos hasta entonces había recibido.

—Me cuesta responderte a lo que ocurrió con Maddi, porque ni yo mismo estoy seguro de saberlo. Pasó, sin más. Y lo único que puedo decirte es que ni la utilicé entonces ni estoy tratando de utilizarla ahora.

Julen mostró su incredulidad meciendo con lentitud la cabeza. Kaiet continuó:

—Cuando me marché, lo último que pensé fue en llamar a nadie. Después... —Se pasó las manos por el pelo, buscando las palabras—. Después tuve miedo de que no pudieras perdonarme por lo que había hecho. Dejé que pasaran semanas y después meses a la vez que intentaba convencerme de que eran la distancia y el tiempo transcurrido los que nos separaban. Eso era menos doloroso de lo que podía encontrarme si me arriesgaba a llamarte.

La mandíbula de Julen se tensó a la vez que miraba con aire ausente a los críos.

—Aun así debiste hacerlo. Debiste llamar. Por mí; darme la cara y explicarme lo que pasó, y sobre todo por ella, para que no se hubiera sentido tan mal.

El griterío de los chavales les llegó con más claridad cuando volvieron a quedarse en silencio. Durante largos segundos los dos contemplaron las carreras de Iker, sus gestos de frustración cuando lo atrapaban y sus graciosas celebraciones cuando lograba escaparse o era él quien apresaba a alguien.

—¿A quién se parece? —preguntó inesperadamente Julen.

Kaiet se llenó de amor y de orgullo mirando a su hijo.

—A su madre.

Tras varios segundos de inmovilidad y silencio, Julen se puso en pie, inspiró hondo y se alejó, esta vez atravesando el parque. Kaiet lo vio acercarse a Iker e intercambiar con él algunas palabras. Le emocionó verlo sonreír y revolverle el pelo, tal y como él mismo hacía muchas veces, antes

de marcharse.

CAPÍTULO 29

Llovía en Bermeo cuando Kaiet y Maddi salieron del *txoko*, cerca de las dos de la madrugada. Avanzaron por las estrechas calles de la parte vieja sin ninguna prisa por llegar a casa, disfrutando de la soledad, del silencio mecido por el sonido de sus pasos, del reflejo de las amarillentas luces de las farolas en el empedrado húmedo y brillante. Del placer de ir bien pegados el uno junto al otro para salvaguardarse de la lluvia bajo el pequeño paraguas azul.

Ya se habían mojado ese amanecer, durante el trayecto de ida y vuelta a Mundaka, con un fino sirimiri^[19] que terminó calándolos hasta los huesos y haciéndolos temblar de frío mientras esperaban a que le sirvieran a Kaiet las palmeras. Ahora la veían caer disfrutándola de una forma más íntima y cálida, más acogedora.

—Ha sido una buena noche —comentó ella, satisfecha de cómo había ido esa primera cena después de que él las hubiera estado evitando.

Había ido algo nervioso a pesar de que ya se había disculpado varias veces con ellos y de haber medio arreglado las cosas con Julen. Pero, durante ese encuentro, y después de la cariñosa normalidad con la que volvieron a acogerlo, entendió que aquéllos seguían siendo sus amigos y que aquél podía ser también su sitio, si él quería.

—«Es» una buena noche —corrigió deteniéndose un instante para darle un apasionado beso en la boca—. No ha acabado aún.

Maddi rio bajito, como si no quisiera interferir en el sonido que la lluvia provocaba al golpear el nailon tirante del paraguas.

—¿De qué hablabais mi hermano y tú cuando estabais en la cocina?

—¿Mientras yo hacía de pinche del pinche cortando puerro, cebolla,

sacando y picando la carne de las patas del txangurro^[20] a la vez que los demás cocinaban? —se burló de sí mismo.

—Tú podrías diseñar el puente más largo del mundo y ellos no —aseguró orgullosa.

Kaiet la estrechó con más fuerza, riendo.

—Gracias. Ahora me siento mucho mejor. —Volvió a besarla, esta vez en la frente—. No nos dijimos mucho —reconoció recordando el silencio tenso de los primeros minutos, cuando les tocó compartir espacio y tarea, y el alivio que sintió al comprobar que al menos no se marchaba—. Yo le hablé de Iker, él me contó que tiene una hija preciosa y muy inteligente. Nada de importancia. Tal y como él dijo, esto va a ser cuestión de tiempo.

—Todo es cuestión de tiempo; siempre —opinó con dulzura—. Pero hoy te has sentido bien, que es lo importante.

Kaiet contempló sus ojos, vivaces y oscuros a la sombra del paraguas.

—Eso es verdad. Tú tenías razón: necesitaba hacer este tipo de cosas. Me gustan, Maddi —dijo con una relajada sonrisa—. Me gusta estar con ellos sintiéndome tan sólo uno más.

Le gustaba esa sensación de tranquila serenidad que perdió hacía ya más de un año; le gustaba haberla encontrado inesperadamente entre sus antiguos amigos, pero sobre todo le gustaba sentirla junto a ella, que era quien verdaderamente le estaba cambiando la vida.

Al final del día terminó en su cama, como casi siempre, y el amanecer los encontró acostados, cansados de una noche larga e intensa con pocas horas de sueño. Él despertó antes, tal vez porque le gustaba verla dormir, y sobre todo despertar con esa lenta pereza que a sus ojos la hacía tan sensual. Le gustaba ver sus rizos esparcidos por la almohada, tocarlos con los dedos y sentir que despedían aquel tenue olor a mar. Era hermoso despertar con una mujer; con esa mujer, aunque en el fondo de sí subyaciera el sentimiento de no estar haciendo lo correcto.

La notó moverse, desperezarse y levantar con lentitud los párpados.

—Buenos días, preciosa. ¿Te he dicho alguna vez que cuando duermes pareces una sirena?

Agradeció el piropo con una sonrisa mientras lo contemplaba en silencio.

—¿Realmente son buenos?

—Despierto a tu lado. No podrían ser mejores.

Era lo que sentía, lo que necesitaba decirle sin llenarse después de arrepentimiento y de necesidad de alejarse. Estaba aprendiendo a dejarse llevar, como lo hacía ella. Aunque le costaba trabajo mantener controlada esa parte de sí que se rebelaba cuando más cercano a ella se percibía.

El apasionado beso que Maddi le dio en la boca le borró todos los pensamientos. De pronto la tenía ante sí, sentada a horcajadas sobre sus caderas desnudas, con sus hermosos rizos acariciándole el rostro y con la promesa de que incendiarían juntos el amanecer desde las sábanas. Y deseó ser capaz de aligerar también ese pesado equipaje que le dejó la muerte de Raquel, para así poder amarla como ella merecía.



Kaiet y Ander vivieron el inicio de las obras como si se estuviera colocando la primera piedra para la construcción de un nuevo Guggenheim, cuando en realidad sólo contemplaron derribar tabiques, levantar el gastado suelo y sacar escombros. Pero no era necesario que una construcción fuera grandiosa para llenarse de ilusión, se dijo Kaiet. Después de haber formado parte del equipo responsable de muchas ambiciosas obras, lo comprendió entonces, mientras el polvo que se formaba con cada golpe de pico y cada derribo, se le iba pegando a la ropa, al rostro y al pelo y le hacía toser al alcanzarle los pulmones.

Y esa ilusión debía ser contagiosa, porque a lo largo del día fueron pasando por allí todos los amigos para comprobar que la esperada obra había comenzado. También Julen, acompañado de Nagore, que estuvo más amable y hablador que otras veces, haciendo todo tipo de preguntas, algunas directamente a él.

La emoción le hizo ir después a casa de Maddi en lugar de a la suya, y a reír mientras ella gritaba advirtiéndole que no la tocara llevando esa asquerosa polvareda encima. Pero la abrazó y la besó en la boca diciéndole

que aquél era otro gran día que él añadiría a su larguísima lista de días perfectos.

Tras una enérgica ducha, que se llevó por el desagüe hasta el último rastro de desescombros, se puso ropa limpia. Y con los pies descalzos y el cabello húmedo, regresó al salón.

—A este paso terminaré trayendo aquí todas mis cosas —bromeó sentándose a su lado—. Incluidos un niño y un perro.

Maddi sonrió mientras se preguntaba si alguna vez plantearía él esa posibilidad en serio. La casa comenzaba a llenarse de sus enseres. Empezó llevando un cepillo de dientes, continuó dejando olvidadas un par de prendas y terminó trasladando algunas ropas para esos fines de semana en los que juntos dejaban pasar allí las horas.

No fueron conscientes de que esa normalidad a la que parecía conducir su relación, no pasaba desapercibida para nadie, y que además ilusionaba a quienes tenían más cerca, como a los padres de Maddi, a Amara o al propio Gabino, al que le hubiera gustado cualquier chica del pueblo con la que su hijo hubiera decidido emparejarse, pues eso abría la inesperada posibilidad de que nunca volviera a irse del todo. Pero, si él mismo hubiera podido elegir a la mujer encargada de retenerlo, sin ninguna duda, ésa hubiera sido Maddi. Por eso se alegraba tanto cada fin de semana que la veía delante de casa, esperando a su hijo y a su nieto. Ella lo saludaba cariñosa, alzando la mano, sin darle opción a que la invitara a subir. No sabía que eso no ocurriría, pues él tampoco quería arriesgarse a otro estallido de furia de Kaiet que volviera a estropearlo todo.

Antes de salir, Iker solía contarle con entusiasmo los planes para ese día, aunque la noche anterior se los hubiera detallado durante horas. Era la emoción, que lo podía siempre, en especial cuando lo que iban a ver era una realidad histórica de la que alguna vez había oído hablar o simplemente tenía algún vestigio de leyenda. Como la vez que le prometieron visitar el castillo de Butrón.

—Vamos a un pueblo que se llama Gernika. ¡Lo bombardearon los alemanes! —exclamó abriendo con desmesura los ojos mientras Amara le ponía el abrigo—. ¡La legión Cóndor! —añadió como si de verdad supiera de

lo que hablaba—. Pero primero iremos a ver un castillo fortaleza de los de verdad que está en un bosque y que tiene torres y almenas y... —siguió contando sin detenerse ni a respirar.

Kaiet aguardó sin impacientarse a que fuera el propio niño quien decidiera que ya había contado suficiente y, como siempre hacía, corriera escaleras abajo a encontrarse con Maddi. Sabía que, por mucho que jugaran a ver quién la alcanzaba antes, el pequeño volvería a llegar primero, y en cuanto la viera le preguntaría que cuánto faltaba para llegar. Y eso sin haber montado aún en el coche.

Una vez más, Gabino los miró marchar desde el mirador, gracias a la transparencia de los visillos, sorprendiéndose aún por el enorme vacío en el que siempre quedaba la casa cuando el pequeño no estaba. Había pasado siete años añorando a un nieto al que no conocía. Ahora se preguntaba si sería capaz de sobrellevar su ausencia sin morirse de pena. Pero sus ojos siempre terminaban posándose en la espalda de su hijo, y entonces ya no se hacía preguntas. Estaba seguro de que su corazón no soportaría que él volviera a irse sin que hubieran estrechado el doloroso abismo que los separaba.



Sintió cierta emoción al pisar aquel portal después de diecisiete años sin hacerlo, y el sentimiento se le acrecentó al entrar en la casa y descubrir que estaba igual que la última vez que él estuvo allí, pasando unas horas. Hasta el leve olor a una mezcla de manzanas maduras y lavanda le pareció que seguía siendo el mismo. Tal vez por eso, cuando avanzaba por el pasillo no pudo evitar detenerse ante la puerta abierta de la que fue la habitación de Julen y quedarse observando el interior.

Maddi también se paró al verlo, apoyó el hombro en el marco de la puerta y, cruzándose de brazos, lo miró con sonrisa dulce y expresión distraída.

—¿Recuerdas las horas que pasabais aquí, juntos, estudiando o fingiendo que lo hacíais?

—Curiosamente, tengo más frescos otros recuerdos; cuando venía a jugar

y tú aporreabas la puerta hasta que tu *ama* nos obligaba a abrirte y a dejarte entrar.

—Era bastante pesada —reconoció riendo.

—Un poco, sí —bromeó, y tras un rápido vistazo al final del pasillo, para asegurarse de que no aparecía su madre, la besó con rapidez en los labios y después suspiró.

Se sentía nervioso. Cada una de las veces que había estado en esa casa había hablado con la cariñosa madre de su amigo; ahora, de repente, iba a hacerlo con la de Maddi. Y la ínfima pero brutal diferencia estaba en el pequeño matiz de que se estaba acostando con ella, aunque tal vez le hubiera resultado más fácil de haber podido explicarse a sí mismo con qué finalidad.

Sus pensamientos, y hasta sus recelos, se interrumpieron en cuanto llegó al salón. Porque ella estaba allí, junto a la ventana, sonriéndoles con cariño. Sentada en una silla de ruedas.

El primer temido saludo resultó sencillo, ya que Maddi exclamó, con su fresca naturalidad y nada más entrar, que por fin tenía allí al hijo de Gabino Aguirre, y ella respondió con el mismo divertido ánimo que ya iba siendo hora. Tras acercarse se inclinó para besarla en ambas mejillas, y ella lo retuvo con un largo y fuerte abrazo que a él le agradó sentir.

—Me alegra verte, hijo —reconoció cuando lo tuvo sentado a su lado y a su hija enfrente—. Has cambiado mucho, pero la verdad es que estás más guapo ahora.

—Tan sólo más viejo, Eburne —aclaró, ya relajado—. A usted, sin embargo, la veo estupenda.

—¡Así me siento, hijo! —Su animosa sonrisa le recordó a las de Maddi—. ¡Estupenda, a pesar de estar un poco lisiada!

—¿Cómo sucedió? —señaló con los ojos la silla de ruedas.

—¿No te lo ha contado mi chica? —Los dos a un tiempo pronunciaron la negación—. Han pasado ya unos años —dijo como si eso pudiera restarle importancia—. Estaba haciendo unas compras para la cena de Navidad, y cuando cruzaba por el paso de peatones me golpeó un coche que me sacó volando como a un pajarito.

Le admiró su buen humor, exento por completo del dramatismo que con

toda justicia podría haber dado al relato de lo sucedido.

—El tipo no pudo frenar porque llevaba exceso de velocidad —añadió Maddi con más enojo—. Después se dio a la fuga.

—Lo siento. Debió de ser muy duro.

—Ellos hicieron que no lo fuera demasiado —aseguró con serenidad Edurne—. Valentín, Maddi, Julen y Nagore. Pero sobre todo mi nieta, mi chiquitina que se metía conmigo a la cama y me abrazaba muy fuerte asegurándome que con sus besos haría que se me pasara «la pupa».

Y comenzó a contar el bien que le hizo aquella pequeña de pocos años, para seguir hablando de lo lista que era, de lo alta, de lo guapa y de lo mucho que se parecía a la impetuosa Maddi, para terminar asegurando que ella era quien más a menudo iba a visitarla.

—¿Qué tal se las arregla para salir a la calle? —preguntó Kaiet.

—Ésa es tarea de Valentín —lo dijo con cariñoso orgullo—. No pasa ni un solo día sin que me lleve a pasear, por la mañana y por la tarde... —se interrumpió, pensativa de pronto—. ¡Anda, cariño! —exclamó dirigiéndose a su hija—. Prepáranos un cafecito de esos ricos que tú sabes hacer.

—¡Buen momento para una retirada! —bromeó a la vez que se ponía en pie—. Porque ahora va a hablarte de lo buen marido y enfermero que es mi *aita*, y eso se lo he oído contar ya muchas veces.

Edurne no protestó. Sonrió mientras la veía salir hacia la cocina, y después se volvió hacia Kaiet.

—Tiene un poco de razón. A veces me pongo como una vieja cargante contando cómo me ayuda Valentín para que esto no me impida hacer las cosas que me gustan. Pero no puedo evitarlo —se disculpó.

—No me molesta que me lo cuente. En realidad me agrada escucharla.

La satisfecha sonrisa de Edurne mostró que le gustaba su respuesta.

—Cuando se conmemoró el centenario de la Gran Galerna, hace poco, me llevó a todos los actos que se celebraron, y te aseguro que fueron muchos. Él, mi sillita, que es el mejor invento del mundo, y yo. —Palmeó el reposabrazos casi con afecto—. ¿Recuerdas algo de aquella galerna?

—¡Cómo olvidarlo! Son muchas las historias que todos hemos oído contar, ya desde niños.

—Fue terrible. Los que vivimos junto al Cantábrico hemos visto muchas galernas. —Lo miró directamente a los ojos, con una luz de pronto diferente—. Lo peor no es la fuerza desmedida que llevan, sino la forma inesperada en la que aparecen. En los días más tranquilos, soleados y apacibles, cuando te relajas y te adormeces dejándote acariciar por los rayos de sol.

Kaiet ya no pudo apartar los ojos de los suyos. Ni siquiera pudo responderle. La conocía y recordaba lo bastante como para presentir que ésa no era una simple conversación sobre galernas; que ella estaba enviándole un mensaje que él no estaba entendiendo.

—Es preferible una tormenta, por muy fuerte que sea, porque a ésa la ves venir, te preparas y te proteges —dijo con la misma intensa mirada—. La galerna despierta de golpe cuando ni siquiera podías imaginar que estaba dormida.

Él meció la cabeza, seguro ya de que no estaban siendo cosas suyas, que, de alguna manera, estaba hablando de él y de Maddi.

El repentino tintineo que llegó desde el pasillo, provocado por el leve entrechocar de tazas de porcelana, precipitó la conversación. Edurne posó la mano sobre la suya, con afecto, sin haber dejado de mirarlo.

—No le hagas daño —rogó en un susurro—. Ella no lo merece.

Al fin entendió Kaiet el significado de cada una de sus palabras, sutiles pero en verdad directas, a las que ni supo ni pudo responder.

Vio a Maddi entrar y dejar la bandeja en la pequeña mesita, con tres tazas de café, el azucarero y un platito con pastas, todas dentro del círculo que había formado con las que contenían mermelada roja, para no tener que revolver para encontrarlas. Su madre bromeó con su afición a esos dulces, prometiendo que la próxima vez le pediría a la dependienta de la pastelería que sólo le sirviera de esas que eran la perdición de su hija.

El cariño siguió estando en cada mirada y en cada gesto de Edurne, en cada palabra, como si no acabara de compararlo con una destructiva galerna y a Maddi con una confiada y frágil *txalupa* que se dejaba mecer por un mar tranquilo. Hablaron mucho del pasado, pero también del presente, y él le respondió a todo cuanto ella quiso saber sobre cómo salió adelante con sus diecinueve años, cómo formó una familia y cómo perdió de pronto a la mitad

de ella. No podía decir que se hubiera sentido incómodo. Habría sido una verdad a medias, incluso en algunos momentos una completa mentira. Pero, cada vez que la conversación giró en torno a él, no pudo evitar preguntarse qué estaría pensando Edurne o cuánto estaría dispuesta a entregar porque su hija no hubiera puesto jamás sus ojos en él. Luego volvía a sentir su mano apretando con tal cariño la suya, que todo se le desmoronaba y ya ni siquiera era capaz de pensar. Tan sólo de ver sonreír a Maddi, aunque sin escuchar apenas lo que decía.

CAPÍTULO 30

Kaiet no creyó que lo conseguiría. La noche anterior, Maddi había consultado el parte de olas, y había descubierto que éstas serían óptimas en Mundaka. Le explicó que se estaba formando una borrasca en el Atlántico Norte, a la altura de Irlanda, y que se esperaba que coincidiera con la aparición de un anticiclón un poco más cerca, y que éste se ocuparía, según aclaró con un gracioso mohín, de «ordenar las olas». Y al parecer todo eso era especial porque contribuiría a que la famosa ola izquierda de Mundaka surgiera perfecta y formara el más espectacular de los siempre esperados tubos.

Por la mañana le despertó el leve chirriar de la puerta del armario. Se dijo mentalmente que debía engrasar la bisagra, aunque a Maddi no pareciera importarle aquella especie de canto de grillo cada vez que abría la puerta derecha. Le costó levantar los párpados, y cuando lo hizo la vio, alumbrada por la débil luz del pequeño quinqué del aparador, enfundándose el neopreno sobre la ligera ropa interior.

—No sé si decir buenos días o buenas noches —bromeó somnoliento.

Y se levantó con lentitud, sintiendo que se le congelaban los pies al pisar el suelo de madera. Abrió de par en par el balcón, y la sensación gélida no fue nada comparada con el frío glacial que de pronto se le pegó al cuerpo. Era de noche aún, y las gotas de lluvia, que empapaban la calle y los coches aparcados a los costados, se hacían visibles tan sólo en el cerco de luz que proyectaban las farolas.

Cerró a la vez que resoplaba para sacarse el frío de los pulmones, y abrazándose a su cuerpo helado se volvió a mirarla. Estaba guapa, con el pelo revuelto y peleando para meterse en lo que ella llamaba buzo. Y al mirarla a

los ojos decidió que no lo haría aunque se muriera de ganas. No le pediría que renunciara a esas olas con las que sin duda había soñado durante toda la noche. Se lo veía en aquel mirar chispeante de emoción y aquella media sonrisa que le dedicó mientras se vestía de neopreno.

—Voy a preparar café —dijo, y se puso los vaqueros y la camisa desabrochada mientras ella seguía observándolo, dulce y silenciosa.

Café, y el termo con Cola Cao caliente para cuando saliera del agua. Le parecía de locos eso de lanzarse a pillar olas sabiendo que acabarías congelado y que encontrarías tu salvación en el interior de un termo. Pero le gustaba esa locura en Maddi. Porque precisamente eran las locuras como ésa las que la hacían tan especial, tan diferente a todos cuantos conocía.

Puso en marcha la cafetera y la leche a hervir, y mientras el aroma a café se extendía por la cocina, colocó dos tazas sobre la mesa. Se preguntó si los años la volverían más pausada, y al instante sonrió respondiéndose que no, que ella siempre sería así de vital y de sorprendente.

Se frotó las plantas heladas de los pies contra las perneras de los pantalones, pero no consiguió que entraran en calor. Mejor apremiaba en prepararlo todo. Sacó el termo, lo dejó sobre la repisa y cogió la cafetera cargada con caliente y oloroso café negro. La dejaba en la mesa cuando reparó en ella.

Parada en el quicio de la puerta, apoyada con desgana en el marco, lo contemplaba con una perezosa sonrisa dibujada en los labios. Se había quitado el neopreno y volvía a llevar la amplia camiseta con la que había dormido y unos calcetines gruesos para evitar que se le congelaran los pies, como la friolera que en el fondo era. ¿Cómo la había convencido? ¿Qué era lo que había funcionado mejor que las seductoras propuestas en las que había pensado para que se quedara, y que finalmente no le hizo?

Pero no se preocupó por averiguar la respuesta. Le bastó con que el amanecer, que debió encontrarla a ella subida en la tabla y esperando en el pico, los descubriera a los dos sentados frente a la mesa de la cocina, compartiendo café, recuerdos y experiencias que ambos desconocían del otro. Como la vez que Kaiet tuvo que cantar para seducir a una chica.

—¿No creerás que en cuanto me marché de aquí me convertí en un tío

aburrido? —dijo cuando ella mostró su sorpresa abriendo cómicamente los ojos.

—A ver. ¿Cómo fue eso de la canción? —Se esforzaba en no reír—. ¿Se la susurraste al oído mientras bailabais?

Kaiet se frotó el mentón, aceptando con resignación el cachondeo.

—Eso hubiera estado bien, pero no. Se la canté en alto, frente a un montón de gente, en una discoteca. —Se recostó contra el respaldo y la miró a los ojos—. Llevaba un tiempo detrás de ella, pero se me resistía. Tonteaba conmigo, me volvía loco y... Y después nada. —Rio a la vez que se pasaba las manos por el pelo—. Me tomé dos cubatas para darme valor y pedí, al grupo que tocaba, que me dejaran cantar para una chica. Y cuando me vi en el escenario, con el micrófono en la mano y los músicos comenzando a tocar, ya no pude retroceder.

Maddi rio a carcajadas. Él dio un sorbo al café, con una sonrisa de oreja a oreja, recordando que entonces también escuchó carcajadas, muchas carcajadas, pero que trató de ignorarlas mientras se esforzaba en que la destinataria de su mensaje lo entendiera.

—La busqué entre la gente y le dediqué la canción. Fue esa que dice *«no hace falta que te diga que me muero por tener algo contigo, es que no te has dado cuenta de lo mucho que me cuesta ser tu amigo»*.

—... *ya no puedo acercarme a tu boca, sin deseártela de una manera loca* —cantó Maddi, entonando con voz melodiosa antes de exclamar entre risas—: ¡Debió de ser muy romántico!

—Sonó como el cacareo de una gallina borracha —confesó riendo con ella—. Te aseguro que fue bastante ridículo.

—¿Pero conseguiste a la chica? —preguntó enjugándose las lágrimas con los dedos, y durante unos segundos dejó de reír, esperando con interés la respuesta.

—Aquella misma noche. —Volvió a llevarse la taza a los labios a la vez que esbozaba una tímida sonrisa—. Eso compensó a mi ego por la humillación —aseguró mientras Maddi volvía a romper en una carcajada.

—¡Vaya, vaya! —repitió cuando pudo hacerlo—. Así que a veces te lo curras. —Arrastró la silla hacia atrás, con chulería, y estirando las piernas

colocó los pies sobre la mesa, como un vaquero pretencioso, pero con calcetines gruesos en lugar de botas con espuelas—. ¡Pues a ver qué haces para meterte esta noche en mi cama!

Entonces fue él quien no pudo aguantar la carcajada, sobre todo cuando, después de prometerle que se esforzaría para merecer ese privilegio, le preguntó, en tono seductor, que cuándo prefería que se esforzara más, si para ganárselo o para celebrar que lo hubiera conseguido.

El resto del día lo pasaron prácticamente holgazaneando en el sofá, comiendo palomitas que Maddi hizo en el microondas y viendo películas en blanco y negro. De algunas ella se sabía hasta los diálogos, y los repetía al unísono con los actores hasta que los dos acababan riendo y perdiendo el hilo de la historia.

En muchos momentos, al mirarla, Kaiet se quedaba absorto, pensando, y si se cruzaba de pronto con sus ojos disimulaba para no tener que explicarle esas reflexiones que, sin duda, la hubieran hecho reír. Y es que él la veía como a esos nostálgicos días de lluvia que te llevan a refugiarte al calor del hogar, pero también como a esos otros en los que te sorprende y te cala hasta los huesos sin que te importe. O directamente te agrada, te llena de vitalidad. A él siempre le había gustado la lluvia, en todas sus infinitas formas, tal vez porque era un hombre del Norte y sabía ver el color especial de esos días, desapacibles para algunos, llenos de momentos mágicos y olores únicos e imposibles para él.

Nunca le había confesado que la veía de esa manera. Ni siquiera la vez que se empaparon con un repentino chaparrón, cuando iban de camino al invernadero. Y sí que tuvo entonces muchos momentos para hacerlo, mientras se acariciaban con languidez después de haber hecho el amor sobre la mesa, con restos de flores. Hacerlo en el suelo, sobre su parka húmeda, no estuvo entre las pocas pero apasionantes opciones que ni siquiera se dieron tiempo a barajar aquella noche.

Tampoco se lo contó ese día en el que ella cambió sus emocionantes planes sin que él le hubiera planteado ni un simple plan B. Y en verdad pudo hacerlo, mientras el viento estrellaba las gotas de lluvia contra el cristal de la ventana y ellos compartían, abrazados, un rincón del sofá, frente al televisor,

y *Miki* se estiraba con pereza en el otro extremo.

Definitivamente, ella era para él como los días de lluvia, con su pasión arrebatada y también con su dulce melancolía. Días como aquél, que sin que aconteciera nada especialmente reseñable, transcurrían cuajados de momentos perfectos. Días sencillamente perfectos durante los que sentía que no necesitaba nada que no hubiera conseguido ya.



Cuando Eduardo le dijo que iba a celebrar sus diez años de matrimonio casándose de nuevo con su mujer, no pensó que lo haría de aquel modo. No al aire libre estando en pleno invierno. Ni siquiera había preguntado. Dio por hecho que sería con una ceremonia en una iglesia. O incluso en el restaurante en el que después celebrarían el banquete. Y de pronto se vio, esa mañana de domingo, vestido con su elegante traje gris oscuro y con sus zapatos de piel pisando la arena de la playa de Aritzatxu, con un montón de tulipanes que habían trasladado de la tienda a la furgoneta, y ahora de la furgoneta a la arena. Por supuesto acompañados por Iker, que según Maddi estaba tan guapo como su padre, aunque no llevara traje y estuviera abrigado hasta las orejas.

Se habían reído subiendo y bajando la pendiente y las escaleras para trasladar las flores hasta la playa, con Iker corriendo enloquecido porque quería ser quien más viajes hiciera de los tres.

—Te aseguro que no estaba así de contento mientras se vestía para una «aburrida boda en la iglesia» —dijo Kaiet viéndolo reír.

—Ellos ya tuvieron una boda así hace diez años —comentó Maddi dejando en el suelo una gran bolsa de plástico llena de pétalos—. Ahora merecen algo distinto; más loco.

Él miró su expresión, tan radiante e ilusionada como la infantil que lucía su hijo.

—¿Aunque se congelen con esta temperatura?

—Están tan enamorados como el primer día. Eso hará que no noten el

frío.

—El amor lo puede todo, ¿no?

Ella le dijo que sí con los ojos, con la sonrisa, con su silencio. Y se lo hubiera dicho también con un apasionado beso en la boca de no haber estado Iker tan cerca y tan pendiente. De hecho, apareció en aquel instante, preguntando qué era lo siguiente que tenían que hacer.

Explicó que formarían una alfombra para los novios, y le emocionó la atención con la que la atendieron los dos, tan distintos y a la vez tan iguales, tan vulnerables y a la vez tan fuertes. Y aunque sus explicaciones fueron bien precisas, Kaiet quiso asegurarse, antes de comenzar, de que lo habían entendido todo.

—Así que Iker y yo vamos clavando tulipanes en la arena, formando una hilera hasta la roca mayor mientras tú haces lo mismo ahí enfrente.

—Como una carretera, *aita* —dijo con graciosa resignación el pequeño.

—¡Exactamente eso que dice su hijo, señor arquitecto! —bromeó Maddi—. Yo bordeo de flores el lado derecho de la alfombra mientras vosotros lo hacéis en el lado izquierdo de la carretera, dejando suficiente espacio para que puedan circular los novios.

—Muy graciosa —sonrió al decirlo—. ¿Y por qué precisamente hasta la roca?

—Porque allí se besaron por primera vez. Nos hemos mofado cientos de veces de eso.

La roca de los besos escondidos, pensó Kaiet mientras las flores que iba dejando bien erguidas en la arena lo dirigían hacia allí. No recordaba a cuántas chicas había besado él en aquel sitio, aunque tampoco tenía demasiado claros los besos que dio a Maddi en el asiento trasero del coche, con demasiado kalimotxo en el cuerpo como para reparar en que era la hermana de su mejor amigo o que siempre la había visto como a una niña o que en nada se parecía a las chicas mayores con generosas formas que realmente le excitaban. No, no tenía un recuerdo claro de aquellos besos ni de aquella noche, pero las sensaciones que le llegaban a la mente, viéndola clavar tulipanes en la arena, frente a él, le gustaron. Porque eran delicadas, tiernas. Resultaba evidente que aquél fue el momento más dulce y menos

erótico de los que había disfrutado nunca, seguramente debido más a ella que a la borrachera que llevaba encima.

—No te despistes, que te tuerces —le decía Maddi cada vez que él perdía la referencia y estrechaba el pasillo.

—Tú me desconcentras —bromeaba mientras con la mirada le decía que era cierto.

Porque Iker, aun divirtiéndose y centrándose en hacer un buen trabajo del que poder presumir con orgullo ante su *aitite* en cuanto llegara a casa, no dejaba de observarlos.

No habían terminado cuando la playa comenzó a llenarse de amigos y de algunos familiares de Eduardo y de su mujer. Pero no dejaron que nadie los ayudara. Era su alfombra-carretera, y una vez que los erguidos tulipanes de colores la tuvieron bien delimitada por los lados, cubrieron la arena con pétalos de rosas blancas y rojas. Y entonces sí quedó como una alfombra, mullida, divertida y perfecta. Y, como la novia llevaba un vestido corto, de Prada, cubierto de encajes, ni un pétalo se movió de su sitio mientras la recorría del brazo del novio para volver a jurarse amor eterno, diez años después de que lo hicieran ante el altar, ahora en el lugar que fue testigo de sus primeros besos.

El sí quiero fue espectacular, saliendo de sus labios a la vez que lo hacía un suave vaho blanquecino que durante unos segundos desdibujó sus rostros enrojecidos por el aire gélido que llegaba del mar. Lo pronunciaron temblorosos, Kaiet aseguró en voz baja que porque se estaban congelando, y Maddi defendió que era debido a la emoción.

Allí quedó el camino de tulipanes y de pétalos cuando, con la ceremonia ya concluida, se fueron para continuar la fiesta con el mismo entusiasmo pero con menos frío en un lugar más cálido, y casi mágico, desde el que se contemplaba el peñón de Aketxe y el de San Juan. En la terraza acristalada del Eneperi, la boda se convirtió en una reunión de antiguos amigos y conocidos, en un mar de recuerdos, de anécdotas y de sonrisas. Allí conoció a Iratxe, la preciosa hija de Julen, que durante un buen rato se sentó a hablar con Maddi y con él mientras Iker jugaba con otros niños.

Le sorprendió encontrarla tan igual a su tía cuando tenía sus mismos

quince años. Igual de flaca, de larguirucha, con sus mismos rizos de un dorado cobrizo y sus idénticos hambrientos ojos verdes.

—¿Tú también haces surf? —le preguntó mientras la veía morder la rodaja de limón de su refresco.

Ella asintió con la cabeza, señalando con los ojos a su tía antes de responder:

—Aprendí de muy pequeña. Maddi me enseñó. Y *aita* lo odia —añadió riendo.

Más que odio, pensó Kaiet, seguramente lo que Julen abrigaba era miedo, porque presentía que también a ella le gustaban las olas grandes; esas que te sobrecogen con sólo mirarlas desde tierra firme.

La pequeña Iratxe no dio muestras de que le molestara ser el centro de atención. Más bien pareció disfrutarlo, en especial cuando se dedicó a contar sus planes, como el de ir a la universidad y convertirse en médico forense. Una profesión en la que a Kaiet le hubiera costado imaginarla de no haber conocido antes los locos contrastes de Maddi. Debía de ser cosa de familia, pensó, aunque seguramente sólo afectaba al lado femenino.

Maddi observó orgullosa la fascinación con la que él miraba a su sobrina, sin ser consciente de que no sólo veía a la hija de su amigo, sino que además lo hacía regresando al pasado para contemplarla a ella con ojos distintos a los que entonces utilizó para mirarla. Se sentía tan feliz, tan contenta, que ni siquiera su amiga Nagore consiguió borrarle la sonrisa unas horas después, mientras todos esperaban la llegada del anochecer para soltar los farolillos de luz desde el final de la ladera. Estaban sentadas junto a la pared de cristal, descansando mientras a su alrededor los rostros comenzaban a verse más agotados y a sonar las conversaciones más tranquilas.

—No pienses que porque cada noche tienes entre tus brazos a quien siempre ha sido tu sueño, no te estás haciendo daño —le dijo con la mejor de las intenciones—. Julen tiene razón cuando te advierte que esto no acabará bien.

No respondió a esa inesperada arremetida. Siguió bebiendo de su copa de champaña y mirándolo a él, que estaba absolutamente arrebatador en mangas de camisa, ya sin corbata, con la felicidad en los ojos y una preciosa

carcajada en la boca mientras hablaba con sus amigos, no sabía de qué pero tampoco le importaba.

—No creo que llegue a ser tuyo nunca —insistió Nagore—. Siempre será de su mujer, aunque ella ya no esté, y mientras tanto tú seguirás perdiéndote a ti misma en el camino.

—Lo amo. Tú sabes mejor que nadie que lo amo como jamás podré amar a nadie —le recordó sin dejar ni por un instante de mirarlo—. No renunciaría a lo que estoy viviendo a su lado ni aunque supiera que todo va a acabar mañana. Además, nada está escrito; todo puede pasar. Hasta que acabe enamorándose de mí.

La cara de absoluta felicidad con la que lo dijo enojó a Nagore.

—Si no ha pasado ya, no pasará nunca. —De pronto sintió la necesidad de ser del todo objetiva—. No estoy tan ciega como Julen. Sé bien que él no tiene la culpa, porque eres tú quien lo ha buscado. Pero el daño que te hagas va a ser el mismo.

Maddi se volvió hacia ella con la deslumbrante sonrisa que llevaba todo el día dibujada en su boca.

—Déjame ser feliz mientras dure, y después déjame que siga siendo feliz recordándolo. Aunque también es posible que él y yo lo recordemos juntos durante el resto de nuestras vidas.

—No te lo tomes a mal, porque sabes que te quiero, pero estás siendo demasiado ingenua, y esto no es propio de ti.

Los novios se levantaron y todos se movieron a su alrededor. Maddi se volvió para mirar a través de la cristalera y vio que la oscuridad era ya notable. Cogió la mano de su cuñada y le dio un beso en la mejilla antes de contarle:

—Voy a salir ahí afuera, a soltar los farolillos con todos. Y voy a encender uno con él, poniendo toda el alma en formular mi deseo. Después lo soltaremos a la vez para que ascienda muy, muy alto, hasta ese lugar en el que los rayos de luna convierten los sueños en realidad. También los imposibles.

Nagore meció la cabeza con pesar.

—Estás loca.

—Sí, lo estoy —aceptó mirando ya a Kaiet, que llevando de la mano a Iker se acercaba a buscarla—. Estoy loca por él, y haré todo lo que pueda para conseguirlo.

Encendieron juntos uno de los farolillos, aunque antes dejó que él ayudara a enviar al cielo el de su hijo. Puso su alma en prender la vela mientras él sujetaba la frágil estructura de papel, y después cuidó bien de que la soltaran los dos a un tiempo. Le cogió de la mano para verla ascender al encuentro con los rayos de luna sin saber que Kaiet había pedido un deseo muy similar al suyo, y entregando casi la misma parte de alma al hacerlo.

La noche no la pasaron juntos, tal y como los dos hubieran querido. Kaiet llevó a un agotado Iker a casa, prometiéndole que trataría de ir de nuevo a su encuentro en cuanto se quedara dormido. Pero no le fue posible. La inesperada pregunta de su hijo, mientras él lo arropaba hasta el cuello con las mantas, se lo impidió.

—¿Te estás olvidando de mamá?

Fue como un zarpazo que lo desgarró desde dentro. Porque ése era su miedo; su miedo y a la vez su necesidad. No la necesidad de olvidarla, pero sí la de recordarla con una suavidad y un sosiego que le permitiera al menos seguir viviendo.

Se sentó en el borde de la cama y observó su carita triste.

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Porque hoy mirabas a Maddi como mirabas siempre a mamá.

—No te preocupes por eso, cariño. —Se inclinó para besarlo en la frente y después contempló sus ojos desde esa corta distancia—. Mamá está en mi corazón, igual que lo está en el tuyo. Y así será para siempre.

El pequeño se quedó inmóvil durante unos segundos.

—¿Tú le das besos a Maddi?

Kaiet suspiró, se tumbó a su lado y lo abrazó, arrimando la mejilla a la suya y mirando los dos al techo.

—Algunos; sí.

—¿Como a mamá?

—Mamá tenía sus propios besos, cariño. Besos especiales, como era ella.

La sencilla y esquiva explicación pareció contentar a su hijo, que dejó de

hacer preguntas y le pidió que se quedara acostado con él y lo abrazara fuerte, porque esa noche quería dormirse pensando en su madre, para ver si así conseguía soñar con ella.

CAPÍTULO 31

Ésa era una de las pocas fechas que recordaba. Y nada más abrir los ojos, esa mañana, había pensado en ello sin poder evitarlo. La carrera con Maddi y *Pintxo* lo había ayudado a pensar en otras cosas, pero ahora, al volver a casa, los encontró vestidos con sus mejores galas, como entonces. Y durante unos segundos le costó creerlo. No por Amara, sino por su padre. Ni una sola vez, durante los últimos años, al despertar en ese señalado día, pensó que él pudiera estar poniéndose sus ropas de domingo para cumplir con aquella sencilla costumbre.

—Iker quiere venir con nosotros —dijo Amara cuando él ya se había fijado en que estaba allí, repeinado y sonriente—. ¿Te apetece acompañarnos?

Lo dijo con suavidad, como si su reacción, a la que nunca temía, le preocupara ahora que estaba delante su padre.

—Sí —respondió en voz baja—. Pero dame unos minutos, por favor.

Llevaba diecisiete años sin acudir a esa simple y a la vez especial cita; en realidad algunos más, y quería elegir su ropa con cuidado. Algo que le hubiera gustado a ella; algo digno de lo que ella esperó siempre de él.

Y también necesitaba tiempo para avisar a Maddi.

Nadie habló de coger el coche para que todo resultara más sencillo. Había cosas que no era necesario discutir ni preguntar, y, como si todos hubieran visto sus antiguos pasos marcados en los adoquines de la calzada, se dirigieron a la parada de autobús para montar en el que los llevaría hasta el pueblo de Busturia. Durante el corto viaje, el *aitite* explicó al nieto todo cuanto veían a través de la ventanilla. Él, en cambio, un asiento más atrás, no

tenía alma para conversaciones y apenas si contestó con monosílabos a los pocos comentarios que Amara le hizo. Eran demasiados los recuerdos que se le amontonaban en la mente: dulces unos, atormentados unos pocos.

Ya en Busturia, recorrieron el camino que todos, excepto Iker, se sabían de memoria. Él siempre unos pasos por detrás. Daba igual que ellos aminoraran la marcha para que los alcanzara, porque él seguía manteniendo exactamente la misma distancia. Hasta que llegaron a la siempre imponente iglesia de Santa María de Axpe. Y, mientras Gabino subía las escaleras, acompañado de su nieto y hablándole del sentido que tenía aquella visita anual, él volvió a ver a su madre llevando a la pequeña Amara en brazos y a él de la mano, un año tras otro, sin faltar ni uno, desde que él era un bebé de apenas tres meses.

Entraron juntos a la iglesia, y juntos ocuparon uno de los bancos traseros para escuchar el primer oficio religioso de la mañana. Él no era hombre de fe. La tenía, sí, pero en las cosas, en las personas. En elementos físicos que pudiera tocar y ver, aunque reconocía que a veces ponía la fe en cosas como la vida, el destino o la esperanza, que eran tan intangibles como Dios mismo. Pero recordaba allí a su madre, rezando, sin que ni Amara ni él entendieran bien por qué lo hacía. Y él, según fue creciendo, lo único que llegó a albergar fue rabia porque un año tras otro fuera a orar allí tan sólo porque era el lugar en el que se casó con su padre, a escondidas, como si aquel hecho lo hubiera convertido a él en un héroe. Un héroe que nunca estaba en casa, que la hacía padecer con su ausencia. Un héroe del que ella hablaba siempre con los ojos llenos de una admiración y un amor que él no creía que su padre mereciera.

Sabía lo que llegaría después de la misa. Irían al parque donde jugaban los niños y que antaño fue un simple solar en el que estuvo aquella vieja pensión en la que ellos pasaron la noche de bodas, pasearían por los senderos y se sentarían un rato en el mismo banco en el que solía sentarse su madre para contarles aquella historia. Eso suponiendo que el banco aún existiera. La historia sí. Ésa siempre estaría en su recuerdo, más por lo que significó para su madre que por lo que supuso para sí mismo.

Sin embargo, algo cambió ese día, un rato después, mientras escuchaba a su padre contar los hechos a Iker. Tal vez porque ahora era un hombre adulto,

porque había pasado por el dolor de perder a su mujer o porque sabía que recordarla con amor era lo único que ya podía hacer por ella. O tal vez porque la rabia que de niño guardaba hacia su padre no le dejó entender, entonces, lo que realmente conmemoraba su madre llevándolos a esos sitios en esa fecha concreta para contarles la historia.

Los padres de Gabino no la querían para su hijo, y todo por un pleito que mantenían desde dos generaciones atrás, cuando el abuelo de ella se enamoró de la abuela de Gabino, y al no ser correspondido volcó su frustración destrozando la *txalupa* con la que el cabeza de familia ganaba el sustento, y la hundió para siempre en las aguas del puerto viejo. Los padres del chico le obligaron a pedir perdón y pagaron poco a poco hasta el último real del valor de la *txalupa*, pero la familia de Gabino nunca perdonó la ofensa. Ésa era una historia que ellos ni siquiera conocían, pero que resurgió enconada cuando él contó en casa que se había enamorado de Leonor Madariaga. Que eran una familia de locos, le decía su padre, y que la saludable sangre de un Aguirre jamás se mezclaría con la turbia de ningún Madariaga. Pero Gabino amaba a Leonor por encima de absurdas rencillas y de cuentos. Y, un día, tras una gran bronca porque hubiera ido a verla nada más desembarcar, después de haber pasado tres meses faenando, salió de casa dando un portazo que hizo temblar hasta las tejas. Fue a buscarla, furioso, cansado, convencido de que si no reaccionaba acabarían estropeando lo hermoso que había entre ellos. Y la convenció para que huyeran juntos. Aunque finalmente no se fueron muy lejos. Acompañados de un fiel amigo, caminaron durante casi hora y media hasta Busturia, donde buscaron un sacerdote que los casó en la parroquia de Santa María. Con el poco dinero que él había ido sisando de la paga íntegra que entregaba en casa, pasaron la noche de bodas en la vieja pensión, para volver al pueblo al día siguiente y presentar a sus familias las cosas ya hechas y sin vuelta atrás.

Leonor siempre mantuvo que aquella primera noche engendraron a Kaiet. Y él así lo creyó siempre. Pero, a pesar de ello, sentía que cada año celebraban la heroicidad de su padre. Hasta ahora, que al oírla contada de sus labios entendió que su madre conmemoraba, no sólo el día y la noche más felices de su vida, sino el inicio de la familia a la que adoraba y que lo era

todo para ella. Y también entendió que su padre había tomado el relevo para recordar y honrar a su mujer, pero también a sus hijos.

Fue una mañana serena y a la vez difícil esa que pasaron en Busturia. En muchos momentos tuvo el deseo de acercarse a su padre y decirle que lo sentía. Que sentía todas las veces que maldijo ante su madre aquella estúpida celebración; todas las veces que al hacerse mayor se rebeló y dejó que ella y Amara hicieran ese camino solas.

O simplemente de sentarse a su lado y dejar que su brazo rozara como por casualidad el suyo.



Todo estaba como había esperado que estuviera. La casa en silencio, Iker y Amara paseando al perro por el puerto, y su padre y él a solas. Había necesitado pasar unos minutos sentado en la silla en la que siempre cosió su madre, preguntándose si lo que estaba sintiendo no serían tan sólo los resquicios de la emoción que le había invadido durante todo ese día, viendo el amor con el que su padre la recordaba. Después, seguro ya de lo que iba a hacer, había entrado en el salón sin decir una palabra y se había sentado en el sofá, ni muy cerca ni muy lejos de él, que había seguido con los ojos fijos en su vieja y gastada novela. No necesitó ver la portada para saber que se trataba de *A sangre fría*, de Truman Capote. Se preguntó cuántas veces la había leído a lo largo de su vida, y cuándo comenzó a hacerlo ayudado por aquellas pequeñas gafas. Estaba anciano. Maddi le había dicho que lo había visto envejecer a más velocidad de la que lo hacía su padre. Y era cierto. Él mismo había comprobado la enorme diferencia al verlos juntos durante alguna de las partidas de mus de los sábados. La tristeza, el rencor y todos esos sentimientos sombríos consumen; lo sabía. Sabía bien que nada te destruye con mayor precisión de lo que puedes hacerlo tú mismo y tu empeño en recordar lo que sientes que te hace daño. Y él quería escapar de esa inhumana forma de sobrevivir. Había tenido que transcurrir ese día cargado de agritudces añoranzas para que se animara a hacer lo que muy dentro de sí

llevaba años deseando y no se atrevía.

Volvió a mirar a su padre, a su todavía abundante pelo blanco, a sus profundas arrugas que, como cada uno de los anillos de crecimiento del tronco de un árbol, señalaban cada año, cada felicidad y cada padecimiento que había vivido.

Inspiró hondo, apoyó los antebrazos en las rodillas y volvió los ojos hacia los bordes gastados de la alfombra antes de decir, a media voz:

—No fui lo que ella esperaba de mí. —Su padre cerró el libro y lo miró por encima de las lentes—. No supe ser el hijo que ella merecía.

Gabino buscó sus ojos, pero sólo encontró el modo huidizo con el que él los esquivaba fingiendo mirar al suelo. Entonces él cerró los suyos atravesado por el dolor de descubrir lo que realmente torturaba a Kaiet. Se estaba sincerando por primera vez, y él presentía que no iba a poder ayudarlo.

—No imaginas cómo pesa saber que fallaste a la persona a la que más has querido en el mundo.

—No digas eso, por favor —le rogó conmovido—. No lo digas porque no es cierto, hijo mío...

Kaiet lo silenció alzando hacia él la palma abierta. No necesitaba que nadie lo disculpara cuando era tan dolorosamente consciente de lo injusto que fue con su madre.

—Hijo, sí —pronunció para volver a infligirse el dolor que había sentido al oírsele decir a él—. Yo era su hijo —inspiró conteniendo las lágrimas—. Su hijo al que se lo hubiera perdonado todo, al que ni siquiera le hubiera tenido en cuenta los errores. Pero soy yo quien no puedo perdonarme.

Sin dejar de mirar la figura abatida de Kaiet, Gabino dejó el libro en la mesita, junto a la única lámpara encendida, que mantenía el salón en una suave penumbra.

—¿Por qué te culpas de esa manera? —preguntó quitándose las gafas con dedos temblorosos—. No podías haber cambiado nada.

—Al menos hubiera dejado de hacerla sufrir.

—¿Sufrir, tú? ¡Si eras su vida! —dijo sorprendido—. ¡Se sentía tan orgullosa de que hubieras acabado tu primer año de carrera con notas brillantes, a pesar del poco tiempo que dedicabas a estudiar!

—Aquello se debió a la suerte y a una buena técnica para copiar en los exámenes —confesó sin mirarlo—. Por eso después me empeñé en terminar la carrera. Se lo debía. Como también le debía el convertirme en el hombre de quien hubiera podido sentirse realmente orgullosa. —Se pasó las manos por el pelo, con lentitud—. Y todavía no sé si lo he logrado.

—Puedes estar seguro de que sí, hijo —afirmó conmovido—. Ella se sentiría tan orgullosa de ti como lo estuvo siempre. Tú eras su felicidad. Tú y tu hermana lo erais.

—Y le pagué todo eso con sufrimiento —se lamentó moviendo la cabeza—. Yo, que te había odiado por cada minuto que ella pasó en ese mirador, contemplando la mar y esperándote, no quise ver cómo sufría durante noches enteras en ese mismo sitio, aguardando a que yo me cansara de fiesta y decidiera regresar a casa. Y cuando trataba de decirme algo le respondía que no me agobiara, que en cuanto pudiera me iría de casa porque ya no soportaba sus quejas.

—Eran cosas de la edad, y ella lo sabía. No creo que te lo reprochara.

—No. No lo hacía. ¡Yo fui el único injusto! —exclamó alzando el tono de voz—. Por eso hubiera necesitado saber la verdad para...

—¿Qué hubiera cambiado si lo hubieras sabido? —lo interrumpió Gabino.

—¡Todo! —exclamó mirándolo al fin, con los ojos desmesuradamente abiertos—. Hubiera cambiado todo. ¿Es que no puedes entenderlo?

—Entiendo que no se puede retroceder para cambiar lo que está hecho.

—No hubiera podido borrarle las amarguras que ya le había provocado, es cierto. Pero al menos le habría ahorrado las que seguí causándole durante esos dos últimos años. —Volvió a apoyar los antebrazos en las rodillas y a bajar la mirada al suelo—. Eso es lo que no puedo perdonarte.

—Vas a odiarme toda tu vida, ¿verdad? —preguntó Gabino con resignada pena.

Durante unos segundos sólo se oyó el sonido preciso con el que avanzó la aguja larga del reloj de pared.

—Sí —respondió, rompiéndole intencionadamente el corazón—. Porque tú sí pudiste enmendar tus errores, pero a mí me robaste la oportunidad de

corregir los míos. Y después de diecisiete años sigo sin entender por qué lo hiciste.

Gabino se encendió, agotado de contener su propia cadena de reproches que sin duda podría hacerle.

—Me recriminas que no te dejara reparar tus errores, cuando tú no me dejas hacer lo mismo con los míos —reprendió con dureza.

—¿Por qué tienes que dar siempre la vuelta a todo? —Lo miró furioso, sin embargo, en sus ojos Gabino sólo vio el sufrimiento del que manaba esa furia.

—Deberíamos dejar a un lado nuestro orgullo y cabezonería por una vez, hijo, o no nos entenderemos nunca.

—Por mi parte no es ninguna de las dos cosas —aclaró, tenso pero con más calma—. Me negaste el derecho que yo tenía a cuidarla, a hacerle las cosas más fáciles, a decirle que la quería.

Gabino se frotó los párpados mientras en la otra mano comprimía con temblorosa fuerza sus pequeñas gafas.

—Hubiera preferido confirmar que me odiabas por lo que crees que hice, a conocer la amarga verdad de que no puedes soportar esa absurda culpa de...

—No mezcles las cosas —pidió con rudeza.

—Son las mismas cosas, lo quieras ver o no. Me odias porque no puedes perdonarte. Igual que yo no puedo perdonarme no haber sido el marido y el padre que los tres hubierais querido. Pero tu madre nos tenía un amor tan grande, que nos perdonaba los errores aun antes de que los hiciéramos —contó conmovido—. Y cuando, a cambio de todo lo que nos entregaba, ella me pidió tan sólo mi silencio, no pude negarme.

Kaiet lo miró a la vez que arrugaba el ceño.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—Que ya puedes dejar de culparte, porque lo único que ella deseó durante esos últimos años era que no sufrierais. Y eso lo vio cumplido.

—No es verdad —balbuceó incrédulo—. No quieras disculparte con...

—El barco en el que yo faenaba tenía un capitán que sabía cómo llevarnos a buen puerto —explicó Gabino—. Nuestra casa tenía otro, que era tu madre. Ella mandaba cuando yo estaba lejos y lo seguía haciendo cuando

yo regresaba, porque nadie como ella sabía llevar esta familia. Y ella no quiso que os habláramos de su enfermedad.

—¡Calla! —suplicó como una orden, poniéndose repentinamente en pie—. Eso no pudo ser así.

—Lo fue, y yo tenía que haberlo callado para siempre. Pero creo que necesitas saberlo para que puedas dejar de hacerte daño.

—¡Tú eres el único que me ha hecho daño!

—Si es así, lo siento y te pido perdón. Pero te estoy contando la única verdad, confiando en que eso pueda remediarlo. Tu madre me rogó que le guardara el secreto. Quería vivir el tiempo que le quedaba sin veros sufrir, sin estar rodeada de dolor. «Déjame ser egoísta por una sola vez en mi vida», me dijo. Y yo hice lo mismo que hubieras hecho tú.

—No es verdad —repitió deseando tener razón.

—No quieres creerlo, pero en el fondo sabes que es cierto, porque en esto te pareces a tu madre.

Le dio la espalda y caminó hacia el otro extremo del salón. Sólo necesitó unos segundos para repasar esas pocas cosas en las que se parecía a ella. Sensiblerías, las había llamado alguna que otra vez su padre. Y evocarlas le desató un enredo de emociones que se le clavaron en el corazón como hierros candentes.

Se volvió hacia él, inseguro pero a la vez desafiante. Gabino pudo ver que le brillaban los ojos como si hubiera llorado toda una eternidad sin soltar una sola lágrima, y se mantuvo inmóvil, esperando su reacción.

—Querías que habláramos y lo hemos hecho —zanjó Kaiet—. Mi comprensión no la pidas, porque te aseguro que no la obtendrás nunca.

Y salió despacio, como si todas las palabras pronunciadas allí las llevara consigo, pesadas y difíciles de asimilar, dolorosas e imposibles de dejar en el olvido.

CAPÍTULO 32

La siempre alegre cocina de Maddi estaba triste esa noche, mientras ella se preparaba una infusión de tila y *Miki* pasaba una y otra vez por entre sus piernas, ronroneando y rozándole con su sedosa mata de pelo los tobillos. Hacía ya más de tres horas que Amara había llamado, inquieta, preguntando por su hermano. Y desde entonces era ella la que no podía quitarse de encima la preocupación. Llevaba el pelo recogido con aquella habitual flojedad que dejaba escapar los rizos, y a ratos se los apartaba tratando de sosegar.

Echó en la taza agua hirviendo, que comenzó a dorarse al entrar en contacto con la bolsita de hierbas. Mirándola absorta, se dijo que si Kaiet no había aparecido en media hora, saldría a buscarlo aunque no tuviera ni idea de por dónde comenzar a mirar.

Notó que *Miki* levantaba la cabeza y, con el rabo tieso y ligeramente curvado, se dirigía hacia la entrada, como hacía siempre para recibir a Kaiet. Cerró los ojos, aliviada y contenida, respirando pausadamente mientras se le disipaba el temor que la había mantenido agarrotada. Y, a la vez que el gato comenzaba a maullar junto a la puerta, llamándolo, ella se apresuraba a salir a abrirle.

Lo encontró tenso, con el rostro desencajado y la mirada ausente, y lo vio pasar al interior sin que hubiera dicho ni media palabra.

—¿Qué ha pasado? —preguntó yendo tras él—. Me tenías preocupada.

—¡Ni yo mismo lo sé! —bramó entrando en la cocina al tiempo que se quitaba la parka y la arrojaba sobre la mesa. El impulso hizo que se deslizara por la superficie hasta caer al suelo por el lado opuesto.

Pero ninguno se molestó en recogerla.

La inquietud y el desconcierto de Maddi se acrecentaron mientras lo veía recorrer con impaciencia la cocina.

—A ver, tranquilízate y me cuentas —le aconsejó con voz pausada, y, a punto de rozarle el brazo, él se apartó y siguió moviéndose sin haberla visto siquiera.

—¡No puedo tranquilizarme! —Se pasó las manos nerviosamente por el pelo—. No puedo, y menos después de haber tenido que oír tantas estupideces.

—Pues vas a tener que hacerlo, si quieres que te entienda —lo reprendió con cariño.

Kaiet se detuvo y la miró, por primera vez desde que había entrado, y su furiosa desazón se encontró con la dulce sonrisa con la que ella trataba de sosegarlo. Inspiró hondo y soltó el aire despacio. Después se acercó a ella, no tan calmado como él hubiera deseado en ese instante.

—No sé por qué he creído que debía hablar con él —comenzó a contarle —, que realmente era algo que nos debíamos a nosotros, y también a ella. Creo que ha sido este día tan señalado, y descubrir que él ha mantenido la tradición todos estos años, lo que me ha conmovido y ha acabado con mis últimas reticencias a hacerlo. Pero está claro que me he equivocado. No tenía que haberlo hecho. —Se frotó con las manos el rostro y soltó una breve y amarga risa—. ¡Como si no supiera que es un mentiroso! ¡Él un mentiroso y yo un completo idiota que se ha dejado llevar por ridículos sentimentalismos!

—No te trates con tanta dureza —rogó ella, sujetándole la cara entre sus manos—. Lo que te pasa es que has comenzado a entender las razones de tu *aita*, y eso hace que te sientas perdido, porque si esas razones te convencen significará que las tuyas han estado siempre equivocadas, y muchas de las cosas que has hecho durante los últimos años no tendrían sentido. Tu rencor hacia tu padre no tendría sentido, y lo que le has hecho a él, y a ti mismo, tampoco.

Escucharlo de sus labios le avivó la impotencia y la frustración. Y una vez más intentó vencer a esas incómodas emociones revolviéndose contra ellas, negándose a la dolorosa sensación de que sus últimos diecisiete años pudieran haber sido un error continuo.

—¡No tienes ni idea! —soltó de pronto, mirándola con fijeza y sin apenas despegar los labios, retrocediendo y dejándola con las manos extendidas, como si acariciara el aire—. ¡Tú y tus estúpidas teorías sobre sentirnos mejor aligerando nuestro equipaje...! ¡Mira lo que he conseguido! —reprochó para después susurrar, mirándola de nuevo a los ojos—: De verdad que no tienes ni idea.

—¡Sé lo bastante para decirte que sí, que creo que has vivido equivocadamente! —aseguró con una furia ofendida—. ¡Y que has sido muy injusto con tu *aita*, que hubiera dado cualquier cosa por cambiar su vida por la de su mujer y porque tú no te hubieras ido nunca!

Su enfado no disminuyó el de Kaiet, que entornó ligeramente los párpados, observándola a la vez que se preguntaba desde cuándo tenía ella esa convicción.

—Entonces, ¿tú sabías todo esto? —preguntó con desconfianza.

—Todo eran chismes —dijo con frialdad, aunque ya más tranquila—. Se comentaba que tu madre estaba siempre visitando al médico. Sólo cuando la desgracia ocurrió se hicieron conjeturas. Para entonces, tú ya estabas lejos. Pero, aunque lo hubiera sabido antes de que te fueras, no me tocaba decírtelo.

El desconcierto y la incredulidad abrieron un espacio enorme que ocupó con rapidez la decepción mientras la miraba sin conseguir que de su boca entreabierta brotara palabra alguna.

—¡He estado rodeado de mentirosos toda la vida! —exclamó al fin, con despecho, cuando la rabia la dirigía en realidad contra sí mismo—. ¡No habéis hecho otra cosa que mentirme!

—¡¿Por qué no eres capaz de ver la realidad y de razonar, aunque sólo sea por un momento?! —volvió a increparle Maddi—. ¡Tu *aita* lo hizo todo por ti!

—¡Me dan igual sus razones y las de todos los que me rodean! —estalló indignado—. A él no podré perdonarle lo que me hizo, igual que nunca perdonaré a la maldita vida el que se llevara a mi madre, ¡menos aún que me dejara vivir sin Raquel!

Un frío gélido llenó de silencio la cocina, en la que sólo se oía el suave ronroneo de *Miki* mientras acariciaba con su pelaje los tobillos de su dueña,

que ni lo sentía ni lo escuchaba. El frío le había penetrado a ella hasta adentro al entender el verdadero significado de la maldición que él acababa de proferir contra la vida.

—Yo no puedo competir con ellas. Mucho menos con Raquel. —El repentino desánimo en su voz sorprendió a Kaiet—. Y, sí; ¡eres un completo idiota, necio, estúpido...! —profirió mientras se le humedecían los ojos—. Pero yo soy la tonta mayor y más ridícula de todas.

—Tampoco te pongas así... —le pidió, acercándose de nuevo—. Siento haber venido tan alterado. Voy a tratar de relajarme.

Ella ladeó la cabeza, atónita.

—¿Eso es todo lo que vas a hacer después de lo que has dicho?! ¿Relajarte?

—Lo siento —repitió con un susurro tenue.

—¿Y ya está...! —insistió, rígida y distante.

Él se pasó las manos por el pelo, y durante unos segundos las mantuvo entrelazadas sobre la nuca, confuso, con los párpados fuertemente apretados.

—¿Qué más quieres que te diga? —preguntó al fin, deseando de verdad una respuesta—. Yo nunca te he mentado en cuanto a mis sentimientos. Sabes que sigo amando a mi mujer y que la voy a amar durante el resto de mi vida. —Suspiró sin apartar de ella los ojos—. Pensé que los dos sabíamos lo que hacíamos.

La forma en la que durante unos segundos se miraron, en silencio, con sinceridad y sin reproches, les confirmó que sí, que ambos habían sabido siempre lo que hacían y por qué.

—¿Y para qué me pediste otra oportunidad aquella noche, cuando regresaste de Madrid? —necesitó preguntar Maddi a pesar de todo.

Volvieron las miradas en silencio, la emoción contenida, el acariciarse tan sólo con los ojos mientras de pronto a los dos les temblaba el alma.

Él bajó la cabeza, buscando esa respuesta que tenía tan clara y a la vez tan confusa, y sin haberla alzado caminó con lentitud en dirección a la mesa. Apoyó las manos en el respaldo de una silla y se mantuvo inmóvil antes de arrastrarla con suavidad y sentarse, pensativo, sin ser consciente de que Maddi devoraba cada uno de sus silencios y de sus gestos esperando con

ansiedad la respuesta. Apoyó los antebrazos en las rodillas, juntando las manos, y alzó la mirada hacia ella recordando la primera vez que la vio, intratable y hosca en el Izarra, y en cómo había ido cambiando su forma de verla, y sobre todo de sentirla.

—Porque no puedo imaginar mejor compañía que la tuya —se sinceró ya por completo—; porque a tu lado me siento bien, mejor hombre y mejor persona. Porque me contagias tu alegría, porque ya no puedo estar lejos de ti, porque me renuevas las ganas de vivir a cada segundo —calló un momento, para después susurrar—: Porque me haces feliz, Maddi, y siento algo muy fuerte por ti, tan fuerte que a veces me supera.

De nuevo silencio, de nuevo miradas que lo decían todo y que a la vez no entendían nada. Hasta que Maddi se acercó y se sentó frente a él, que continuaba con los brazos sobre las piernas y las manos juntas.

—¿Y dónde está el pero?

Él meneó la cabeza con una impotencia hacía tiempo ya asumida.

—Dentro de mí —confesó en voz baja—. Es algo que me impide entregarme por completo, algo que a veces me confunde y que, a pesar de mí mismo, me aleja de ti.

—¿Y cómo llamas a esto que sientes?

—No lo sé —reconoció con resignada impotencia—. Sólo puedo asegurarte que te quiero.

Ella se había pasado la vida deseando oírle pronunciar esas dos palabras, y escucharlas ahora tan sólo le provocó un tremendo vacío, una gran decepción. Aunque sabía bien que no era nada que ella misma no se hubiera estado buscando.

—Para mí no es suficiente —musitó a la vez que comenzaban a temblarle las manos, que apoyaba con descuido en la mesa—. Siempre queremos más. Porque, no nos hagamos los «tontos»; tú sabes que no he dejado de amarte ni un solo día en estos diecisiete años. Y tú jamás vas a corresponderme así —aseguró con pena.

Le hubiera gustado poder decirle que se equivocaba, que podía amarla como amaba a Raquel, tal vez incluso más, y borrarle así el dolor que le causaba; todo aquel dolor que ingenuamente se prometió que nunca le

provocaría.

—Dame tiempo.

—¡No quiero! —Negó también con la cabeza, no supo él si para reforzar sus palabras o para contener las lágrimas que comenzaban a asomarle entre las pestañas—. Por primera vez he visto claro que si sigo persiguiendo un imposible voy a acabar destrozándome.

—No llores, por favor —le rogó mientras contenía las ganas de tomarle las temblorosas manos entre las suyas.

Pero ella dejó que esas lágrimas se le deslizaran con libertad, prometiéndose que serían las últimas que él la vería derramar.

—Sólo pendiente de ti —siguió diciendo como si no lo hubiera oído—, pendiente de que estés bien, de verte sonreír, de hacerte feliz. Y cada vez me he ido olvidando un poco más de mí misma. Me conformaba con tenerte, como si ninguna otra cosa importara, pero ya no puedo más. —El desaliento se le notaba en cada palabra—. Tú nunca vas a decirme que me amas ni vas a amarme como la amas a ella. Y eso está bien; no te culpo —admitió con una sonrisa triste—. Es probable que tampoco yo pueda volver a amar a nadie como te amo a ti. Pero ha llegado el momento de terminar con esto que no nos lleva a ninguna parte.

Al fin había ocurrido. Su incontenible frustración había terminado despertando a la galerna que dormitaba dentro de sí, alimentada por sus inseguridades y sus dudas, y había arrasado con quien menos lo merecía, con lo más hermoso. Y había pasado porque, como ya una vez le dijo su padre sin que él llegara entonces a entenderlo, no había estado haciendo bien las cosas.

—Lo he estropeado todo, ¿verdad?

—No —su húmeda mirada verde sonrió—; sólo me has ayudado a abrir por fin los ojos.

Él cerró los suyos durante un instante a la vez que se le tensaba la mandíbula y le palpitaba el corazón en la sien. Y cuando volvió a abrirlos eran otros, más sombríos y yermos.

—Dime que al menos podremos vernos como dos simples amigos.

Ella negó con un tímido amago de sonrisa a la vez que se ponía en pie, y se alejó hacia la encimera, en la que se le había quedado fría la infusión de

hierbas. Seguían temblándole los dedos mientras se retiraba tras la oreja los mechones sueltos. De pronto lo oyó suspirar, aguardándola, y se abrazó con fuerza a sí misma antes de volverse.

—No me pidas eso ahora, por favor. —El ruego sonó casi a sollozo—. No podría soportar verte cada día sin desear besarte.

La contempló durante unos segundos, despidiéndose en silencio, rememorando todo lo que ella le había entregado y que no olvidaría jamás. Estaba hermosa a pesar de las lágrimas, a pesar de la tristeza. Más hermosa y más lejana que nunca; inalcanzable ya para siempre.

—Eres una de las mejores cosas que me han pasado en la vida —le aseguró levantándose con cansancio de viejo que ha agotado ya su existencia—. Sé que en el fondo lo sabes, Maddi. Y también sabes que te voy a echar terriblemente de menos.

Caminó hasta el otro extremo de la cocina, donde recogió del suelo la parka. Y salió de allí esforzándose en no volverse para suplicarle que, al menos, le concediera el consuelo del recuerdo de un último beso.

CAPÍTULO 33

No hubo un último beso de despedida. Ni siquiera un abrazo. Todo se rompió de aquella forma brusca e inesperada. Aunque en el fondo él siempre supo que acabaría pasando; que su indecisión y sus dudas conseguirían que fueran los acontecimientos los que terminarían decidiendo por él, como finalmente había ocurrido. Y, así, de pronto, fue plenamente consciente de que si nunca estuvo preparado para mantener una relación seria con Maddi, menos aún lo había estado para perderla.

La sonrisa de su hijo lo ayudó a superar los primeros días, a no echarla excesivamente de menos. Porque nada le levantaba tanto el ánimo como verlo a él feliz, descubrir en su carita una sonrisa enorme al salir de clase o incluso ser testigo de sus graciosos esfuerzos por seducir a la niña de siempre. Él era su vida y nada más importaba. Aunque ni siquiera ante esa certeza pudo evitar sentirse a veces confuso, perdido, sin saber qué hacer. Especialmente cada vez que la veía. Porque, como él mismo recordó a Julen, aquél era un pueblo pequeño en el que era inevitable coincidir. Y de ella lo sabía todo; sus costumbres, sus horarios. Por eso no estaba seguro de si la encontraba por pura casualidad o porque buscaba de modo inconsciente verla correr al amanecer, surfear en Bakio o sencillamente cerrar la floristería. Aunque, cuando se apostaba donde ella no pudiera descubrirlo y esperaba por el simple placer de verla caminar hacia su casa, no le quedaba otro remedio que reconocer que la mayoría de las veces sí que la buscaba.

Era estúpido; lo sabía, pero no podía evitarlo. Igual que no podía evitar continuar en el pueblo a pesar de saber que lo mejor sería regresar a Madrid. No terminaba de decidirse porque había algo, como una leve esperanza

adormecida, que le impedía moverse. Y lo más extraño era que no sabía de qué tenía esperanza, qué era lo que en verdad deseaba que ocurriera. Sin embargo allí continuaba, sin atreverse a ser él quien rompiera definitivamente con todo, como había hecho siempre que algo le había provocado dolor.

Le agradó recuperar las conversaciones matinales con Amara al abrigo del calor de la cocina y de un oloroso café bien cargado. Aunque no tardó en darse cuenta de que sus confianzas ya no eran las mismas; que daba igual de qué comenzaran hablando, porque inevitablemente siempre terminaban haciéndolo sobre Maddi.

Su hermana ni siquiera necesitaba hacer nada para ello. Era él quien la tenía todo el tiempo en la mente, él quien siempre encontraba un motivo para nombrarla. Aunque luego ella lo aprovechaba para decir cosas que él se negaba a escuchar, tal vez porque eran casi idénticas a las que se repetía casi sin descanso.

—Deberías ir a buscarla y decirle lo que sientes.

—¿Y qué crees que siento? —preguntó sin deseos de recibir respuesta—. No puedo amar a dos mujeres a la vez.

—Eso es una estupidez, y seguro que en el fondo lo sabes —musitó rozándole con cariño la mano que él apoyaba en la mesa, junto a la taza—. A Raquel la amaste en el pasado. Hasta puede que, si siguiera viva, tus sentimientos hacia ella ya no fueran los mismos...

—No digas eso —la interrumpió dolido, apartando la mano y echando la espalda contra el respaldo.

—Es la realidad. Ella será joven y preciosa eternamente, y el amor que le tenías se mantendrá también siempre intacto, porque no va a ocurrir nada entre vosotros que lo estropee. Por eso la idealizas.

—No lo hago —dijo en voz baja pero rotunda—. Te aseguro que no lo hago.

Y realmente no lo hacía. Ella había sido perfecta en todos los sentidos. Al menos a sus ojos. Aunque el problema no estaba en lo perfecta o lo imperfecta que fue. El problema era él; él y sus sentimientos, él y sus dudas, él y la necesidad que poco a poco se había ido creando de Maddi.

A veces había tenido la tentación de salir de copas con la cuadrilla tan

sólo para coincidir con ella y poder intercambiar algunas palabras. Y la primera noche que lo hizo fue también la última. Apenas entró en aquel pub de poca luz y música suave, la vio junto al mostrador pidiendo algo al camarero. Nunca podría decir si estaba sola o acompañada, porque apenas la descubrió ya no pudo apartar los ojos de ella. Por eso fue plenamente consciente de su actitud cuando, al volver la cabeza, lo descubrió allí, mirándola. Fue un gesto de sorpresa, de incredulidad, de frustración y hasta le pareció que de fastidio. Y entonces la vio coger la copa recién servida y bebérsela de un único trago, como si su presencia le robara las fuerzas y necesitara el alcohol para recuperarlas. Y él no quería provocar en ella ese sentimiento.

Cuando no se dedicaba a la infantil y hasta nociva costumbre de observarla de lejos, se centraba en las obras de la librería. La alegría de Ander porque en una o dos semanas quedaran concluidas no se ajustaba al extraño temor que a él le provocaba que quedara ya tan poco tiempo. Porque entonces tendría plena libertad para marcharse. Y sabía que aquella imprecisa intuición de que debía continuar allí, esperando no sabía qué, no podría retenerlo eternamente.

Hasta una noche, en la que su serena intranquilidad se hizo añicos, cuando al acercarse a la floristería con la única intención de verla salir, encontró las luces del invernadero aún encendidas, las de la tienda apagadas, y el coche de Unax aparcado frente a la puerta.

Sintió que los adoquines con los que estaba trazada la calle se hundían bajo sus pies y que no existía nada a su alrededor a lo que pudiera aferrarse. Se quedó inmóvil, no supo durante cuánto tiempo, mirando el cristal iluminado sin atreverse siquiera a preguntarse si ellos dos estaban de nuevo juntos.



El gato se subió a la encimera de la cocina, maullando contento al ver que su dueña abría al fin el armario del que cada noche sacaba su cena.

—¡Espera un poco! —le pidió, alcanzando una de las latas.

Había pasado más de una hora de difícil y sincera conversación que la había dejado agotada, aunque presentía que no tanto como a Unax, que se había ido con un brillo apagado en los ojos, muy diferente al esperanzado con el que llegó a buscarla a la tienda. Y había sido difícil porque, acostumbrados a que sus rupturas acabaran teniendo arreglo, esta última les había revelado los verdaderos motivos por los que su relación no terminaba de consolidarse.

—Hubiera ocurrido de cualquier modo —le había dicho ella, una vez consumidas las palabras y las explicaciones.

—Lo sé —aseguró frotándose los ojos con cansancio—. Ahora lo sé.

Miki paseaba bajo la mesa, entrecruzándose por entre las piernas de Maddi y las de Unax, impaciente porque acabara la larga conversación y llegara la hora de su comida.

—Ahora lo sabemos los dos —aclaró con los codos apoyados en la madera y el mentón en las manos cerradas—. Porque durante todos estos años ni yo misma imaginaba que mis sentimientos fueran...

—Lo entiendo —la interrumpió para no volver a oírlo—. Y, aunque no me quieras en tu vida de la forma en la que me gustaría, no voy a abandonarte, Maddi —aseguró con una sonrisa triste—. No te dejaré sola en este momento tan difícil.

—No sé si eso es una buena idea.

—¡Eh! —musitó para que lo mirara—. ¿Qué crees que nos ha mantenido juntos todo este tiempo, a pesar de las rupturas? Está claro que no ha sido el amor, y desde luego la pasión lo hizo tan sólo al principio. Nuestro «pegamento para los destrozos» ha sido la amistad. Y ésa seguirá estando ahí. Al menos por mi parte.

—Y por la mía. —Su voz sonó contenida y triste.

—Por eso —murmuró él, mirándola a los ojos con una sonrisa y un amor que volvieron a hacerla dudar durante unos segundos—. No voy a arriesgar tu amistad tratando de conseguir un imposible, puedes estar tranquila —dijo al notar su temor—. La aprecio demasiado como para eso.

Lo vio mover con inquietud las manos, encima de la mesa y junto a su cerveza ya vacía, y sintió el impulso de posar en ellas las suyas para

infundirle cariño y tranquilidad. Pero lo sustituyó por una amigable sonrisa.

—Me habría gustado que las cosas hubieran sido diferentes.

Él tardó en responder mientras sus inteligentes ojos negros se humedecían mirándola.

—Y a mí.

A partir de aquel momento habían abundado los silencios, porque la pena la llevaban ambos muy adentro. Él porque la amaba, ella porque tenía la seguridad de que hubiera sido feliz de haber podido corresponderlo.

El sonido del timbre la sobresaltó mientras abría la lata, y la dejó a un lado pese a las protestas de *Miki*. Según avanzaba por el pasillo recordó las últimas palabras de Unax, despidiéndose junto a la puerta abierta.

—Superaremos esto, Maddi —le aseguró—. No como yo hubiera querido, pero lo superaremos.

Le hubiera gustado responderle que sí, que lo harían. Pero no estaba segura de eso. No por él, que sin duda encontraría con facilidad una mujer que lo amara como merecía, sino por ella. Eran demasiados años ya con la misma historia como para creer que ahora podría salir de ella como por arte de magia. Le había contestado con una sonrisa mientras lo veía a él contener las ganas de estrecharla en un abrazo para, finalmente, acabar dándole un fraternal beso en la mejilla. Después desapareció, prometiendo volver.

Se sobresaltó cuando sonó de nuevo el timbre y se dio cuenta de que estaba allí, en la entrada, inmóvil y rozando la manilla con los dedos. Suspiró hondo, y al abrir la puerta se encontró de frente con su hermano.

—Tienes mala cara —dijo él mientras observaba sus ojos enrojecidos y sus oscuras y profundas ojeras.

—Gracias. Eres bueno subiendo la moral de una chica —ironizó al tiempo que le daba la espalda y se dirigía a la cocina tocándose el pelo recogido, como si en verdad intentara enganchar los rizos sueltos para estar más presentable.

Él la siguió, sonriendo al pensar que ni aun estando deshecha, como sin duda estaba, encontraría él palabras con las que callarla. Y decidió ser directo.

—¿Me vas a decir de una vez qué pasa con Kaiet?

Ella no dio muestras del sobresalto que le dio el corazón.

—No lo sé —terminó de abrir la lata de comida, fingiendo que no le importaba—. ¿Pasa algo con él?

—Vamos a dejarnos de tonterías que sólo nos llevan a perder el tiempo —pidió Julen—. ¿Qué es lo que está pasando?

Vertió el jugoso contenido en el cuenco de *Miki* y se volvió hacia su hermano, sujetando el recipiente mientras el gato levantaba los bigotes para olisquearlo desde el suelo.

—Y tú deja de preguntármelo un día tras otro, ¿quieres? Seguro que Nagore te lo ha contado todo.

—Sí, lo ha hecho. Y no lo entiendo.

—Es sencillo. Me he dado cuenta de que no es el hombre que me conviene.

—¿Así, de pronto, después de que llevas toda la vida suspirando por él? —preguntó incrédulo.

—Las personas cambian, Julen. Los sueños cambian, las cosas cambian. Tan sólo las cosas imposibles siguen siendo imposibles. —Sonrió con pena—. ¡Por Dios, pero si él tiene un perro y yo un gato! —Río como si en verdad eso la divirtiera.

—No te creo, Maddi.

—Y yo no puedo creer que estés aquí, intercediendo por él.

—No estoy intercediendo por nadie. Sólo me interesa tu felicidad. Y, me guste o no, lo entienda o no, nunca te he visto tan feliz como cuando estás con él.

—Ha sido bonito mientras ha durado, sí. Pero he puesto los pies en el suelo, como tú y Nagore me pedíais que hiciera. He entendido que, por mucho que se puedan construir castillos en el aire, no se puede vivir en ellos.

El gato maulló reclamando de nuevo su cena. Maddi se agachó para dejar el cuenco en el suelo, y siguió allí, acariciándolo y viéndolo comer.

Julen se acuclilló ante ella, mirándola fijamente a los ojos.

—Me preocupas, Maddi.

—Eso significa normalidad absoluta. —Sus labios dibujaron media sonrisa triste—. Déjalo así, por favor. Soy adulta y sé lo que me conviene.

—¿Estás segura?

—Más de lo que he llegado a estar jamás en toda mi vida.

Julen asintió con la cabeza, pensativo. Ella se levantó y lo invitó a cenar con la condición de que hablaran de cualquier otra cosa, incluida la aburrida pesca, si él quería.

CAPÍTULO 34

La inauguración de la librería tuvo un sabor agridulce a pesar de los canapés, los pastelitos y el champán que Ander quiso que no faltaran. Había finalizado con lo último que obligatoriamente lo retenía allí. Y mientras conversaba con amigos, con conocidos o con personas a las que no había visto nunca, no dejaba de tener la sensación de que aquello tan especial estaba siendo su despedida.

Recibió muchas felicitaciones por su trabajo. Aunque le faltó la de Maddi, que ni siquiera se le acercó durante la larga y animada velada. Pero al menos tuvo la deferencia de no aparecer acompañada por Unax. En las últimas semanas había visto varias veces su coche aparcado frente a la floristería, y algunas más los descubrió paseando uno al lado del otro. Pero lo que más daño le hizo fue verlos correr juntos una mañana hacia Mundaka al amanecer. Eso lo había matado de celos. Seguía matándolo de celos. Por eso agradeció verla llegar sin él, vestida con un ajustado vestido del mismo tono verde pasión que tenían sus ojos.

Allí le presentaron a Roberto Betanzos, que resultó ser el nuevo y joven notario del que había oído hablar ya un par de veces. Conversaron durante gran parte de la noche, durante la cual el notario se mostró atraído por su trabajo, comenzando por aquel local, que había convertido en algo moderno y práctico y a la vez abrumadoramente acogedor. Después pasó a interesarse por cosas como viviendas de espacios abiertos o por los detalles que Kaiet valoraba a la hora de enfrentarse a un diseño. Disfrutó de sus opiniones y de sus muchas preguntas, aunque a ratos él mismo se preguntó por qué le prestaba tanta y tan especial atención a él, que tan sólo era un desconocido.

Pasada la medianoche le pareció ver que Maddi se despedía, y unos segundos después la vio ponerse el abrigo y ocultar, bajo la gruesa tela, aquel vestido que la hacía tan arrebatadoramente hermosa. Tragó saliva mientras Roberto le preguntaba qué opciones barajaba él para diseñar una casa sin escaleras. Y en aquel momento sus ojos se cruzaron con los de Maddi en la distancia. Los dos sonrieron, y ella asintió con lentitud, dándole así su aprobación al primer trabajo que veía de él. Fue un contacto visual breve que, sin embargo, le dejó una honda sensación de bienestar mientras oía, pero no escuchaba, la voz de Roberto.

Ander se unió a ellos después de agradecer su asistencia a los primeros invitados que, tras Maddi, abandonaron la fiesta. Y hablando ya los tres con apasionamiento sobre lo que consideraban más importante a la hora de diseñar un verdadero hogar, tardaron en darse cuenta de que se habían quedado solos. A su alrededor, las cuatro mesas, cubiertas con manteles blancos, estaban llenas de vasos, botellas y bandejas vacías, y servilletas arrugadas. Ander, satisfecho de cómo había ido todo, se apartó un segundo y regresó con tres copas limpias y una botella de champán que descorchó con la habilidad de quien ha repetido ese gesto cientos de veces. Le pareció importante hacer el último brindis con Kaiet para agradecerle, una vez más, aquel regalo impagable que le había hecho.

Fue después del brindis cuando Kaiet entendió cuál era el verdadero interés de Roberto por él.

El joven notario les contó que su segundo hijo había nacido con una distrofia muscular, y que quería construirse una casa unifamiliar, en un terreno que tenía en las costas de Ibarangelu, que se adecuara a la silla de ruedas en la que ese niño iba a pasar la vida. O, como les dijo, con esperanza, hasta que la ciencia médica descubriera la solución para su mal.

Le halagó que lo hubiera elegido para algo de tal magnitud. Fue un poco como aquellas veces en las que, al finalizar con éxito un gran proyecto, recibió importantes felicitaciones que le dieron más satisfacción que la notable cantidad que cobraría por su trabajo. Pero, aunque la propuesta del notario le resultaba atractiva, no estaba seguro de querer aceptarla. No sabía si deseaba atarse a un proyecto mucho más largo y complejo de lo que había

sido el de la librería, cuando aún no había decidido ni lo que iba a hacer al día siguiente.

Lo pensó durante días, tal y como Roberto Betanzos le rogó que hiciera antes de darle un no definitivo. Aunque no era fácil pensar con claridad cuando tenía a su hermana y a su hijo insistiéndole para que le dijera que sí. Amara aseguraba que se sentiría bien diseñando aquella casa porque era lo suyo, pero sobre todo porque se trataba de algo precioso que le iba a motivar en muchos sentidos. Hasta su padre parecía empujarlo a que aceptara, aunque lo hiciera sin palabras. Todo se confabulaba para llevarlo a comprometerse con el notario, incluso su año de excedencia, que ya finalizaba.

A falta del consejo que no podía pedir a Maddi, siguió el de Amara y viajó a Madrid, al estudio, a entrevistarse con su inmediato superior, pero sobre todo a verse allí, en su lugar de trabajo, y preguntarse con sinceridad si deseaba volver.

Y descubrió que, regresara o no a Madrid, no quería encerrarse de nuevo durante dieciséis horas diarias mientras su hijo crecía solo. No quería seguir perdiéndose momentos de la vida de su hijo; ya se había perdido muchos de su mujer. No quería perderse momentos de su propia vida.

Tras dejar el asunto de su renuncia debidamente encarrilado para zanjarlo al día siguiente, y a pesar de que pasaría la noche en un hotel, sintió la necesidad de pasar por su casa. Necesitaba hacerlo, aunque también le asustaba. Temía que verse de nuevo entre aquellas paredes le provocara la misma asfixia de los primeros meses sin Raquel.

No fue así. Sintió tristeza, añoranza de los buenos años allí vividos, incluso vacío. Pero ni advirtió ahogo ni sus ojos derramaron ninguna lágrima mientras recorrió las estancias en las que amplias fundas blancas cubrían todos los muebles. El dolor seguía estando allí, dentro de sí; lo notaba, pero ya no le devoraba sin piedad y poco a poco las entrañas.

Apartó la tela que protegía el sofá blanco que tanto agradaba a Raquel, y se sentó con lentitud. La claridad de la calle se filtraba por las persianas medio bajadas, pintando las paredes con largas y rectas líneas de luz que se alternaban con otras de oscuridad. Le recordó a las tardes de verano, cuando, con el aire acondicionado puesto, ensombrecían la casa y echaban juntos la

siesta.

Sonrió al pensar que tal vez debió responder a Maddi que ellos sí tuvieron horarios para hacer el amor. O al menos algunos, como ese de las largas y placenteras siestas de verano.

Le sorprendió el sonido de su propia risa. Le sorprendió que los recuerdos de Raquel siguieran intactos, todos ellos, y que los estuviera evocando con pena, sí, pero también con ternura, con paz, con la serenidad que le daba pensar en el regalo que siempre fueron y que nadie podría arrebatarse nunca.



Tan sólo había pasado dos días en Madrid, pero fueron suficientes para que echara de menos a su hijo y terminara de convencerse de que la decisión que acababa de tomar era la acertada. Había estado un año entero sin separarse de él. Y, aunque también era cierto que desde que estaban en Bermeo muchas noches ni siquiera dormían juntos, al menos podía darle un beso y desearle que tuviera felices sueños. No fue lo mismo hacerlo a través del teléfono.

Desde que había roto con Maddi el niño pasaba más tiempo con él, no sabía si porque lo encontraba más necesitado o porque él le insistía más para que hicieran cosas juntos. Por eso no le extrañó que él mismo se ofreciera a acompañarlo a ver aquel terreno junto a la costa de Ibarrangelu. Porque todavía no había dado una respuesta a Roberto Betanzos, y éste le había pedido que antes de tomar una decisión se acercara al lugar en el que pensaba construir la casa. Lo que no le había dicho era que también él llevaría allí a uno de sus hijos; al afectado por aquel maldito mal degenerativo y alrededor del que iba a girar la casa, igual que ya giraba la vida de su familia.

El lugar era realmente grandioso, como toda la línea serpenteante de costa que bañaba el Cantábrico, a veces con un suave abrazo en la arena y otras con pasión arrebatada y salvaje en las paredes rocosas de sus acantilados. Aquel lugar tenía ambas cosas, pues era una extensa ladera verde separada del mar por un cortante rocoso y con un fácil camino de descenso hacia una pequeña cala de fina y dorada arena: el lugar perfecto para alguien que, a medida que

pasaran los años, disfrutaría más de lo que tuviera alrededor que de lo que poco o nada que pudiera hacer por sí mismo.

Iker simpatizó con él desde el primer momento. Y, sorprendentemente, no se dedicó a correr ni a saltar, como normalmente hacía. Nadie le había explicado que aquel niño no tenía su misma facilidad para moverse aunque tuviera su misma edad. Y a pesar de ello dejó que fuera *Pintxo* el que corriera como un loco tras la pelota que le lanzaban, unas veces él y otras su nuevo amigo.

—Necesitaba que entendieras la importancia de todo esto —se disculpó el joven notario, con un amago de sonrisa, una de las muchas veces que lo descubrió pensativo, mirándolos jugar y reír.

Lo entendía. Lo había entendido desde el primer momento. Lo que ahora ocurría era que le había puesto cara, voz y una alegre risa de niño como la de su propio hijo.

Y, al parecer, Iker también tuvo sentimientos similares. Porque fue su único tema de conversación durante el corto trayecto de regreso.

—¡Pero no estaba en silla de ruedas! —exclamó, todavía sorprendido.

—Lo estará, cariño. Su padre dice que en uno o dos años.

Se quedó en silencio, y por el retrovisor lo vio acariciar descuidadamente a *Pintxo* mientras miraba por la ventanilla.

—En la casa del *aitite* no puede andar una silla de ruedas —comentó de pronto.

Kaiet le dijo que no y él volvió a quedarse ausente durante unos segundos.

—¡Pero en la casa que tú le vas a hacer a ese niño sí cabe, ¿verdad?!

Vio a través del espejo la sonrisa que formaban sus labios, y hasta la admiración con la que le brillaban los ojos, como si creyera que no había nadie en el mundo, salvo su padre, capaz de hacer un milagro así.

Y ése fue el instante en el que supo que aceptaría. Diseñaría aquella casa sabiendo que le aportaría más satisfacción que ninguna otra cosa que hubiera hecho hasta entonces. Que se quedaran todavía allí o que regresaran a Madrid no iba a suponer para ello ninguna diferencia, ningún impedimento.

Se lo contó esa noche a Amara, mientras ésta preparaba la cena. Le habló

del lugar, del niño, de la sensibilidad de Iker que lo llenaba de orgullo. De la idea de montar un estudio propio para diseñar las cosas que realmente le aportaran algo, además de un evidente y necesario medio de vida. Después, cuando fue al cuarto a por su abrigo, encontró a Iker dibujando en el escritorio. Se acercó a mirarlo, seguro de que se trataba de uno más de los muchos dibujos que coloreaba para, venciendo su natural timidez, regalar a la niña que lo tenía loco. Pero al mirar por encima de su cabecita comprendió que ése no estaba destinado a seducirla. Era una casa grande, transparente, como si estuviera construida de cristal, y estaba en un prado verde con un mar azul y tranquilo al fondo.

—Es precioso —le dijo a la vez que lo abrazaba por detrás y le daba un beso.

Antes de que le deseara buenas noches, por si al regresar lo encontraba dormido, el pequeño le pidió, por primera vez desde que estaban allí, que se quedara a cenar con ellos.

Y ante eso no fue capaz de negarse.

Aquella noche se sentó a la mesa, frente a su padre. Y aunque no cruzaron palabra alguna, tampoco tuvieron malos gestos. Por eso volvió a cenar con todos al día siguiente. Y al otro. Y continuó haciéndolo ya la mayoría de las noches. Las que más le gustaban eran aquellas en las que aparecía Babu. Todo resultaba más fácil entonces. Él hacía de hilo conductor y Amara estaba más relajada, sin la presión que seguramente suponía llevar una conversación que no encendiera ningún ánimo. Aunque él no hubiera saltado de ningún modo. Desde el primer momento le agradó aquella calma familiar de las noches, y presentía que también le gustaba a su padre.



—Está raro hoy —dijo con preocupación Kaiet, cuando su hijo terminó de merendar y se encerró en su cuarto, a leer tebeos—. Ni siquiera ha querido que fuéramos al parque.

Amara se alejó un momento para cerrar con cuidado la puerta, y se reunió

de nuevo con él, junto al mirador.

—Debe de ser por eso de que le ha salido un rival —le contó en voz baja. El desconcierto lo llevó a arrugar la frente.

—¿Un rival en qué?

—Con la niña que le gusta. —Sonrió al verle el repentino gesto de frustración—. Un compañero de clase, y al parecer dibuja muy bien.

Había estado esperando que en cualquier momento se le pasara a su hijo ese amor no correspondido. Lo había estado deseando, para verlo jugar en el parque con la misma normalidad con la que lo hacía en otros sitios, cuando no estaba pendiente de ella. Y, en lugar de eso, ahora lo veía soportar el difícil y doloroso asunto de la competencia.

La tarde siguiente Iker salió de clase igual de extraño, pero no puso ningún inconveniente a que fueran al parque grande. Y, mientras jugaba, él pasó el tiempo observando su actitud con más atención que nunca. No sabía cómo podía ayudarlo, cuando ni siquiera tenía la libertad de hablarle de ello. Después de pasar varias tardes contemplándolo desde el banco, acompañado de *Pintxo*, se sorprendió al ver hacia quién demostraba animosidad. Y, aunque también descubrió que la niña apenas les hacía caso a ninguno de ellos, comprendió plenamente la frustración de su hijo. Pues, al parecer, a la vez que había ganado un competidor había perdido a un amigo; a su primer «mejor amigo».

Esa pequeña decepción debía estar resultándole difícil de asimilar, pensó, inmóvil en el banco y sin perderlo de vista. Él no sabía lo que suponía tener como rival a un amigo, pero sí lo que era enfrentarse a la competencia de alguien que le agradaba. Porque Unax le cayó bien desde el primer momento. Pero ahora las emociones lo consumían de tal manera, que a veces, cuando lo descubría con ella, no podía evitar mirarlo con ganas de que le diera un motivo para lanzarse sobre él. El hombre tranquilo, y para nada violento que era, deseaba encontrar la excusa, daba igual si justificada o no, para comportarse como un simple matón descerebrado. Aunque había otra clase de pretexto que estaba dispuesto a inventarse para conseguir acercarse a ella.

Poco podía imaginar que no necesitaría falsear una razón, pues sería la más cruda necesidad la que acabaría llevándolo a buscarla.

CAPÍTULO 35

Se acercó al bar de la cofradía de pescadores, en el muelle Arroxape, esperando encontrar a su padre. Amara solía decir que le gustaba tomarse allí algún vino de vez en cuando, incluso quedarse a comer un buen pescado a la brasa, en compañía de viejos pescadores jubilados como él y también de otros jóvenes entusiastas que, en grandes buques, faenaban en lejanas aguas internacionales. Ellos, además de todos los peligros provenientes del propio mar y de las inclemencias del tiempo, padecían también los asaltos de los modernos piratas de Somalia.

Le gustaba discutir sobre los motivos de esos ataques, sobre todo porque tenían diferentes y siempre encendidas opiniones. Muchos decían que eran la consecuencia del hambre y de quienes, aprovechando la falta de un gobierno estable en Somalia, habían conducido allí sus barcos para diferentes y oscuros fines. Unos para esquilmar sus caladeros, que era lo único que les quedaba para sobrevivir. Otros para arrojar por la borda barriles de residuos tóxicos y nucleares, condenándolos sin pudor a las enfermedades más atroces. Aseguraban que los primeros que salieron en lanchas de pescadores a detener la mortal descarga de esos enormes barcos, o a cobrar una mísera tasa a los que simplemente pescaban en sus aguas, fueron sencillos pescadores que formaron la denominada Guardia Costera Nacional Voluntaria. Pero que, en un país en guerra casi perpetua, donde faltaban alimentos y sobraban armas, el olor a un próspero negocio de secuestros y rescates millonarios atrajo a diferentes clanes y a ex miembros de las fuerzas de seguridad somalí, que acabaron llevándolos al grave punto en el que se encontraban, persiguiendo y abordando barcos pesqueros en aguas internacionales, cada

vez más alejadas de sus costas.

Todo ese conflicto hacía que le resultara emocionante conversar con aquellos jóvenes, que relataban con detalle sucesos peligrosos que habían vivido en sus carnes o que habían oído contar a otros, y que hablaban de secretas implicaciones de los grandes señores de la guerra que financiaban los secuestros de mayor envergadura, y no sólo de Somalia. Gabino tenía amigos que habían vivido cuarenta y siete difíciles días de secuestro en el atunero *Alakrana*, y otros que se habían librado tras angustiosas huidas con las redes echadas, y eso le hacía defender su propia opinión con apasionamiento.

Como hacía cuando él apareció.

Su gastado corazón dio un vuelco al verlo detenerse en la entrada, sujetando la puerta abierta con una mano mientras con la otra asía con fuerza su cazadora y la correa de *Pintxo*. Antes de verlo mirar hacia los lados, con gesto nervioso, ya supo que lo buscaba a él. Lo único que se preguntó fue qué desastre había ocurrido para que lo hiciera, y la respuesta que se dio le heló la sangre.

Se levantó, demasiado preocupado como para advertir de su salida a sus compañeros, y el compungido gesto de preocupación que fue apreciando en su hijo a medida que se le acercaba, terminó de angustiarse.

—¿Le ha pasado algo a mi nieto? —preguntó sobrecogido.

—No, no —exclamó Kaiet, aliviado porque no fuera ése el problema—. Pero sí que se trata de él. Necesito que vayas a buscarlo a clase esta tarde, y que..., que le expliques que me ha sido imposible ir a mí.

Gabino se tranquilizó sólo a medias. La actitud de Kaiet y su cuidado en no mirarlo directamente a los ojos parecían la confirmación de que algo malo estaba pasando. Pero no se atrevió a preguntar.

—Allí estaré. Gracias por pedírmelo.

Kaiet tomó aire y evitó responder a eso.

—Le gusta ir al parque, a jugar con otros niños. Suelo llevarle la merienda.

—Iremos al parque. No te preocupes por nada. Además, creo saber qué le gusta para merendar —trató de bromear un poco.

Kaiet esbozó media sonrisa al encontrarse ante la visión del asqueroso

bocadillo de atún con aceitunas negras.

—No tengo duda de que estará bien contigo —concedió mirándolo esta vez de frente. Y, tras darle con rapidez las gracias, salió sin haber mencionado lo que lo mantenía inquieto.

Fue entonces cuando Gabino reparó en que no había llegado solo; que alguien, que había estado esperándolo al borde del muelle, se reunía con él. Y, debido a los acontecimientos de las últimas semanas, no logró entenderlo, y sí aumentar el grado de su preocupación.

Después, ninguna de las opiniones que defendieron viejos y jóvenes *arrantzales* sobre modernos piratas, sobre cuotas de pesca o sobre muchas de las cosas que a Gabino le interesaban logró captar por completo su atención.

Por la tarde, mientras preparaba la merienda a su nieto, seguía intranquilo porque no había visto a Kaiet desde la mañana. La falta de noticias a menudo era, en sí misma, una buena noticia, se decía a ratos. Aunque, cuando un barco no terminaba de llegar a puerto, ese silencio llevaba siempre a pensar en lo peor, razonaba un segundo después.

Iker casi gritó cuando lo encontró esperando, y le dio un abrazo tan fuerte y emocionado que inyectó vitalidad a sus gastados huesos y a su muy vivido corazón. Luego vio con orgullo cómo el niño presumió ante sus amigos diciendo que era el *aitite* que le contaba las historias que de verdad habían ocurrido; historias de balleneros, de galernas y de grandes batallas entre pescadores y barcos de guerra.

Pero aún le quedaban por delante unas largas horas en las que el pequeño le preguntaría con insistencia por su padre y su perro.

Ya en casa, ni siquiera se atrevió a hablar a su hija de su presentimiento, por si era algo absurdo y al nombrarlo lo convertía en realidad. Y cargó él solo con la angustia de esperar a Kaiet después de que ella se acostara y él tuviera que contar más de un cuento para que su intranquilo nieto conciliara también el sueño. El pequeño se resistió con terquedad, manteniendo los ojos exageradamente abiertos, y hasta sujetándose los párpados con los dedos al notar que se le cerraban. Rio con disimulo ante sus graciosos intentos por esperar despierto a su padre a costa de lo que fuera. Sobre todo cuando, tras una cabezada que a punto estuvo de vencerlo, le preguntó si podía tomarse un

café, «negro, como esos que toma *aita*».

—Te cuento la historia de Xixili si dejas que los ojos se te cierren cuando ellos quieran.

Iker aceptó emocionado al tiempo que preguntaba:

—¿La de la estatua del puerto?

—En Lamiarenpunta, eso es —confirmó Gabino, alisando el embozo de la sábana que su nieto había enredado—. Es una lamia.

—¿Todas las lamias son tan guapas?

—Todas son preciosas, con pelo largo y rubio que peinan con peines de oro, siempre a la orilla del agua. Tienen cuerpos de mujer y pies de gallina o de cabra. Pero, las que viven junto al mar, tienen cuerpo de pez, como las sirenas, y pies de pato.

—Los he visto en la estatua —dijo orgulloso.

—Y habrás visto también que el pedestal en el que está apoyada lo forman las caras de tres pescadores con la boca muy abierta, ahogándose en el mar.

Iker abrió mucho los ojos, sorprendido por el inesperado descubrimiento.

—¿Son los que se ahogaron con la galerna?

—No, campeón. —Gabino sonrió, olvidándose momentáneamente de su hijo—. Son a los que ahogaban las lamias del puerto. —Lo notó encogerse bajo las mantas, y continuó, seguro de que el agotamiento no tardaría en dormirlo—. Ellas bajaban de Lamiaren hasta las rocas de Lamiarenpunta, a peinarse el pelo al lado del agua y a esperar la salida hacia la mar o el regreso a casa de los barcos pesqueros. —Iker dejó que se le cerraran los ojos y él bajó el tono de voz—. Su largo pelo dorado se veía de lejos, y los pescadores se quedaban embobados mirándolas peinarse. Ellas los enamoraban con facilidad gracias a su extraordinaria belleza. Esperaban pacientemente hasta que los tenían entre sus brazos, y entonces los llevaban hasta el cabo de Ogoño, y allí los ahogaban.

Aguardó unos segundos, en silencio, observando la relajada respiración de su nieto. Y cuando estuvo seguro de que se había dormido, lo arropó con cuidado y regresó a la cocina, agotado pero dispuesto a esperar la llegada de su hijo. Con la luz encendida.



Volvía a estar en aquella casa pintada con colores brillantes, volvía a estar en el salón naranja, sentado junto a Maddi mientras el gato dormía panza arriba en el otro extremo, con la cabeza colgando por el borde, satisfecho y relajado porque acababa de zamparse su cena.

No lo había pensado por la mañana, cuando un coche con exceso de velocidad se llevó por delante a *Pintxo*. Lo cogió en brazos para correr como un loco hacia el veterinario, y cuando le dijeron que estaba muy grave la buscó a ella. Ni a su padre. Ni a su hermana. A ella, y, sólo ahora, ya por la noche, se preguntaba por qué lo había hecho. Por qué su instinto lo llevó a buscar consuelo en ella y no en otra persona.

Estaba seguro de que también Maddi se lo preguntó a lo largo del día. Y no porque lo hubiera escuchado de sus labios, sino porque la conocía bien, además de que varias veces le había visto la interrogante en los ojos.

Ella había cerrado la tienda en cuanto él se presentó, por la mañana, con el rostro desencajado y la desesperación en el modo en el que se quedó mirándola sin ser capaz de pronunciar ni una palabra. Lo acompañó al centro en el que había quedado ingresado *Pintxo* después de que, más tranquilo, le contara lo que había pasado. Lo había escuchado en silencio, encogida bajo el abrigo, sentada junto a él en el banco en el que tantas mañanas habían conversado animadamente mientras comían las palmeras de hojaldre. Los ciruelos japoneses, tan desnudos todavía de hojas como el resto de los árboles del parque, lucían repletos ya de flores rosas con apariencia de delicados pétalos de papel, dando aspecto de primavera a aquellos días todavía de invierno. Y había seguido acompañándolo durante el resto del día, muchos ratos callada y otros dándole un poco de trivial conversación mientras esperaban noticias. Ella no necesitó preguntarse por qué lo había dejado todo y había salido corriendo a ayudarlo. Ella lo sabía. Lo sabía con la misma rotundidad con la que le costaba tenerlo cerca y hablarle como a un amigo cuando era incapaz de dejar de amarlo. Y, aun a pesar de eso, tampoco dudó en abrazarlo con fuerza cuando lo vio incapaz de retener las lágrimas al decir

que si todo acababa mal ni siquiera sabría cómo iba a contárselo a su hijo.

—Si pierde al perro se me hunde, Maddi —musitó mientras se dejaba querer y buscaba refugio entre su pelo.

—No dejaremos que eso ocurra —le había asegurado con dulzura. Y nada más decirlo comprimió los párpados ante la amarga realidad de que pasara lo que pasase no estaría allí con él.

Kaiet aún se mantuvo abrazado un instante, agradeciendo sus palabras de ánimo a pesar de saber que las pronunciaba tan sólo para ayudarlo a superar aquellos duros momentos. Ella no lo quería como amigo, y eso lo alejaba irremediabilmente de su mundo y de su vida.

No la culpaba, porque durante las difíciles horas que compartieron acabó entendiéndola mejor que nunca. Tenerla cerca, y no poder ni siquiera tocarla con confianza, cuando deseaba abrazarla y besarla hasta advertirse tan vivo como sólo ella lo hacía sentir, le demostró que tampoco él podría tenerla como amiga nunca. Fue un necio al proponérselo la noche en la que rompieron. O tal vez sólo un hombre desesperado por perderla, pensó mientras los ojos se le empañaban y agradecía que, en aquel día en el que a duras penas consiguió mantenerlos secos, las lágrimas no lo delataran.

A pesar de su convicción de que nunca podría ser su amigo, siguió sin ser capaz de poner nombre a lo que ella le hacía sentir. Aunque tal vez era más simple y tan sólo le costaba aceptarlo. Porque él ya había conocido antes ese sentimiento grandioso que lo hacía estremecer, pero este que ahora experimentaba era tan diferente que le costaba creer que se tratara del mismo.

La temprana oscuridad los encontró en la calle, esperando inútilmente la llegada de buenas noticias y mientras la desesperación comenzaba de nuevo a asfixiarlo. Porque no podía volver a casa sin *Pintxo* mientras su hijo estuviera despierto. No, cuando ni siquiera tenía nada esperanzador que decirle. Maddi lo entendió con sólo mirarlo, y no quiso dejarle que esperara solo. Lo invitó a subir a casa y él rehusó con amabilidad, seguro de que aquello no sería bueno para ninguno de los dos. Pero, ante la insistencia de ella y su propia necesidad, finalmente se vio yendo tras sus pasos hacia el ascensor.

Le habló del nuevo proyecto que tenía entre manos, y también de que compartía la mesa con su padre, aunque siguieran sin dirigirse la palabra. Ella

no lo reprendió por su terquedad, como ya había hecho otras veces; tan sólo lo escuchó con una expresión dulce, y a él le bastó con eso. Con eso y con mirarla, comparándola con esa lluvia lenta que ni siquiera sientes caer, relajada y apacible, y probablemente la más nostálgica de todas. Durante aquella especial e inesperada intimidad estuvo a punto de confesarle lo mucho que había echado de menos esos momentos, esas conversaciones, y a ella. Sobre todo a ella. Pero se contuvo. O más bien le contuvo el ruego que creyó ver en sus ojos para que callara, cuando lo miró fijamente, como si no supiera qué responder cuando él le preguntó por todo ese tiempo que no habían compartido.

Maddi preparó la cena; una sopa caliente que le resucitaría el cuerpo, dijo tratando de animarlo. Y fue entonces cuando él descubrió, sobre la mesa de la cocina, la bufanda de Unax.

Algo de celos se le debió notar, además del desconcierto, porque en cuanto él la cogió entre las manos ella se la arrebató, claramente incómoda, tras lo que se empeñó en colocarse un corto mechón de pelo tras la oreja.

Ni su forma de reaccionar ni que él se hubiera dejado una prenda en su casa probaban nada más allá de lo que él mismo había visto, pero no pudo evitar sentirlo como la confirmación de que sus sospechas, o más bien sus temores, eran ciertos. No se atrevió a preguntarle si habían retomado la relación, pero lo pensó mientras los malditos celos volvían a carcomerle las entrañas.

Fue entrada la medianoche, al despedirse, cuando peor se sintió. Justo después de que ella apartara su mano con rapidez al sentir que él la acariciaba, dándole las gracias por no haberlo dejado solo en ningún momento.

—Verás que pronto os dan la noticia de que va a estar bien —le dijo, ya en la entrada, mientras sujetaba la puerta abierta.

—Voy a hacerte caso. —Hundió las manos en los bolsillos, sin dejar de mirarla—. Tendré fe en que así va a ser.

—Yo creo en el Kaiet que no se rinde. No lo hagas ahora.

No le respondió. Él sabía bien que se había rendido en las cosas más importantes, igual que lo estaba haciendo al no enfrentarse a sus

contradictorios sentimientos o al no reaccionar mientras ella le decía, de forma sutil, que arreglara sus cosas como quisiera, pero que no volviera a buscarla.

—Espero que todo salga bien, por los tres. Formáis un bonito equipo.

Tampoco respondió a esas últimas palabras, ya menos sutiles, con las que lo despedía para siempre. Volvió a agradecerle el apoyo que le había dado a lo largo de todo ese complicado día, y comenzó a descender la escalera, despacio.



—*Aita* —susurró y se quedó en silencio, mirándolo conmovido.

Se había resistido a subir a casa. Esa claridad tras los visillos lo había llevado a dar unas cuantas vueltas, hasta que razonó que no era posible que alguien estuviera aún levantado. Había entrado en la cocina dispuesto a apagar esa luz olvidada para después acostarse, sin despertar a nadie. Y lo encontró allí, sentado en su rincón de siempre, con los codos sobre la mesa y la cara apoyada en las manos.

Dormido.

Esperándolo.

No lo despertó su llamada en voz baja, y se sentó en la silla más cercana a él, en el costado derecho de la mesa, preparado para darle la explicación por la que sin duda estaba allí. Lo acababa de llamar *aita* por primera vez desde que se prometió, aquella desafortunada noche, que jamás volvería a hacerlo. Y ahora le costaba contener la emoción. Le enterneció verlo tan viejo y cansado, tan vulnerable a pesar de su fortaleza. Le había sido tan dolorosamente difícil odiarlo, como ahora le resultaba aceptar que tal vez había estado equivocado y que debía pedirle perdón.

Tomó aire a la vez que le ponía la mano en el hombro, tratando de no pensar en el tiempo que había pasado desde la última vez que lo rozó, durante el entierro de su madre, cuando compartieron el mismo dolor abrazándose largamente y con fuerza.

—*Aita* —volvió a musitar, con voz trémula, y lo vio sobresaltarse a la vez que abría los ojos—. Tranquilo. Soy yo —dijo apartando apresuradamente la mano.

Gabino tragó varias veces, todavía confuso, antes de preguntar:

—¿Qué está pasando, hijo? Iker ha estado intranquilo, no se podía dormir.

—Lo imagino —dijo retorciendo entre los dedos la correa de *Pintxo*—. Llevo evitándolo durante todo el día.

A Gabino lo sacudió un presentimiento. Miró alrededor, nervioso, y volvió a fijarse en la tensión con la que su hijo rozaba la correa.

—¿Dónde está?

Kaiet inspiró hondo, con los ojos fijos en la chapa identificativa que brillaba en el cuero rojo.

—En el centro veterinario. Desde esta mañana. Lo ha atropellado un coche.

—¿Está...? —no se atrevió a terminar la pregunta.

—No lo sé —reconoció Kaiet—. Antes de que cerraran seguía estando muy grave. Dice la veterinaria que no esperemos milagros, pero que si consigue superar esta noche, tendremos alguna posibilidad de que se recupere.

Guardaron silencio, los dos con el pensamiento en quien más iba a sufrir con su pérdida.

—Creí que ya no se asustaba y salía corriendo —comentó Gabino.

—Y no lo hace —respondió—. Pero había unos chicos jugando con una pelota grande, echándosela unos a otros. Hubo un momento en el que se les escapó y botó en la carretera, y *Pintxo* se lanzó a por ella. No me dio tiempo a pararlo. Un coche pasaba en ese momento y... Todo fue muy rápido... —Negó con la cabeza a la vez que resoplaba al recordar el golpe, la sangre que el animal dejó en el asfalto y la que después le fue empapando a él la parka mientras lo llevaba en brazos, corriendo hacia el veterinario.

—Tienes que decírselo —opinó su padre—. Deberías haberlo hecho en cuanto ocurrió.

—No puedo. —Se frotó la barbilla, angustiado—. ¡Quiere tanto a ese

perro!

—Razón de más para que se lo digas.

—No quiero preocuparlo inútilmente. Puede que mañana esté mejor. Entonces se lo contaré.

—¿Y si muere esta noche? —preguntó esperando que en algún momento lo mirara—. Eso es más que probable, ¿no? —No obtuvo respuesta—. Si eso pasa, no entenderá que se lo hayas ocultado.

Una tibia y amarga sonrisa se esbozó en los labios de Kaiet. Dudaba que su padre hubiera tratado de hacerle un reproche, pero de haber querido hacerlo ninguna frase hubiera sido tan acertada como aquélla. Después de los años se veía en un lugar similar al que una vez él se vio obligado a ocupar. Y no era sencillo.

Resopló despacio antes de responder:

—Me arriesgaré.

Y entonces sí miró a Gabino, en silencio, encontrando en él una comprensión que no había esperado.

—Cualquier cosa con tal de evitar sufrimiento a un hijo, ¿verdad? —dijo en un murmullo—. Incluso exponerse a perderlo.

Era un buen momento para reconocer sus errores, para pedirle perdón. Pero todavía no estaba seguro de querer hacerlo.

—Ha sufrido demasiado para lo pequeño que es.

—Eso es cierto, pero él es fuerte.

Kaiet se frotó el rostro con las manos a la vez que suspiraba. Para él no era fuerte, sino un simple niño al que debía proteger de todo, en ese momento del dolor que él mismo llevaba padeciendo desde la mañana.

—Tú también quieres mucho a *Pintxo*, ¿verdad? —dijo en voz baja Gabino, adivinando la tristeza en el rostro de su hijo, oculto tras sus dedos.

Pasaron largos segundos en los que sólo se oyó la fuerte respiración con la que Kaiet trató de reponerse.

—Siempre me negué a meter un perro en casa —contó cuando pudo hacerlo, rozando de nuevo la correa—. No quería la responsabilidad de sacarlo a la calle ni verlo encima del sofá o de la cama ni las visitas al veterinario o tener permanentemente un cuenco con agua en el suelo de la

cocina. Pero, cuando ya no supe cómo ayudar a Iker, todo eso dejó de ser importante. Entonces decidí comprarle un cachorro.

—*Pintxo* no tiene mucha pinta de cachorro —dijo para hacerlo sonreír.

Y lo consiguió a medias.

Algo parecido a una sonrisa se formó en los labios de Kaiet al recordar el instante en el que lo vio por primera vez, cuando sus ojos tropezaron con los tristes y asustados que lo miraban a través de los barrotes de una de las jaulas de la perrera municipal.

—Cuando ya tuve tomada la decisión, pensé que si un perro iba a ayudarnos a nosotros, nosotros también deberíamos ayudarlo a él.

—Y decidiste adoptar uno.

Kaiet asintió.

—Fui con la intención de buscar uno pequeño. Pero cuando *Pintxo* me pidió con la mirada que lo sacara de allí, ya no quise ver a ninguno más. Sabía que si cualquier otro animal me miraba de aquella forma, querría llevármelos a todos —dijo en un murmullo, acariciando con suavidad la correa.

Volvieron a quedarse en silencio.

Gabino se frotó con cansancio los párpados y miró el reloj de la pared. Se levantó, y al pasar junto a él se detuvo un segundo y posó la mano en su hombro, presionando ligeramente.

—Yo me ocupo de Iker mañana, para que no te vea hasta que hayas hablado con la veterinaria. —Apartó la mano, deslizándola con cariño hacia la espalda—. Y me voy a dormir. Tú también deberías hacerlo. Pase lo que pase esta noche, mañana no será un día fácil.

La piel se le erizó a Kaiet bajo el firme y cariñoso contacto, y se quedó inmóvil, mirando salir a su padre.

—Gracias —dijo cuando lo vio abrir con sigilo la puerta—. Gracias por todo.

—No me las des —respondió en voz baja para no despertar a nadie—. Lo mismo que sientes tú por tu hijo, sigo sintiendo yo por ti. Y me duele no poder intercambiarne contigo cada vez que veo que sufres.

Kaiet no pudo responder. Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras su

padre salía, dejando esta vez la puerta abierta y a él asediado por un cúmulo de sentimientos imposibles de gobernar.

CAPÍTULO 36

La impaciencia y la felicidad se desprendían por cada poro de piel del pequeño Iker, se reflejaban en sus despiertos ojos negros que no dejaban de mirar hacia el pasillo por el que había aparecido la veterinaria y por el que sabía que no tardaría en salir *Pintxo*. No prestaba atención a las indicaciones que ella daba a su padre sobre los cuidados y medicamentos que tenían que suministrarle durante un tiempo. Él sólo quería verlo y comprobar por sí mismo que estaba bien. Llevaba parte de la cabeza y de la pata delantera rapadas y con las cicatrices, todavía frescas, de las dos operaciones, pero vivo y contento.

—Felicidades. Tienes un perro precioso, y muy bueno —le dijo la veterinaria. Y eso sí que lo oyó, inflándose de orgullo—. Pero durante un tiempo nada de carreras ni de lanzarle la pelota. Vamos a dejar que se recupere sin forzarlo, ¿de acuerdo?

—Sí, pero ¿cuándo va a salir? —preguntó inquieto—. Queremos llevarlo ya a casa.

Y cuando lo vio aparecer, con paso lento y cojeando junto a una auxiliar vestida con una bata azul, corrió hacia él. Se arrodilló en las baldosas y se abrazó a su cuello para decirle cuánto lo quería y cómo lo había echado de menos.

Había pasado muy malos momentos desde que su padre le contó lo ocurrido. Había derramado muchas lágrimas y había hecho muchas preguntas difíciles de responder. No entendía que un coche le hubiera quitado a su madre y que, de nuevo, otro fuera a dejarlo sin su mejor amigo. Kaiet lo consoló con paciencia y grandes dosis de cariño.

La llegada de *Pintxo* a casa fue una fiesta. Amara le había cosido un colchón blandito, porque decía que podía hacerse daño en las heridas, aún sin cicatrizar, durmiendo en la dureza de la alfombra. Gabino le había comprado un cepillo de cerdas gruesas. Aseguraba que con aquel collar de plástico, con forma de embudo, que le habían puesto para que no se arrancara con los dientes los puntos, no podría rascarse el cuello. Y él pensaba cepillárselo cada noche, antes de ir a dormir. Iker iba a ahorrar para comprarle una pelota nueva en cuanto estuviera recuperado y pudiera correr.

Y, mientras todos acariciaban y mimaban al perro, Kaiet se apartó con discreción y se fue a la cocina. Después de tantos días difíciles necesitaba un poco de soledad y silencio; un poco de tiempo para sí, para respirar despacio y asegurarse de que todo había pasado.

Pensativo, junto a la ventana, no reparó en que Amara había salido tras él y que lo miraba con gesto preocupado desde el quicio de la puerta.

Ella se acercó y miró en su misma dirección, hacia los barcos del puerto. Varias veces lo contempló a él de reajo, encontrándolo siempre distante y pensativo. Triste.

—Iker está feliz —le dijo al fin—. Creo que hoy no podrás evitar que meta al perro en la cama.

—Entonces seré yo quien duerma en la alfombra. O en el colchón nuevo —bromeó sonriendo—, porque ahí no cabemos los tres.

—Lo ha pasado muy mal. Y es curioso que cada vez que sufre no se te despegue ni de noche ni de día.

Kaiet recordó las noches que el pequeño había pasado abrazado a él con fuerza, agobiado por el mismo miedo a perderlo que sintió un año atrás, al perder a su madre y darse cuenta de la fragilidad de la vida de aquellos a quienes quería y necesitaba. Todos los niños pasaban, antes o después, por ese proceso. Pero le dolía el sufrimiento de su hijo, tal vez porque recordaba bien lo que él mismo sintió al descubrir esa cruel realidad que lo obsesionó durante años.

—El que *Pintxo* haya salido de esto le va a dar seguridad —opinó convencido—. Cuando ves que no todos a quienes amas se van, comienzas a relajarte y a olvidar el miedo.

—Yo también lo creo. Todo en esta vida tiene un lado positivo. A veces nos cuesta encontrárselo, pero lo tiene.

—¿Todo? —preguntó sonriendo incrédulo.

—Estoy convencida. Como mínimo, las cosas malas que te ocurren te endurecen, y reconocerás que eso es necesario para vivir. —Apoyó el hombro en el cristal para mirarlo a él con atención—. Pero, además, pueden llevarte a hacer cosas que de otro modo nunca harías. O te obligan a ver sentimientos que llevas dentro y que por ti mismo nunca reconocerías.

Él sonrió, sospechando sus intenciones y negándose a mantener aquella conversación.

—Eres muy optimista —dijo revolviéndole el pelo e iniciando el regreso al salón.

Ella lo retuvo, sujetándolo por el brazo.

—¿Tú estás ciego o qué? —La pregunta sonó brusca y enojada—. ¿Por qué crees que fuiste a buscarla cuando peor te sentías? ¿Por qué crees que pensaste precisamente en ella? ¿Por qué crees que te brillan los ojos cada vez que tú o yo la nombramos?

—No me hagas pensar, Amara —le rogó en voz baja, soltándose con la firme intención de irse—. Ahora no, por favor.

—¿Cuándo, entonces? —preguntó mientras él se alejaba—. ¿Cuando ya nada tenga remedio te parecerá buen momento?



Tuvieron que pasar días hasta que su testarudez le dejó darse cuenta de que su hermana tenía razón. Eso tan intenso que sentía por Maddi, y a lo que se resistía a ponerle nombre, era amor. Un amor que lo arrasaba todo, como el que sintió por Raquel. Un amor que había terminado desbordándolo a pesar del empeño que había puesto en no sentirlo. Aunque reconocerlo ahora tampoco le ayudaba mucho. Pues, aunque había comprendido que le costaba demasiado vivir sin ella, también entendía que Iker siempre iba a estar allí, recordándole, con palabras o con silencio, que estaba traicionando a Raquel.

Aquella tarde, al salir de clase no lo llevó a jugar al parque grande. Tenía algo serio que hablar con él, y el pequeño lo sabía. Por eso no protestó al ver que no tomaban la dirección de otras veces y que la niña que le gustaba sí lo hacía. Se mantuvo callado durante los diez minutos que tardaron en abandonar el casco urbano, pasar junto al muro del cementerio y alcanzar la abrupta costa de acantilados. Tan sólo su padre, que cargaba con el peso de su pequeña mochila, hablaba de vez en cuando sin obtener ningún tipo de respuesta. Los dos llevaban la preocupación en el rostro mientras *Pintxo*, libre de la sujeción de la correa, husmeaba contento por la hierba.

El viento soplaba con fuerza, revolviendo la densa capa de nubes grises, por la que se filtraba un mortecino y osado rayo de sol que alcanzaba a dorar un punto en la marejada.

—¿La recuerdas? —preguntó Kaiet cuando llegaron a la barrera pintada de blanco que los separaba del acantilado y desde la que se veía la playa de Aritzatxu.

Iker asintió, demasiado preocupado por lo que sabía que de un momento a otro iba a llegar por mucho que su padre se estuviera mostrando tranquilo.

Descendieron hasta la arena. Kaiet se sentó en una pequeña roca. Iker lo hizo a su lado, pensativo, mirando hacia el mar y esperando que algún otro rayo de luz se colara por entre las nubes mientras esperaba, también, que le llegara la reprimenda.

—¿Qué es lo que más recuerdas de aquel día? —volvió a preguntar con más interés del que aparentaba.

Esta vez le costó entender que su padre seguía hablando de la boda de su amigo.

—La carretera que hicimos con flores —dijo a la vez que jugaba a hundir los pies en la arena—. Y los faroles de papel que encendimos y que se fueron volando.

—Lo pasamos muy bien, ¿verdad? —insistió. Y su hijo movió la cabeza, de nuevo silencioso.

Kaiet cogió aire y lo expulsó despacio, sin atreverse a nombrar directamente a Maddi y hablarle de lo que sentía por ella. Tenía miedo de su reacción. Porque en el momento que le dijera que no quería que ella ocupara

el lugar de su madre, todo habría terminado definitivamente. Y ya no podría aferrarse ni siquiera a la esperanza de volver a intentarlo, de ir a buscarla y pedirle perdón por sus vacilaciones, confesarle que la amaba y decirle que hasta respirar le costaba cuando la imaginaba en brazos de otro.

Volvió a inspirar hondo antes de mirarlo.

—Sabes que me ha llamado tu maestra y que he hablado con ella, ¿verdad? —Iker confirmó con la cabeza—. Dice que le has roto los dibujos a un niño. ¿Por qué lo has hecho?

En realidad no necesitaba preguntarlo. La propia maestra le había dado la clave al decirle que se trataba de unos dibujos que aquel crío estaba regalando a una compañera de clase.

—Me gustaría que me contaras por qué lo hiciste —insistió ante su mudez.

—¡Porque es tonto!

Sabía bien el daño que hacían los celos; la frustración y el desasosiego que provocaban. Sabía que te transformaban en lo que no eres. Porque él había deseado, unas cuantas veces ya, irrumpir en el invernadero cuando veía el coche de Unax aparcado enfrente. Otras, acercarse a ellos en la calle y, sin decir nada a Maddi, partirle a él su ofensiva satisfecha sonrisa. No hubiera servido de nada, salvo para empeorar las cosas con ella. Pero al menos se hubiera quedado con la satisfacción de que el dolor no le dejara sonreír en un tiempo.

—Bueno. No sé si tienes razón, pero, de cualquier modo, no podemos ir rompiendo las cosas de todos cuantos nos parezcan tontos.

La seriedad y el ceño fruncido con el que su hijo miraba en silencio el mar le apenaron. Podía sentir, casi como propio, su miedo a que le arrebataran lo que, en realidad, nunca le había pertenecido.

—Tú no eres así, cariño. Si tienes problemas con él deberías arreglarlos de otra manera, ¿no crees?

—¡Pues que no me copie! —exclamó de pronto, enfadado y extendiendo los bracitos en el aire.

Por un instante Kaiet creyó que continuaría, que le hablaría de la niña, que le diría que él llevaba meses regalándole dibujos y que ahora su

compañero le «copiaba» para ganarle en la carrera de hacerse su novio. Pero, después de aquella breve pero intensa explosión de sinceridad, el pequeño volvió a guardar silencio, y ninguno de sus intentos de hacerlo hablar funcionaron.

—Sabes que esto no puede quedar así, cariño. —Lo vio apretar los labios con fuerza—. Esta semana no compraremos ningún tebeo ni tendrás dinero para golosinas. ¿De acuerdo?

—Vale —dijo alzando la barbilla con dignidad, mostrando que ni siquiera con aquel castigo se arrepentía de lo que había hecho.

—Si algo así se repite, habrá consecuencias, cariño. Y no serán tan sólo unos tebeos y unas chuches.

El pequeño asintió con el mismo orgulloso gesto, y él se alegró de que siguiera mirando al mar y que no viera que él no conseguía aseverar el semblante.

—Quiero que sepas que me siento orgulloso porque hayas defendido lo que... Lo que fuera que estabas defendiendo —corrigió a tiempo—. Tan sólo la forma en la que lo has hecho no me ha gustado.

Iker lo miró con una risueña mueca de sorpresa. Se levantó y lo abrazó con fuerza por el cuello. Y mientras Kaiet lo sentía pegado a su cuerpo, se juró que también él defendería lo suyo. Era posible que no sirviera de nada, pero intentarlo siempre sería mejor que conformarse y esperar a que las cosas ocurrieran solas.

—¿Cuándo hacemos otra boda?! —exclamó Iker soltándolo y levantando las manos al viento.

—Ya sabes que en unos meses tendremos la de Amara y Babu —dijo con una sonrisa.

—¿Cómo hacen las bodas en África?

—No lo sé. Tendremos que preguntárselo durante la cena.

Lo vio entornar los párpados, claramente rumiando alguna idea.

—¿Le puedo decir que quiero que sea como las de África?

Le hizo gracia su comentario. Había deseado que volviera a ser el niño feliz de siempre, y le emocionaba ver cómo prácticamente ya lo había logrado.

—No creo que estén pensando en algo así, pero puedes decírselo, sí.

Iker saltó como si le acabara de prometer que todo se haría como él y su inquieta imaginación lo estaban trazando en su cabeza, y salió corriendo por la arena, seguido de *Pintxo*.

Viéndolo reír se preguntó si lo estaría haciendo de aquel mismo modo si se hubiera atrevido a contarle su deseo de que ambos unieran sus vidas a la de Maddi.

No tenía esa respuesta, pero sí la lección que sin querer acababa de darle su hijo sobre no resignarse, sobre pelear incluso cuando sientes que todo puede estar ya perdido.

CAPÍTULO 37

—Te amo —musitó Kaiet, sujetando el ramo de rosas con ambas manos—. Por favor, perdona a este idiota que no se atrevía a reconocer que está loco por ti.

Tragó, inmóvil, como esperando la respuesta... o más bien imaginando cuál sería de haber estado ante Maddi y no frente al espejo de su dormitorio.

—¡No, no, no! —Comprimió con fuerza los párpados, inspiró hondo y se contempló de nuevo durante unos segundos—. No sé cómo debo decírtelo para no estropearlo todo —reconoció ofuscado—. Son tantas las cosas que quiero que sepas, que ni siquiera sé por dónde voy a comenzar.

Deseaba confesarle que la amaba, que llevaba amándola mucho tiempo y que al fin había encontrado valor para admitir esa realidad. Quería decirle que aún necesitaba convencerse de que podría estar con ella sin remordimientos que le impidieran hacerla feliz. Aún no estaba seguro de cómo iba a afrontarlo, pero sabía que todo sería más sencillo si ella entendía sus dudas y le permitía superarlas estando a su lado.

Se había acercado bien temprano a Gernika para comprar dos docenas de rosas rojas. Las mejores que tenían en la tienda. Pero, incluso mientras lo preparaba todo, tenía miedo. Un miedo atroz a que ella lo rechazara, a que no lo creyera. A que estuviera saliendo de nuevo con Unax. Había hecho un buen trabajo convenciéndola de que no podría amarla nunca. No quería pensar en lo difícil que iba a ser demostrarle ahora lo contrario. Por eso quería verla cuanto antes, y en el mejor lugar posible. Una declaración de amor requería de un sitio especial, y no podía haber ninguno más apropiado que el invernadero, donde tantas veces se habían amado.

A media mañana se armó de valor y salió de casa con el ramo de rosas en una mano y el corazón en el puño apretado de la otra. Caminó por entre calles sin ver nada ni a nadie, repitiendo para sí las muchas frases que había ensayado mil veces desde que, el día anterior, tomó la decisión de confesarse ante ella, rogando por que no lo hubiera retrasado demasiado; por que llegara aún a tiempo.

Y todas esas palabras de amor que se le entremezclaban en el cerebro desaparecieron en cuanto se encontró ante la floristería. Estaba cerrada, y por más que oteó por entre la selva verde, no halló a nadie en el interior.

Podía esperar allí, junto a la puerta, sujetando el ramo de flores, a que llegara para abrir la tienda. Pero ¿y si no lo hacía? En aquel momento aguardarla no le pareció una buena opción, seguro de que la inmovilidad lo consumiría de impaciencia.

Por la tarde probó suerte en su casa. Allí sí que la aguardó durante unas horas, sentado en el escalón más cercano a la puerta mientras, al otro lado, *Miki* maullaba y arañaba la madera, intentando reunirse con él.

—¿Dónde está tu dueña? —le preguntó con voz suave y muy baja. Bastante tenía con que los vecinos lo vieran esperando con las flores como para que lo sorprendieran hablando, ya no a un animal, sino directamente a una puerta cerrada.

No olvidó que la salida y la puesta de sol eran los momentos en los que ella prefería jugar con las olas. Y, a punto de atardecer, se despidió del animalito y condujo su coche hasta la playa de Bakio. No encontró allí la furgoneta, y sin perder un segundo fue a buscarla a Mundaka, donde le esperaba el mismo descorazonador resultado. Aun así aparcó y se arrimó al mirador, junto a la iglesia de Santa María, desde donde contempló cómo unos pocos osados surfeaban las grandes olas. Pero no la distinguió a ella.

Se acercó al puerto, a la taberna; aunque evitó entrar. Llevaba todo el día recorriendo el pueblo con un enorme ramo de rosas rojas en la mano y, seguramente, todo el mundo sabía ya que buscándola a ella. Pero no quiso hacerlo tan evidente sin haberse asegurado de quién atendía la barra esa noche. Y, amparado por la oscuridad y ayudado por la luz de la tasca, comprobó desde la calle que, tal y como había temido, era Julen quien en

aquel momento servía unas cervezas. Sabía que le debía una explicación por lo sucedido con Maddi. Así se lo dejó entrever, unos días atrás, cuando Iker y él se lo encontraron en el muelle.

Había llevado hasta allí al pequeño para hacerle olvidar un poco el que *Pintxo* estuviera herido y todavía ingresado. Al pequeño le fascinó ver descargar tanta abundancia de pescado, bien apilado en cajas que ocupaban casi toda la cubierta. A él, sin embargo, le impactó conocer que éstos eran el máximo de 2.300 kilos que la ley permitía capturar por barco y día. Julen le contó, frustrado, que debido a la gran abundancia de verdel que colonizaba el Cantábrico en esas fechas, solían alcanzar ese límite de capturas en tres o cuatro horas y que después debían volverse a casa dejando bajo la embarcación enormes bancos de cardúmenes. La *neskatila*^[21] del barco, una preciosa joven de ojos negros, hija de uno de los pescadores, dijo con preocupación que en unos pocos días habrían cubierto el miserable cupo establecido y que les cerrarían la pesquería.

Al parecer, los buenos tiempos para la pesca, que él conoció, hacía años que habían dejado de existir.

Pero esos pensamientos, con los que observó desde la distancia a Julen, le duraron poco. Se sentía agotado, perdido y sin saber qué hacer. Y entre sus dos únicas opciones, la de regresar a casa vencido o recurrir a su vieja amiga de las primeras semanas en el pueblo, eligió a la vieja y familiar amiga que lo comprendía mejor que nadie. La Atalaya.

Con la única intención de matar un tiempo con el que no sabía bien qué hacer, eligió el camino más largo, por entre calles por las que ir rumiando en soledad sus pensamientos. Casi no prestó atención a la floristería, cuando la tuvo enfrente, a la que imaginaba que continuaba con la luz apagada. Y, cuando bajo la claridad de las farolas distinguió el llamativo color verde hierba con sus flores pintadas, parado frente al escaparate, el corazón volvió a salirse del pecho para encogerse en el interior de su puño.

Tomó una gran bocanada de aire, preparándose para acercarse, sujetando con fuerza el cansado ramo de rosas. Podía ver que la puerta trasera de la furgoneta estaba abierta de par en par. Igual que las veces que Maddi y él descargaron las flores que, también juntos, cargaron en el vivero.

Y de pronto lo vio salir de la tienda, sin ropa de abrigo y resoplando de frío, coger la que le pareció la última caja de flores de la furgoneta y cerrar con prisa la puerta.

Todo se precipitó en el segundo en el que Unax se volvió y sus ojos se encontraron con los de Kaiet y con el ramo de rosas. El frío y las ganas de volver presto al calor del invernadero desaparecieron. Su carácter siempre tranquilo se descompuso. Soltó la caja y cruzó al otro lado con pasos largos y coléricos, dispuesto a no permitirle ni siquiera acercarse.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le espetó interponiéndose en su camino.

Aquella actitud, provocadora y desafiante, era la que Kaiet había deseado encontrar muchas veces. Pero llegaba en el momento más inoportuno. Y no iba a cambiar el verla a ella por un enfrentamiento, por muchas veces que al verlos juntos lo hubiera querido.

—Necesito hablar con ella —dijo con sequedad, tratando de ignorarlo, pero él continuó sin moverse.

—¿Y crees que voy a dejar que entres ahí, sin más?

Kaiet avanzó otro paso, chasqueando los labios con fastidio.

—¿Con qué derecho me lo vas a impedir?

—¡Con el que me da el preocuparme por ella! —aseguró firme y convencido—. Ahora que no está presente, vamos a poner las cartas sobre la mesa. Porque no voy a negarte que desde que sé lo que ha pasado entre vosotros, tengo unas ganas inmensas de partirte la cara.

Kaiet sonrió tenso. No se había peleado por una chica desde la adolescencia, y nunca después de la mañana en la que abandonó Bermeo. Por eso le costaba creer que, desde que había regresado, ya le hubieran prometido dos palizas si no se alejaba de Maddi. Pero hasta le parecía lógico que Unax, hombre sin duda tranquilo, cada vez que lo había visto durante sus paseos hubiera querido enfrentarse a él para poner las cosas en el que consideraba su sitio, y entendía también el que se hubiera contenido por ella; como lo había hecho él mismo.

—¡¿Para qué me la quitaste, si no ibas a corresponderla como merece?! —continuó bramando Unax, rabioso.

—¡No tienes ni idea de lo que hablas! —dijo a la vez que trataba de

sortearlo abandonando la acera.

Unax lo detuvo sujetándolo por la solapa de la parka. Kaiet forcejeó, tratando inútilmente de zafarse mientras los dedos enrojecidos por el frío se aferraban a la tela.

—¡Déjame en paz o seré yo quien acabe partiéndote la cara a ti! —amenazó a la vez que la ira y los celos le incendiaban los ojos.

El joven veterinario giró la cabeza hacia la luz del invernadero, y tras asegurarse de que no había señales de Maddi se volvió, de nuevo amenazante.

—¿A qué vienes ahora, después de que la dejaste marchar?

—A recuperarla, igual que has hecho tú —aseguró con una intimidante voz baja.

Durante unos segundos se observaron en silencio, midiéndose, analizándose, separados tan sólo por el vaho blanquecino que sus respiraciones dejaban suspendido en el aire helado.

—¡Así que todo esto es por ti mismo; estás celoso! —exclamó Unax, soltándolo al fin como si de pronto apestara—. Eres un puto egoísta.

—¿Quién te dice a ti que estoy celoso? —profirió, molestó porque también él lo hubiera llamado egoísta.

Unax no pudo evitar que sus labios se curvaran en una sonrisa. Una sonrisa reflexiva que siguió esbozando mientras movía la cabeza, mientras se deslizaba las manos por el pelo y daba un paso atrás, mirando alrededor sin notar siquiera que quienes pasaban por su lado se volvieran a mirarlo. Una sonrisa que le duró el tiempo suficiente para razonar despacio y pensar lo que iba a decir.

—Sí, lo estás, aunque no tienes motivos —le dijo ya más calmado.

Kaiet entornó con desconcierto los ojos, y sin saber aún si aquellas palabras significaban lo que creyó haber entendido, comenzó a sentirse aliviado.

—Y no porque no haya tratado de volver a entrar en su vida —continuó diciendo Unax—. Pero no me ama, y ha tomado la decisión de no seguir intentando algo que asegura que no cambiará —confesó mientras el frío que le enrojecía el rostro le amorataba ya los labios sin que él diera muestras de

sentirlo—. Y estoy seguro de que es verdad, porque la conozco, igual que la conoces tú. Así que, con el derecho que me da ser su amigo, déjame decirte que la dejes en paz. Ella lo merece todo, y tú sólo puedes darle migajas. Vienes a buscarla cuando algo te sale mal o, como ahora, cuando al parecer la echas de menos —opinó mirando con desdén las flores—. ¿Y mañana qué?

—No es tan sencillo —respondió con desánimo a pesar de haber dejado de sufrir la abrumadora carga de los celos.

—Te aseguro que lo es; yo lo sé bien —dijo en tono conciliador—. Sal de su vida ahora que se ha dado cuenta de que debe luchar por olvidarte de una vez por todas. No la condenes a más años de sufrimiento. Porque esa gran mujer lo está pasando mal por ti.

Lo estaba pasando mal por él, lo sabía, y no era la primera vez. La diferencia estaba en que ahora él sí era consciente de ese daño, y en que precisamente por eso podía hacerle las cosas más fáciles.

—Yo no quiero que sea así.

—Es por lo que estoy siendo honesto contigo.

Kaiet cerró los ojos, dando la sensación de que asentía, y se frotó los párpados con los dedos de la mano derecha mientras en la izquierda seguía sujetando las rosas que llevaba arrastrando desde la mañana. Después miró hacia el invernadero, imaginando a Maddi en aquel lugar apacible y lleno de flores, y suspiró hondo. Ella merecía vivir rodeada de toda esa calma que él no sabía aún si podría darle.

—Te agradezco la sinceridad, pero no es fácil.

—Si de verdad lo crees, entra ahí y dile que la amas y que todo lo que ha estado interponiéndose entre tú y ella ya no existe.

—Es lo que quisiera —musitó sin apartar los ojos del invernadero, como si esperara verla moverse por entre las plantas.

—Pero no puedes, porque no has terminado con tu pasado —aseguró Unax en su mismo tono bajo—. Sabes bien que si no cierras de una vez esa puerta solo conseguirás hacerle más daño, así que arregla tu vida y deja que ella viva la suya.

Kaiet meció la cabeza mientras media sonrisa, o más bien una mueca resignada y amarga, se le dibujaba en los labios.

—Soy un estúpido.

—No te considero estúpido —dijo hundiendo las entumecidas manos en los bolsillos—. Pienso que eres listo y que tienes muy claro lo que debes hacer.

Lanzó una nueva mirada hacia el invernadero, hacia la invisible presencia de la mujer a la que amaba. Inspiró hondo antes de mirar directamente a los ojos de Unax.

—Al menos me queda la tranquilidad de saber que esta vez tendrá a alguien más que vele por ella. —Movi6 la cabeza mientras se contenía para no decirle unas palabras destinadas a Maddi—. Cuídala mucho.

Volvió sobre sus pasos. No había avanzado más de cuatro o cinco cuando, al fijarse en una papelera, dejó caer en ella el ramo, que quedó encajado por los tallos con las grandes rosas rojas asomando por el borde.

CAPÍTULO 38

Kaiet vio entrar a su padre en la cocina y sorprenderse al descubrirlo, a aquella intempestiva hora, seguramente sin terminar de entender si estaba a punto de acostarse o se levantaba.

—Hoy voy a descubrir cómo sabe el bocadillo de atún con aceitunas negras que adora mi hijo —comentó tratando de aparentar naturalidad.

Gabino sonrió sin comprender qué hacía preparando dos bocadillos cuando debía estar acostado. Y, cuando iba a responderle, descubrió dos humeantes tazas de café sobre la mesa, junto a un paquete abierto de galletas y el azucarero.

—¿Tendrás ropa de agua para dejarme? —preguntó Kaiet—. Imagino que al pescar, o intentar hacerlo, termina uno con medio mar encima —bromeó esperanzado. Y la sonrisa con la que asintió su padre le dijo que todo iba bien.

Porque entonces entendió Gabino que contaría con su compañía en esa jornada de pesca, aunque no se lo estuviera diciendo abiertamente.

Media hora después Kaiet soltaba el amarre y saltaba con agilidad al barco en el momento en el que éste comenzaba a separarse con lentitud de la dársena. Aún era noche cerrada cuando, con una ligera mar de fondo, pusieron rumbo al norte del cabo Matxitxako.

No tardaron en divisar los pilotos centelleantes de otras embarcaciones, la mayoría más grandes que la suya, que esperaban a que despuntara el alba para comenzar a pescar los cardúmenes de verdel que ya habían localizado. Unos segundos después, Gabino invirtió el sentido de giro de la hélice para eliminar la inercia de la embarcación y detenerla en un punto determinado.

Mientras esperaban, también ellos, las primeras luces del día, Kaiet sacó el termo con café caliente que había preparado, y llenó dos pequeños vasos de plástico.

—No imaginas las veces que he deseado estar aquí contigo —se sinceró Gabino a la vez que se calentaba las manos rodeando con ellas el recipiente.

Kaiet bebió con lentitud, contemplando en la distancia el accidente geográfico más sobresaliente de la costa vasca: el impresionante cabo de Matxitxako.

—Y yo me alegro de estar aquí —susurró enronquecido. Y tomó otro largo trago de café sabiendo que no sería eso lo que le aclararía la voz.

En cuanto la visibilidad lo permitió, Gabino comenzó a largar el aparejo por babor, soltando primero el extremo del que pendía el plomo, para que se hundiera, y animando a Kaiet a que lo imitara y arriara el suyo por estribor, aguantando el cordel a pulso para que notaran las picadas de los peces.

Él mismo había montado el aparejo con un hilo de pesca a lo largo del cual había ido haciendo nudos formando gazas, separadas unas de otras por medio metro, en las que había sujetado los anzuelos.

—¿Van a morder el anzuelo limpio? —preguntó sorprendido Kaiet mientras los veía hundirse sin carnada en el agua.

—Los verdeles son voraces, y curiosamente el color rojo los atrae con rapidez. En cuanto vean la gaza roja que se enrolla junto a la anilla del anzuelo, se lanzarán a devorarlo sin importarles lo que contenga.

—¡Increíble! —exclamó soltando más hilo, con cuidado de no clavarse ninguno de los pequeños garfios.

Hasta que notó que el peso dejaba de caer. Su padre le explicó que eran los verdeles, y que en cuanto notara que habían picado más de dos, levantara el aparejo sin sacar el plomo del agua para que no se enredara la línea. Kaiet no tenía ni idea de cuándo se había enganchedo un verdel, menos aún podía calcular cuántos lo habían hecho. Así que, en cuanto le pareció que el cordel tiraba con fuerza, comenzó a izarlo y tres verdeles emergieron del agua, enganchedos a los seductores anzuelos. Lo sujetó, tirante entre las dos manos, tal y como vio que hacía su padre, y lo sacudió para que el pescado se desprendiera y cayera en la cubierta. Dos veces más necesitaron largar el

aparejo y volverlo a izar para que el suelo se llenara de brillantes verdeles. Ésa era la abundancia a la que decía Julen que tenían que renunciar debido a las miserables cuotas establecidas.

—Entiendo que sigas pescando a veces —dijo Kaiet mientras ordenaba los verdeles en una caja de plástico—. Es una forma de no desarraigarte del mar, porque cuando el salitre se te mete en las venas ya no hay quien lo saque, ¿no es cierto? —preguntó pensando en él, pero también en Maddi y en su pasión por mezclarse con paredes de agua y olas de espuma.

—Amo el mar, y lo único que sé hacer es pescar y preparar aparejos de pesca. El día que ya no pueda hacerlo me sentiré muerto. —La sonrisa con la que lo dijo desdramatizó el sentido de sus palabras—. Algún día, cuando llegues a viejo, comprenderás lo importante que es no sentirse inútil.

Kaiet metió en la caja el último verdel, y sin saber qué decir se quedó mirando el pequeño cargamento de dorso verdoso con rayas negras y vientre plateado.

—Yo odiaba la mar —confesó un rato después, cuando tomaban otro café para celebrar el trabajo bien hecho—. Lo odiaba porque te mantenía lejos de casa a ti, y a *ama* sufriendo y rezando por tu vuelta. Y... —tragó, incómodo—, como no quería que me ocurriera como a ella, quise convencerme de que no me importaba si te ibas o no, ni siquiera si volvías o te quedabas para siempre en el mar.

—Me alegra que encontraras el modo de no sufrir —dijo comprensivo.

Y Kaiet se sorprendió de que no mostrara decepción por lo que a él seguía provocándole remordimientos. Hubiera preferido que le reprochara aquella actitud, aunque hubieran pasado muchos años y entonces fuera un niño.

—Nunca fui justo contigo.

—Porque me querías —le recordó con cariño—. Aquello no fue ser injusto.

—Te abandoné cuando más me necesitabas —insistió, como si buscara con desesperación su censura—. Y después te privé de conocer a tu nieto.

—Amara me hablaba de cómo iba creciendo, me traía fotos, dibujos que él hacía... —Vació de un trago lo que le quedaba de café y dejó el vaso junto

al termo—. Parece imposible echar de menos a alguien a quien no se conoce, pero se puede. Claro que se puede —repitió con la mirada perdida en la plateada superficie del agua.

—Solía hablarlo con Raquel. Le decía que tenías derecho a conocerlo y que él lo tenía a conocerte a ti. Pero después nunca hacía nada por cambiar las cosas.

—Nunca esperé menos terquedad por tu parte —dijo emocionado al saber que a pesar de todo lo había tenido en sus pensamientos—. Es el sello de los Aguirre. A tu madre, que todo lo arreglaba razonando, le llevaba los demonios tanta obstinación.

Aunque Kaiet no había descubierto aún el motivo, estuvo seguro de que su padre iba a justificar todas y cada una de las cosas que había hecho mal. Como sabía que hubiera hecho su madre.

—Ella sabía cómo manejar tu tozudez —le dijo—. Y también la mía.

—Eso también es cierto. Yo hubiera sido un solterón testarudo y amargado si no hubiera sido por ella.

—¿Qué quieres decir?

—Me enamoré de tu madre en unas fiestas de La Magdalena. La conocía de toda la vida, pero al volver a casa después de pasar meses en la mar, me di cuenta de lo guapa que era. —Rio relajado—. Sólo necesité unas horas para enamorarme como un tonto, y cuando bailábamos juntos le dije que me casaría con ella. Se rio de mí, pero en una semana ya éramos novios. Tiempo después me di cuenta de que la quería demasiado como para hacerla pasar por las mismas calamidades por las que pasó mi madre, con mi padre siempre en la mar. Y decidí que estaría mejor con otro.

—¿Qué pasó? —preguntó Kaiet, sorprendido de no haber oído nunca aquella historia.

—Lo que tenía que pasar —aseguró moviendo la cabeza—. No me parecía justo condenarla a esperarme eternamente. Así que rompí la relación, lo que llenó de felicidad a mis *aitas* —aclaró sonriendo—. Dejamos de hablarnos, de vernos. Hasta que, un día, al desembarcar la encontré esperando en el muelle, junto a las demás madres, mujeres y novias. Todos nos miraban interesados, sobre todo porque ya se sabía que mi familia no quería vernos

juntos. Y ella se me puso delante, con los brazos en jarras y demostrando desde el principio quién mandaba de los dos, y me dijo «Gabino Aguirre. Vas a casarte conmigo. Me lo prometiste, y un hombre de verdad nunca incumple una promesa». Lleno de vergüenza le pregunté que si podíamos hablar de aquello en privado. Por suerte aceptó y, cuando estuvimos a solas, sin testigos, me dio las verdaderas razones por las que quería que volviéramos a estar juntos.

—Porque, si de todos modos iba a sufrir por ti, al menos quería hacerlo siendo tu mujer —se adelantó a decir con emoción Kaiet.

—Conocías bien a tu madre. —El orgullo y la satisfacción le llenaron los ojos.

Kaiet bajó de nuevo los suyos hacia el vaso que sujetaba entre las manos, que todavía contenía café, aunque ya frío.

—Ella era fácil de conocer y de querer —murmuró.

Y los dos se quedaron en silencio, como honrando su memoria y sus recuerdos.

—¿Cómo era Raquel? —preguntó de pronto Gabino.

—Era dulce y tranquila, como *ama*. Yo no tuve que luchar por ella ni ella por mí. Nos conocimos y nos enamoramos como si alguien hubiera escrito el guión y nosotros lo supiéramos de memoria. —Pensó que todo lo contrario a lo que le estaba ocurriendo con Maddi—. Ella te hubiera gustado.

—Estoy seguro de eso.

Ninguno habló de volver a casa. Cuando Gabino puso en marcha el motor, fue para navegar en dirección a San Juan de Gaztelugatxe. Allí, frente al impresionante peñón al que el mar golpeaba en su base rocosa, realizó giros a babor y a estribor, como hacían los bermeanos cuando estrenaban barco o salían a la costera de atún, para que el santo les diera suerte. Él lo hizo porque llevaba la carga más preciada del mundo en su pequeña embarcación: su hijo, y necesitaba que el santo bendijera esas horas de intimidad con las que comenzaban a cerrar una herida por la que llevaban diecisiete años dejándose ambos la vida.

—Te estás despidiendo —dijo apenado Gabino, al detener de nuevo el motor para dejar que el mar los meciera.

Kaiet contuvo durante un segundo el aliento. A pesar del tiempo y la distancia, su padre lo conocía bien. Tal vez incluso mejor de lo que él mismo conocía a su propio hijo.

Se puso en pie y se acercó al timón, que Gabino todavía sujetaba con firmeza.

—Sabías que esto tenía que llegar en algún momento.

—Sí, y pensaba que estaba preparado para afrontarlo, pero no lo estoy —aseguró con sus transparentes ojos grises brillando húmedos—. Voy a echaros mucho de menos.

Kaiet metió las manos en los bolsillos para controlar una repentina necesidad de abrazarlo.

—Volveremos —aseguró con emoción—. Volveremos en verano, en Navidad. Haremos todo eso que hacen las familias, como llamarse por teléfono, escribirse, verse.

—Iker no dejará que olvides nada de esto que me acabas de decir —garantizó sonriendo con orgullo.

Sabía bien que no lo dejaría olvidarlo. Y también que no iba a resultar fácil decirle que su estancia allí había terminado. El pequeño había creado lazos muy fuertes con el entorno, con su tía Amara y, de modo más especial y sorprendente, con su *aitite*. Y eso, que al principio le costó creer y que ahora le emocionaba, iba a ser el motivo principal por el que Iker no iba a aceptar con facilidad el que tuvieran que marcharse. Pero lo había meditado lo suficiente y sabía que era el momento de regresar; por él, pero sobre todo por ella. Aunque todavía había algo importante que debía hacer.

CAPÍTULO 39

Los enormes ojos de *Miki* seguían con atención cada movimiento con los que su dueña iba enrollando la gruesa lana verde, formando una pelota. Era su juguete favorito, incluso cuando ya estaba deshilachada y blanda y no podía rodar. Pero entonces Maddi compraba más lana y le hacía una nueva mientras él seguía el proceso con atención, tumbado cómodamente en el mostrador de la cocina y con los bigotes casi rozando el ovillo.

—Formamos una pareja curiosa —bromeó tocándole con el índice la naricita—. Tú te entretienes viendo cómo hago el juguete, y luego yo me distraigo contemplando cómo la destrozas.

Miki la examinó durante un segundo, como tratando de entenderla, y volvió a seguir con los ojos cada vuelta con la que la lana iba engrosando la todavía pequeña pelota. Y de pronto se irguió, saltó con agilidad al suelo y salió de la cocina con el rabo erguido y ligeramente curvado hacia adelante. Maddi se paralizó, y retuvo el aliento cuando lo oyó maullar junto a la puerta de la calle.

Se dijo que no era posible. Que el siempre atinado *Miki* se había equivocado esta vez. Pero, aun así, fue hasta él y lo observó emitir aquel largo maullido de llamada y arañar con impaciencia el borde cerrado de la puerta.

Arrimó el ojo a la mirilla, sin hacer ningún ruido, y el alma le volvió al cuerpo al confirmar que no había nadie al otro lado.

—Estás tontorrón hoy, *Miki*. —Pero el gato no cejaba en sus gestos de bienvenida—. Compruébalo por ti mismo.

Giró la manilla, y en cuanto la puerta ofreció una estrecha rendija, el gato

salió al felpudo. A Maddi le costó más reaccionar al abrir por completo y ver a Kaiet en cuclillas, acariciándole el lomo mientras él ronroneaba satisfecho. Y tuvo que tragar al verlo alzar con lentitud los párpados y mirarla a ella con una sonrisa apocada, a la vez que díscola, como si le divirtiera haber estado atrayendo a *Miki* por debajo de la puerta.

—¿Piensas dejarnos aquí? —preguntó al verla parada.

—Sí... Quiero decir... no... —Se colocó un mechón tras la oreja, sin saber cómo justificar su azoramiento.

Él se puso en pie, despacio y llevando en brazos al gato, y durante unos segundos tan sólo se contemplaron, disimulando ambos la emoción que les provocaba tenerse cerca.

—¡Gracias, *Miki*! —susurró Kaiet, mirándola con una sonrisa de satisfacción a la vez que acariciaba al animal.

—¡Ni un niño pequeño haría lo que acabas de hacer tú! —lo reprendió agitando la cabeza y cruzándose de brazos, llevando aún la pelota de lana en la mano.

—¿Me hubieras abierto de haber llamado y haberme quedado frente a la mirilla para que me vieras? —le dijo presintiendo que después de su último encuentro no lo habría hecho.

Ella bufó con suavidad, como si le costara creer que se estuviera comportando de ese modo.

—¿A qué has venido ahora? ¿Ha ocurrido algo? —preguntó, segura por su actitud de que no se trataba de nada serio.

—No ha pasado nada —se precipitó a tranquilizarla—. Sólo quiero que me dejes pasar un momento, pero no te preocupes, que hoy no te robaré mucho tiempo. De verdad.

Maddi accedió en silencio, y le mostró con la mano la dirección que él conocía de sobra para llegar al salón. Kaiet cerró con el pie, sin ninguna prisa, dándole con los ojos las gracias. Tardaron en moverse, en dejar de mirarse de aquel modo en el que parecían querer decirse cosas que sabían que una vez dentro ya no se repetirían con palabras.

—¿Y bien? Ya has entrado —le dijo casi con la ironía de las primeras veces en cuanto alcanzaron el salón.

Él se detuvo junto a la mesa y se volvió a mirarla.

—He venido a despedirme. Regresamos a Madrid.

La estudiada frialdad se le descongeló de golpe. No había pensado que se iría tan pronto; aunque reconocía que para ella siempre sería pronto, tardara el tiempo que tardase en irse, aunque fuera la mitad de toda una larga vida.

—¿Así que al final te vas? —preguntó tontamente, como si no acabara de oírsele decir, o más bien como si no consiguiera asimilarlo.

—Sí, aunque hasta yo mismo pensé que terminaríamos quedándonos en este maldito pueblo. —Esbozó una tierna y nerviosa sonrisa—. Admito que ha sido una tontería, porque desde hace muchos años mi lugar no está aquí. No sé cómo pude pensarlo siquiera.

—¿No crees que es algo precipitado? —insistió a la vez que apretaba con tal fuerza la pelota que sin darse cuenta iba deshaciéndole las vueltas.

—No, creo que más bien es tarde —aseguró mientras las yemas de sus dedos traqueteaban con nerviosa suavidad sobre la mesa.

—¡Pero falta poco para que termine el curso de Iker...!

—Lo terminará allí. Ya he hablado con su colegio y no habrá ningún problema.

—¿Y ya se lo has dicho a él?

Kaiet negó con la cabeza, mirándola silencioso.

—Todavía no he encontrado el momento. La verdad es que temo su reacción, pero tendrá que entenderlo. Nunca lo imaginé cuando llegamos, pero ha acabado gustándole demasiado todo esto.

Ella suspiró al comprender que él ya tenía todas las respuestas.

—Quizá le cueste un poco, pero lo entenderá. Tarde o temprano os ibais a marchar. —Tragó, confiando en que le desapareciera la congoja que le atravesaba la garganta—. Sólo me queda desearos que os vaya muy bien a partir de ahora.

Una nostálgica sonrisa asomó a los labios de Kaiet.

—Estamos juntos, y eso ya es un gran comienzo. —Metió las manos en los bolsillos, sin saber qué más decir—. No sé si tendré tiempo de ver a todos, así que te agradecería que me despidieras de tus padres.

—Claro, no te preocupes.

—Bueno... creo que debo irme ya. —Tras un segundo de indecisión separó los labios, pero volvió a cerrarlos sin que de ellos hubiera salido palabra alguna.

También los labios de Maddi se movieron cuando él le dio la espalda para marcharse. Pero sólo era el deseo de gritar, de rogarle que no se fuera, de decirle que podían volver a intentarlo aunque se pasaran fracasando y volviendo a comenzar la vida entera. Y mientras boqueaba sin decir nada él volvió a darse la vuelta a la vez que las palabras le brotaban rápidas, sabiendo que las pronunciaba ya en un tiempo del que no disponía.

—¿Sabes una cosa? Tenías razón en eso de aligerar equipaje —le concedió con una sonrisa triste—. Hablé con mi padre y terminé entendiéndolo todo. Me voy tranquilo. —Su sereno modo de mirarla lo confirmó—. He arreglado todos mis asuntos pendientes —aseguró ante la creencia de que yéndose también arreglaría el que tenía inacabado con ella.

—Entonces, ¿por qué te vas? —preguntó consternada.

—Es mejor así, Maddi —musitó compartiendo plenamente su pena—. Es mejor para ti, para mí, para... —evitó nombrar a su hijo—. Es mejor para todos.

Se volvió hacia el gato, que subido al sofá observaba los movimientos de Maddi esperando a que le diera su juguete.

—Adiós, amigo. —Le acarició el lomo, desde las orejas hasta donde comenzaba a erguirse la cola—. Cuida bien de tu dueña o tendré que volver a pedirte cuentas —trató de bromear.

Y a punto de salir sin volverse de nuevo, no pudo hacerlo y se giró a mirarla.

—¿Puedo pedirte dos cosas? —preguntó, ya con voz apagada y sin fuerzas.

Ella asintió, incapaz de abrir la boca sin que se le notaran las ganas de llorar, o incluso le brotaran directamente las lágrimas o el llanto.

—Cuídate mucho y sé feliz. La vivaracha e irónica Maddi, a la que le debo tanto, es lo mínimo que se merece.

La vio asentir con la cabeza, seguro de que ni siquiera sabía lo que estaba aprobando. Y él, tras agradecerle tantas cosas con tan pocas palabras,

comenzó a tocar de nuevo sobre la mesa con el extremo de los dedos y a humedecerse los labios, sin terminar de hablar.

—¿Cuál es la segunda? —preguntó ella al notar su indecisión. Y en un momento, la humedad de sus ojos verdes se propagó a los temblorosos con los que él la miraba.

—Si puedo abrazarte.

Y, como si ella lo hubiera estado esperando, soltó la pequeña pelota de lana, le pasó los brazos por el cuello y ocultó el rostro en su hombro. Él la estrechó por la cintura y enterró el suyo en la mata de rizos con olor a mar, queriéndoselo llevar muy adentro para que la sensación tardara mucho tiempo en abandonarle, ya que sabía bien que sería imposible conservarla para siempre.

Maddi también se llenó de él con los ojos cerrados, diciéndose, para no llorar, que si había subsistido sin verlo durante diecisiete años, encontraría fuerzas para soportar uno más. O dos. O todos los que él tardara en volver. Porque, aun sin ninguna esperanza, ella iba a amarlo y a esperarlo durante la vida entera.

CAPÍTULO 40

Llovía ese amanecer, como si el pedazo de cielo que cubría Bermeo hubiera querido despedirlos llorando. El familiar frescor de las mañanas de invierno se percibía más intenso, más inclemente. Pero le había hecho bien empaparse de esa humedad y ese frío; al menos se había despejado del crudo insomnio en el que había pasado la noche.

Se había entretenido durante un buen rato observando el vaho blanquecino que salía por su boca con cada respiración, tratando de no pensar. Y hasta había reordenado el maletero como unas diez veces cuando bajó Iker, llevando a *Pintxo* sujeto por la correa. Ni un reproche. Ni siquiera una mirada acusadora porque estuviera llevándoselo lejos del que había sido su hogar durante meses. Y lo entendió. A medida que crecía iba pareciéndose a él en más cosas, y eso, que sin duda le gustaba, también le provocaba inquietud. Temía que, en el futuro, cualquier silencio, como ese con el que lo estaba castigando, pudiera durar tantos años como la injusta condena a la que él mismo había sometido a su padre. Pero, igual que Gabino jamás dejó de estar orgulloso de él, él siempre lo estaría de su hijo. Ya lo estaba, especialmente de aquello que los hacía diferentes. Por muy ilógico que pareciera, debido a la corta edad de Iker, cada día descubría nuevas cosas a través de él, y en lo que les diferenciaba estaba aprendiendo a ser mejor. Mejor padre y mejor persona.

Las despedidas habían sido cortas. Nunca le habían gustado. Eran momentos difíciles y lacrimógenos que siempre esquivó como pudo, quizá más por miedo a flaquear y cambiar de opinión que por mostrar abiertamente sus emociones.

En el interior del coche imperaba un tenso silencio, roto tan sólo por el golpear de las gotas de lluvia contra el techo y por el vaivén con el que los limpiaparabrisas apartaban el agua. Sólo llevaban media hora de trayecto, pero le había parecido una eternidad. Supo que también a Iker al ver su mirada a través del espejo retrovisor a la vez que acariciaba a *Pintxo*, que dormitaba con el hocico apoyado en sus piernas. El cansancio se reflejaba en sus ojos. Lo había escuchado llorar durante una buena parte de la noche, protestar y hasta pedir a su abuelo que no permitiera que su padre lo alejara de él y de su tía.

Y él se había sentido culpable; en realidad porque lo era, pero no estaba en su mano hacer algo diferente a lo que estaba haciendo.

—Seguro que tienes ganas de volver a ver a tus amigos, después de tanto tiempo lejos de casa.

Iker continuó callado, tal y como había intuido que haría. Cuando llegaron, hacía ya seis largos meses, lo hicieron seguros de que sería una estancia pasajera, algo que debían hacer para reponerse y seguir después con su vida. Pero todo había ido cambiando con el transcurrir de los días, tal vez porque se encontraron con cosas que ni siquiera llegaron a pensar que necesitaban, como esa vida en familia que tanto iban a echar de menos. Porque todo era más complicado ahora que ya no había resentimiento; ahora que había encontrado la paz y nuevas ilusiones para continuar con su vida. Irse cuando se había reconciliado, hasta consigo mismo, estaba siendo casi tan doloroso como si los estuviera perdiendo a todos igual que perdió a Raquel y a su madre. Y sabía que Iker estaba sintiendo algo parecido.

—No te preocupes, cariño. Es normal que ahora te dé pena irte, pero se te pasará...

—Tú no entiendes nada —le reprochó resentido y lánguido.

—Cuando tengas algunos años más, comprenderás que no podemos hacer siempre lo que queremos, porque en la vida...

—¡No soy un niño! —protestó ofendido—. Y ya sé cómo es la vida.

Se le escapó media sonrisa ante su gracioso comentario de chico mayor y su ceño tercamente fruncido.

—Estoy de acuerdo. Ya no eres un niño, por eso no te costará entender

que debo organizarme para trabajar de nuevo, que necesito recuperar mi vida, mi espacio...

—Vale —aceptó disgustado—. Pero ¿por qué nos vamos corriendo y sin despedirnos de nadie? Parece que nos estamos escapando de algo malo.

Otro que lo llamaba cobarde, aunque no con la claridad con la que lo había hecho Gabino, la noche anterior: «No has aprendido nada —lo había sermoneado como si aún tuviera dieciséis o diecisiete años—. Vuelves a tomar la misma cobarde salida que has tomado siempre. La de escapar cuando las cosas se ponen de un color que no te gusta. Lo hiciste hace diecisiete años, cuando tú y yo no nos entendimos. Volviste a hacerlo cuando tus suegros no supieron ponerse en tu lugar. Y estás repitiendo el error cuando, al parecer, las cosas no van como quisieras con la mujer a la que quieres. Poner tierra por medio es lo que mejor sabes hacer. Y eso es de cobardes.»

Y, ahora, la inocente protesta de su hijo parecía decirle lo mismo.

No sabía bien si, como había oído decir muchas veces, la distancia lo curaba todo, pero sí había comprobado que, al menos, ayudaba a que el sufrimiento fuera más soportable mientras se mantenía la esperanza de que el tiempo lo disipara por completo. Porque eso era lo que había buscado en las huidas de las que su padre llevaba la cuenta. Con la muerte de su madre, la de su mujer o ahora que tenía claro que lo mejor que podía hacer por Maddi era renunciar a ella. Pero siempre, en cada una de esas retiradas, había habido algo más que cobardía: amor. Un amor fuerte y herido, necesitado, como bien había señalado su padre, de poner tierra por medio.

—¡Ves como no me estás escuchando! —oyó decir de pronto a Iker, y lo encontró crispado y con los ojos cuajados de lágrimas.

—Perdóname, cariño, ¿qué me decías?

—Ya nada —dijo cruzándose de brazos y mirando, en el cristal de la ventana, cómo las gotas de lluvia, azotadas por el viento, dibujaban sinuosos recorridos, igual que amenazaban con hacer sus amontonadas lágrimas—. Yo no me quiero ir...

Kaiet suspiró al mirarlo en el espejo, con sus pequeños hombros hundidos y un aire de desánimo que anunciaba que estaba a punto de dejarse vencer. Y

es que eso de luchar por un imposible desgastaba de tal manera, que al final sólo quedaba la opción de renunciar para tratar simplemente de sobrevivir.

«Porque si me quedo no voy a resistirlo, por eso es lo mejor que puedo hacer», le había contestado a su hermana cuando ésta lo acusó de haberse rendido sin ni siquiera haber comenzado a luchar.

Pero que hubiera desistido no significaba que no estuviera padeciendo por la dolorosa derrota. La diferencia con su hijo era que él no podía desahogarse, pues tenía la obligación de contenerse para que pareciera más fácil lo que para los dos era insoportable.

—No te enfades, cariño —le rogó con dulzura mirándolo en el espejo—. Ya te he prometido que vamos a volver cada vez que quieras.

—¡Quiero volver ahora...! —exclamó formando con los labios un tembloroso puchero—. Por lo menos para despedirme de Alasne.

Le sorprendió que la mencionara, cuando llevaba meses guardándose ante él el secreto. ¡Qué pronto comenzaba su hijo a sufrir por una chica! De repente, el maldito viaje adquiriría al menos una parte positiva, y era que el tiempo y la distancia lo harían olvidar a aquella pequeña resabiada que continuaba sin hacerle ningún caso.

No ocultó que sabía de lo que hablaba, pero tampoco le reveló que Amara estaba siendo su confidente. Se mantuvo callado, dejando que contara todo cuanto necesitaba expresar sobre aquella niña, especialmente porque tampoco sabía qué decirle. Resultaba difícil consolar a alguien que sufre por amor, más aún cuando se trataba de un crío al que la palabra amor le quedaba grande, y además era su hijo.

—Quiero volver a Bermeo —insistió ante su silencio—. Quiero ir al mismo cole que Alasne para hacerme su novio. Si no me hago su novio no podré casarme con ella.

De nuevo, un comentario de su hijo le provocó una leve sonrisa. Seguía costándole verlo como a un enamorado al que le estaban rompiendo el corazón. Y no era porque él no se hubiera anticipado en eso de las chicas. Recordó que con la edad aproximada que Iker tenía ahora, su madre solía asegurarle que de mayor sería un arrebatado romántico, pues no dejaba de contarle lo guapa que era la niña de tercero que tanto le gustaba. Raquel, que

fue quien mejor llegó a conocerlo, no habría estado de acuerdo con esa afirmación. Porque él tan sólo era un hombre sencillo que cuando amaba lo hacía para siempre.

Existían diferentes clases de amores. Los correspondidos, los no correspondidos, los eternos y los imposibles. Y él los había experimentado todos. Desafortunadamente, el que sentía por Maddi era de los correspondidos imposibles y difíciles de olvidar.

—¡Si no estoy aquí se hará novia del otro niño! —siguió protestando a la vez que inclinaba el cuerpo para situarse más cerca de él, como si quisiera asegurarse de que lo escuchaba.

Le apenó verlo esperar atento su reacción, y frustrarse al comprender que tampoco así lo conseguiría.

—Si le gustas esperará a que regreses. Siempre se ha dicho que las chicas de Bermeo nunca olvidan —inventó para hacerle sentir mejor, aunque tampoco era del todo una mentira. Lo avalaba el claro ejemplo de Maddi.

No lo había olvidado a él durante diecisiete largos años de ausencia, y probablemente tampoco olvidaría nunca el daño que, aunque no de modo intencionado, le había provocado con algunas de sus palabras. En lo que a él concernía, tenía claro que las bermeanas no relegaban con facilidad al olvido.

La lluvia comenzó a caer con más fuerza, y no apreció en el cielo, cada vez más cerrado y oscuro, indicios de que fuera a escampar. Redujo levemente la velocidad, e inesperadamente todo pareció relajarse. Durante unos minutos escuchó a su hijo hablar sobre tormentas y galernas, lluvias torrenciales y hasta sobre el tsunami que había visto en una película. Esa conversación intrascendente los relajó un poco. Pero tanto la naturaleza como los sentimientos eran incontrolables, y la tristeza, que aumentaba a la vez que sumaban kilómetros, pronto volvió a dominarlo todo.

—Anda, hijo, trata de dormir un poco. El viaje es largo y no has dormido nada esta noche. ¡Mira a *Pintxo*!

Iker se volvió hacia el perro, que seguía dormitando sobre sus piernas. Suspiró bajito y se recostó sobre su lomo, entornando los ojos.

—¿Y si llora cuando no me vea porque no me he despedido de ella? —preguntó bajito y con pena—. Cuando no fui a clase porque estaba malo,

preguntó mucho por mí. Me lo dijeron mis amigos —comentó acariciando al perro—. Si lo pasa mal por mi culpa, ¿se seguirá acordando de mí?

Kaiet volvió con brusquedad la cabeza para mirarlo, sorprendido de su capacidad para ponerse en el lugar de otros; capacidad que, por otra parte, él nunca demostró tener. Después volvió la atención a la carretera y se agarró con fuerza al volante. La inconsciencia de los niños podía llevarlos a ser crueles en muchas ocasiones, era cierto. Su hijo lo estaba siendo con él, aunque no de modo voluntario. Por suerte, en el lado opuesto estaba otra verdad, y era que tenían una sensibilidad especial para percibir las emociones, para darte un repentino abrazo cuando más lo necesitabas o un beso cuando te sentías falto de afecto. Y se preguntó a qué edad se perdía esa sensibilidad.

La inesperada frase del pequeño había sido mucho más que una simple pregunta cargada de verdad. Había sido un certero recordatorio para su conciencia. Debería ser humanamente imposible evocar con anhelo a quien te ha lastimado. Y no lo pensaba así porque él hubiera estado nunca en esa situación, sino por haber sido precisamente él quien había provocado dolor.

—Quería olvidar tu recuerdo... Vamos, que no quería ni recordar tu nombre —le había contado Julen en el momento de despedirse—. Por eso se metía en el mar embravecido o se emborrachaba muchas noches y yo la tenía que recoger allá donde me decían sus amigos que se encontraba.

Estaba seguro de que no lo había hecho para hacerle pagar, después de tantos años, aquel sufrimiento que le había provocado, sino más bien por miedo a que esta nueva huida pudiera sumir a su hermana en parecida desesperación.

Se lo había revelado el día anterior, cuando fue despidiéndose de sus amigos. Esta vez quiso hacer las cosas bien, decirles a todos ellos adiós aunque fuera de la forma más breve posible, evitando así los excesivos abrazos y las peticiones de que regresara pronto. Y para ello se justificó alegando que aún tenía muchas cosas que resolver antes de partir.

Para quien no inventó ninguna disculpa fue precisamente para Julen. Su despedida duró hasta que se les agotaron las palabras y las recomendaciones. Le emocionó comprobar que fue a él a quien más afectó la noticia de su

marcha, y que tras el primer impacto se abrió a todo cuanto hasta entonces había estado conteniendo.

No le resultaba fácil imaginar a la vivaracha y fuerte Maddi tirada en la calle apestando a alcohol o cubierta de moretones provocados por la bravura de las olas. No era fácil sobre todo sabiéndose el único responsable de eso. Más aún cuando nunca había sido capaz de ponerse en su situación ni de haberle dedicado algo más que un simple y fugaz pensamiento. Quizá eso era lo que más le dolía ahora: que en el pasado se hubiera comportado con ella como un egoísta. Un insensible y estúpido egoísta que no había sabido ver lo que había tenido a dos palmos de sus ojos.

Sonrió con amargor al responderse de pronto a sí mismo: se perdía esa mágica sensibilidad de niño al llegar a la adolescencia.

Se volvió para decirle a su hijo que, si en verdad a esa niña iba a dolerle su ausencia, lo más justo para ella sería que lo olvidara. Pero que si nada impedía que sufriera, significaría que él le importaba de verdad y que sin duda lo esperaría hasta su regreso. Como Maddi lo había esperado a él. Pero al mirarlo se encontró con que estaba empapando de lágrimas el abundante pelaje de *Pintxo*.

Maldijo la larga e interminable autopista que tenía por delante, pero de pronto vio el letrero indicativo de un área de descanso, y no lo pensó. Sin apenas tiempo de poner el intermitente, tomó el desvío, parando el coche junto a una zona con columpios metálicos.

Lo miró en el reflejo del retrovisor, apenado porque ni siquiera el hecho de detenerse lo hubiera llevado a cambiar de postura. Y, mientras escuchaba el golpear con el que la abundante lluvia cubría el cristal sobre el que habían dejado de moverse los limpiaparabrisas, observó cómo su menudo cuerpo se agitaba con un silencioso llanto.

Inspiró hondo, preparándose para empaparse con aquel diluvio, y salió con rapidez, abriendo la puerta trasera casi a la vez que cerraba la delantera. Se sentó junto a su hijo, sacudiéndose el agua de encima al tiempo que pensaba en cómo comenzar cuando ni siquiera sabía bien qué le quería decir. Iker se incorporó a la vez que lo hacía *Pintxo*, y se enjugó con el puño del jersey las lágrimas.

Los tres miraron al frente, silenciosos y extraviados, como si estuvieran en una estación de trenes esperando la llegada del que por fin supiera llevarlos a su destino.

Kaiet no quería que se resignara o que pensara que todo terminaba ahí. Quería que viera en ese viaje un nuevo comienzo para los dos, la posibilidad de rehacer sus vidas, de escoger una nueva casa para vivir, la que él quisiera. Quería que se ilusionara con lo que les esperaba al final del camino, porque él solo no podía hacerlo. Los dos iban a necesitarse. Pero quizá él más a su hijo que su hijo a él, porque para los niños todo resultaba más sencillo, y porque lo que él dejaba atrás era algo mucho más fuerte que un impetuoso amor infantil.

—Esto no es fácil tampoco para mí, cariño —pronunció tras unos segundos, con la desconcertada mirada de Iker clavada de pronto en la suya—. Puede que pienses que yo soy el más fuerte de los dos, pero te aseguro que no es así. Nuestra vida está ahí delante, al final de este viaje, y necesito que tú lo creas para que salga bien. Necesito tu ayuda, campeón. La necesito más que nunca.

Iker abrió los ojos desorbitadamente, como si, de repente, al mirar por fin directamente a los de su padre lo hubiera entendido todo.

—¿Tú tampoco te has despedido de Maddi?

CAPÍTULO 41

El sol se abría paso con lentitud entre las brumas matinales, prometiendo otro caluroso día de agosto como los que llevaban semanas disfrutando. Kaiet se recreó con la sensación del viento en la cara, agradable y fresco todavía a aquella temprana hora, mientras veía correr a *Pintxo* detrás de la pelota. Le gustaba esa paz que se respiraba al amanecer, mientras todo a su alrededor despertaba con pereza, como si nada que no estuviera dentro de uno mismo importara. Era una buena forma de comenzar el día, antes de encerrarse en su despacho para trabajar durante toda la mañana.

Tras dejar definitivamente su trabajo en el estudio, había montado el suyo propio en una habitación de su casa. Nunca llegaría a diseñar un museo con la importancia mundial de edificaciones como el Guggenheim, pero al renunciar a ser el creador de grandes proyectos como ése, había salido ganando. Le gustaba la vida que llevaba, familiar, tranquila, perfecta la mayor parte del tiempo. Sobre la mesa de su despacho tenía los planos de la confortable y peculiar casa de Roberto Betanzos, el joven notario, y en el cajón esperaba algo menos pretencioso, pero de igual importancia para él: una cafetería restaurante y la reforma de la casa familiar de un reconocido cirujano. Proyectos que lo llenaban de satisfacción, pero a los que no dedicaría todo su tiempo, como hizo en el pasado. La vida se había encargado de enseñarle el verdadero valor de las cosas, de las personas, de los sentimientos. Y ahora tenía claro cuáles eran sus prioridades; qué era lo que realmente podía darle la felicidad.

Pintxo llegó a la carrera, con la pelota en la boca, y se la dejó a los pies, retrocediendo marcha atrás y agitando el rabo para que volviera a echársela.

—No te cansas nunca, ¡eh, amigo!

No había tardado en volver a ser el perro alegre y activo de siempre, que necesitaba hacer ejercicio sin que importara ni el lugar ni el día agradable o tormentoso que hiciera, y que nunca se cansaba de correr, sobre todo si era detrás de su pelota.

Esta vez la lanzó con todas sus fuerzas, pero el perro siguió a su lado, inmóvil y mirándolo con todos los sentidos en estado de alerta.

—¡Tráela! —ordenó, y sólo entonces se precipitó como un rayo tras ella.

Iker y él le habían enseñado ese truco en cuanto se recuperó del accidente. Quisieron asegurarse de que no saldría como un loco en cuanto alguien lanzara una pelota o cualquier otra cosa que llamara su atención. Ahora, cuando quería correr miraba expectante con sus ojos marrón oscuro, esperando el pistoletazo de salida, y eso les daba tranquilidad. Lo que le sorprendió fue que la idea se le hubiera ocurrido a su hijo mientras veía un programa de adiestramiento de perros.

Se estaba haciendo mayor. Y eso le provocaba una mezcla de agrídulces emociones.

Fue durante su octavo cumpleaños cuando las percibió por primera vez, mientras lo miraba cerrar los ojos ante las velas encendidas de la tarta, pidiendo su deseo, y al abrirlos de nuevo los vio brillar húmedos, reflejando el tembloroso parpadeo de las ocho llamas. Había pensado en su madre, estaba seguro. Como también supo que lo había hecho con cariño y sin angustia, porque ya había comprobado que siempre que la necesitaba la encontraba dentro de sí, y porque el presente y el futuro habían dejado ya de preocuparlo: confiaba en que siempre serían perfectos. Los dos habían puesto su esperanza en eso, aquella lejana mañana, en el asiento trasero del coche mientras la lluvia lo empapaba todo a su alrededor.

A pesar de todos sus miedos a no saber hacerlo, estaba criando a un niño feliz, y ante esa evidencia reconocía que no estaba siendo tan difícil. O que al menos no lo era durante todo el tiempo.

Sintió en la mano el roce del húmedo hocico de *Pintxo*, que lo advertía de que hacía rato que había dejado la pelota a sus pies.

—Dame un respiro, amigo —le rogó riendo—. Cuando la pilles

entretente un rato mordiéndola, ¿vale?

La lanzó lejos y le dio la orden para que fuera a buscarla.

Una ráfaga de viento, inesperadamente más fuerte que las demás, lo llevó a fruncir el ceño con preocupación. A menudo se preguntaba si lograría controlar alguna vez esa angustia, esa sensación de ahogo que le inundaba al notar que la fuerza del aire arreciaba o el cielo se oscurecía. Adoraba los amaneceres tranquilos y las tardes en calma en las que soplaba únicamente una ligera brisa.

Su rostro se relajó de pronto. Introdujo las manos en los bolsillos del pantalón y, con un profundo suspiro, bajó los ojos al suelo, hacia la fina y dorada arena que removía hundiendo en ella los pies descalzos. Después volvió a mirar al frente, hacia el punto en el que las olas rotas se convertían en espuma.

Y esperó.

Esperó con tranquila impaciencia mientras el aire le revolvía el cabello y las madrugadoras gaviotas se lanzaban hacia los peces que brillaban cerca de la superficie. No oyó el ladrido con el que *Pintxo* volvió a reclamar su atención ni vio la agilidad con la que recuperó la pelota cuando, al dejársela entre los pies, se la arrebató el retroceso de una ola.

Estaba sumergido en pensamientos, en recuerdos.

Había necesitado dar un adiós definitivo a todo aquello para darse cuenta de que lo echaría eternamente de menos: ese olor inconfundible, ese sabor a sal o ese constante bramido, furioso unas veces, agradable e invitador otras. Porque el aire que ahora respiraba era el de Mundaka, y esa que pisaba, su arena. Y no porque su hijo, *Pintxo* y él estuvieran pasando allí las vacaciones de verano, sino porque nunca llegaron a abandonar Bermeo.

Volvió a verse en aquel asiento trasero, cuando Iker le preguntó que si tampoco él se había despedido de Maddi y entonces creyó que debía hablarle con franqueza. Que no podía dar a su hijo menos de lo que esperaba recibir, y ningún momento iba a ser mejor que aquél para comenzar a hacerlo.

Su convicción aumentó a medida que se fue sincerando. En especial al ver la madura actitud con la que lo atendió, como un verdadero hombrecito que percibía la importancia de cada palabra. Porque estaban en el mismo

barco, y cada vez que él maniobraba el timón, el rumbo cambiaba para los dos. O más bien para los tres que aquella mañana compartían un asiento bajo la lluvia, parados en ninguna parte. Le explicó, con alguna dificultad, que de haber hecho las cosas bien con Maddi, en aquel momento ella estaría representando un papel importante en sus vidas, y al ver la naturalidad con la que Iker lo entendió todo, supo que debió habérselo contado hacía ya mucho tiempo.

Cuando terminaron de hacerse confidencias, los dos sonreían. Tal vez porque, al compartir sus secretos, habían encontrado un motivo más para añadir a los muchos que ya tenían para quedarse. Podían optar por estar tristes lejos de allí, ajenos a todo, o quedarse padeciendo la misma tristeza, pero peleando por lo que querían. Al menos eso confortaba.

Al salir del coche, tras haber abrazado con fuerza a Iker, oyó cómo le decía a *Pintxo*:

—Ahora sólo faltas tú para que los tres estemos enamorados.

La sonrisa se le convirtió en una corta risa que se mezcló con el golpear de la lluvia en el asfalto, en la hierba y en las ramas desnudas de los árboles. No se apresuró a refugiarse en el asiento delantero. Después de la trascendental conversación, su hijo volvía a ser el niño de siempre, y él, aun empapándose con aquella agua helada, se alegraba de haber tomado, al fin, una decisión que realmente lo hacía sentir bien. Que todo saliera como deseaba, o no, no era algo que estuviera en sus manos.

Los pocos kilómetros que se había alejado de Bermeo los había hecho pensando que aquella lluvia era la despedida de Maddi, y ahora la sentía caer llena de esperanza, como si creyera en su capacidad para transformarse en recibimiento. Porque seguía viéndola como a ella, con su cara y su cruz, con lo bueno y con lo malo.

Extendió los brazos y alzó la cabeza cerrando los ojos para dejarse inundar como si acabara de resurgir el Kaiet que creyó que no volvería a ser nunca. El que sintió que perdía con la muerte de Raquel. Seguía estando allí, sólo que había cambiado en algunos aspectos. Y eso era bueno, pues significaba que seguía teniendo la capacidad de vivir, de enamorarse, y probablemente también de mejorar para no cometer demasiadas veces los

mismos errores.

No se sacudió el agua de encima esta vez, al entrar en el coche. Únicamente se sentó, satisfecho, y tras un rápido vistazo a Iker por el retrovisor, puso el motor en marcha para ir a buscarla.

Ni siquiera se preguntó dónde comenzar a hacerlo. Fue directo al lugar en el que sabía que ella se refugiaba cada vez que tenía la necesidad de desahogarse: en las gigantescas y furiosas olas que esa mañana se levantaban amenazantes en la barra de Mundaka.

Había dejado el coche frente a la playa de Laidatxu, justo en el momento en que la lluvia era más cerrada e intensa, como si repentinamente se hubiera resquebrajado el cielo. Atravesó la carretera y descendió veloz, sin quitar los ojos del violento oleaje, que se alzaba como si pretendiera arañar la cerrada capa de nubes plomizas y negras. Corrió como un loco por la arena, y no se detuvo hasta alcanzar la orilla. Con acrecentada angustia miró al frente, a un lado y al otro. Pero tan sólo él se hallaba en aquella inmensidad que lo empapaba y lo sacudía casi con la misma fuerza con la que lo hacían sus propios sentimientos. Ella no estaba desafiando las olas, como la había imaginado. Ni ella ni nadie se enfrentaba esa mañana al encolerizado mar.

Hundió las manos en los remojados bolsillos de la cazadora, y bajó la mirada hacia la arena saturada de lluvia y de espuma salada en la que se le hundían lentamente los zapatos. De pronto percibió un olor diferente, y sólo entonces volvió a sonreír con alivio. No podía haberse equivocado.

Se volvió y la encontró tras de sí, tan empapada como él, tan confundida como si dudara de lo que le contaban sus propios ojos. Preciosa, tras la cortina de agua, a pesar de los rizos pegados a las mejillas y los ojos hinchados. Pálida y muerta de frío, y esa vez no porque hubiera estado metida en las congeladas aguas invernales. Él conocía bien los síntomas con los que ella palpitaba. Tenía la palidez de la tristeza y el tiritar que provocaba la sensación de vacío.

—Te imaginaba ya muy lejos de aquí —le había dicho ella con voz temblorosa.

—No puedo irme a ningún lado, Maddi. Ya no puedo hacerlo porque he descubierto que no quiero vivir en ningún otro lugar que no sea éste, y cerca

de ti —aseguró mirándola tiernamente a los ojos—. No voy a abandonarte por segunda vez.

Sólo le había faltado confesarle lo que seguramente también ella sabía: se sentía uno de esos ciegos estúpidos que sólo ven los errores que han ido cometiendo cuando lo que están a punto de perder lo significa todo. En esa nueva etapa de su vida, ella era ese todo sin el que no sabría cómo vivir y al que, sin embargo, le había fallado demasiadas veces.

No supo, hasta que ella se lo contó mucho después, que estaba allí desde antes del amanecer, sentada en una pequeña roca, mirando aquellas olas salvajes con las que hubiera querido desahogarse. Pero que no pudo hacerlo. Sus fuerzas fueron tan pocas y su desánimo tan abrumador, que sólo pudo sentarse, encogida frente a esa indomable inmensidad ante la que se sintió más insignificante de lo que se había sentido nunca. Ni siquiera se guareció bajo alguno de los ojos del puente de piedra. Necesitaba dejarse empapar, si no era por el mar al menos por la lluvia, para dejar de creer que se estaba muriendo. Sin embargo, sólo se notó viva al verlo aparecer, de espaldas, abrigado con una cazadora que chorreaba agua. La fuerza con la que luchaba contra sí misma se le quebró en aquel instante, y supo que, si iba a ser siempre así, si él no terminaba de irse para no volver, ella jamás podría olvidarlo. Y lo vio correr como enloquecido por la arena, pararse en la orilla y llevarse las manos a la cabeza en un gesto de desesperación. Fue entonces cuando se incorporó y avanzó despacio hacia él, con los ojos clavados en su espalda hasta que, a punto de rozarlo, se detuvo a la vez que lo oía soltar un suspiro. En cuanto él se volvió y ella vio sus ojos, detectó algo diferente, algo que nunca había advertido en ninguna de las formas apasionadas, pícaras o tiernas en las que él la había mirado hasta entonces, y que en aquel instante no llegó a entender.

—¿Por qué no, Kaiet? ¿Por qué no terminas de irte de una vez? —preguntó como una desesperada protesta a su revelación de que no la abandonaría.

—Porque ahora no puedo hacerlo. —Tragó saliva a la vez que le apartaba, apenas con las yemas de los dedos, el cabello pegado a la mejilla—. No sé si algún día llegarás a creer que te amo con toda mi alma. La verdad es

que hice un buen trabajo convenciéndote de lo contrario. —Media sonrisa de impotencia se le esbozó en los labios—. Soy yo quien lo ha convertido en difícil, lo sé, pero aún quiero confiar en que el tiempo te deje ver y sentir cuánto te amo. Esperaré, Maddi. Esperaré aunque me lleve la vida entera.

La vio desviar la mirada hacia las grandes olas, pensó que tal vez añorando la calma que consiguió en esos últimos diecisiete años, y que él volvió a arrebatarse con su regreso.

—Sé que te dije que la amaba, y sigue siendo cierto. —Se pasó las manos por el pelo empapado, suplicando que lo entendiera—. Llegué a sentirme muy injusto con ella, y también con Iker, porque cuanto más cerca me sentía de ti, cuanto más dentro te llevaba y más feliz era, más miedo tenía a estar cometiendo la deslealtad de olvidarla. Ella lo fue todo para mí, lo único que tuve hasta que nació Iker. Por eso, lo que sentía por ti me creaba tal confusión que he necesitado que un niño de siete años me haya hecho entender lo que precisamente yo le enseñé para ayudarle a superar su pérdida, y es que el amor por su madre va a permanecer siempre dentro de nosotros.

Maddi sacudió la cabeza, como tratando de impedir que se asentaran en ella sus palabras.

—¡Déjalo ya, por favor! —exclamó girándose para irse.

Él le tomó la mano con suavidad, para que se detuviera tan sólo si deseaba hacerlo.

—¿Y si te dijera que el amor que tuve por Raquel ni siquiera se asemeja a este que siento por ti? —musitó cuando la vio volverse—. Entiéndeme, por favor. Ella era mi mujer, la madre de mi hijo. Pensé que jamás existiría nadie más que ella. Y de pronto llegas tú, ácida unas veces, dulce otras, imprevisible siempre, y cuando quiero darme cuenta es a ti a quien tengo en el pensamiento a todas horas, a ti a quien echo en falta cuando no estás, a ti a quien deseo tener a mi lado el resto de mi vida —aseguró sin haberle soltado aún la mano—. Porque tú me has enseñado a vivir sin ella, y dudo que ella lograra ayudarme jamás a vivir sin ti. Ni ella ni nadie. —Sonrió acariciándola con los ojos—. Nadie es capaz de sorprenderme más que tú. —Pensó en sus cambios de humor; su ironía, que esa mañana tenía apagada; su asombrosa forma de afrontar la vida—. No me importa lo que tenga que pelear, hacer o

soportar para convencerte de que estoy siendo sincero. Nunca me rendiré, Maddi. No puedo permitirme perderte.

Cinco meses habían transcurrido desde aquella mañana en la que decidió, junto a su hijo, que pasara lo que pasase con Maddi, aquél sería siempre su sitio. Y allí continuaban, seguros de que había sido su mejor decisión; la primera decisión importante que habían tomado juntos.

Sonrió al oír el grito con el que el pequeño celebraba su nuevo triunfo mientras batía su propio y corto récord de permanencia sobre una ola. Y compartía su júbilo con él, alzando dos dedos de su mano derecha en señal de victoria. No quería mostrarle la aprensión que le provocaba verlo avanzar, sabiendo que cada vez lo intentaría con olas más grandes y peligrosas. Se esforzaba en no coartarlo con sus miedos, aunque no siempre conseguía evitarlo.

—¡Ten cuidado! —gritó al verlo perder la estabilidad y caer al agua.

Al instante emergió la pequeña mano, formando de nuevo la V de la victoria. Y es que a Iker le bastó con ponerse en pie para que el agua le llegara por la cintura, riendo por su logro y por la cara de susto con la que lo miraba su padre.

—Desde luego, ha salido mucho más valiente que tú —bromeó ella a su espalda—. Va a resultar que lo que mejor se te da es hacer niños estupendos.

Sintió cómo lo rodeaba con los brazos y se pegaba a su cuerpo, humedeciéndole la camisa, mientras le susurraba al oído que lo amaba aunque fuera un cobardica de ciudad.

La había recuperado, aunque debía reconocer que se lo puso difícil, sometiéndolo a pruebas en algunas ocasiones. Pero, decir que tardó meses, semanas o días en convencerla no hubiera sido del todo verdad. Porque aquella mañana, mientras se empapaban con la lluvia en las arenas de Mundaka, él vio en su mirada emocionada y en la dulzura con la que aceptó que le apartara las lágrimas y la lluvia del rostro, que la había recuperado. Y que lo había hecho para siempre. Porque, igual que una vez pronunció las estúpidas palabras con las que rompió su confianza en él, algo de entre todo lo que aquella húmeda mañana le dijo la había restaurado. O al menos ya había comenzado a hacerlo.

—Yo te amo mucho más a ti, y lo sabes —aseguró haciéndola girar para besarla con pasión en la boca.

—Eso es categóricamente incierto —protestó sin despegarse de sus labios—. La que lleva años suspirando por ti soy yo.

—No voy a negar eso último. —Rio mientras volvía a besarla—. Pero no olvides que soy yo el que se va a pasar el resto de su vida demostrándotelo. Que soy yo al que le va a costar no volverse realmente loco por ti, por tus besos. Que voy a seguir conquistándote cada día para poder caminar siempre contigo.

—¿Ves, *Pintxo*, como hacen buena pareja? —dijo de pronto Iker mientras el perro miraba expectante a todos, esperando que alguno se decidiera a lanzarle la pelota.

Fue Maddi quien, riendo por la ocurrencia del pequeño, la recogió del suelo, pero para desafiar a que alguien osara quitársela. Y en un instante se retorció tumbada en la arena formando un enredo de brazos, piernas y carcajadas con Iker y *Pintxo*.

Kaiet los contempló embobado, disfrutando con orgullo de aquello que, lejos de acostumbrarse, cada día le emocionaba más: por fin eran una familia, una hermosa familia a la que se había propuesto cuidar cada segundo de su vida.

Él recogió la tabla que había quedado abandonada en la orilla, y la clavó de punta junto a la de Maddi, al inicio de la arena seca. Luego se unió con un grito de guerra al pequeño grupo, que reía a carcajadas.

Un rato después tomaba a Maddi de la mano para caminar por la enorme playa que tan sólo en marea baja se dejaba contemplar y recorrer, y que una vez más parecía unirse en la distancia con la de Laida. Las huellas de sus pasos se iban tallando en la brillante arena que las olas alisaban al llegar, mientras, a su espalda, otras olas se ocupaban de irlas borrando. Y no por el simple capricho de eliminarlas, sino para que nunca pudieran desandar el camino que recorrían juntos. Porque estaban seguros de que el viaje que habían iniciado, hacia la felicidad, era tan sólo de ida.

Él sólo tenía que mirar a los ojos de Maddi para saberlo.

Ella ni siquiera necesitaba ver los suyos para estar segura de eso.



ÁNGELES IBIRIKA, nació en Ugao-Miraballes, un pequeño pueblo cercano a Bilbao. Amante de la naturaleza, los animales y la vida sosegada, vive en el campo en compañía de su esposo, sus dos hijos y sus perros. Siempre ha trabajado rodeada de libros; en las oficinas de una editorial o regentando su propia librería, que dejó para tener a su segunda hija y dedicarle su tiempo por entero. Cuando sus hijos dejaron de necesitarla resurgió su inquietud por escribir, cambiando las poesías que plasmó en su juventud por novelas cargadas de sentimientos. La propia Ángeles ha dicho: «Mi gran reto es emocionar con mis historias, conquistar la complicidad del lector. Conseguir que se sienta tan unido a los personajes que, tras meses de haber cerrado el libro, se pregunte, de vez en cuando, qué habrá sido de ellos tras superar tantas calamidades.» Es autora de *Entre sueños*, galardonada como mejor debut romántico en El Rincón Romántico y con el Premio Romántica'S como mejor autora revelación española; de *Antes y después de odiarte*, con la que ganó dos Premios Dama, y de *Donde siempre es otoño*, su tercera novela publicada, ganadora del Premio Dama 2012 en la categoría de mejor novela romántica sentimental del año.

Notas

[¹]*Aitite*: abuelo en euskera. <<

[2] *Ikatz*: carbón en euskera. <<

[3] *Arrantzale*: pescador vasco. <<

[4]Vocativo familiar muy utilizado entre amigos en Bermeo, y que proviene de la denominación que se daba a los grumetes en los barcos pesqueros. <<

[5]Es la tradición de tomar potes (o *txikitos*), vasos pequeños de vino, de culo ancho, haciendo un recorrido por bares y tabernas, con la cuadrilla (grupo de amigos). <<

[6]*Palangre*: aparejo de pesca formado por un cordel largo y grueso del cual penden a trechos unas cuerdas más finas con anzuelos en sus extremos. <<

[7] Familiar modo en el que se llama a la Atalaya. <<

[8]*Txoko* significa «rincón» o «sitio pequeño». Son locales sedes de sociedades gastronómicas. Los socios suelen ser hombres, y hasta fechas recientes las mujeres tenían prohibido el acceso. En la actualidad pueden hacerlo prácticamente en todas, pero tienen prohibida la entrada a la cocina.

<<

[9] *Gixajo*: expresión vasca que podría traducirse por «¡pobrecito mío!». <<

[10] Apostar todas las piedras o amarracos de una sola vez, con lo cual se gana o se pierde el juego completo de ocho amarracos. Las cartas se verán en ese mismo momento al objeto de evaluar quién ganó el órdago. <<

[11]Zona donde las olas empiezan a romper. En una playa puede haber varios picos. <<

[12]Grupo de olas más altas que vuelve con cierta regularidad. En el espacio de unas horas, la cantidad de olas dentro de una serie y el tiempo que pasa entre dos series, son más o menos constantes. <<

[13] Brusco viento proveniente del noroeste que surge de forma repentina en la costa de Cantabria y País Vasco, y que pone fin al cálido y apacible día. <<

[14]Estructura dotada de flotación y superficie pisable de madera que sirve como muelle de amarre para las embarcaciones deportivas. <<

[15] *Lorategi*: jardín en euskera. <<

[16]Canoa de fondo plano construida por el vaciado de un tronco de árbol, a veces un tronco de palmera, normalmente una frondosa de madera blanda como la ceiba. <<

[17]Madre en idioma wolof, lengua vehicular principal de Senegal. <<

[18] *Amama*: abuela en euskera. <<

[19]Sirimiri: Llovizna, lluvia menuda que cae blandamente, con gotas de tamaño pequeño que da la impresión de que flotan en vez de caer. Es un fenómeno de común concurrencia en la costa árida de Chile y Perú, y en la Cornisa Cantábrica. <<

[20]Centollo. <<

[21]*Neskatila*: encargada de ayudar en las labores de descarga y transporte del pescado hasta la lonja o la planta congeladora. <<